

Michael John Harrison

EL ARTEFACTO CENTAURI



The Centauri Device describe la misión galáctica de rescate de un héroe indócil, John Truck, capitán de una averiada nave de carga. Tanto el autor, como el héroe del libro son anarquistas de corazón, y los personajes más agradables del libro son los anarquistas interestelares que ayudan a Truck.

The Centauri Device es una ópera del espacio con mucha acción, una trama compleja y titánicas batallas de naves espaciales.

David Pringle:
Ciencia ficción, las cien mejores novelas

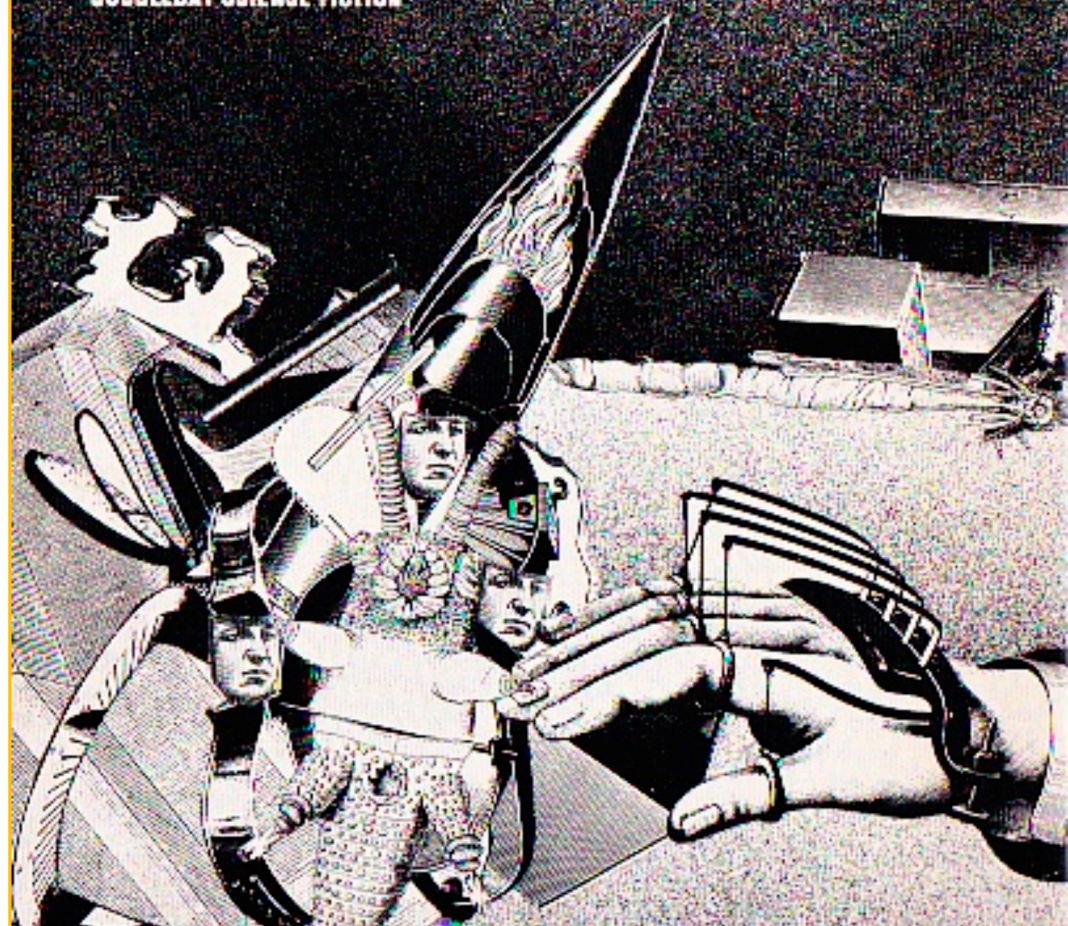
El Artefacto Centauri es la tercera novela del autor. La obra, concebida originalmente como una "antiópera espacial", acabaría contribuyendo de forma importante a revitalizar el subgénero e influyendo en las obras de autores posteriores como Iain M. Banks y Alastair Reynolds.

Un maestro zen de la prosa.
Iain M. Banks

The Centauri Device

M. John Harrison

DOUBLEDAY SCIENCE FICTION



Michael John Harrison

EL ARTEFACTO CENTAURI

Título original: The Centauri Device

Fecha de publicación: 1974

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. Truck, Tiny y Angina Seng
- II. La migración de 'Annie Espaciopuerto' Truck
- III. La fiesta más larga de la historia del universo
- IV. Demasiada gravedad
- V. Bajo el Snort con el Rey del Momento
- VI. El anarquista interestelar, una aventura estética. I
- VII. El anarquista interestelar, una aventura estética. II
- VIII. El fin del arte y el comienzo del artificio
- IX. Bajo la luz de la lámpara en el Averno
- X. “Ni siquiera sabe qué año es”
- XI. Un tiempo de escasez en la ciudad basura
- XII. Los búnkeres de Centauri VII
- XIII. En los carriles de tránsito
- XIV. La tercera velocidad
- XV. El último anarquista
- EPÍLOGO
- ACERCA DEL AUTOR

*Y ellos, tan perfecta es su miseria,
que ni una sola vez perciben su vil
desfiguración...*

John Milton, *Comus*

Capítulo I

TRUCK, TINY Y ANGINA SENG

Era la víspera de San Crispín en Sad al Bari IV cuando el capitán John Truck, impulsado por algo que se vio obligado a describir como “sentimiento”, decidió visitar The Spacer's Rave (El delirio del espacial), en la esquina entre Proton Alley y Circuit (ese cruce frío donde las señoritas de puerto de alta clase van a buscar a sus clientes).

“No aceptes ningún cargamento durante al menos dos semanas”, le dijo a su contramaestre mientras se preparaba para partir del *My Ella Speed*. “Especialmente no aceptes semillas de verduras. Nunca más transportaré calabazas, de ninguna forma o tamaño”.

–¿Qué es una calabaza? –preguntó el contramaestre, que era un enano cromio llamado Fix. Era bueno con el hacha (o eso decía) pero torpe.

“Tu cabeza es como una calabaza”, explicó John Truck con aire satisfecho. “Los niños las usan por la misma razón que tú te limas los dientes. No lo olvides, nada de semillas de vegetales”.

Y con un alegre gesto, abandonó la nave.

Llegó al callejón por Bread Street y East Thing, con un viento húmedo enredándole el pelo largo. Caminaba con los hombros encorvados y la cabeza gacha como si estuviera aburrido de todo (y lo estaba, en la medida en que cualquiera puede estarlo), con su ajustada chaqueta de combate de piel de serpiente y su gran sombrero de cuero sacados directamente del cuestionable pasado de la galaxia.

Los buscavidas y los músicos callejeros del puerto espacial recorrían las calles desde el puerto hasta las áreas de servicio, con sus peculiares instrumentos brillando bajo la luz verde de la calle. Le pedían ayuda, pero él los ignoraba. Los había visto antes, temblando de frío y de miedo ante el futuro largo e incomprensible en los vientos nocturnos de cien planetas, esperando su hora en las sombrías zonas interiores de mil espaciopuertos. Volverían a casa más tarde a las mismas puertas grasientas, los mismos bancos de parque y con las mismas sandalias gastadas, o viajarían en los sistemas *neumáticos* hasta el amanecer: perdedores desgastados por los que no podía sentir ni compasión porque se parecían mucho a él. Sus corazones excéntricos y sin rumbo, sus olores de pérdida, exigían una respuesta que

aún no estaba preparado para dar, porque eso sería una confesión de parentesco.

Esto no quiere decir que lo hicieran infeliz, o que le faltara caridad: simplemente estaba vacío, nada nunca lo había llenado.

Desde que se desmovilizó de la Flota, un año después de que toda la histeria del incidente de Canes Venatici no hubiera servido para nada más que para continuar con el mismo tipo de diplomacia desgastada que lo había iniciado, había trabajado por todo el espacio, viajando en una lenta espiral de Arquímedes en tres dimensiones, siguiendo el rastro de Venatici a través del Cuervo y las Estrellas Pesadas. Había conducido semiorugas en Gloam y Parrot, había construido carreteras en la Terminal Jacqueline Kennedy; había cantado canciones revolucionarias y había vendido metanfetaminas a los trabajadores nocturnos de Morfeo, no porque estuviera comprometido de ninguna manera con la insurrección que finalmente hizo estallar el planeta, sino porque estaba atrapado allí y sin dinero.

Después de cinco años había acabado en la Tierra, donde termina todo el mundo, vigilando maquinaria pesada para el Gobierno Mundial de Israel, donde le pagaban generosamente por cada árabe al que disparaba, pero no lo suficiente, no lo suficiente para el trabajo sucio. Se había descubierto mojándose los pantalones cada vez que alguien disparaba un arma (de hecho, eso había desaparecido con el

tiempo, pero él seguía contándolo así, contra sí mismo con un montón de gestos y voces raras, especialmente a las damas del espaciopuerto), y había sacado a relucir una veta de salvajismo que no había sospechado en sí mismo. Tampoco encontró ningún sentido en esa estúpida media guerra. Finalmente, fue demasiado aterrador encontrarse realizando las maniobras psicológicas necesarias para continuar sin el compromiso que la acompañaba. Lo dejó en paz, pero con su habitual indecisión. Se alejó.

Si no hubiera ahorrado el dinero de la recompensa y hubiera comprado con él el *My Ella Speed* (Mi Ella veloz, que entonces se llamaba *Liberal Power* [Poder liberal], algo que le hizo rascarse la cabeza), su viaje de siete años desde el día de la desmovilización hasta Sad al Bari IV podría haber terminado fácilmente en la periferia del puerto; pulsando con su pulgar calloso, un instrumento musical barato y su sombrero puesto en la acera del revés para ganarse el pan, en lugar de en su cabeza, donde debía estar.

Incluso la compra de la nave había tenido, en aquel momento, el aire de un accidente afortunado. Poco acostumbrado al etanol (todavía el único eufórico legal de la Tierra), había tropezado, destrozado y riendo, en un desguace en algún lugar de las zonas templadas; luego se desmayó al darse cuenta de en qué había gastado su dinero. John Truck era un perdedor, y los perdedores, a pesar de las pruebas de lo contrario, sobreviven gracias a la suerte. No es que lo hubiera considerado suerte entonces, tumbado de

espaldas a las oxidadas y retorcidas torres de los restos del naufragio dando vueltas en su cerebro (y pensando: Dios mío, ¿qué voy a *hacer* con esto?).

Su desastre personal fue no haber aprendido nunca a resistir el flujo de los acontecimientos; nunca aprendió a abrirse paso.

Proton Alley es tan fría como todas las demás calles; cualquier calidez que creas haber encontrado allí siempre resulta ser un subproducto ilusorio del color de los anuncios de gas. Todos sus habitantes han digerido su experiencia de vida tan bien que no les queda nada de ella. Empiezan frescos e ingenuos cada día, pero te miran con ojos vacíos. Nada de calor, pero John Truck se regodeó en su familiaridad, que quizá sea un sustituto aceptable en cualquier velada dedicada a un santo.

Afuera de The Spacer's Rave, un anciano denebiano de cuarta generación, con la piel ennegrecida y llena de cicatrices y los párpados permanentemente bajos ante el resplandor actínico de una estrella que no había visto en veinte años, recitaba versos del segundo canto de *La lucha en Finnsburg*. Su sombrero estaba a sus pies. Sus botas estaban agrietadas, pero su voz era pasable y resonaba por encima de las cabezas de las prostitutas que pasaban y los hombres drogados de la flota:

*El Marty Lingham descubrió una sombría órbita
enganchada en una enana fucsia;
perihelio en el acostumbrado puñado
de millones: cementerio cometario.*

Le mostró sus viejos y feos dientes al capitán Truck, reconociendo a otro perdedor, por bien disfrazado que estuviera. Arrugó su horrible cara y le guiñó el ojo.

–Un intelectual, ¿no es así, jefe? –empezó su discurso, interponiéndose con picardía en el camino de Truck.

“Si no hubiera dicho eso”, juró Truck más tarde, “podría haberle dado algo”.

Dentro del Rave, la cosa era distinta: allí, Tiny Skeffern, el último gran músico de la Galaxia, se volaba los sesos a través de su instrumento como si fuera el contenido de un huevo raro.

John Truck lo conocía de antaño. Medía un metro sesenta y tres y era de complexión delgada, en medio de la confusión de focos, luces estroboscópicas y caleidoscópicas de la fiesta, y golpeaba el suelo con el pie derecho. Tenía el pelo ralo, rizado y rubio; a sus veintidós años, ya tenía una calva. Cuando no tocaba, era un histrión de pies a cabeza; cuando lo hacía, se quedaba en el mismo sitio durante minutos y minutos, regalándoles a las chicas una sonrisa reservada

pero con descaro. Era un perdedor entusiasta de toda la vida y asintió con la cabeza cuando Truck entraba.

Tocaba una Fender Stratocaster de cuatrocientos años con todos los interruptores a tope, a través de una pila de amplificadores Luthos –cada uno con una salida garantizada de medio kilovatio– y una batería de altavoces Hydrogen Line de treinta pulgadas. Tenía en el bajo, una reina de Denebian de miembros sueltos, toda pantalones acampanados rosas y mangas cortadas; su batería era un hombre local, con un aspecto sórdido y agresivo a ratos, como todos los buenos bateristas. Su sonido: su sonido era largo y peludo, lento y estridente, lleno de pequeñas e inexplicables complicaciones. Acechaba el bajo denebiano a través de las armonías; producía sonidos como cristales rotos y cuásares en explosión, como naves muertas y enfrentamientos orbitales y eras de agitación geológica; producía sonidos como Dios.

“Soy un chico de la carretera”, cantó, “así que no niegues mi nombre”.

Y así era como debía ser.

John Truck se relamió los labios, se pidió un gloria knickerbocker coronado con pequeños cristales de tetrahidrocannabinol y echó un vistazo al público. En su mayoría eran músicos de otras bandas, pero había algunos espaciales que, como John Truck, comprendían que la

música había muerto en el año 2000 y que la Nueva Música solo era música antigua. Sólo los ganadores escapan, pensó Truck mientras la vieja Strat gemía (con un viento completamente imaginario que, sin embargo, le enviaba temblores de intención por la parte posterior de las pantorrillas y los muslos: el viento de babor, el viento de la brújula). El resto de nosotros nos dejamos llevar por la música. ¿Por qué no?

Aquella noche, en The Spacer's Rave sólo había una mujer. Se llamaba Angina Seng y buscaba a John Truck. Él no podía saberlo: sólo podía ver su espalda. Tenía el pelo largo y cobrizo y se sostenía con cierta tensión dramática. Su trasero lucía bonito. Así que, mientras Tiny Skeffern se deshacía de su brillante e inestimable antigüedad para los desconectados, los descontentos y los sin timón de todo el sucio universo, John Truck se enamoró precipitadamente de ella. Era una pasión imparcial, intermitente, propia de cualquier dama del espaciopuerto que se viera fugazmente entre la multitud. John Truck era propenso a ese tipo de cosas.

En un paréntesis entre piezas, Tiny trajo el Fender.

“Hola Truck”.

Se balanceó un momento, sonriendo sentimentalmente; luego se sentó. Truck miró con afecto su calva, cubierta de gotas de sudor.

–Tiny, tocas cada vez peor. ¿Quién es esa chica?

Tiny resopló, se limpió la manga con el acabado de polímero blanco inmaculado de la guitarra y se encogió de hombros. Incluso cuando la Strat no estaba enchufada, los dedos regordetes y en forma de maza de su mano izquierda recorrían los trastes de arriba a abajo como pequeños animales subdesarrollados que buscaban una salida para protegerse del viento.

–Oh. Es una mujer normal. ¿Puedes creerlo? ¡Llevo aquí tres semanas!

Se frotó la nariz.

“Tres semanas. ¿Te lo imaginas?”

Bebió un poco del cóctel que no había terminado Truck.

“No entiendo cómo he podido hacerlo. Aparte de ser arrestado, cosa que no sucedió. He sido cuidadoso desde que me rompí el dedo en Barfield 8. ¡Tres semanas en este basurero!”

–Si quieres salir de aquí... –ofreció Truck.

“¿Todavía tienes *a Ella Speed*? ¡Qué nombre! Nunca pude superarlo”.

Él se rió entre dientes.

“Estaré cerca cuando termines este contrato”, le dijo Truck. “O puedes encontrarla en el muelle. La mandé a pintar hace un año. Está arreglada; el contramaestre estará a bordo, espero”.

Tiny se levantó. Hizo un pequeño y enérgico movimiento, asintió y volvió con su banda. Él y Truck no se habían visto mucho desde sus días de prodigio adolescente, cuando tocaba en los circuitos de Gloam. Entre disturbios, Truck recordó que habían tenido muchas risas. Sonrió para sí mismo y se sacó un poco de polvo de THC de entre dos de sus dientes con la lengua. Y se rió a carcajadas cuando Tiny se inclinó desde el pequeño escenario del Rave y le susurró algo a la chica de cabello cobrizo.

No entendía cómo podía estar tan contenta de verlo. ¿Cómo podía él? Sólo sabía que las mujeres del puerto espacial a veces tienen ansias metafísicas difíciles de describir que se suman a sus apetitos más comunes. Representan una función diferente del espacio, un significado de soledad que sus contrapartes masculinas no tienen. Ellas son las verdaderas alienígenas. Así que la miró con cierta cautela.

“Señor Truck, he estado buscándolo en el puerto.”

–Continúa –dijo Truck–. Diles eso a otros astronautas. Es “capitán”. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

(Él sabía que era un error, incluso entonces. Tiny estaba dirigiendo a su banda a través de los primeros cuatro compases de *Where Was Tomorrow?* [¿Dónde estuve mañana?]. Lo reconoció como un presagio.)

Le dijo su nombre. Era una chica grande y huesuda, pero tenía la cara un poco arrugada alrededor de los ojos y la boca. No era simplemente la marca de una mujer de espaciopuerto, aunque ellas también son tensas y contenidas, como si estuvieran luchando perpetuamente por evitar que su sustancia se evapore en el vacío.

Su ropa brillaba y se disolvía irregularmente a medida que la luz del caleidomat encontraba frecuencias críticas para la opacidad del material.

“Capitán Truck, ¿le interesaría un trabajo?”

Él negó con la cabeza.

“Vuelve en dos semanas. Me apedrearán en Sad al Bari durante dos semanas”, lo demostró agitando las manos como si fueran aviones. “Me bombardearán. A menos que Tiny se desespere”.

–No es un trabajo de transporte, capitán. No necesitará volar.

–Son los únicos que acepto. Tengo un capataz cromiano al que mantener. En serio, deberías buscar a otro. No es que no esté agradecido por la oferta.

Pensó por un momento.

“Además”, dijo, “no me *vas* a contratar”. Para un perdedor, eso era bastante agudo.

Ella se inclinó hacia delante con seriedad, apoyó los codos sobre la mesa, jugueteó con los restos de su glorioso knickerbocker y luego juntó las manos.

–Es cierto, pero mi patrocinador te pagará mejor por unas cuantas semanas de tu tiempo que por cualquier trabajo de transporte comparable, y no ganaste mucho con ese último viaje de semillas.

Él tuvo que reconocerle el mérito. “Tú”, dijo, “has estado hablando con alguien. Tienen razón. Pero no necesito tanto dinero. En dos semanas, sí”.

–Capitán Truck –dijo, acercando su silla a la mesa–: ¿Qué pasaría si le dijera que esta es una oportunidad de hacer algo por la Galaxia?

Él suspiró.

–Yo diría que ha elegido a un perdedor. Si se trata de política, señorita Seng, al diablo con todo. –Le sonrió radiante–. No soy muy “político”, ya ve –explicó.

Ella se levantó sin decir nada más.

–No es usted en absoluto una dama de puerto espacial –le gritó mientras ella se abría paso entre el público hacia la entrada. Pero en realidad no le estaba hablando a ella.

La velada continuó, y el Spacer's Rave se llenó. La dirección cerró las puertas en un intento suicida de asfixiar a las manos que le daban de comer. “Te voy a hacer un rock and *roll*, nena”, cantó Tiny Skeffern, “te voy a hacer rock and roll toda la noche...”, con un sentimiento antiguo y duradero; pero Truck había perdido el interés. Aproximadamente una hora después de que Angina Seng se hubiera escabullido para salir, él se fue a buscar un lugar tranquilo. Ella le había estropeado la fiesta. No podía imaginar quién podría quererlo por sí mismo y no por el *My Ella Speed*.

Al salir por la puerta, Tiny y su baterista intercambiaban golpes, tocando con desapego y gentileza psicopática.

Afuera, el mismo viento de siempre. East Thing era una calle sin función aparente, una vía de cuarteles para los desvencijados soldados rasos del gran ejército comercial: almacenes y alguna que otra oficina de recepción. Durante el día estaba repleta de oficinistas y vendedores ambulantes,

pero por la noche era un desierto de lámparas de vapor; nadie la recorría entonces, salvo para ir a la fiesta del Spacer's Rave, y la mayoría ya estaban allí. Truck la amaba por sí misma. Había que hacerlo.

Al llegar a un portal profundo al final de la calle, no notó nada, pero un pie furtivo salió de él y se enredó en sus largas piernas. Se dio una dolorosa patada en el tobillo y cayó al suelo.

“Mierda”, dijo. Alguien soltó una risita.

Una figura sombría salió de la puerta y se cernió sobre él mientras, frotándose un codo, se ponía de rodillas. Un destello de luz vaporosa y fría se reflejó en sus perversos nudillos de acero. Su cuello explotó y pensó que se le había colapsado la tráquea, pero cayó con cuidado, con las rodillas dobladas hacia el estómago.

–Levántate, hijo. No te voy a cargar. Levántate.

Un toque exploratorio en las costillas. Truck se concentró en el dolor del cuello.

–Vamos... –Luego, llamando al agujero oscuro de la puerta–: Échame una mano, que me va a vomitar en los pies.

¿Otro más? Si lo hicieran más, podrían apiñarlo hasta matarte, sin hablar de nada más.

Se inclinaron sobre él. Golpeó con fuerza ambos brazos contra el pavimento para ganar tracción y, con los pies juntos, metió los tacones de sus botas en la boca más cercana.

Bien. Agachado y ansioso por mutilar, se rió entre dientes. Podría haber sido tomado como un gemido. Fingió levantarse, hundió los dedos en el muslo del segundo hombre, buscando un punto de presión. “Ahora te toca a ti caer”.

Estaba echando el pie hacia atrás para golpear cuando algo le sacudió en los riñones. Gruñó. Se tambaleó hacia delante agitando los brazos y tropezó con su víctima original. Se retorció tratando de ver quién lo estaba golpeando, metió la cabeza rápidamente y rodó hacia el lado de sotavento del hombre de los nudillos cuando un zapato lo alcanzó en el pecho. Era un zapato con cordones, suela gruesa y puntera con peso: un hecho que lo sorprendió tanto que se olvidó de mantener la cabeza en movimiento. Todo lo que pudo hacer después de eso fue acurrucarse como una bola y rodearse la cara con los brazos mientras pensaba en ello.

Durante un rato, no se oyó nada más que el suave arrastrar de pies y un sonido entrecortado en su cabeza que le indicaba que John Truck debía estar involucrado en todo aquello, pero no sabía cuántas personas lo estaban pateando ni por qué. Empezaba a tener miedo de que no se detuvieran.

Finalmente, sin embargo, dos de ellos lo levantaron y comenzaron a caminar, medio arrastrándolo, hacia un vehículo negro destartado estacionado al otro lado de la calle. Desde la posición de Truck, parecía del tamaño de un acorazado de la Flota, pero incluso con el esfuerzo de los dos, les estaba resultando difícil doblarlo lo suficiente para poder meterlo adentro.

“Creo que voy a vomitar”, les dijo en tono quejoso, pero ellos lo ignoraron.

Mientras lo intentaban, un Lewis/Phoenix último modelo con los ocho faros encendidos salió disparado de Bread Street y se detuvo de lado a lado en East Thing. “Será mejor que os pongáis en marcha, muchachos”, dijo Truck. Abrió bien las piernas y se quedó inerte. Golpeó con los codos y mordió una mano que se acercó demasiado a sus ojos.

Tap, tap, tap, sonaban unos tacones.

–Déjalo en paz –dijo Angina Seng con voz brillante y tensa.

Sostenía con ambas manos una horrible pistola a reacción Chambers. ¿Acaso detectó un ligero temblor en su gran y huesudo cuerpo? No estaba en condiciones de detectar nada. Sobre su ropa de casa había una capa oscura.

Silencio.

Truck escupió un poco de sangre en la carretera.

–No les dispaes todavía –murmuró. Tenía la boca hinchada y se mordía la mejilla sin querer–. Me gustaría probar primero con una de sus armas de puño.

Con miradas de enfado, lo dejaron solo. Angina, la valiente, los vio alejarse por la calle, rumbo al muelle. Iban vestidos casi como astronautas. Guardó su Chambers y lo ayudó a subir al Phoenix.

–Bueno, capitán Truck –dijo–, una pensaría que al menos dejarían en paz a los de su especie, ¿no es así? ¿Quiere bajar la ventanilla?

Truck no dijo nada. Uno de sus caninos inferiores le estaba dando problemas y, entre exploraciones tentativas de su boca, escuchaba el viento.

–Como quieras –Ella sonrió alentadoramente.

Capítulo II

LA LARGA Y DESCONCERTANTE MIGRACIÓN DE 'ANNIE ESPACIOPUERTO' TRUCK

–¿Adónde me has traído? –preguntó con desconfianza. A él le daba igual. Era una imagen desgarradora, desplomado en la cabina del ascensor, con su larga barbilla sobre el pecho y el pelo enredado y sucio.

“¿Dónde está mi sombrero? No puedo ir a ningún lado sin él”.

Estaba temblando por la reacción. Tenía el labio hinchado, un inmenso hematoma morado que se extendía desde debajo de la oreja izquierda hasta el hombro y ganglios linfáticos inflamados en el cuello. No es que fuera nada nuevo. Con aire taciturno, metió un dedo en el gran desgarrón de su chaqueta de piel de serpiente.

“No había nada malo con ese sombrero. Dios mío, odio estar mal”.

Angina Seng le sonrió con simpatía. Esperaba que fuera simpatía.

“Pensé que tal vez te gustaría hablar con mi patrocinador después de lo que pasó”, le dijo. “Una vez que conozcas todos los hechos, es posible que cambies de opinión sobre este trabajo”. Le afrentó.

“Hechos”, se rió entre dientes. “Patrocinador. Je je”.

Miró con enojo la pared que había sobre su cabeza. Se hizo un silencio incómodo.

–¿Cómo llegaste a esta situación? –preguntó de repente.

“¡Que te jodan!”

“No sé qué quieres decir”, dijo.

No volvieron a hablar, pero ella no se desanimó. Moviendo la cola y ya anticipando los aplausos del pastor, lo sacó del ascensor y lo llevó a la fachada de una zona de recepción. Allí desapareció detrás de una puerta sin señalizar, dejándolo varado en un paisaje de oficina con alfombras de imitación de antigüedad que parecían el suave moho de un sótano, esculturas de poder astutamente diseñadas para

lograr una suavidad óptima y la castración del arte de la época, y sin sillars. No le importaba no volver a verla.

Todos los desposeídos y rebeldes tienen miedo a las fachadas. Pensó en volver a la fiesta de los espaciales allí mismo, pero sabía que probablemente era demasiado tarde para eso: las mareas gravitacionales lo habían arrojado allí y, por el momento, estaba abandonado. Miró con lascivia a una recepcionista (que estaba sentada detrás del teclado de su terminal de entrada, tan zancuda e inaccesible –para los perdedores– como cualquier princesa de hielo). Ella le devolvió la sonrisa cortésmente, porque ese año era de buena educación ser cortés con los desfavorecidos. Se rascó la cabeza.

A lo lejos, alguien gritó: “¡No vengas a mí! ¡Te dije que no podía responder por el muestreo por conglomerados!”. Se abrió y cerró una puerta. Y claramente: “Entonces, *sal corriendo* y lame sus botas”.

–Puede entrar ahora, capitán Truck –dijo la recepcionista.

Hasta el momento, nadie le había ofrecido ninguna opción. De pronto, al recordar la gran pistola Chambers de Angina Seng, se preguntó qué parte de su atracción gravitatoria representaba. Qué era lo que realmente lo retenía.

–Veo *que llevas* una faja –dijo–. ¿Dónde estoy?

Su sonrisa se cuajó: aquel año era de buena educación que a los desfavorecidos se les respondiera con cortesía. “En el consulado israelí”, dijo, “y no creo que debas ir por ahí diciendo esas cosas a la gente”.

Pero él ya estaba en camino a través de la puerta sin señalizar, gritando: “¡Puede olvidarse por completo de esto, señorita Seng!” Ella no estaba allí, por supuesto. “¡Oh, demonios!” Intentó retirarse, pero algún elemento entrometido y traicionero ya había cerrado la puerta detrás de él y lo había encarado con el otro ocupante de la habitación.

La general Alice Gaw, posmenopáusica, pero apenas decaída: excomandante de vacío, exmiembro de la Policía de la Flota, ahora primera ejecutiva del brazo militar del IWG¹, con una comisión itinerante y *carta blanca* en cualquier asunto de seguridad hemiglobal. Condecorada y agasajada, había sido una de las seis enigmáticas “guardianas” del experimento de la Prisión Ambiental, que ya no se realizaba, ese mito nodal de las tierras del interior, con sus conductos supurantes poblados de demonios, sus bóvedas repletas de almas perdidas en órbitas góticas en decadencia alrededor de la enfermedad solar de su propia inocencia, administrada por Hombres Hongo con picanas eléctricas en lugar de

1 Gobierno Mundial de Israel, la prolongación del actual sistema capitalista de mercado.

brazos y máquinas de ECT² en lugar de cabezas; y finalmente clausurada, según los rumores, por la repulsión de los mismos elementos de la política del IWG que habían exigido su institución. También se rumoreaba que Alice Gaw era la única de las Seis que se había arrepentido de la medida.

Era baja y de complexión robusta. Llevaba las mangas de su uniforme del Ejército de Mujeres siempre arremangadas para exhibir sus musculosos antebrazos y fingía la jocosidad grosera de un enfermero psiquiátrico. Truck la conocía por su reputación: su parche en el ojo era una curiosidad galáctica, sus manos eran gruesas y cuadradas. Irradiaba una energía sexual ferozmente ambigua que resultaba más inquietante por su conciencia de ello que por su efecto real.

Descendiente lineal de esa característica flor del siglo XX, la “Gerente de Seguridad Nacional”, con un dominio del arte de la política *ad hoc* casi tan impresionante como la velocidad de su ascenso en la jerarquía del IWG, miró a Truck con una mirada del color del cemento y dijo:

–Quiero hablar contigo, muchacho, y no puedo hacerlo hasta que te sientes.

Ella le sonrió y se dejó caer sin gracia en la silla más cercana, como si lo invitara a seguir su ejemplo, colocando

² La terapia electroconvulsiva (ECT) es un tratamiento que ayuda a muchos pacientes a aliviar la depresión grave, el trastorno bipolar y algunas otras enfermedades mentales.

una pierna sobre la otra, muy consciente de las grandes extensiones de muslos poderosos que quedaban expuestas. Tenía varices.

–Sea lo que sea –dijo Truck–, no. Ya tuve suficiente de esto en la Flota. Tengo aquí mis papeles de licenciamiento... –Luego, imprudentemente, porque estaba luchando contra una emoción parecida al pánico–: No me parece que sea un miembro de la Raza Elegida, general.

Se las arregló para decirlo con una risita insinuante. La general, sin embargo, se limitó a ajustarse el parche del ojo y suspiró. Su cabello decolorado estaba cortado a la altura de las orejas y le habían roto la nariz durante una operación policial en Weber II.

–Tampoco me gustas, hijo, pero no voy a decir nada al respecto. Estas provocaciones no funcionan conmigo, así que olvídalo. Soy simplemente un ejecutivo del Gobierno Mundial que hace su trabajo. Si tienes algo de sentido común, no me lo pondrás difícil. No te habría acercado ni a un kilómetro de esta oficina si no hubiera sido absolutamente necesario.

Ella observó su ropa con desagrado. “No puedo creer que alguna vez te tuviéramos en la Flota”, dijo. “Dios, qué desastre debe haber sido”.

Se sintió incómodo a pesar de toda su resolución.

–General, usted es dueña de medio mundo, pero no este. La mitad de la Tierra no lo gobierna ni lo posee, y no tiene ningún derecho sobre el resto de la Galaxia. Eso la deja expuesta.

“Gobernamos el mundo civilizado. Controlamos las colonias civilizadas. Sin la seguridad que representamos, los costras como tú tendríais menos libertad para hablar. ¿Le quitaría la lógica a un representante de la UASR³ sentado en mi lugar? Hay trescientos mil millones de personas en la Galaxia y nosotros sólo somos el uno por ciento de ellas. Nos superan en número y tenemos lo que ellas quieren. Todo lo que sucede aquí nos afecta.”

Truck se encogió de hombros. Los acontecimientos le llevarían: sólo le quedaba descubrir en qué dirección. De repente, dos imágenes distintas brotaron de la parte posterior de su cabeza...

Recordó el Neguev, el aburrimiento intenso que sólo se interrumpía con breves enfrentamientos violentos con los infiltrados de la Unión de Repúblicas Socialistas Árabes, el apagado estampido de un cañón Chambers, la terrible ira que brotaba de él cuando se daba cuenta de que le habían disparado. Y vio las naves cargadas de cadáveres que orbitaban alrededor de Cor Caroli en Canes Venatici: sus

3 Repúblicas Socialistas Árabes Unidas. El equivalente a los sistemas capitalistas de Estado, falsamente socialistas que tienen su origen en la URSS.

frías avenidas espectrales delineadas por una tenue luz lechosa, los contenedores de plástico llenos de niños muertos, los cadáveres alineados de los adultos sin caja de ningún tipo, las heridas brillando ante él como ojos; las olió.

–Sigue adelante –dijo–. ¿Tienes algo bueno para fumar? Bueno, está bien.

–Quizás tengas que prestar un poco más de atención, muchacho.

Ella balanceó la pierna y golpeó la mesa. Truck entrelazó las manos en su regazo y jugó distraídamente con ellas. Parecía que iba a ser una sesión larga.

No sabemos mucho (empezó la general Gaw) sobre los antiguos habitantes del sistema Centauri: fueron las primeras razas llamadas “civilizadas” que interceptaron la oleada de expansión humana; fueron exterminados como grupo coherente hace dos siglos en lo que nos han enseñado a llamar desde entonces el “Genocidio Centauri”. Cállate, Truck. No entiendes lo suficiente de nada para que tu opinión valga algo para mí. Así lo llamaban los intelectuales de la época. Yo estoy a favor de los intelectuales en su conjunto, pero tengo mis reservas.

Sin embargo, fue un acontecimiento traumático para la humanidad, eso no se puede negar; y cuando terminamos de correr por ahí y de sentirnos culpables, los supervivientes

centauri se habían escapado como ratas y se habían dispersado por los planetas recién colonizados. Fueron absorbidos con bastante rapidez; no tenían impulso, ya ves; les faltaba fuerza cultural.

Eran lo suficientemente parecidos a nosotros como para sugerir un ancestro común (ya se había descubierto que dos de cada tres mestizajes fueron fructíferos o algo por el estilo); no eran en absoluto nativos del sistema Centauri, aunque nadie descubrió rastros de ellos en ningún otro lugar; incluso hubo algunas especulaciones sobre que podrían haberse originado en la Tierra, lo que realmente puso a la zorra en el gallinero.

Pero la basura se calmó y al menos surgió una idea decente. La hipótesis de Marsden sobre la existencia de nichos describía la galaxia como un complejo ecológico en el que razas distintas que viajan por el espacio reemplazan a las especies separadas de una ecosfera planetaria. La competencia entre especies cuyas demandas sobre el medio ambiente son idénticas es inevitable, natural y dura.

Sí, lo creo, de hecho. No te preocupes. Mantén tus sucios deditos fuera de mi cabeza.

Ahora.

Lo curioso de esa guerra es que los centaurianos no tenían por qué haberla perdido. No podían haber ganado, pero nos

mantuvieron a raya durante quince años; luego, de repente, dejaron de interceptar los MIEV y los intrusos atmosféricos. En tres días, Centauri VII quedó destruida. En aquella época hacían un buen trabajo en ese tipo de cosas.

Pero escucha esto, Truck: teníamos una red de inteligencia en el planeta, viviendo como centaurianos, pobres desgraciados, está en los registros, y estuvieron enviando informes hasta que Centauri VII los desechó. Entonces, ¿por qué se suicidaron, muchacho, cuando acababan de concluir la investigación y el desarrollo de un arma con la que esperaban que terminara todo el tiroteo a su favor?

Piensa en eso mientras hablamos de ti.

Naciste en el interior de Pontisport, en Parrot, en el baño de una panadería. Tu madre era una prostituta a tiempo parcial, una de las refugiadas que llegaron por la línea Carling en los frigoríficos de Weber II. Se inyectaba activadores del adrenocromo cortados con los ribosomas de una raza local de murciélago. Pidió una cura, pero las autoridades portuarias ya habían programado su reasentamiento como persona desplazada. No, no te estoy preguntando nada de esto, te lo estoy contando, porque sé más de ti de lo que tú sabes de ti mismo.

Tú, Truck de Annie 'Puerto espacial' fuiste enviado a las estrellas cuando apenas tenías seis meses. Los AdAc⁴

⁴ Activadores del adrenocromo.

penetran la placenta, por supuesto, y tuviste que dejar de tomar esa sustancia. Te dejó atrás. ¿Alguna vez sueñas con murciélagos?

Pero lo más importante de Annie es esto: ella era una centauriana de pura cepa.

Hasta donde podemos decidir estadísticamente, hay un noventa y cuatro por ciento de posibilidades de que ella fuera la última centauriana auténtica que existió en la galaxia. Eso te convierte en mestizo, Truck. Por último, al menos en este aspecto: por alguna razón, Annie tenía la primogenitura. Si alguna vez hubieras leído un libro, tal vez habrías reconocido que tu estructura ósea y tus proporciones generales eran predominantemente centaurianas. Tu padre tenía genes débiles, quienquiera que fuera.

No te parecerá tan divertido en un minuto, chummie.

Volvamos a la Guerra de los Centaurianos. Hagas lo que quieras, genocidio; honestamente, a mí no me importa. Esa arma existía, ¿sabes? Los informes de MI⁵ nos preocuparon entonces, pero ahora tenemos nuestras propias razones.

La encontramos, Truck.

Un arqueólogo lunático la encontró en un búnker excavado tres millas en la corteza de Centauri VII, uno de los refugios más desagradables que he visto jamás (y he visto muchos).

La encontramos, pero no sabemos cómo funciona. Ni siquiera podemos acercarnos mucho a ella. No podemos obtener ninguna lectura de los instrumentos. Lo he visto con mis propios ojos y parece semiconsciente. ¿Puedes creerlo, Truckie? ¿Una bomba con consciencia?

Necesitamos tus genes. Se rindieron y cedieron Centauri sin usar el arma, está bien; pero incorporaron sus códigos operativos en los cromosomas de sus mocosos no nacidos, porque querían poder volver allí a escondidas como los perros a los enfermos, más tarde. No funcionará sin un centauriano.

Annie murió hace veinte años y tú eres el único que pudimos encontrar.

Truck reflexionó un poco sobre el asunto. Sentía una irónica simpatía por la portuaria de Weber II. Era fácil ver su propio nacimiento como un lapsus momentáneo, un error de cálculo. Pero, una vez más: ¿había respondido Annie Truck a algún impulso inconsciente en Parrot al reproducirse, para producir otro vector, una pequeña imagen de sí misma? Como si mediante esa multiplicación de posibilidades, la larga migración incomprensible pudiera

acelerarse; algo que ella había perdido pudiera ser ganado por él.

Esto en el silencio que siguió al monólogo de la general Gaw, mientras su ojo bueno lo atravesaba y no lo soltaba. Todos los habitantes del espacio son incurablemente sentimentales. Finalmente, él se levantó de su silla y se quedó mirándola.

“¿De qué nos servirá tu bomba cuando la lances?”, preguntó. No estaba seguro de en nombre de quién lo preguntaba. Se tocó el desgarrón de la chaqueta. “¿Sobre quién la arrojarás?”.

Cuando ella dijo: “Ya me lo esperaba. Truck, es predecible por la forma en que te vistes. Puedes omitirlo, porque no lo necesito”, él le dio la espalda. Ella continuó: “Destruimos a dos agentes de la UASR en el equipo que descubrió el Dispositivo Centauri. Había un tercero, pero no lo descubrimos hasta que se fue.

“De eso se trata, patito; siempre es así”.

Indistintamente, porque estaba pensando en otra cosa: “Entonces, general, consiga a otro para preparar la cosa”.

Llegó a la puerta, llegó hasta tocar el pomo y luego la miró de nuevo.

–Estuve en Morfeo –dijo–. Los apilé para la órbita del cementerio en Cor Caroli. He visto las imágenes de archivo de Weber II. Entiéndelo, no me importa si vosotros y los árabes os hacéis pedazos. Pero subí a esas naves a gente que nunca había oído hablar de ti.

Ella seguía holgazaneando, tranquila y descuidada, con sus muslos poderosos y feos, su mirada brillante y cautivadora. Él cada vez estaba más aterrorizado por la mujer misma que por lo que ella representaba.

–Ese intento de Shangai –dijo– ¿era para convencerme de que los árabes también querían hablar conmigo? Eso habría hecho que fuera más fácil aceptar cualquier trato que tuvieras en mente, ¿no? No lo vuelvas a hacer. Intentaré matar a los siguientes, así que ten cuidado. Los únicos que llevan zapatos con cordones son los de la policía de la flota. Eso sólo te hace parecer ridícula, ¿sabes? Ningún astronauta se dejaría ver muerto con zapatos con cordones. Al menos los árabes tienen el valor de disfrazar a sus hombres para ese papel.

Ella rió, alegre y feroz.

–Le dije a esa estúpida zorra que no funcionaría. Voy a tener que hablar con ella. –Sacó las piernas de la silla y se inclinó hacia delante–. No puedo decir que no esperaba esto. Te necesitamos, estábamos dispuestos a pagar por ti, pero ahora no habrá ninguna oferta.

Truck abrió la puerta.

–Te has metido en una mala situación, no me importa decírtelo. Te doy veinticuatro horas para que lo pienses y luego haré que te arresten. Dondequiera que estés. La acusación será comerciar con suministros médicos de la Flota cuando estuviste por última vez en la Tierra, y puedo probarlo.

“Estaré aquí si decides comportarte, señorita”.

Truck cerró la puerta silenciosamente detrás de él.

Regresó a The Spacer's Rave, sintiéndose como si de repente hubiera desarrollado una dependencia. ¿Por qué Annie Truck y su AdAc debían pesar sobre *su* conciencia? Era un extraño cambio: pero bajo las lámparas del interior, todo tipo de dependencia es posible; adquirió una especie de realidad, Annie cobró vida para él, y él la aceptó.

Tiny Skeffern estaba terminando su actuación de forma desgana: *Phencyclidine Dream*, que siempre utilizaba como bis, había terminado; el bajo, la batería y la mayoría del público habían hecho las maletas y se habían ido a casa, pero un espacial ectomórfico y cadavérico estaba sentado sonriendo estúpidamente sobre los controles del sintetizador H-Line de la Rave, haciendo ruidos de flauta de ático, mientras Tiny punteaba las notas altas con dedos meditativos. Sólo los drogados y persistentes permanecían

escuchando, preguntándose cómo podrían encontrar un lugar al que ir, algo que hacer a las cuatro y media de la mañana del día de San Crispín en Sad al Bari IV.

Cuando el último de ellos salió tambaleándose a la calle, una luz marrón sucia se filtraba entre los edificios y las lámparas de vapor estaban pálidas. De vez en cuando, un vendedor ocasional, adormilado y renuente al sueño, pasaba sigilosamente por la puerta del Rave en camino a otro día. Tiny lo apagó todo y colocó con cuidado el Fender en su rígido estuche. Le dio una palmada en el hombro al tipo que tocaba el sintetizador, bostezó y arrastró los pies con cansancio. “Oh, tío”.

Hay un tipo de frío propio del amanecer. Todos los perdedores del lado nocturno lo conocen y lo veneran por sus propiedades estimulantes y curativas. Temblando y sonriéndose el uno al otro, Truck y Tiny se encorvaron hacia el espaciopuerto y la nave de Truck. El viento de la brújula soplabá: los acechaba en las intersecciones, llegaba silbando por las esquinas de los almacenes para encontrarse con ellos. Cuando eso sucedía, Tiny corría hacia delante, balanceando el estuche del Fender y pateando los pedazos de basura que había en la cuneta.

“Oye, mira”, dijo, “es un Abridor”.

Caminando hacia ellos por Bread Street, en el frío matinal, se encontraba un hombre enorme, de pies planos y

tambaleante, que llevaba una capa de color ciruela. Tenía la cabeza calva y redonda, y sus rasgos se afinaban en el tejido facial, de modo que eran meros indicios de una boca, una nariz y una barbilla. Sus ojos estaban profundamente envueltos en pliegues y fajas de carne. Su capa estaba abierta por delante.

Era un Abridor, sin duda, uno de esa curiosa secta cuyos miembros creen que la honestidad de la función corporal es la única alabanza válida a Dios (cuya existencia afirman libre y frecuentemente), siendo esa función análoga, aunque sólo sea a través de la representación cortical, a los movimientos mismos de la psique.

Cuando el viento le movió la capa, estaba desnudo. Su cuerpo estaba afeitado, tan lampiño como su cabeza, su piel era como un polímero rosado y brillante. En su estómago, tórax y vientre se encontraban las gruesas ventanas de plástico que los Abridores le habían insertado quirúrgicamente para mostrar sus procesos internos. Estaban rodeadas de gruesos labios callosos de carne, y detrás de ellas no sucedía nada agradable.

John Truck se quedó mirando a su alrededor y a Tiny mientras pasaba junto a él. Sus ojos eran negros y misteriosos. Había tomado un desayuno bastante ligero. Movié sus labios pequeños e indeterminados formando una sonrisa. De repente, un brazo corto y grueso surgió de debajo de su capa (como si la acción fuera completamente

ajena a él, el brazo perteneciera a algún enano o simio escondido debajo de la prenda: su sonrisa permaneció). Su mano carnosa agarró el hombro de John Truck.

–Eh –dijo Truck–. Apártate.

–Buenos días, capitán –dijo el Abridor–. Soy el doctor Grishkin. El Señor es bondadoso.

“¿Qué?”

Truck, que miraba a través de las ventanillas el alma en carne viva y enrevesada del doctor Grishkin, recordó que hacía tiempo que no comía. El Abridor todavía lo tenía agarrado del brazo. Su estómago rugía.

Acabo de llegar de su nave. Su contramaestre me dijo que no estaba disponible. Me alegra saber que se equivocó.

–Así es –murmuró Truck–. No disponible. Lo siento.

El doctor Grishkin asintió lentamente, una vez, hasta que miró a Truck como un animal gordo y triste desde la boca de su propia frente. Lo había logrado, era dramático. Con la mano libre, extendió su capa. Truck empezó a sentirse mal.

–Capitán, me abro a usted, le suplico. Aunque puedo ver por su atuendo que no es uno de mis hermanos dispersos, sé desde aquí –golpeó una de sus ventanas– que es un

hombre de principios, incluso de caridad. Capitán, le pido la ayuda que sólo usted puede darme.

Truck se estremeció. Los ojos enigmáticos del doctor Grishkin, llenos de las revelaciones del organismo, le sostuvieron la mirada, firmes. La presión sobre su brazo era paternal, gentil, posesiva. Experimentó una abrumadora sensación de *déjà vu*. Por encima del hombro redondeado de Grishkin, podía ver a lo largo de Bread Street, vacía e indiferente. Si lo había metido en esto, no iba a sacarlo de allí. Al diablo con todas las calles, pensó. Sabía que tenía que liberarse: motivo oculto o mero carisma, Grishkin era demasiado fuerte para él. Tenía miedo de descubrir lo que quería el Abridor.

Una portuaria lo salvó. Caminaba con paso sensual por la calle con un marinero drogado colgado del brazo, se apartó el pelo largo y hermoso de la frente y le guiñó un ojo con valentía. Él la observó balancearse hacia atrás hasta que se convirtió en un ápice que se retorció en la perspectiva mortal de la calle. Luego dijo:

–Grishkin, vete a la mierda.

Y se alejó, dejando a Tiny Skeffern y al Abridor mirándolo. Tiny estaba desconcertado, pero había cierta satisfacción en la mirada poco convincente de Grishkin. Truck sintió que no había ganado el encuentro, solo lo había pospuesto.

Tiny lo alcanzó, balanceando el estuche del Fender. “Creo que voy a vomitar”, se rió entre dientes. “¿Cómo puede vivir con su propio desayuno de esa manera?”

Truck se detuvo y observó al Abridor que lo observaba. Le dolía el cuello y el viento le hacía picar los labios sensibles. “Tiny”, dijo, “me voy a la Tierra. No hay mejor lugar para ser arrestado”.

“¿Qué?”

En el espacio soplaban otros vientos. Mientras el pensativo Truck meditaba sobre las pantallas exteriores, contemplando las serpentinas voladoras de ilusión producidas por el improbable avance *de Ella* a través del medio imposible de los campos dieléctricos, Fix, el contraamaestre, le preparaba comidas que no comía.

–Tienes que comer, jefe.

Tiny Skeffern conectó su Fender al equipo de comunicaciones. Transmitiendo el *Blues de Dynaflow* al tembloroso y distorsionado universo exterior, dejando un rastro de lentas cintas de ruido taquiónico que algún día y en algún lugar inimaginablemente distante podrían ser recibidas y decodificadas como una música alienígena, la

nave avanzó a tientas, se tambaleó y se precipitó por turnos y unos pocos años luz más cerca del destino de su capitán.

Nadie mencionó la Tierra hasta que fue necesario para los procedimientos de aterrizaje.

Para ese momento, a Truck le quedaban seis de sus veinticuatro horas.

Capítulo III

LA FIESTA MÁS LARGA DE LA HISTORIA DEL UNIVERSO

Tierra:

El IWG y la UASR, inicialmente parásitos del tejido muscular político, habían devorado lo que quedaba de sus anfitriones del siglo XX durante las secuelas de las trágicas e infames guerras de las “bombas rata” de 2033–45, cuando el sistema de Estado Cliente, ese compromiso incómodo y paternalista entre autonomía e imperio, se fragmentó y se desmoronó.

Una nueva Arabia se tragó todo el continente chino-soviético, engulló las zonas más fértiles de África, aunque perdió su centro neurálgico original en Egipto. El GIT creció hasta abarcar las dos Américas, la cáscara de la fracasada Comunidad Económica Europea y las costas del Mediterráneo.

Entre ambos devastaron Australasia y, en una disputa por los pozos de misiles de la Antártida, prendieron fuego al Océano Pacífico.

Ahora se enfrentaban entre sí a lo largo de las tortuosas líneas fronterizas del desierto sirio y los montes Tauro, los desiertos llenos de cráteres de la franja alemana y el mar de Bering. Los silos en el charco de radiocristal de la depresión de Quattara amenazaban a Níger y a las quillas de Nubia. Se disputaban el mar Rojo con cautela, en cañoneras, desde la calzada israelí en el Sinaí hasta el puente de cincuenta carriles de la carretera árabe en Al Shaab.

Flotillas de hidroalas, rociando arcos de arco iris de petróleo y semipolímeros para calmar el mar frente a ellas, patrullaban el Atlántico Sur; sobre ellas, interceptores de misiles pilotados colgaban en precarias órbitas fragmentarias; y frente a la punta de Sudamérica, Tierra del Fuego, enigma y amenaza bajo su cúpula de energía, sobresalía del Estrecho de Magallanes como un enorme pez alienígena varado.

Hubo muchos frentes, pero pocos enfrentamientos; para eso utilizaron la Galaxia.

Habría sido ingenuo considerar a los “judíos” y “árabes” como herederos de la Tierra: habían vendido ese derecho de nacimiento y sólo conservaron la terminología. Los agravios milenarios que habían motivado sus guerras anteriores al

último cuarto del siglo XIX habían desaparecido; al consolidar sus imperios de segunda mano, habían fusionado mil nacionalidades y religiones, sólo para perder la propia.

Pero lo que es más importante, quizá, es que cada uno de ellos había renunciado a su autodeterminación en favor de los principios político–sociales y económicos de los bloques de poder muertos, de modo que quedaron atrapados en el inevitable conflicto de ideologías que ya se habían desgastado lamentablemente cuatrocientos años antes, cuando el brillante Tiny Skeffern había dado su primera actuación.

2367: La discontinuidad de Mohorovicic fue explotada en ambos lados de la falla del Mar Rojo.

Ya no había zonas neutrales.

Truck decidió visitar a su esposa.

Cor Caroli era visible sobre los puestos de inspección desiertos de Carter Snort cuando, sin darse cuenta de su posición como activador de la entropía, hizo descender su nave entre ellos. Sabía que era la estrella asesina, el asesino en la manada de Venatici; pero aún no esperaba que su propia estrella acabara por eclipsarla en todas las escalas de magnitud.

Tuvo que discutir con Fix, el contraamaestre cromiano, que permanecía obstinadamente en la rampa de carga del *My Ella Speed*, tosiendo en el sucio aire invernal de la Tierra y diciendo: “Traeré el machete, jefe”.

Truck meneó la cabeza.

–Quédate aquí, Fix. Tiny te dirá si me han pellizcado. La nave es tuya hasta que vuelvas a saber de mí.

Fix sonrió avergonzado. Sus dientes eran como un aserradero. –Necesitas una gran protección ahí fuera, jefe. Yo... –Se dirigió hacia la esquina de la bodega donde guardaba sus cosas.

–Deja esa maldita cosa donde está, Fix. No vendrás.

“Al diablo con eso.”

“Lo siento.”

Él también iba. Se abrochó la segunda chaqueta que le quedaba mejor, una pesada prenda de cuero marrón forrada con un peculiar pelaje gris procedente de algún lugar en el que nunca había estado. Parte de su pelo se quedó atrapado en la cremallera ornamental; las cremalleras estaban tan de moda ese año como Tiny Skeffern y por razones similares. Se encogió de hombros mirando a Fix. Abandonó la rampa.

Tiny todavía estaba en la nave. Al oír los tacones de las botas de Truck que se alejaban, sacó la cabeza por la escotilla delantera y, recortada contra las luces de la cabina, exhaló ectoplasma hacia la noche helada.

–Estaré en el Boot Palace en Sauchihall si me necesitas
–gritó.

–Gracias, Tiny.

Mirando sentimentalmente hacia atrás por encima del hombro, Truck perdió el equilibrio entre los manojos de pasto que se habían abierto paso a través del concreto roto del campo de aterrizaje.

“Nos vemos.”

Se alisó el pelo y caminó con dificultad hacia las calles vacías y deprimidas del Snort de Carter.

La más septentrional de las cinco zonas principales de megapuerto de Albion (ese complejo de 60.000 millas cuadradas de muelles de búnkeres, astilleros, terminales de carga y almacenes que una vez se había llamado “Gran Bretaña”), el Snort había sido la primera de ellas en sucumbir a las recesiones en dominó del período poscolonial, y la única que nunca se había recuperado.

Allí ya no se manipulaban mercancías y no se construían naves, aunque en algunos astilleros todavía se erigían grúas

torre, como para disimular su impotencia. Sólo florecían las desguazadoras, que se dedicaban al comercio de repuestos y fundían lo que no podían revender en grandes hornos de fundición que convertían las arcadas de hormigón de Carter's Snort en un laberinto rojo y opaco.

Su población original se dispersó en busca de trabajo, la zona había atravesado rápidamente ese proceso de decadencia cultural característico de los puertos espaciales, atrayendo a los pobres, los desarraigados, los desadaptados y, finalmente, a los elementos intelectuales decadentes y artísticos no sólo del IWG sino de las estrellas. La única música que se escuchaba en Carter's Snort era la New Music. Era el interior de todos los interiores.

Truck, que había vivido allí el tiempo suficiente para cometer uno de sus errores más elementales, encorvó los hombros y caminó hacia el este. Se detuvo un momento para contemplar la columna vertebral rota de una nave frigorífica que se curvaba hacia arriba a partir de sus propias costillas corroídas, con el rostro iluminado por el resplandor salvaje de las antorchas de plasma: con sus medias viseras oscuras y numinosas, los deconstructores le sonreían, una raza de amables vándalos.

LIBRE EN CUALQUIER LUGAR, decían los grafitis en las paredes de los oscuros almacenes abandonados: SUSQUEMADELION VIVE, y ¿HAY VIDA ANTES DE LA MUERTE? Truck se rió; le gustaban; se sentía como en casa.

Se subió el cuello de la camisa e ignoró los pocos copos de nieve amargos que le picaban en la cara cuando se volvía hacia el viento.

Ruth Berenici Truck vivía en el territorio de grúas junto al río. Se quedó en la calle mirando hacia las ventanas y preguntándose no tanto por qué había venido, sino qué parte de él lo había sugerido. Silenciosas explosiones de luz desde los patios; luego el tañido de una viga monstruosa que se doblaba y caía.

Las paredes habían sido su manuscrito cuando todavía dormía aquí: hasta el piso de ella, le enviaban mensajes desde una cabeza juvenil extraña.

VUELVE A CASA TRUCK.

Él no recordaba haberlo hecho.

Ruth Berenici estaba de pie frente a la puerta abierta, presentando por nerviosismo sólo su perfil izquierdo, perfecto e inmóvil. Era alta y delgada, se movía muy lentamente. Sus ojos eran grises (sin embargo, carentes de hielo), su cabello estaba cubierto de vetas; los músculos de su mandíbula eran un poco demasiado fuertes.

“Ruth”

–Te vi en la calle.

Ruth Berenici había permitido que el universo la hiriera a cada paso: por eso no poseía más que una gracia triste, una calma interior que se rendía. Truck extendió la mano para tocarle la mejilla derecha. Ella cerró los ojos y el lado izquierdo de su boca sonrió.

–Todavía está ahí, John.

El giro vacilante de la cabeza, el rostro completo al descubierto: se mordió el interior de la mejilla en una especie de shock sexual.

–¿Por qué tiemblas? –preguntó. Recordó brevemente cómo ella subía los escalones del sótano del Boot Palace unos años antes: una postura seccional bajo la débil luz húmeda del amanecer del Carter's Snort. Encontró una de sus largas manos y la atrapó.

–Hay momentos en que... –retiró la mano, abrió los dedos y los presionó contra el pecho de él–. *Te conozco*. –Sacudió la cabeza. Tenía profundas zonas magulladas alrededor de los ojos, marcas de la eterna víctima–. No, no vas a entrar...

La mano se apartó, sin dejar moretones en su segunda mejor piel, ninguna marca de ningún tipo.

–A menos que te quedes esta vez.

Ruth reconoció la importancia de los momentos. Era su única defensa.

–Esta vez sí –mintió. La habitación había cambiado, pero encontró uno de sus sombreros en un armario–. Lo arreglaste muy bien. Pensé que te habías ido a otro sitio.

Más tarde, al colocar una de sus manos debajo de sus pequeños pechos:

“Sigo aquí.”

Ruth trabajaba en la oficina principal de Bayley, el desguazador, en Lead Alley; por la noche, le traía divertidos regalos robados de las existencias de Bayley. Se quedaba en la habitación todo el día porque sabía que le dolería que volviera y no lo descubriera. Dormía mucho. Rascaba los dibujos de escarcha en el interior de la ventana; miraba fijamente, ligeramente sorprendido de descubrir que todavía estaba libre.

Se pelearon, amontonados en su estrecha y caliente cama.

–¿Por qué te fuiste? –Movi6 bruscamente la pierna y lo miró con seriedad–. Deberíamos poder hablar de ello ahora.

–No lo sé, en realidad. Vamos.

–No, espera un minuto, deberíamos poder hablar de ese tipo de cosas.

Gruñó hacia el techo y se dio la vuelta para tumbarse boca abajo. –Bueno. –Salió de la cama, rascándose con

indiferencia el vello de las axilas. Sin nada que hacer en todo el día, se había convertido en un glotón del sueño, perpetuamente soñoliento. Se sentía como si una capa de esponja lo separara de los objetos, del suelo.

“Tengo que mudarme. Tengo que conocer gente nueva. Me gusta la gente”.

Ella lo siguió por toda la habitación, hablando por encima de su hombro, recogiendo cosas y volviéndolas a dejar.

“En abstracto, en abstracto. Querer a todo el mundo mantiene a los individuos a distancia. Si puedes sentirte responsable de un perdedor destrozado que nunca conociste, ¿por qué yo no?”

–Oh, eso es un poco simple si...

–Bien. –Se apretó contra él, toda esa asombrosa carne blanca, teñida de azul ahumado en sus declives–. Volverás. Me dolerá, pero seguiré aquí. Esto siempre estará aquí esperándote.

Ella le agarró la mano y le obligó a tocarle la mejilla derecha, el vientre y los muslos.

Se encogió de hombros. “No creo que sea así en absoluto”. Tomó su chaqueta y comenzó a revisar los bolsillos.

De vuelta en la cama, Ruth sollozó. –Lo siento. –Se puso de cara a la pared–. Entonces, métete droga en la maldita cabeza.

Cuatro días.

No vino nadie.

Nadie lo arrestó (excepto Ruth: cuanto más tiempo se quedaba, más miedo tenía ella de su eventual partida; era una espiral ascendente de dependencia). Estaba constantemente junto a la ventana, observando cómo la nieve se convertía en aguanieve y luego en lluvia. En el territorio desguazador, las antorchas de plasma silbaban; se podaban y cortaban montones enteros de acero; los gnomos de viseras oscuras se balanceaban y sonreían.

Atrapado entre la incapacidad de Ruth de sentir algo más que dolor y la incertidumbre de su propia posición, Truck se puso nervioso y mezquino. No entendía cómo la general Gaw y su policía podían haberlo pasado por alto. Necesitaba información. Se puso a charlar con Ruth cuando ella llegó a casa del trabajo; finalmente se puso la chaqueta y salió de la casa.

Tiny Skeffern no pudo decirle nada.

–Algo se está moviendo ahí abajo –dijo, soplándose los dedos para calentarlos. Era una tarde de ensayo en el Boot

Palace, y el resto de su banda no había aparecido—. Pero nadie ha mencionado tu nombre.

Estaba en cuclillas sobre el polvoriento escenario, con el amplificador conectado. El Boot Palace estaba lúgubre y frío, olía a público rancio. Remolinos sucios de tinte fluorescente parpadeaban tenuemente desde sus paredes cavernosas, ecos del *satori*⁶ de la noche anterior.

“La policía antinarcoóticos se está preparando para cerrar la operación de importación de Chalice Veronica. ¿No estás involucrado en eso, verdad?”

Lo enchufó y no pasó nada.

“Me gustaría ver a Veronica”, dijo Truck. “Tiene orejas de gato”.

Tiny le dio una patada a su amplificador. “Mira, vete a la mierda, *trabaja*”, dijo. Se lavó las manos. “Vamos a emborracharnos”, sugirió. “Podríamos pasarnos a ver a Veronica más tarde”.

⁶ Satori es un momento de no-mente y de presencia total, término japonés que designa la iluminación en el budismo zen. La palabra significa literalmente ‘comprensión’. Satori es un momento de comprensión al nivel más alto, es ir más allá de la experiencia terrenal. Esta experiencia solo se da en niveles elevados de conciencia, comunes en los meditadores, pero no al alcance de cualquier persona.

–Tendría que decírselo a Ruth –dijo Truck. Pero ya era de noche cuando regresó al lugar de los desguaces.

En algún lugar entre Three Jump House y Spastic Quasar, robó una gran fruta vulpeculana rosada como regalo para Ruth. Él y Tiny corrieron bajo la lluvia por lados opuestos de la calle, lanzando esa cosa obscena entre ellos hasta que comenzó a mostrar signos de desgaste irreversible. Se rieron. A Tiny se le caía mucho.

–Silencio –susurró Truck mientras subían sigilosamente las escaleras.

¡VUELVE A CASA, TRUCK!, decían las paredes.

Se perdió un paso. El regalo de Ruth se alejó volando en la oscuridad como un fantasma estúpido, rosa y brillante. “¡Cógelo, Tiny!”

Llamó a la puerta. –¿Ruth? –No hubo respuesta. Tiny se rió entre dientes–. Se le cayó de nuevo. –Intentó mantener en equilibrio la fruta en un dedo–. No te va a dejar entrar, amigo. Ups.

“¿Ruth?”

No hubo respuesta.

Truck se agachó con cuidado y se sentó de espaldas a la puerta. Se oían débiles sonidos de alguien llorando. Venían

de muy lejos y lo pusieron muy nervioso. –Oh, Ruth, lo siento. –Se animó–. Déjanos entrar y te daremos algo.

Tiny dejó caer la fruta. “Sí.”

–Vete –dijo Ruth desde el otro lado de la puerta–. Vete, John.

Dejó la fruta. Se encogió de hombros. A mitad de la escalera, se apoyó en la barandilla y vomitó desesperadamente. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Tiny –dijo–, somos unos perdedores. ¿De qué nos sirve todo esto?

Mientras Ruth Berenici, alta, canosa y hermosa, sentada en su estrecha cama, recorría con las yemas de los dedos la cicatriz que le inmovilizaba el lado derecho de la cabeza, desde debajo del ojo hasta el lugar donde el cuello se une al hombro, sería ingenuo confundir al John Truck de ese destartado y duradero asunto con compasión.

Bien podría haber sido al revés.

Chalice Veronica, el Rey traficante, vivía en un almacén reformado de cinco pisos, un monumento lúgubre y antiguo detrás de los viejos depósitos de correo de cohetes de Renfield Street.

Debajo de los alcorques, ejercía su oficio en una cadena de cisternas de combustible abandonadas durante el efecto dominó de las recesiones. Allí, las innumerables sensaciones de la Galaxia eran cortadas, almacenadas, empaquetadas y enviadas (se rumoreaba) por un centenar de denebianos desnudos que saldaban una misteriosa deuda con el Rey. A kilómetros a la redonda, la tierra estaba plagada de trampas, túneles y escondites.

En la superficie, en veinte suntuosas salas, se desarrollaba la fiesta más prolongada de la historia del universo. Allí nacían y morían personas; se decía que algunas habían vivido allí toda su vida. La fiesta se ralentizaba, pero nunca se detenía; la droga era benigna, los cortes apetitosos y, mediante hábiles sobornos, el Rey mantenía a salvo de todo daño y de toda detención incluso al más insignificante de sus invitados.

No podría durar mucho más.

Cada seis meses, cada habitación se redecoraba al estilo importante del Momento: ahora el momento era el siglo XX. El capitán John Truck (algo recuperado de su reciente malestar) y Tiny Skeffern entraron en el dominio del Rey por una vagina cromada, pasaron a un vestíbulo de plástico donde valiosos *objetos de arte* —el tubo de recalentamiento y el conjunto de ventilador de popa de un GEYj93, cortados para revelar canaletas en V y turbinas de baja presión; prensados originales de Bing Crosby y Johnny Winter; un

juego de primeras copias de Ethel M. Dell encuadernados en becerro, firmados y numerados por la autora— se extendían a su paso.

Más allá, en una sala llena de humo de colores a la deriva, donde los estroboscopios saltaban de una longitud de onda a otra y el sonido de Tiny Skeffern caía en bloques sólidos desde el equipo cuadrofónico original, el propio Chalice Veronica descansaba en un sofá con pantalones de crochet.

—Hola —dijo Tiny Skeffern, dando vueltas—. He traído a un amigo.

—Qué bonito —susurró el Rey. Se puso de pie lánguidamente y sonrió a Truck. Tenía la mano helada; su piel tenía la textura y el color del temple, húmeda y polvorienta; era viejo y su voz era débil, destrozada; *el arcus senilis*, la banda amarilla de la descomposición, desfiguraba sus ojos. Era de conocimiento público que lo sabía todo, menos la fecha de su propia muerte.

“Quiero algo de información”, dijo Truck.

El Rey se rió. “Es muy directo, ¿no?”, le dijo a Tiny Skeffern. “Pero a mí me encantan las celebridades. Qué bueno que ambos vinierais”.

Estudió a Truck, y fue como ser medido por la Muerte.

–He oído hablar mucho de ti, pero aquí estás a salvo. Nadie te molestará. –Ladeó su cabeza chata, parecida a la de un lagarto–. Aunque a muchos les gustaría hacerlo. ¿Qué demonios has podido hacer?

Truck se subió la cremallera de la chaqueta. –Gracias. Eso es todo lo que quería saber. Será mejor que me vaya. Tiny me ha dicho que estás esperando una redada.

Chalice Veronica levantó la mano en el gesto típico de los antiguos navegantes, con el antebrazo rígido desde el codo y la palma abierta.

–No habrá ninguna incursión –murmuró–. La fiesta no se detendrá. Quédense. Circulen. Algunas de las mentes más brillantes de la Galaxia están aquí. Artistas, pensadores, revolucionarios, criminales. Quédense.

Truck llamó la atención de Tiny, quien asintió dubitativamente.

“Nos encantaría”, dijo. “Pero sólo por un momento”.

Chalice Veronica sonrió distante. Empezó a arremangarse. Alguien le trajo una bandeja de pasteles dulces. “Para el momento”, reflexionó, “un bello sentimiento. Sí, siempre el momento”.

Mientras pasaban a la habitación contigua, Tiny dijo: “Este último año está demostrando su edad. Ya no puede afrontar la realidad. Pero deberíamos estar bien por un tiempo”.

–¡Ah, Hermann Goering! Ése sí que fue un auténtico romántico difamado por su propia época. Siempre el destino del innovador. –En la larga galería del quinto piso, Horst–Sylvia, la escultora biológica, estaba mostrando su último animal, algo pequeño y multimórfico–. ¡Qué emoción, qué...! –Molesto por el alboroto, se deslizó sobre un cuadro de cera que representaba a Nixon, Brezhnev y otros grandes terratenientes del siglo XX, que miraban con benevolencia a sus campesinos y esclavos. Chilló–. Me han dicho que lo están buscando. –¿Humo? –En rápida sucesión, se convirtió en un tití albino, una araña, una salamandra dorada. Desapareció entre los pliegues de la túnica de Sylvia.

–La música de Tiny es tan... bueno... no puedo describirla. Sólo la música puede expresarlo, ¿sabes? –Esa es la belleza de lo no verbal. –Finalmente, tomó la forma de un perro mestizo negro y se escabulló por ahí orinando en los zapatos de todos–. ¡Rememorando el optimismo, el romance, de la Guerra Fría, la promesa de la tecnología! Alguien encontró un trozo de cuero para un collar, pero el perro había muerto. Fue un gran éxito.

“No duran mucho tiempo, por supuesto”, afirmó Horst–Sylvia.

John Truck, que rondaba en un rincón oscuro bajo una fotografía borrosa en blanco y negro de un XB-70 ('tan característica de la imaginación de la época'), se rascaba la nariz con amargura. Tiny se había alejado para que le explicaran qué era lo que le daba a su música un sentido tan agudo de urgencia estética.

–¿Qué dijo el viejo tonto sobre las mentes? –murmuró Truck.

–Estás en Carter's Snort, capitán –dijo una voz baja y divertida desde algún lugar de la alcoba–. No conviene esperar demasiado.

Truck entrecerró los ojos en la penumbra, seguro de que el hueco estaba vacío cuando entró. Saltó. Una figura oscura envuelta en una capa negra se había desprendido de la pared, con los ojos ocultos por el ala de un enorme sombrero blando.

“Al menos no están vestidos como tontos”.

Una risa hueca. La boca estaba oculta por un ridículo cuello de tormenta; debajo de la capa, los huesos parecían sobresalir en ángulos extraños.

–Tienes que hacer tu parte, capitán. Mira...

Una mano fina y blanca se deslizó desde debajo de la capa, con la palma hacia arriba: sobre ella había un único clavel

verde de tallo largo, sin aplastar y delicadamente perfumado.

“Sinclair–Pater me envía. Quiere decirte esto: admira lo que hiciste en Morfeo y desea ayudarte ahora en todo lo que pueda”.

El clavel desapareció. Un gesto de prestidigitador. Volvió a aparecer.

“¿Qué quiere de mí? No tengo nada que vender. No soy más árabe que anarquista”.

El mensajero de Pater chasqueó sus delgados y pálidos dedos. Era increíblemente alto.

“Una oferta de ayuda. Nada más. Puede que la necesites antes de lo que crees.”

El almacén de Chalice Veronica se estremeció. Las luces se apagaron. Una explosión prolongada y continua sacudió la galería. Las débiles bengalas de emergencia se encendieron. Los invitados del Rey gemían en un crepúsculo gris enfermizo, mirándose los rostros cadavéricos.

El anarquista se arrebuja en su capa y se alejó entre la multitud, con sus largas piernas llevándolo a gran velocidad. Casi fuera de la vista, entre la multitud, se dio la vuelta y gritó: “Narcóticos, capitán. Deben haber bloqueado todos los escondites. Pruebe en el techo”.

Y desapareció.

Las luces de emergencia murieron.

Truck se abrió paso a duras penas en la sudorosa y agitada oscuridad. Alguien le dio un codazo en la ingle. Él pateó. –¡Muévete, tú...! Fue inútil. Un rayo Chambers se disparó frente a él. –¡Nunca me atraparán con vida! –Una risa histérica.

“QUÉDATE DONDE ESTÁS”, dijo una voz tranquila y gigantesca.

Los anestésicos en aerosol silbaron en la galería.

Algo explotó silenciosamente en la parte posterior del cráneo de Truck y se deslizó hacia un profundo agujero. Su último pensamiento fue que todos parecían saber más sobre él que él mismo.

Capítulo IV

DEMASIADA GRAVEDAD

La general Gaw, el peculiar sacerdote Dr. Grishkin y Swinburne Sinclair–Pater, el anarquista interestelar, habían capturado cada uno una parte de él.

La general Gaw tenía los brazos en alto. “¡No hagas eso, hijo!”, gritó, agitando su horrible cuchara. El doctor Grishkin le arrancó la pierna derecha en un intento de atraer su atención. Sinclair–Pater, riendo como un loco, puso sus manos en la cabeza de Truck. “¡Te conozco!”, dijo con picardía, moviendo sus delgados dedos. “¡Todos te conocemos!”.

Hay misteriosos saboteadores trogloditas cojeando y saltando en la penumbra en la base misma del universo; durante milenios, han estado buscando el único tornillo

dorado que mantiene unido todo el sorprendente artefacto: Truck conocía su paradero al centímetro justo antes de despertarse con todo el sórdido horror de una prenda de sujeción de goma, en el Centro de Detención West Central de Carter's Snort.

–¡Os lo diré! –gritó, intentando moverse. Pero todos habían salido por una puerta trasera en su cabeza.

La única construcción nueva en Carter's Snort desde la depresión: el Centro de Detención West Central, construido a toda prisa cuando la decadencia se hizo evidente: concebido, edificado, condenado a ser una barriada marginal para impartir justicia en el interior. No es que a nadie de allí le interese esta última (que está representada de forma no figurativa en un mural sobre la puerta indeseable y tiene que ver, al parecer, con globos, balanzas y relámpagos. Muy inspirador, pero lo único que se puede decir con seguridad es que huele a desinfectante); no, están metidos en todo ese hormigón para ganarse la vida. Les hace arquear los hombros, como si soportaran toda esa pila de acero y cara plana sobre sus cuellos.

Si tienen celdas para las almas, nadie tiene la culpa.

Por fuera, es un reflejo del Snort al que dice servir: abanicos de óxido allí donde el metal toca las paredes; húmedo, sucio y junto al río.

En el interior, John Truck. Bueno, ya ha estado aquí antes. O en lugares muy parecidos.

Estaba solo en una sala de acusación con el eco de su propio grito al despertar, la única y total alfabetización de las tierras del interior garabateada y pintada en las paredes de color verde pálido que lo rodeaban. Allí es donde escriben sus únicos libros: *Picking Nick estuvo aquí, arrestado por anfetaminas; Og, atrapado por posesión de drogas por ser un amigo; Todos los policías lo hacen con sus madres; Si te bajas, Ángel, dile a la Rata que no lo hice.* Cosas y cosas y cosas más. Novelas de rabia, denuncias inútiles dirigidas a abogados, parientes y a la vida; vómitos y otras cosas en los rincones; una fría puerta de acero con remaches y solo recuerdos de pintura por haber sido pateada tantas veces en una tonta resistencia.

Truck estaba atado a un banco, mareado por la anestesia, ya desolado y aburrido, preguntándose si la general lo habría alcanzado por fin. Desde el otro lado de la puerta se oía un continuo roce de pasos, todo un ejército de delincuentes desfilando. Voces débiles, algún grito extraño, algún perdedor borracho: los invitados del Rey, que pagaban sus prendas sin la diversión de la fiesta. Ya había amanecido.

Se quedó allí tendido durante un rato, luchando en silencio contra las ladillas que le cubrían la chaqueta y mirando fijamente al techo. La gente se acercaba a la puerta, cambiaba de opinión y se marchaba de nuevo. Ángel, La Rata

y Harry el Rápido transmitían sus consejos en prosa inconexa y con errores ortográficos, pero él ya los había leído todos antes. Cuando la puerta se abrió de golpe, estaba medio dormido. Imagínese su sorpresa al encontrar al doctor Grishkin, el flácido sacerdote, inclinado solícitamente sobre él.

Encerrado en el apartamento de Ruth y con tiempo para pensar en el encuentro en Bread Street, había empezado a sentir una inquietud metafísica, incluso alarma, cada vez que pensaba en Grishkin. Le habría resultado difícil explicar por qué. Sin embargo, la aparición o avatar del hombre amplificaba irrazonablemente esa inquietud. En un esfuerzo por disipar parte de esa inquietud, miró fijamente el rostro redondo y lunar, donde casi podía verse reflejado en una tenue película de sudor cursi, y murmuró.

“¿Creí que te había dicho que te fueras a la mierda?”

No fue un golpe bajo. (Un día de estos, Truck, se dijo con tristeza, alguien va a descubrir quién eres realmente bajo toda esta charla grosera: un osito de peluche); y fue un error incluso insinuar que podría estar continuando su intercambio anterior. El doctor había cambiado su capa, pero no su postura. Negra, con una fina raya dorada. Muy atractiva.

–Capitán, es un poco más complejo que eso. Si pudieras animarte... Si pudieras cooperar...

Sus ojillos brillaban de forma extravagante. Detrás de sus ventanas se movían cosas amorfas y jugosas como si fueran el lento movimiento de un núcleo, de un eje, de algo real, en cualquier caso, que existía al margen de su benigna y grasienta fe: urgencias inexplicables de la psique imitadas en el movimiento de las entrañas, exigencias que quizá sólo Grishkin podía comprender plenamente y Truck satisfacer por completo. Ante semejante ambición, semejante enigma y compulsión, la bravuconería de Truck flaqueó un poco.

—No me digas que eres policía. No me lo hubiera imaginado.

Crucificado por los parásitos de otros (aún no había aceptado que ahora fueran suyos, aunque evidentemente ellos sí lo habían hecho: el eterno malentendido), envuelto en goma sudorosa y tendido boca arriba, no estaba en su mejor momento; era una estupidez decirlo. Pero el buen doctor se limitó a sonreír. No era ningún policía y ambos lo sabían. Truck encorvó un hombro.

“Eso que dijiste fue una estupidez. ¿Por qué *estás* aquí entonces?”

La necesidad carece de ley.

Grishkin sonrió radiante. Caminó muy rápido por la habitación, tocando las paredes aquí y allá.

–Capitán –dijo mientras se marchaba–, ya le han detenido antes. No es tonto. Por un delito como éste, por un delito relacionado con narcóticos –abrió los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba; miró fijamente la conjunción de la pared y el techo–, nadie podría esperar razonablemente un abogado. Pero el siglo XXIV admite –de hecho, insiste– su derecho a la representación religiosa. ¿Por qué, si no, debería estar aquí? Asintió varias veces para sí mismo, murmurando “Así es, así es”, como si estuviera pensando en otra cosa.

–Cómo entraste aquí no me importa mucho; ve al grano, Grishkin.

El Abridor acercó su rostro al de Truck. Parecía que había trasnochado últimamente; tenía bolsas de piel flácida y ligeramente descolorida debajo de los ojos. Se lamió los diminutos labios y luego susurró con seriedad: –Abriría ciertas puertas, para...

–Grishkin, si tú...

–Para ofrecerle una salida, Capitán.

Truck se sintió absurdamente decepcionado. Se rió amargamente, pensando en la general.

Grishkin hizo un gesto de impaciencia y le dio la espalda. –¡Capitán, es difícil preocuparse por usted! Cuando se dio la vuelta, algunas de las urgencias contenidas tras las

ventanillas se habían escapado a su musculatura facial, frunciendo la boca de forma intermitente y hundiendo su frente en dos labios gruesos y largos de carne.

–Capitán –dijo–, hay otras cuestiones además de la satisfacción personal, de la ideología. Necesito un agente; si lo prefiere, un intérprete; posiblemente incluso algo más. ¿Me entiende? Usted es la última persona en la Galaxia que habla el idioma que me interesa. Mi doctorado no es en teología ni en medicina, sino en arqueología: ¿entiende lo que quiero decir?

Respirando pesadamente, se inclinó hacia él y apoyó su enorme masa con una mano a cada lado de la cabeza de Truck. Debajo del sudor, su piel estaba granulada y mate.

“No es un asunto para tomarse a broma. El sistema penal local se puede eludir. Si acepta actuar en mi nombre, quedará en libertad. Si no, se trata de un delito relacionado con estupefacientes, capitán. Eso habla por sí solo”.

Se puso de pie haciendo palanca.

Truck era invenciblemente ignorante de su Tiempo y Lugar; apenas comenzaba a reconocer la naturaleza de las mareas. Se rió entre dientes. “¿Puedes burlar a la Flota IWG, doctor?”, preguntó. “¿Puedes burlar a la General Alice Gaw?”

En realidad, no fue divertido.

“¡Oh, *al diablo con* estos malditos piojos!”

Grishkin hizo una mueca de dolor. Las paredes de su estómago se contrajeron furiosamente detrás de la ventana de su alma. Por voluntad propia, sus manos regordetas se movieron hasta que las puntas de sus dedos romos tocaron el cuello de Truck. Su capa cayó hacia adelante y oscureció la luz. Después de un esfuerzo, controló sus dedos y dio un paso atrás; se envolvió con la capa y se quedó allí, mirando hacia abajo casi con compasión.

–Vale más de lo que se imagina, capitán. Si sospechaba que estaba repitiendo cosas que no entendía, no puede ser tan ingenuo como... pero no: ya la ha visto. Esperaba llegar a tiempo. –Se encogió de hombros–. Hasta que haya algún cambio en sus circunstancias, tendré que retirar mi oferta.

–Entonces no tendrá nada que ofrecer, doctor.

Se oyó un silbido y un ruido sordo de cerrojos automáticos que se desplegaban; los servomotores chirriaron y la puerta de la sala de carga se abrió lentamente para dejar paso a dos policías uniformados. Grishkin extendió su capa como un hombre pájaro lunático y alzó la vista al techo.

–El precio será justo cuando llegue el momento, capitán. –Luego–: Ábrete al Principio Universal, hijo mío –entonó–. Puede que tú no creas en Él, pero Él cree en ti. Ése es mi consejo. Aprende a confiar y a ser honesto, elige sólo

aquellas flores de la flora de las Entrañas de la Materia. Puede que ahora te parezcan monótonas, rodeadas de los estridentes pétalos de la ilusión. Pero más tarde, más tarde...

–¡Ah, el brazo secular! Ábrete a ellos, hijo mío.

Se cruzó de brazos y se alejó, saludando con la cabeza a los policías. Estos lo ignoraron y miraron a Truck con cara gris. Uno de ellos tenía una llave del dispositivo de inmovilización. Cuando el sonido de las botas de Grishkin se apagó en el pasillo, la levantó y sonrió maliciosamente. Cuando Truck le devolvió la sonrisa, su rostro se cerró de repente y volvió a guardarla.

“Menos de eso para empezar”, dijo.

Lo llevaron a una celda que daba al pasillo que conducía a la sala de acusación y abrieron la correa de sujeción para que pudiera sentarse frente a una pequeña mesa de metal sobre la que habían esparcido el contenido de sus bolsillos. Uno de ellos se fue, el otro se quedó detrás de él, inquieto y suspirando de vez en cuando, como si esperara que Truck intentara entablar una conversación con él.

Durante media hora no ocurrió nada. Una corriente de aire trajo a la celda un fuerte olor a desinfectante.

Finalmente, entraron dos hombres: un agente del IWG vestido de civil que llevaba una carpeta de plástico azul y un sargento de mediana edad de la policía civil (en realidad, de la Autoridad Portuaria) con una cara alargada y papada y un uniforme arrugado. Se sentaron al otro lado de la mesa, sin mirar a Truck. El agente le dio su expediente al guardia de Truck. “Llévale eso a Whillans por mí, ¿quieres?”.

“Whillans está enfermo”, le dijo el guardia, “señor”.

–Bueno, dáselo a Jansen. –Examinó los papeles de Truck. Parecía interesado en el libro de registro del *My Ella Speed*. Parecía joven y bronceado, pero parcialmente calvo, y tenía profundas arrugas que le bajaban desde la nariz hasta las comisuras de los labios.

“Sabemos que estuvo en Morfeo, digan lo que digan los agentes de la BCA”, le dijo al sargento. De repente, se volvió hacia Truck y le preguntó: “¿A quién le estás vendiendo estos días?”.

–No vendo nada –dijo Truck. Tenía que darles algo, así que continuó–: Admito que estuve en casa de Veronica, pero sólo estaba consumiendo. –Había tenido muy poco tiempo para hacer eso–. No vendo nada...

El sargento se levantó ruidosamente y señaló con el dedo a Truck. Estaba flácido de vientre y hombros, que es donde

más pesa West Central sobre sus ejecutivos. Sacudió el dedo acusador.

–Será mejor que te pongas en pie. Estás hasta las orejas de heroína y morfina terrestres. Podríamos romperte una pierna y a nadie le importaría. Aquí dentro podríamos romperte una pierna.

Truck siempre había evitado los derivados del opio. Nadie quería heroína colonial porque *la papaver somniferum* carecía de “fuerza” cuando se cultivaba fuera de la Tierra, y sus alcaloides siempre eran débiles o peculiares. El control rígido del cultivo por parte de IWG y UASR había cerrado el mercado negro: simplemente no había materia prima disponible, por lo que el único comercio del artículo genuino era gris, un fino hilo de material refinado y empaquetado robado principalmente de suministros médicos militares, que viajaba por una precaria cadena de montaje hasta las fábricas de corte de los gigantescos monopolios H&M de la Tierra.

Era escaso, caro y lo suficientemente rentable como para que los monopolios protegieran celosamente sus conexiones. Truck nunca había querido que le volaran la cabeza.

(Había una segunda razón, que le parecía extraña incluso a Truck. La llamaba aprensión, porque no creía tener derecho a adoptar una postura moral. En eso probablemente tenía

razón. Pero debajo de su sombrero de cuero y su ropa rara vivía un puritano. No vendería nada que él mismo no tomase. Nunca dejó de preguntárselo. Lo consideraba un defecto fatal en su carácter.)

“La heroína terrestre puede matarte”, dijo. “Lo sabes tan bien como yo”.

El hombre del IWG golpeó la mesa. “No está jugando limpio con nosotros, sargento”, dijo distante. El sargento se sentó. “¿Por qué no se lo ponemos más difícil?”, se quejó, mirándose las manos romas y peludas como si las odiara. El hombre del IWG miraba vagamente al techo. “Hay una manera fácil y una manera difícil de poner las cosas en orden”, asintió. Abrió el libro de registro de nuevo, hojeó las páginas y empezó a hurgar en las pertenencias de Truck.

–No estás cooperando, John –dijo–. Mira, esto podría haber sido más difícil para ti personalmente, te hemos demostrado mucha consideración. –Sus ojos eran azules y llorosos, sin rumbo; prestaba toda su atención a cualquier cosa en la que se fijaran, como un animal viejo. Parpadeó y todo tenía el mismo peso para él–. Sabemos que estabas en Morfeo, no hace muchos años, traficando con anfetanas. Tu operación hizo una contribución significativa al Putsch de la Mantequilla, así que podemos asumir que tienes una participación política. Ahora apareces en una redada a Veronica. ¿Por qué no deberías tener también una conexión con la heroína?

–Estás metido en un lío, John.

En aquellos días inmaduros, mientras vagaba entre oscuras fábricas de máquinas–herramientas y enormes laminadores, preocupado únicamente por ganar suficiente dinero para recomprar sus contratos de trabajo y largarse del planeta, Truck no había sido capaz de distinguir una participación política de un ataque de vómitos. Aún tenía problemas.

“No sé de qué me estás hablando”, confesó. “No veo qué tiene que ver la H con la política. Nunca he tenido mucho que ver con ninguna de las dos cosas”.

El sargento se puso de pie de nuevo de un salto. Esta vez su silla se cayó. Cerró el puño y lo dejó caer de golpe sobre la mesa, delante de la nariz de John Truck. Su rostro se había puesto muy rojo. Pequeños objetos rodaron por la mesa y cayeron por el borde.

–¡Trabajas para Veronica! –susurró–. No intentes negarlo. –Se burló–. Dime una cosa –dijo–: ¿Qué eres? ¿Anarcosindicalista o situacionista? ¿Cuál de las dos opciones es?

–Oh, Dios mío –dijo Truck, asombrado.

El hombre del IWG hizo una mueca. “¿Podría dejarme ocuparme del aspecto político, sargento?”, murmuró. Empezó a hurgar en sus bolsillos.

“Es muy obvio”, dijo el sargento. Se sentó y miró a Truck con expresión agresiva.

–Mire –dijo el hombre del IWG–, en realidad esto es un asunto de la flota, sargento. Hay suministros médicos involucrados. Hay una orden de “retención” emitida por la propia general Gaw sobre este hombre. Encontró un trozo de papel.

El sargento parecía impresionado. Truck se sentía como si un pez intentara escapar de sus pulmones. Se retorció en su silla, tratando de pensar en algo que hacer. La ley local había tenido su parte, pero luego la habían eludido.

–¡Se lo contaré todo, sargento! –dijo desesperado–. Soy un pequeño engranaje de una gran máquina. Un químico de Sad al Bari está planeando inundar el mercado con una mezcla de heroína y AdAc aumentada. Tiene el apoyo de los trotskistas y leninistas, pero sólo le diré...

El sargento siseó y se inclinó sobre la mesa. Una expresión de triunfo cruzó sus gruesas facciones. –¡Lo sabía! –susurró. Luego sacudió la cabeza con pesar–. Me lo quitaron de las manos –dijo–. Me lo quitaron de las manos... –Miró con enojo al hombre del IWG–. Podría haber llegado a teniente.

Truck se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta de la celda. Los muebles se sacudieron detrás de él. Estaba a medio camino cuando el agente del IWG le dio una patada

sin esfuerzo en la base de la columna vertebral. Se golpeó la cabeza contra la pared. Estos días, siempre parecía caerse. Notó que los piojos habían dejado de picarle: sospechaba que habían abandonado el barco que se hundía.

El hombre del IWG resultó llamarse Nodes. Parecía extrañamente desconectado de su propia situación. Incluso se presentó formalmente mientras acompañaba a Truck por los pasillos estériles pero grasientos de West Central (los pasillos institucionales tienen esa cualidad: combinan contra todo pronóstico asepsia y suciedad, como si el antiguo ciclo de suciedad a la luz del día y desinfectante a la medianoche hubiera impartido un barniz, una pátina intermedia, a sus paredes) hacia la lúgubre mañana de Carter's Snort.

Dijo que no había razón para que tuvieran una relación negativa; dijo que él era un ser humano como Truck, ya que tenía una esposa y tres hermosos hijos; insistió en llamar a Truck 'John', sin darse cuenta de que al intentar cambiar sus roles tradicionales, simplemente los estaba implementando y reforzando. En resumen, él era un policía. 'No deberíamos sentirnos alienados', dijo.

Truck intentó atrapar sus ojos llorosos, de animal viejo.

–Estás loco. ¿Sabes que esta acusación es una trampa? ¿Conoces a esa tal General Gaw?

Nodes sonrió y miró fijamente hacia los pasillos.

–Sabes, no es una gran contribución, ¿verdad, John? ¿En serio? Si te ofrezco una relación más constructiva que la de un oficial y un detenido, deberías intentar conocerme, ¿no?

“Por el amor de Cristo, deja de llamarme así.”

Truck pensó: “Debería haber seguido adelante, podría haber estado a mitad de camino a través de la galaxia ahora (conduciendo hacia el borde sangriento). Era demasiado tarde para eso”. Sintió que el mundo giraba debajo de él, obstinado, chirriante, pesado. “Demasiada gravedad”.

–¿Qué fue lo que dijiste, John?

Los pasillos palidecieron, se enfriaron; llegaron a una especie de vestíbulo delantero con amplias puertas de cristal. Un espacial borracho se desplomó en un banco, eructando reflexivamente; levantó la vista cuando Truck pasó. –El caso es, contramaestre, que necesito una garantía... –empezó a decir, parpadeando. Vio a Nodes, se encogió de hombros, cerró los ojos y vomitó desinteresadamente. Fuera, una fina aguanieve gris caía sobre media docena de vehículos blindados de la Flota aparcados contra la acera, salpicando la calle ancha y húmeda con breves ráfagas de viento. Los tiradores de la Flota con rifles de reacción aceitosos y lentes de contacto sutilmente polarizadas cubrían el área circundante, holgazaneando aburridos y profesionales, con los ojos entornados para protegerse del viento.

La general Gaw lo estaba esperando allí. La vio a través de una capa de condensación en el cristal. Había dejado de lado su uniforme femenino del ejército y se había puesto un mono negro que acentuaba su pequeña pero bien formada barriga y sus brutales muslos. Llevaba un casco antidisturbios amarillo en el hueco del brazo. Sonrió cuando Nodes hizo pasar a Truck por las puertas y le dijo algo a uno de los tiradores. Una risa breve y metálica resonó en la calle tranquila.

–Bienvenido a casa, hijo. Hace tanto frío que te congelarás el trasero, ¿eh? Truck vaciló sobre el pavimento brillante; el viento le azotaba el pelo sobre los ojos; temblaba y se abrochaba torpemente la cremallera de su segunda mejor chaqueta. La general, sin embargo, era inmune al clima. Lo miró con el ceño fruncido ferozmente como un loro tuerto, con la cabeza ligeramente ladeada. Le hizo señas con el dedo índice.

–Oh –dijo, pronunciando la sílaba con fuerza y chasqueando la lengua con enorme placer–. Oh, pero ya lo has hecho. Si hubieras sido un poco más sensato, muchacho. Podría haberte ahorrado todo esto...

Ella lo tomó del brazo con un agarre férreo y posesivo. Los verdugos de la Flota se movieron discretamente hacia un patrón de máxima seguridad, colocándose en las posibles líneas de fuego, sus ojos duros recorriendo a Truck de un lado a otro antes de continuar con el barrido de la

intersección brumosa al final de la cuadra, los tejados resbaladizos y húmedos. El aguanieve caía más rápido, suave y húmedo. –Tú y yo vamos a tener una charla tranquila, muchacho, en algún lugar agradable y seco. Ella se rió. –¡Una charla tranquila! –repitió en voz alta, sonriendo a los tiradores.

De repente, uno de ellos soltó un grito agudo, estridente y mecánico. Movié rápidamente los dedos delante de los ojos para ajustar la polarización de sus lentes de contacto y empezó a disparar su arma. Los rayos se encendieron en la nieve y desaparecieron por completo. En la intersección, unas formas grises se movían bruscamente en la oscuridad.

La general Gaw empujó a Truck con fuerza y gritó: –¡Llévenlo de vuelta allí, Nodes, llevenlo de vuelta! –Se colocó el casco amarillo como si fuera un bulbo en la cabeza y se dio la vuelta–. Hablaremos más tarde, Truck, cuando haya aplastado a estas ratas.

Mientras desaparecía en la oscuridad, un gran estruendo sacudió la calle, llenando el aire de trozos de papel, plástico y polvo flotando.

Capítulo V

BAJO EL SNORT CON EL REY DEL MOMENTO

Por un instante, la aguanieve cayó como barro, abultándose como una cortina en medio de un vendaval mientras la ola de la explosión la empujaba por el conducto de la calle. Truck retrocedió tambaleándose hacia las puertas de West Central con las rodillas temblorosas y el pelo enredado en la cara (como cilios de algún animal húmedo y amistoso, que le hacían cosquillas en los ojos y le llenaban la boca). Por encima de él, el símbolo de hormigón de la justicia de Interior se desintegró en polvo y piedras y cayó como una cascada; los globos se hicieron añicos, la balanza se desplomó y la mano que lo agarraba se disolvió.

“¡Maldito infierno!”

Él lo miró fijamente, aterrorizado.

Los trozos de la sustancia le golpearon los hombros y lo tiraron al suelo mientras tosía. Nodes lo arrastró hasta el vestíbulo y lo empujó de cabeza contra el frío suelo de plástico, donde se quedó tendido, intentando ignorar sus pantalones empapados. Algo atravesó el cristal y se convirtió en una mancha brillante en la pared opuesta, silbando furiosamente. El borracho espacial emergió de una sensiblera reflexión sobre su confinamiento y miró a su alrededor con expresión desesperada. Gritó: “¡Dios, capitán! ¡El número cinco ha vuelto a soltar su carga!”, parpadeó enormemente y rodó bajo su banco.

Truck giró para echar un vistazo a la calle. La visibilidad era nula. Los motores funcionaban a toda velocidad mientras la flota intentaba sacar sus vehículos de debajo; parcheados con una dermatitis de aguanieve medio derretida, maniobraban en total confusión, retumbando y rugiendo. La general Gaw era invisible en la oscuridad, pero podía oír su voz alzada por la ira. Lentos bólidos rojos trazaban arcos a través del clima hacia un punto de fuga común, y los rifles de reacción tosían y se ahogaban como viejos enfermos.

–¿Qué diablos es eso que hay ahí fuera? –le preguntó a Nodes.

El hombre del IWG lo pensó, con sus ojos cansados fijos en el alboroto que se desarrollaba en el exterior. –Yo diría que es una pregunta políticamente ingenua, incluso viniendo de ti –decidió. Sus manos descubrieron una pequeña pistola

Chambers en uno de sus bolsillos. La apuntó a Truck—. Creo que estaríamos más seguros lejos de aquí, ¿no te parece, John?

Mientras salían del vestíbulo con cautela, el espacial se movió bajo su banco. En lo más profundo de su cráneo, un vestigio de emoción marcial le aguijoneaba el cerebro magullado. Levantó una vacilante voz de contralto y, tras un par de intentos fallidos, ensayó un pasaje del fragmento *de Finnsburg*:

Cada hombre hizo su pieza privada con Reagan
Y, a una señal, liberaron
buscadores de calor, bobinadores laterales,
desecantes, decorticantes, defoliantes.
Agotaron sus redes disruptoras rescatadas.
Se tragaron sus píldoras anti-simpatía.
Esperando ver al enemigo.

Su interpretación era redonda y *trémula*; respiraba profundamente entre las líneas y marcaba los intervalos con su mano callosa. Complacido con la acústica de West Central, comenzó con ¡“Saluda a la flota!”, que se sumió en un silencio lúgubre al tercer compás.

—Dios lo bendiga, contramaestre —gritó mientras se alejaba Truck. Eructó y miró desconsolado el vestíbulo vacío y parpadeante—. ¡Usted es un hombre más severo que yo!

Más tarde, Truck dijo: “Creo que estamos...” Pero, en realidad, no le debía nada al IWG. Siguió adelante, arrastrando los pies, sintiéndose deprimido y expuesto, mientras Nodes seguía un curso constante hacia abajo, hacia los niveles de detención profundos, fríos y ecoicos, donde nadie se había molestado en enyesar las paredes. Cada tres o cuatro minutos, una nueva explosión, perceptible aquí solo como una vibración sostenida en las plantas de los pies, sacudía las periferias del edificio.

La condensación goteaba de las juntas de expansión de los techos y formaba grumos lechosos de minerales que se filtraban por los suelos ácidos y sin tratar. Era un laberinto de ángulos rectos: grupos de tuberías de pequeño calibre seguían fielmente los pasillos, como circuitos gigantes; el polvo cubría los ventiladores. Unos peculiares vientos subterráneos silbaban sin rumbo en las escaleras. Evitaban los ascensores, “para el caso de corte de electricidad, John”.

–Mira, creo que nos están siguiendo –admitió finalmente Truck. El suave susurro de los pasos, ecos vacilantes, espasmódicos y que se alejaban, lo había puesto nervioso.

El laberinto se abría a un aparcamiento subterráneo, por cuya rampa de acceso se filtraba una luz gris melancólica. Estaba vacío, salvo por unos cuantos camiones de cinco toneladas de la Autoridad Portuaria, levantados con gatos hidráulicos e incompletos. Había trapos viejos y trozos de

papel esparcidos por el suelo aceitoso y había pequeños montículos de polvo en los rincones.

–Sería una lástima, John –dijo Nodes distraídamente, mientras recorría las paredes e inspeccionaba cada vehículo por turno. Se detuvo y se frotó con el otro pulgar una mancha de aceite que tenía en la mano que sostenía el arma (la Chambers amenazaba erráticamente: un pilar de apoyo; una pila de ruedas de sesenta pulgadas; y un cartel que decía SE TOMARÁN MEDIDAS DISCIPLINARIAS CONTRA LOS OFICIALES ATRAPADOS; el resto estaba sucio e ilegible). –Ninguna de estas cosas funciona, ¿entiende?

Miró hacia la rampa. “Puede que no le seas de mucha utilidad a la general en otras manos. En esas circunstancias, sospecho que serías un peligro definitivo para la seguridad”.

“¿Qué otras manos? ¡Vamos, Nodes!”

–Francamente, John, tengo órdenes de matarte si eso pareciera probable. –Los ojos de Nodes se centraron en la escalera que los había dejado caer en el parking. Truck retrocedió rápidamente; no sabía si era miedo o repugnancia; se sentía con derecho a sentir cualquiera de las dos cosas, pero la indignación parecía eclipsarlas a ambas.

–¡Ya me harté de ti, Nodes! ¡Estoy harto de ser “John”! ¡Estoy harto de serlo! –Agitó los brazos. El sudor que se evaporaba le heló la piel–. Dios mío, salís de vuestros

agujeros y convertís toda la Galaxia en un manicomio. ¿Las manos de quién? –Se apartó el pelo de los ojos–. Y en cuanto a la “bomba consciente” sangrante de la general Gaw...

Nodes se le quedó mirando, alerta y tenso. Los ojos del viejo animal se enfocaron correctamente en Truck por primera vez desde que había ingresado en la celda de interrogatorio.

–No sigas –dijo en voz baja–. Esa es información clasificada por encima de mi nivel y no estoy preparado para escucharla. –Hizo un gesto de lo más humano con su mano libre–. Sólo puedes perjudicarnos a ambos si das información que no estoy autorizado a escuchar. Sugiero que...

Un roce de suelas de botas como el sonido de vendajes al rasgarse.

Una figura oscura en la escalera.

Nodes giró demasiado tarde.

Su cámara hizo un agujero en el cemento a sus pies; la salpicadura le prendió fuego a las perneras de sus pantalones. Retrocedió, tratando de mover las dos piernas a la vez, con expresión horrorizada. Siseando y gimiendo como un gato furioso, como el Fender de Tiny Skeffern, un proyectil de cinco milímetros le dio de lleno en el pecho y empezó a quemarlo. Cayó de espaldas, gritando “¡Dispara!

¡Oh, dispara!”, tratando de transmitir un último y desesperado mensaje a sus dedos. La figura en el hueco de la escalera se rió suavemente, sus pies rasparon como tela rasgada, como muselina de mantequilla, débil y destruida, se acercó.

Nodes vació la pistola de reacción contra el techo, intentando alcanzar a Truck. Con una rodilla en el suelo sobre la caja torácica mutilada, ahogándose con el hedor y el humo, Truck se la quitó con cuidado y la arrojó al otro lado del garaje. La pistola hizo un ruido metálico. Nodes gimió y puso los dedos en el borde blando y húmedo de su atroz herida. –Tengo un grupo sanguíneo extraño, Mary –dijo con claridad–. Oh, Dios mío.

–No tenías por qué haberlo hecho –acusó Truck, poniéndose de pie de mala gana–. Te juro que a todos les gusta.

El Rey se rió entre dientes. Llevaba un mono de cuero blanco de un corte peculiar, ajustado en la entrepierna y las axilas, que colgaba suelto de su vieja figura en otras partes. Sus manos estaban bastante firmes, con marcas de pinchazos sobresaliendo entre los pelos de su espalda, un rojo escarlata doloroso contra la mugre grisácea de las entrañas de su piel paquidérmica y arrugada.

–La ingenuidad estropea el momento, capitán Truck –susurró–. No puede ser por tu cínica amoralidad por lo que todos te quieren. ¿Estás loco?

Se escabulló como un lagarto sorprendido sobre un ladrillo caliente, hacia un rincón oscuro, donde escarbó en el polvo del suelo. Una sección de la pared que había encima de él crujió y se deslizó. Su voz decadente resonó a través del garaje hasta John Truck (desconcertado y dolido y nunca conocido por su intelecto entusiasta), dos palos frotándose en un viento seco:

–Hace mucho tiempo que me preparé para una eventualidad semejante. Sentí que un momento similar me susurraba a través de los años. Líneas H llenas de programas sin sentido. Escapar de todas las situaciones. Todo llega a mí por debajo de los nichos de correo de cohetes, capitán. Yo... –Alzó la voz–. ¡Vamos! ¡Entren ahora, amigos míos! ¡Están de nuevo en el dominio del Rey y no pueden sufrir más daño!

Y desapareció dentro.

Desde la escalera se oyó un tímido susurro de movimiento. Unos rostros blancos se asomaron al aparcamiento y se retiraron, saboreando el aire de un lado a otro. Riendo y murmurando en voz baja pero en aumento, bromeando al fin, con la confianza creciendo a cada segundo, los invitados del Rey salieron de su breve cautiverio en la madriguera de

West Central, con las mangas de gasa ondeando nerviosamente a cada movimiento del aire.

Truck permaneció de pie como una piedra enloquecida sobre el cadáver humeante, y los demás pasaron corriendo junto a él, sin mirarlo dos veces, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. La fiesta más larga de la historia del universo desapareció en la Tierra. Truck la siguió con la mirada inarticulada. Se metió las manos en los bolsillos y encorvó los hombros.

En los pasillos de arriba se oían otros pasos más ásperos; otras voces, mecánicas y estridentes. Sacudió la cabeza por encima del cadáver. Echó a correr.

El grupo, que se había adelantado a él, se había concentrado en las brillantes luces y en las exquisiteces de la sala de montaje (entre las que, presumiblemente, podrían contarse cien de los principales denebianos que sudaban su innombrable obligación hacia el Rey), y Chalice Veronica estaba solo detrás de su puerta secreta. Su mano escuálida y de reptil instó a Truck a pasar por la abertura; ladeó la cabeza y escuchó; tiró de la palanca de acero que cerraba el cerrojo.

—¡Corre, capitán! —susurró—. La facción invasora ha quedado en una situación embarazosa; están preparando una última resistencia. —Y se alejó por un túnel bajo y mal iluminado. Agachado y tambaleándose, raspándose la

cabeza con viejos ladrillos malolientes, con los pies reacios a sumergirse en cinco centímetros de agua maligna, Truck lo siguió.

Habían recorrido unos cuatrocientos metros desde el aparcamiento cuando el suelo se hundió un pie y el escondite se aclaró la garganta tras ellos con una tos enorme y estruendosa. Una tormenta de polvo los envolvió, las luces se apagaron y se aferraron el uno al otro en la oscuridad, tambaleándose para mantener el equilibrio como practicantes de un extraño vicio. Atrapados en ese desagradable abrazo, con el aliento agrio y a chatarra del Rey en las fosas nasales, Truck sintió que la tierra se arrastraba y se movía en la oscuridad. Estaba ensordecido, tenía arenilla asquerosa en los ojos y en la boca.

Después de milenios, o quizás segundos, el hundimiento se estabilizó. Truck se soltó de los brazos del rey, escupió y se frotó los ojos.

“Todo el maldito Snort se nos vino encima”, sugirió.

Veronica mostró sus dientes amarillos en la penumbra.

–No lo creo, capitán. Pero alguien, tal vez sin querer, se ha asegurado de que West Central no retenga a los astronautas durante algún tiempo, y parece que estamos a salvo por el momento. ¡Mire!

Al final del túnel brillaba una luz azul. Caminaron hacia ella, quitándose la suciedad de la ropa con ineficacia.

–Es una galaxia de traficantes, capitán Truck –dijo el Rey complacientemente, comiendo pasteles glaseados blancos y aplicándose el tradicional torniquete en la parte superior del brazo con una corbata de seda manchada de cuatro siglos de antigüedad.

La fiesta fluía y reflúa desgánadamente a su alrededor como un mar espeso y sin salida mientras estaban sentados en pintorescas sillas inflables (el vinilo se había vuelto amarillo como la cara de un drogadicto con la edad, su transparencia se había nublado) debajo de los silos de Renfield Street.

–Cada uno a su manera, IWG y UASR, yo mismo, incluso el pobre loco Grishkin y los maestros de su religión idiota, evitamos que la gente recuerde que sufre, o que la inmensidad de la Galaxia, la irreversibilidad de su propia humanidad, los deja perplejos y miserables. No es un estado que pueda *durar*, por supuesto... –Se rió de sí mismo, lamiéndose las pálidas migajas de sus labios azules y anóxicos–. Aun así, nunca cerramos, capitán. Hacemos que se sientan bien.

Gruesos cables recorrían el suelo de la cisterna abandonada (una de las cuatro que servían al oficio de Veronica) para alimentar las plantas de secado y los tanques de productos químicos; y baterías de reflectores colgadas a quince metros de altura en una red de vigas vertían un calor devastador. La corte del Rey se movía lenta y amablemente, empapada de calor, soñolienta por él; la fiesta se había vuelto introspectiva, como una rana al sol.

“Un mercado de traficantes: y ahora eres un producto de primera calidad. Alice Gaw te necesita, así que los árabes deben tenerte... ¡Oh, sí! ¡No evites el tema, capitán! ¿Por qué, si no, Gadafi ben Barka, un astuto comando que no es ningún tonto, lideraría un ataque absurdo contra una prisión obsoleta en un país frío? Es innovador, pero no es dado a las aventuras.”

Truck estaba horrorizado por la velocidad de la operación de inteligencia del Rey. Habían pasado dieciocho horas desde la fuga de West Central, y había dormido la mayor parte de ellas. Ahora se estaba poniendo un glorioso pantalón corto, sudando un poco y meditando sobre el precio: el Rey era el Rey y la información era otro mercado para los traficantes.

“Espero que se hayan limpiado entre ellos”, dijo.

Veronica cerró los ojos soñolientamente. –Es poco probable. Ambos son supervivientes. Quienquiera que se

haya hecho explotar allí abajo no fue el coronel Ben Barka. Y recuerda: fue el ayudante de campo de Alice Gaw quien quedó atrapado en el bombardeo “accidental” de Weber II; había estado fuera del planeta durante cinco horas o más... –Golpeó con los dedos el ritmo lento de su sangre–. Me pregunto qué pasará con Grishkin. Si estuvo allí como dices...

–¡Grishkin! –se burló Truck.

–Ah. –El Rey abrió los ojos de nuevo–. Incluso él te quiere, Capitán. Fue él quien desenterró la... propiedad... que te hace tan valioso; entre los Abridores, me han dicho, la sensación es que esto les da derecho prioritario. ¿Quién puede contradecirlos? –Se rió con picardía–. El viejo lunático ya ha construido un mito sobre ello. Lo están llamando el Arca de la Alianza, Capitán. ¿Qué te parece eso como romance? La Entraña Única del Dios Viviente, traída desde la Tierra durante alguna antigua migración. En cuanto a si Grishkin estaba loco *antes de* entrar al búnker de Centauri, no tengo información confiable.

–Pero no lo subestimes. Es tan fanático como los otros dos, tiene mucho que ganar (aunque menos que perder), y la red de los Abridores atrapa peces raros en media docena de planetas. –Sus párpados se cerraron, pero no del todo. Observó a Truck a través de dos delgadas rendijas brillantes–. Un arqueólogo demente –meditó–, y un extraño artefacto. Y tú con el don de lenguas. ¿Podrías liderar una

cruzada de los Abridores, capitán? ¿Puedes imaginarte interpretando la Palabra para el doctor Grishkin?

Sus ojos se abrieron de repente.

–Oh, todos te quieren, Capitán, pero conmigo estás a salvo.

Truck no pudo soportar su mirada astuta ni pensar en nada que decir. En cambio, se interesó en los murmullos de los invitados. El silencio se prolongó, piel blanca sobre huesos de chatarra. –Supongo que tendré que irme pronto –dijo finalmente. No hubo respuesta–. Creo que es alguien que conozco allí. Pero ha sido una gran fiesta. Pero los ojos del lagarto estaban cerrados una vez más. Los opiáceos son opiáceos, el Rey había caído en un ligero sopor.

Se levantó y se quedó dando vueltas indeciso durante un minuto o dos. Nadie se había dado cuenta de su conversación con Veronica. Se mordió las uñas, mirando de mala gana las extremidades marchitas del Rey y su boca vieja, malvada y pellizcada, por si la audiencia no había terminado; pero así fue, y se alejó, sintiéndose ya inseguro.

Por extraño que pareciera, había visto a alguien que conocía: Tiny Skeffern, en cuclillas en el suelo con un instrumento que había robado de alguna parte, mientras una señora del puerto eléctricamente delgada y con ojos como una ardilla sorprendida le sonreía posesivamente.

–¿West Central? –dijo cuando Truck le preguntó. Sacudió la cabeza–. Espera un minuto, había... No... Supongo que debí estar allí. Una sonrisa vacilante se extendió por su rostro. “Al final, sólo recuerdas la fiesta”, se dijo, enfrentándose con asombro a lo inefable. “Pero si tú lo dices... Truck”.

La portuaria le estaba advirtiéndole a Truck con una mirada verde e implacable. Él se encogió políticamente y se llevó a Tiny, mirando furtivamente por encima del hombro para ver si había alguien espiando. Las luces habían comenzado a pinchar constantemente un punto sensible en el borde de su campo de visión. Su sensación de incomodidad y desconfianza crecía momento a momento.

–Mira, no creo que Veronica me deje ir. No sé qué hacer. Si me usa para hacer un trato con la general...

–Oh, es un muchacho bastante decente –dijo Tiny cortésmente, volviendo la mirada hacia su dama (que le lanzó a Truck una mirada que habría debilitado a un planeta y se alejó, incluso con los omoplatos puntiagudos de malicia). –Mira lo que has hecho. Oh, qué se le va a hacer.

Al final, resultó desgarrador, pero no demasiado difícil. Truck se quedó atrás, convencido de su vulnerabilidad, pero temeroso de comprometerse al intentar irse, durante una hora o más. Entonces, Tiny Skeffern le llamó la atención sobre un fenómeno peculiar. El tanque de combustible se

estaba volviendo insoportablemente opresivo, la fiesta era turgente y silenciosa, sin vida, sin mareas; un Mar Muerto de humanidad en el que flotaban obstinadamente rostros sudorosos, inexpresivos, determinados a no ahogarse. La música se apagó, se detuvo en un acorde no resuelto; la gente cambió de posición y se miró fijamente. Truck detectó profundas corrientes subterráneas que crecían; interfaces calientes e irritadas.

–Dios mío –susurró Tiny–. Creo que esta vez sí que se acaba. –Estudió las lentas olas–. Ha calculado mal. Aquí abajo... –Dio un codazo a Truck con entusiasmo–. No se puede detener desde fuera. Pero aquí abajo el sistema está cerrado. ¡Mira esas caras! ¡Se *aburren*, Truck!

El colapso fue rápido y cruel. Se formaron patrones sin rumbo mientras los invitados se tambaleaban alrededor de la cisterna al ritmo invisible de su aburrimiento; el calor caía sin cesar, se instalaba en los huecos de sus clavículas; sus ropas de fiesta se volvieron pegajosas, arrugadas. Silencio, salvo por el arrastrar de pies. Algunos de ellos se tumbaron, el resto los pisaron con cuidado, con la mirada fija en otro lugar. Ante el silencio abrumador, se condensaron como una galaxia espiral, siguiendo su trayectoria hacia el centro de la habitación.

–La salida del puerto, si quieres ir –dijo Tiny–. Por allí. –Y se dispusieron a abrirse paso a través del coágulo de carne coagulada. Alguien agarró los hombros de Truck:

Horst-Sylvia, la escultora biológica, con su pecho coloratura agitado; sus ojos amarillos e inmóviles miraban fijamente a los suyos en una interrogación pasiva y muda. Sus joyas brillaban. Se arrastró alejándose.

–Yo... –dijo una voz cerca de él, en el tono de pesadilla de los parcialmente sordos–. Yo... ojo... sí... –Una pausa terrible y balbuceante–. Sé... lo que quieres decir. Hermann... Hermann Goering... tan... tan...

Los invitados del Rey intentaban desesperadamente tranquilizarse, reactivarse, pero nunca volvería a ser lo mismo. Habían dejado que se deteriorara, estaban separados, aislados. El daño ya estaba hecho.

El camino hacia la cisterna se tambaleaba entre una neblina de calor. A pesar de dormir, se sentía exhausto. Le habían dado un puñetazo en la espalda, pero cuando se dio la vuelta, sediento de sangre, nadie lo miró a los ojos. Podía oír su propia respiración. Se apretó los nudillos en los ojos, luchando contra la histeria somnolienta que emanaba de los invitados, que habían empezado a empujarse unos a otros en silencio, como animales en un corral. Cuando volvió a apartar las manos, los focos le dieron de lleno en ese punto dolorido de la retina.

Parpadeó. La salida estaba a la vista, pero junto a ella, como un faro negro, había aparecido una figura alta con un sombrero de ala suave. Una mano pálida le hacía señas.

Pensó que estaba alucinando. Estaba de pie junto a su ruta de escape como la Muerte en el banquete. Intentó reír, emitió un sonido seco y ahogado. Era el mensajero de Sinclair–Pater, el anarquista de la capa negra.

–Todos me quieren, Tiny –susurró. Una bota le araño la espinilla y se clavó en los huesos pequeños del pie. Cayó al suelo. Los invitados empezaron a murmurar; los rostros colgaban sobre él como lunas en descomposición. Tiny lo arrastró para ponerlo en pie. Estaban a diez pasos del refugio cuando, flanqueada por dos enormes denebianos, Chalice Veronica, consciente de que la fiesta estaba llegando a su fin, les bloqueó el paso.

Su rostro era gris y horrible, las comisuras de los labios muy estiradas, los dientes amarillos y las encías rojas peladas, y la brutal revelación del cráneo debajo. Se rió entre dientes y la saliva le corrió por la barbilla.

–Eres demasiado atractivo para dejarte, capitán –dijo–. Todos te quieren, pero parece que yo he acaparado el mercado. ¿Por qué no te diviertes? –Levantó los brazos marcados por las cicatrices y barrió la sala con un gesto–. ¡Aquí está toda la vida! ¡Arte, sofistería, crimen...!

–Ya me lo dijiste antes –dijo Truck débilmente–, y lo único de lo que hablan es de ese maldito Hermann No–sé–qué.

Los denebianos del Rey avanzaron en una rápida y mortal posición, pero el hombre de la capa negra fue más rápido. De la nada, se colocó entre ellos y el ansioso Truck. Sus brillantes ojos azules bailaban de risa; sus largas manos blancas parpadeaban hipnóticamente; y un perfecto clavel verde de tallo largo yacía a lo largo de su palma, con gotas de humedad brillando en los diminutos pliegues de sus pétalos.

–El capitán Truck quiere irse de la fiesta, Veronica –dijo, y su voz era fría y vivaz, como el aire del exterior. Observó al Rey con atención–. ¿Por qué ser descortés? La flor desapareció, la mano blanca, divertida, danzó en el aire y luego la arrancó de detrás de la oreja de Veronica–. Sabes, creo que es mío.

–Ya sabes quién soy –dijo el Rey en voz baja–. No seas tonto. Yo gobierno aquí. Yo soy el Rey.

El anarquista se estremeció de risa. La risa lo llenó, se desbordó hasta sus manos; todos los dedos se retorcieron con ella; se movieron, chasquearon, y sacaron una pequeña jeringa desechable. La miró con asombro.

–Sabes, creo que es tuyo. –Se acercó a Veronica y dijo en voz baja–: Sabes quién me envió. Sabes lo que significa el clavel. Pater está a tiro de piedra, Rey, por muy lejos que parezca. Pater siempre está a tiro de piedra.

Sus hombros temblaron como si ya no pudiera contener la risa. La jeringa se rompió en su puño. Arrojó los fragmentos hacia arriba, a la luz de los reflectores, y nadie los volvió a ver. Puso una mano sobre el hombro de Truck y la otra sobre el de Tiny; los instó suavemente a avanzar. Una baraja entera de cartas cayó de debajo de su capa. El Rey dio un paso atrás, su rostro se derrumbó en una máscara senil, astuta, tonta y asustada.

Al salir de la cisterna, dos mujeres iniciaron una pelea apática, rodando por el suelo y amasándose la carne con dedos romos.

En el laberinto de calles oscuras que había detrás de las oficinas de correo de Renfield (donde se habían alzado del suelo en una niebla de su propio aliento, tres figuras diminutas que se alzaban y se agachaban bajo la cóncava medianoche, empequeñecidas por el oscuro entramado de las pasarelas de acceso), Tiny Skeffern sonrió alegremente y dijo: –Supongo que fue una suerte para nosotros que vinieras. –Se frotó las manos–. Dios mío, ¡qué frío hace aquí arriba!

–No ha habido suerte. –El anarquista –sus amigos lo llamaban Himation, posiblemente como represalia porque, en la creencia juvenil de que el entretenimiento debe tener un fin moral, les robaba el dinero y lo recuperaba de los lugares más embarazosos– miró hacia el lugar por el que

había venido—. Pero al parecer te saqué a tiempo. Hace unas horas sospeché que Veronica ya había hecho su trato con la Vaca de toda la Galaxia. –Escupió en la oscuridad—. Si es así, tendrá que enfrentarse a ella sin ti, y su fiesta habrá terminado para siempre.

Cor Caroli, la estrella asesina, brillaba sobre el Snort a través de jirones de cirros altos. Junto al río, los desguaces estaban en silencio.

“Siento mucha pena por ese viejo tonto.”

Himation miró al pequeño músico con enojo. –No seas ingenuo –le aconsejó, y de repente se arrebujó en su capa—. Has estado en Averno y has visto a esos hombres de cara amarilla con sus zapatos de cocodrilo, vendiendo el producto en grupos bajo la luz de las farolas en el puerto de Egerton. Parecen buitres, parecen predicadores, parecen cadáveres: pero el Rey es peor que cualquiera de ellos. Es el tío de la Muerte, con un dedo en asuntos más sucios que la heroína de la Tierra.

Se encogió de hombros ante su propio fervor.

–Ya puede volver a su nave, capitán –le dijo a Truck, que miraba a Cor Caroli como si le hubiera hecho una gran injusticia personal, dominado por la preocupación por sí mismo—. Iré con usted si decide aceptar la oferta de Pater. Si

no, he organizado otro transporte. Tal vez valga la pena que hable con él.

–Lo veré –dijo Truck. Empezaba a sentirlo como una responsabilidad que no estaba en condiciones de asumir solo–. No se me ocurre nada más que hacer. –Se examinó los pies–. Me pregunto para qué me *quiere*.

Himation se negó a dejarse llevar.

–Bien. Como es posible que tengamos que recuperar su nave de la Autoridad Portuaria, será mejor que nos apresuremos. –Se alejó a grandes zancadas, con la capa volando detrás de él. Por un momento, se parecía tanto al doctor Grishkin que Truck se vio obligado a reprimir un escalofrío. Pero cuando pasaron rápidamente por una zona de lámparas de mercurio descoloridas, la impresión se disipó. Era la segunda vez que se ponía voluntariamente en manos de otra persona.

Tiny, corriendo para seguir el ritmo, preguntó: “Si Veronica es tan peligroso, ¿cómo es que nos abandonó tan fácilmente?”

Las manos de Himation se llenaron de diversión. El clavel verde apareció fugaz y espectralmente entre ellas.

–Pater me dijo lo que tenía que decir. Ese viejo drogadicto me aterrizaba, pero sabe que Pater podría cortar sus líneas de suministro en mil lugares desde aquí hasta el borde

de la Galaxia. Pater es un poco más flexible que la Sección de Narcóticos y, a diferencia del IWG y la UASR, no tiene nada que perder si Veronica cierra por completo.

No lograron que él explicara esta acusación gnómica.

–Vuelve a hacer lo de la flor –dijo Tiny–. Ya sabes.

Capítulo VI

EL ANARQUISTA INTERESTELAR, UNA AVENTURA ESTÉTICA. I

Un poco de la nieve del día anterior se había asentado en el campo donde se encontraba el *My Ella Speed*. Entre los fortines y las sombrías mazmorras de los silos del carguero, había manchas de nieve que delataban a los pies desprevenidos: una capa de nieve marrón que se solidificaba a medida que bajaba el termómetro. El campo estaba casi desierto; las luces estaban apagadas; los cirros anteriores se habían alejado hacia el este y habían dejado tras de sí una base de nubes de dos mil metros que se desplazaba rápidamente y teñía la noche de un negro como el sombrero de Himation.

Truck, tendido boca abajo en el lodo a quince metros de su nave, esperaba una señal. Estaba empapado de pies a cabeza y apretaba la mandíbula para evitar que se le

desgarrara y que sus dientes delataran su posición ante la pareja de policías de la general Gaw que estaban de guardia en la base del barco espacial sin luces. No había señales de Fix, el contramaestre, lo que le preocupaba tanto como el hecho de que la general ni siquiera se hubiera molestado en mantener la ficción de un arresto por parte de la Autoridad Portuaria.

Los policías se golpeaban los brazos y pateaban el suelo con los pies, ladeaban la cabeza mientras una sirena distante resonaba momentáneamente en las arcadas vacías, triste y desvanecida. Se respiraba en el campo el hedor de las dos de la madrugada. Era la hora incierta, cuando todo tipo de ratas bailan bajo las aceras y el aire es tan amargo como el plomo en los pulmones.

Truck echó un vistazo a su izquierda, donde Himation yacía con la misma incomodidad. La mano pálida subía y bajaba, la capa se arremolinaba como el ala de un cormorán.

Truck se puso de pie y se dirigió sigilosamente hacia su hombre. Había recorrido tres cuartas partes de la distancia (y el de la Flota todavía no se había dado cuenta) cuando Himation puso a prueba su sentido del equilibrio en la complicada superficie, agitó los brazos y se desplomó como un saco de arpillera negro vacío. Inmediatamente, la víctima de Truck lanzó un grito y disparó un proyectil Chambers que silbó en el lodo junto a la cabeza del anarquista. Himation gimió y comenzó a moverse rápidamente sobre manos y

rodillas. Las sombras se agitaban peligrosamente sobre el casco ampollado del *Ella Speed*.

–¡Se te ha ido el silbato, Tiny! –gritó Truck. Saltó al aire y aterrizó sobre la espalda del atónito policía, cerrando las piernas alrededor de la cintura, agarrando con la mano izquierda el bulto occipital y empujando hacia delante mientras el antebrazo derecho se cruzaba con la tráquea y tiraba hacia atrás. El sujeto del asalto intentó dispararle a Truck en un pie. Truck inclinó la cabeza y le mordió una oreja. El arma cayó sin dispararse.

Mientras tanto, Tiny Skeffern había aparecido por el otro lado de la nave en una emboscada apresurada y le había dado una patada en las piernas al segundo policía. Saltó a su alrededor, le metió la bota y se alejó de un salto, aullando con entusiasmo. Sin embargo, no había contado con el arsenal de la flota...

Truck dio un último tirón, soltó a su anfitrión como una garrapata muerta y le dio dos puñetazos en los riñones. Sufriendo cruelmente, el hombre de la flota se tambaleó para enfrentarse a su torturador: recibió el duro golpe del pulgar y el índice rígidos y separados de Truck directamente en la laringe. Sus ojos se pusieron en blanco. Truck se inclinó sobre él, jadeando.

–¡Jesús! –gritó Tiny, mirando el cañón de una pistola Chambers.

La ley de Alice Gaw estaba en marcha, Tiny estaba rígido. Truck dio un paso hacia ellos, hizo una mueca.

El primer y único proyectil disparado en el enfrentamiento seguía abriéndose paso sin pensar en el barro del campo: su resplandor, que se desvanecía, iluminó un rápido destello de movimiento, como el de un pez; y con un largo cuchillo clavado en el cuello, el policía restante agarró a Tiny y dejó caer su arma. “Ooh”, dijo, arrodillándose. Se desplomó lentamente y se quedó quieto.

Himation se levantó con cuidado. “Fue una oportunidad sucia bien aprovechada”, dijo mientras se sacudía la capa y se inspeccionaba las manos sucias.

Truck tragó saliva y lo miró agresivamente. –Si puedes hacer ese tipo de cosas, ¿por qué demonios tuvimos que pasar por esta farsa? –preguntó–. Podrías haberlos matado a ambos a una milla de distancia con esa cosa. –Se pasó la lengua por el labio inferior hinchado. Sabía que iba a pensar en lo que acababa de hacer y luego vomitaría.

Himation recuperó su cuchillo. Lo miró deliberadamente, sus ojos azules brillando al ver a Truck sobre veinte centímetros de acero inoxidable. –El asesinato es un arte –explicó–. Y espontaneidad en el arte, aunque Pater no estaría de acuerdo. Se enfrentaron en silencio durante un momento (Tiny intentaba no notarlos, con las manos metidas en los bolsillos, estudiando algunas cabezas de

remaches en el casco *del Ella Speed*); luego, reconociendo la mueca de desprecio de Truck con un breve asentimiento, se acercó al hombre que había intentado dispararle. Cojeaba ligeramente. –Éste está igual de muerto, capitán. Será mejor que encuentre en su corazón la aprobación.

–No entiendo de qué estás hablando –dijo Truck, pero lo entendía.

Una luz brilló en la nave espacial. La rampa de carga descendió, zumbando, para revelar la silueta deformada de Fix, el contramaestre, con sus robustas piernas bien separadas, mientras se balanceaba con una pala. –Vaya hacia la luz –dijo, chasqueando la lengua con su boca de aserradero–. Donde pueda verlo. Es mi nave desde que se marchó el capitán.

Pero lograron tranquilizarlo y lo instaron a que guardara la cosa, lo que hizo con cuidado, envolviéndola en unos trapos sucios que había llevado consigo para ese propósito desde el día en que huyó de la escudería en Crome. Diez minutos después, la geometría cúbica del Snort de Carter se encendió brevemente en verde cuando el *Ella Speed* se puso en marcha y sacudió la Tierra debajo de sí.

–¡Dejé mi maldita guitarra! –gritó Tiny Skeffern golpeándose la frente con el talón de la mano.

Himation, el anarquista, miró con ansiedad las pantallas exteriores. –Espero que seas hábil en la evasión, capitán.

“¡Tendremos que volver! ¡Tendremos que volver y buscarla!”

–Mira, lamento todo lo que pasó en el campo –se disculpó Truck, rascándose la nuca.

No los siguieron (la imaginación de la General estaba concentrada en otra cosa, y un viejo drogadicto violento ocupaba su único ojo), pero violaron la envoltura operativa de un solitario interceptor de misiles en su camino hacia arriba, y este rompió su larga parábola a través de los tramos superiores del aire para observarlos.

Precario y hambriento, flotando al borde del momento en que su presa podría entrar en temporada, como un enorme y frágil insecto contra la sombría masa de la Tierra, giró y se alzó, sacando su armamento y haciendo pases amenazantes y juguetones, para luego alejarse en una complicada curva ascendente, arrastrando aspas detectoras anédricas, satisfecho de que el *Ella Speed* se estuviera alejando de su esfera de preocupación.

Lo observaron con melancólica admiración. Una precisa y serena vacilación atravesó ochenta kilómetros de espacio aéreo y luego se alejó como una vela romana; para desaparecer –¡dando un vuelco!– como si estuviera

asombrado por su propia destreza. –Maldito arrogante –dijo Truck. Un depredador de piel fina en una región enrarecida, podría haber vaporizado una ciudad–. ¡Mira eso, Tiny!

“¿Quieres decir que hay un tipo ahí dentro?”

Himation negó con la cabeza. –Un niño –murmuró distraídamente–. Sólo los niños tienen reflejos. Yo volé en una de esas cosas hasta los trece años. Te dan anfetaminas para mejorar tus reacciones: te vuelves adicto bastante rápido. Nada es lo mismo cuando bajas. –Miró la atmósfera que se estaba desvaneciendo con una especie de anhelo furioso en su rostro–. Muchos de ellos se pierden por la euforia de la dexedrina; intentan llevarlos a donde el aire es más denso, intentan aterrizar pero los cascos se queman.

Poco después tomó los mandos. La nave se estremeció hasta romperse el lomo y comenzó su tortuoso avance a través de los campos de minas hacia su destino secreto. Fue un viaje completamente desgarrado, pero breve, escoltados por los hermosos muchachos ardientes de las juventudes anarquistas.

Todavía estaba malhumorado y retraído cuando los controladores Dynaflow del *My Ella Speed* se apagaron con un golpe y ella se escupió de vuelta al espacio real como un gusano de un bocado de fruta. Su cuerpo gruñó y se flexionó; sus pantallas exteriores, confundidas por la interferencia de taquiones, alucinaron peces extraños, caballitos de mar

chapados en latón, música inaudible de una dimensión cuestionable. “¡Estamos fuera!”, dijo Truck con alivio: otra vez, no lo lograría.

–¡Oye! –gritó mientras las pantallas se aclaraban.

En el vacío interminable que tenían ante ellos se alzaba un asteroide esférico de unos tres kilómetros de diámetro en su ecuador. Era una bonita roca, de un azul Veronica y salpicada de oro, que orbitaba alrededor de un cuerpo primario no detectable. El resto de la galaxia parecía extrañamente remoto, como si ese fragmento de escombros hubiera alcanzado una dirección topológica absoluta y estuviera describiendo un intrincado curso metafísico del que todo lo demás en el universo estaba igualmente distante. Colgado allí solo, entonces, como una luna semipreciosa, inverosímil.

–Estamos entre las estrellas, serpenteando a lo largo de la interfaz gravitacional de Sol y Centauri –dijo Himation–. Pater encontró este lugar. Primero lo llamó “Howell”⁷, porque es un lugar rebelde... –Se rió de su desconcierto y se negó a explicar el chiste–. Sin embargo, últimamente ha comenzado a llamarlo “Versalles”.

7 ¿Referencia a Leonard Percival Howell? Uno de los primeros predicadores del movimiento Rastafari (junto con Joseph Hibbert, Archibald Dunkley y Robert Hinds), y en ocasiones se le menciona como El Primer Rastafari.

Señaló la pantalla frontal, con el brazo cubierto de negro y el dedo blanco. –¡Mira! Observa las zonas doradas...

Dos brillantes motas surgieron del ojo azul, se expandieron vertiginosamente y, de repente, se convirtieron en dos naves: dos cruceros dorados de carrera de un cuarto de milla de largo, con flancos esbeltos, aletas inclinadas y curvadas y curiosas protuberancias dorsales. Llamas blancas, como gemas, ardían en sus popas; el esmalte turquesa formaba ideogramas fluidos sobre sus cascos, un lenguaje de deliciosos tallos de flores enredados. No se parecían a nada que Truck hubiera visto antes. Enmarcaban al Ella Speed; se estremeció ante la tentadora curvatura de sus vientres; eran torres de un planeta olvidado, eran imponentes y desconcertantes.

–*Fastidious* y *La Vie de Boheme* –anunció Himation con orgullo–. Dos entre cuarenta y nueve. Pero nunca tan peligrosas como la mía; es la *Atalanta en Calidón*, “*El lobo que sigue, el cervatillo que vuela*”. Está más allá del horizonte desde aquí. Pero servirán para pastorearnos.

El buen humor se derramó de nuevo en sus manos. Descubrieron un pequeño lagarto vivo detrás de la oreja de Fix, el contramaestre. Estaba sentado en la palma de su mano, hinchando su garganta escarlata, y lo miraba con atención.

“No lo habría creído”, declaró Fix, “si no lo hubiera visto con mis propios ojos”.

Más tarde, después de que Himation hubiera empujado al *My Ella Speed* hacia un hoyo en la roca cianótica y la hubiera encallado suavemente, se negó a abandonar la nave. “Tengo trabajo que hacer, jefe”, insistió. “Está saliendo de la Dina⁸ como una pata preñada. No puedo permitirlo, no si vamos a volver a transportar carga cuando todo esto... acabe.” –asintió con la cabeza en dirección al anarquista– “Supongo que tendrán talleres de herramientas para esas grandes naves de hadas por ahí”. Se mantuvo obstinadamente junto a los paneles de mando, desafiando con los brazos cruzados a Himation, al general Gaw, a la UASR, a la política y a las prisiones. “Tenemos que hacer mantenimiento”.

–Nunca discutas con tu jefe, capitán –aconsejó Himation, y con gestos le regaló a Fix el lagarto.

–Seguro que no sé qué hacer con él –se quejó el cromiano, pero se notaba que estaba contento.

El asteroide estaba hueco.

Himation condujo a Truck y Tiny a través de una carcasa exterior, un *primum mobile* de talleres, donde reinaba el

⁸ En la novela, las referencias a la “Dina”, son referencias a lo que otros autores denominan hiperespacio. Así mismo Dinaflow (Dinaflujo) se supone que es la energía necesaria para acceder a esa otra dimensión. El campo de dinas conecta planetas y, sin embargo, parece fusionarlos

pandemonio entre potentes plataformas elevadoras y componentes de naves a los que Truck no podía poner nombre; donde los parientes enmascarados de los desguazadores de Carter's Snort agitaban sus antorchas de plasma como si fueran teas y parecían disfrutar tanto juntando cosas como sus primos desarmándolas. Después de este salto demoníaco y de esos cortes y de esa conmoción de sombras, atravesaron una esfera de armerías, desiertas y silenciosas, atormentadas por torpedos Dina y cañones de reacción como tubos de órgano en el frío de una iglesia antigua. –Pater viene aquí a menudo. ¿No son geniales? Y finalmente una zona de estar, donde el aire estaba cargado con un enigma de lujo: pasillos tapizados con escenas de caza de artistas desaparecidos hace tiempo, desde Oudry a Desportes, llenos de anarquistas vestidos de forma extraña que saludaban a Himation o detenían sus recados para atender a sus copas de cristal y ajustar alguna prenda de vestir.

A través de unas puertas entreabiertas, vislumbraron una habitación cuyas altas ventanas enrejadas parecían dar a un lago pálido entre robles, donde las grandes hojas húmedas de la cicuta colgaban melancólicas e invitantes; otra con una enorme repisa de mármol sobre la que hacía tictac un reloj con forma de elefante dorado; una tercera vacía salvo por un *sillón*: una mujer con un vestido blanco con extrañas manchas de carmesí estaba reclinada allí, pasando lentamente los anillos de los dedos de su mano izquierda a

los de la derecha mientras escuchaba con expresión inmóvil la voz de un hombre al que no podían ver. Himation sonrió. –Un holograma –dijo–. El Hotel Pimodan, 1849. Maryx, que inspiró el *Mignon* de Ary Scheffer. Está escuchando a Baudelaire. Están esperando a Gautier, a la mujer-serpiente y al resto del salón. –Entró en la habitación y pasó la mano por el rostro lánguido, como una máscara–. ¿Ves? ¿No es hermoso?

–¿Eres profesor de historia o algo así? –preguntó Tiny cortésmente. Truck soltó una risita, impresionado contra su voluntad.

Pero Himation se limitó a encogerse de hombros lacónicamente y, más adelante, golpeó suavemente dos veces una elegante puerta doble. La habitación a la que los condujo era un estudio espacioso y aireado, iluminado como por una luz del norte tan preciosa y pasajera como el Arte que imitaba. En un estrado al final de la habitación había un caballete y un lienzo; al otro lado estaba sentada una niñita de rostro cetrino, ojos graves y pechos diminutos. Su ropa colgaba sobre un biombo lacado y a su lado había una cesta con labores de crochet y un volumen de poemas; y, mientras trabajaba, cantaba pensativamente una canción sobre los artistas y su forma de amar:

Ellos quieren ser artistas

Son de sí mismos gente artista.

Sus ojos se posaron brevemente en los intrusos, tranquilos, desinteresados. A su alrededor, en las paredes teñidas de cáscara de huevo, colgaban grabados de Hokusai de un refinamiento asombroso, dispuestos con un distanciamiento armonioso; etéreos tarros de jengibre de porcelana adornados con flores de ciruelo y espinos descansaban en sus estantes en una alineación extáticamente exacta; había abanicos de seda decorados con formas borrosas de ballet. Era una creación artística en sí misma, exquisita, efímera.

Pero no era la habitación, a pesar de su invitación onírica, ni tampoco era la muchacha, sino el hombre que estaba delante del caballete, con su tubo de albayalde y su pincel de cerdas el que atrajo su atención.

Era pequeño y elegante, con manos morenas y prolijas. Vestía un traje de lino blanco, con un clavel verde en el ojal de la solapa izquierda. Sus ojos eran oscuros y penetrantes, pero burbujeantes, como si detrás de ellos se estuviera redescubriendo constantemente su utilidad. Su cabello era negro y rizado con una extraña veta blanca. Su paleta era un nocturno de grises y azul medianoche. Se dirigía al lienzo con movimientos hábiles y rápidos, pero de alguna manera se las ingeniaba para sugerir con ellos un aire de elocuente ociosidad. Era un ladrón y un rebelde, era un hombre de discernimiento, no tenía edad. Era Swinburne Sinclair-Pater, esteta extraordinario y anarquista interestelar, y merodeaba

por la galaxia como un tigre brillante; acechaba el amor propio del IWG y la UASR; y... ¡zas!, dientes brillantes.

–¡Ah, *el pequeño manto, el sombrero bizarro!* –gritó, saludando a Himation con la mano–. ¡Entra, querido muchacho! (Heloise, hemos terminado por hoy. Ven mañana a la misma hora). Capitán Truck –dejó caer el pincel y saltó del estrado, extendiendo la mano–. ¡Qué nostalgia tienes de venir disfrazado! Truck se miró a sí mismo con resentimiento. –¿Te gusta mi estudio? La porcelana es K'ang, maravillosa en su fragilidad, ¿eh? (¡Vamos, Heloise, fuera! ¡Fuera!) –e hizo un gesto extravagante hacia la puerta. La muchacha frunció los labios, se encogió de hombros, dejó indolentemente su aguja de crochet y recogió su ropa.

La olvidó y en su lugar acosó a Himation. –Un momento poco imaginativo con la Reina de Copas, ¿eh, Manteau? ¿Aún vives en el Siglo Miserable? Pero le diste mi mensaje. Mira, iremos a mi sala de estar, ¿de acuerdo?

En cambio, la serie de habitaciones contiguas al estudio era frugal y austera, con pequeñas cortinas de cretona, suelos de madera manchados bordeados por alfombras turcas y una atmósfera depreciado aislamiento. En la sala de estar, a la que se accedía mediante un pasillo bajo y una puerta gótica, había unas cuantas estanterías cortas de libros antiguos, una mesa de pino lavada y algunas sillas de respaldo alto, rígidas pero encantadoras. Como adorno, un cuenco de pétalos de rosa secos se alzaba en el centro

exacto de la mesa. En las paredes de este apartamento recatado colgaban dos cuadros: uno de ellos era la cabeza de un dios del vino, insondable y sensualmente cruel; el otro, un boceto aproximado de un joven taciturno y encorvado, delgado, de mandíbula pesada, ojos profundos y muy juntos, vestido con las vestimentas de una orden de la extinta Alta Iglesia.

Una vez allí, se sentaron. Himation desapareció en las profundidades de la suite y regresó poco después para agitar su capa sobre la mesa (los pétalos de rosa se agitaron como hojas de otro año y un aroma remoto llenó la habitación) y apareció una botella de vino. Levantó la mano, prolongó el momento y aparecieron cuatro copas con los tallos entre sus dedos. Un débil tono musical. Pater sonrió con indulgencia.

John Truck, como la mayoría de los habitantes del espacio, era un hombre estrictamente contemporáneo. Prefería las cosas más recientes. No sentía un interés particular por la historia, la conocía poco, salvo cuando coincidía con la moda, y no tenía ningún deseo de vivir en ella. Miraba con recelo el florero de Pater, con la sensación de que podía ser el blanco de alguna rara broma intelectual, y el propio Pater le inspiraba cierta hostilidad. No podía comprender el dualismo de carácter que sugerían el lujoso estudio por un lado y esa sala de estar monástica por el otro; no podía descubrir ninguna razón para ello.

Así que cuando Pater, observando las manos de Himation con severa apreciación mientras pasaban los vasos por la mesa, dijo: “Admiro su esfuerzo con Morfeo, capitán”, no supo muy bien cómo responder. Después de un momento:

–Lo hice sólo por dinero –dijo secamente. Intuyó que se trataba de una táctica de apertura y decidió no alistarse–. Fue hace mucho tiempo y en otro mundo; no recuerdo mucho de eso; fue la última vez que vendí droga. Ni siquiera me di cuenta de que ustedes estaban organizando una revolución hasta bastante tarde. Probablemente no lo habría hecho si lo hubiera sabido.

Esto último no era del todo cierto. Había disfrutado de los últimos días en Morfeo cuando se hizo evidente a través del humo y los ojos irritados que la revuelta contra el Estado había triunfado. Vivir entre las ruinas no le había exigido nada; y, como Himation, los anarquistas que habían utilizado su negocio de venta ambulante como tapadera habían sido reservados, amables, exigían poco. Pero, de todos modos, lo habían utilizado. Se miró con el ceño fruncido, abrió la boca; pero antes de que pudiera dejar claro que no lo volverían a utilizar, Himation lo interrumpió.

–Vamos, Pater –le reprendió–. Tu estudio es un proverbio en porcelana; Chalice Veronica carece por completo de gusto entre los muebles de plástico; y el capitán Truck es un héroe en Morfeo –sus ojos brillaron irónicamente hacia Truck desde debajo del ala de su sombrero–, le guste o no.

Pero también ha venido desde la Tierra por invitación tuya: al menos dile por qué lo invitaste a venir. –Le guiñó un ojo. Truck miró hacia otro lado.

–En estos tiempos en que los viajes son rápidos y cómodos –dijo Pater pensativo–, venir de la Tierra no denota necesariamente una gran fuerza de carácter. La honestidad, sin embargo, sí lo denota, a pesar de su determinación de desnudarse por todo mi salón. ¿Crees que me importa lo más mínimo cuáles sean los motivos del artista, capitán? –le mostró sus dientes blancos a Himation, que estaba al otro lado de la mesa–. En cuanto al *motivo*, filisteo, mago: por cortesía. ¿Qué más? Ya que vamos a robarle el derecho de nacimiento del capitán a la general Gaw, la mujer barbuda, creo que deberíamos al menos decírselo primero.

El pequeño Skeffern entendía aún menos de lo que le rodeaba que Truck, y tenía aún menos que decir. Gruñó y bebió su vino aguado y astringente. Se preguntaba dónde podría robar una guitarra decente. “Tranquilízate, Truck”, dijo.

John Truck se puso de pie y se agarró al borde de la mesa. Se quedó mirando la cabeza de Baco en la pared, luego a Himation, el anarquista. –Tú me trajiste aquí –dijo con amargura–. Puedes llevarme de vuelta a mi nave. –Su mirada se dirigió a Pater (pero sólo pudo ver imágenes borrosas del parche en el ojo de Alice Gaw y el ansioso rostro gris del Rey

traficante hermafrodita). –Estoy harto de decirlo –susurró–. Puedes meterte a la basura tu maldito Artefacto Centauri. ¡Puedes *metertelo* a la basura! –Caminó de regreso por el estrecho pasillo y se detuvo en el estudio de Pater, apoyando la frente en una pared fría. Oyó a Tiny correr tras él y con determinación dedicó su atención a un grabado que parecía representar a un anciano de pie bajo un árbol junto a un abismo. Tiny se fue.

Pero después de un rato, llegó Pater.

Subió al estrado y examinó el caballete. Tomó un pincel fino y erizado y lo frotó sobre el lienzo. Consideró el resultado durante un buen rato. –Capitán, no quiero el Dispositivo –dijo, y su voz resonó levemente en la alta sala–. Lo único que quiero hacer, querido muchacho, es quitárselo a la General Gaw. ¿Entiendes? Si ella lo quiere, si la UASR lo quiere, lo suficiente como para luchar abiertamente en la calle por el hombre que pueda hacerlo funcionar, si están dispuestos a hacerlo, entonces no me interesa que ninguno de los dos lo tenga. ¿Entiendes? Suspiró. –No me interesa.

Truck no le hizo caso, pero obvió la estampa a pesar de sí mismo y se quedó mirando los hombros recargados del traje de lino blanco. Pintando despreocupadamente, Pater continuó:

–No *te quiero, desde luego*. Puede que haya reunido a mis seguidores entre “recolectores de trapos, afiladores de

cuchillos y caldereros”, pero al menos van decentemente vestidos: tú, en cambio, pareces uno de los vagabundos de Veronica. No tienes estética y menos educación. Ni siquiera eres responsable de esta cosa desenterrada en un planeta muerto por un lunático. ¡Ah! ¡Hasta ahora, le has ahorrado a la Galaxia un inmenso dolor únicamente por tu propio egoísmo! Si Gaw pone sus manos en ello, y si es lo que ella cree que es, alguna nueva y enorme atrocidad eclipsará a la de la propia Centauri; sin embargo, no has hecho ningún intento por asegurarte de que no suceda; todo lo que has hecho hasta ahora es huir de gente que no te gusta demasiado.

Se giró desde su paleta, con un terrible desprecio distorsionando su rostro (por un instante, Truck vislumbró al brillante carnívoro debajo de la piel y comprendió que, contra todo pronóstico, era un animal moral); sorprendió a Truck mirándolo y se rió.

“¿Qué podríamos tener tú y yo en común?”

Él frunció el ceño.

“Siento en ti algo que nunca poseeré. Una fuerza, una iconoclasia vasta e implacable. Vivimos en una enfermiza farsa de polaridades políticas; de muerte, mal arte y tiempo perdido, todo en nombre de ideologías que en su apogeo estaban un siglo desfasadas. Siento que tú, de entre todas las personas, tienes lo necesario para acabar con eso y

hacerme tan obsoleto como la Tierra (pues seré redundante si IWG y UASR ceden el control de su cadáver). Es ridículo, ¿no?'

Dejó el caballete.

–Entonces, ¡trato hecho, capitán! Si le quito el objeto a la Zorra de toda la Galaxia y se lo doy a usted, ¿aceptará la responsabilidad de su destino final? Tómelo, querido muchacho. Usted es el último centauriano y, si no lo hace, lo único que conseguiré será perderlo en alguna parte.

Y le tendió la mano.

Regresaron a la sala de estar, donde Pater sirvió más vino. Himation los dejó poco después. Miró a Truck con una mirada brillante desde debajo de su sombrero y dijo: –Nos iremos pronto, así que será mejor que vaya a armar el *Atalanta*. Pero nos volveremos a encontrar, capitán, espero. Si no, buena suerte. Aburridlo, Pater, y os haré desaparecer en humo asqueroso. Salió volando, con la capa ondeando; y mientras sus largas piernas lo llevaban por el pasillo, lo oyeron entonar:

*“Venid con los arcos tensos y con las aljabas vacías,
Doncella más perfecta, señora de la luz...”*

–Es bueno con esos juegos de magia –dijo Tiny Skeffern, eructando con nostalgia–. Le concedo eso.

El anarquista interestelar sonrió. “Es mi hijo”, le dijo a Tiny en voz baja, “pero a pesar de eso es el mejor capitán de crucero que he tenido”.

–Dios mío –dijo Truck, mientras hacía girar un poco de vino en su boca–. Este etanol es una sustancia muy vieja y desagradable.

Pater hizo una mueca.

Capítulo VII

EL ANARQUISTA INTERESTELAR, UNA AVENTURA ESTÉTICA. II

–Está transfiriendo el *Dispositivo* a la Tierra, capitán. Fue una decisión que tomó en contra del consejo de sus superiores hace casi tres días, cuando pensó que lo tenía a salvo en el megapuerto de Albion. Está muy ansiosa por presentarlos a ustedes dos.

Habían pasado algunas horas desde la conversación en el estudio. Truck se había bañado, comido, incluso dormido un poco y ya se acercaba el final de la visita guiada de Pater a Howell (al que, de hecho, insistió en llamar “Versalles”).

“Pero parece que el Artefacto no soportará los campos dinámicos por más de uno o dos segundos a la vez, por lo que un viaje que debería haber durado solo algunas horas

todavía está en curso. Envían el transportador a propulsión a la Dina y, ¡pop!, sale de nuevo, sin ninguna razón que pueda descubrirse. Ganan unos días luz. Vuelve a entrar, y así continúa. Un proceso cómico con un verdadero atractivo para nosotros.”

Pater se encontraba de pie, ridículamente pulcro y elegante, bajo la gran curva ventral de una nave llamada *Driftwood of Decadence* (Madera flotante de decadencia), que se había apretujado en uno de los enormes silos de reparación del asteroide como una avispa en una manzana. A su traje blanco y clavel verde había añadido un fantástico sombrero de copa baja de paja color crema. Allí, en el borde de Howell, lejos de los generadores del núcleo, la gravedad artificial era un poco débil: Pater rebotaba en ella como si se embarcara perpetuamente en un *entrechat*, con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco.

“Para mantener la amenaza de su ataque, la escolta de la flota debe pasar mucho tiempo fuera de Dinaflujo. Si alcanzamos al convoy, pueden quedar en un aprieto: estamos ligeramente armados, pero estas naves son más rápidas en el espacio ordinario y más maniobrables que cualquier otra que el IWG o la UASR puedan desplegar contra nosotros.”

Truck entrecerró los ojos para observar la brillante longitud del *Driftwood of Decadence*. Arabescos turquesas brillaban misteriosamente en su costado; el olor a metal

caliente flotaba a su alrededor como el almizcle de una sacerdotisa bárbara durmiente; la luz de las antorchas de plasma explotó silenciosamente en su casco para llenar el silo con una aurora ceremonial. Pater, con quien había llegado a simpatizar a pesar de sus incomprensibles humores y afectaciones, lo miró con una sonrisa burlona. Se rascó la cabeza. Estaba al borde de una revelación.

–¿Quién las diseñó? –murmuró–. ¿Quién las construyó para ti? –Extendió la mano para tocar una de las grandes superficies anédricas de la cola; era cálida y vibrante. De repente, se encontró en el borde mismo de todo–. ¿*De dónde vinieron, Pater?* –Y, cayendo por la empinada pendiente de la comprensión–. ¿De dónde? –Esto fue casi un suspiro, porque para los espaciales hay un enigma ritual, y él estaba a la vista de algo increíble.

Pater se rió y lo tomó del brazo. –Podría decirse que las encontré –sugirió–, o también: que me las dieron. –Examinó estas ideas durante un tiempo; ninguna parecía satisfacerlo–. ¿Volvemos caminando? Te contaré algo sobre el camino. –Pero no dijo nada más hasta que llegaron a la esfera de las armerías, la esfera del silencio. Allí, con la cabeza inclinada como para atrapar el fantasma de la música, contempló un banco de torpedos negros y comenzó abruptamente–: ¡Imagínese, capitán!

'Mi nave era experimental. Alguna discontinuidad, algún fallo topológico (una mujer que retorció nerviosamente un

tallo de lila) la había sacado de los campos dinámicos. Estaba avanzando en espiral por el borde vacío de la Galaxia, sin sus impulsores Dynaflo. Imaginen el horror con el que miré el lugar que habían ocupado, viendo unos pocos circuitos de control de película delgada flotando por la sala de máquinas. No quedaba nada más, solo esos pocos fragmentos de tecnología, ¡como si *la Lunaria annua* hubiera arrojado sus semillas en caída libre!

“Corrí a las pantallas exteriores, desesperado. Pero allí... ¡Una escoria, una ceniza, el más leve de los soles apagados y tenues! Me llevó dos años llegar a ese lugar, capitán. Sabía que no me serviría de nada, sólo veía delante la órbita del cementerio: pero ¿qué otra cosa podía hacer?”

“Me volví indeciso, y durante un mes estuve a la deriva alrededor de ese sol de escoria, con la nave como un lirio herido. ¿Puede imaginarlo? Entonces: una fuente puntual en las pantallas: ¡una alarma de colisión! Y allí estaban, siete veces siete, deslizándose como una cadena de cometas que se acercan al afelio. Les hice señales en todas las frecuencias, pero me ignoraron; gasté lo último de mi combustible sub-Dyne para alcanzarlos; no se desviaban; los abordé, estaban desiertos.”

“Subí a todos ellos (¡qué luminosos eran sus interiores, qué complicados y extraños!) y todos estaban vacíos menos uno; en el último, lo descubrí”.

–No vino de ningún lugar que usted o yo jamás veremos, capitán. Era heráldico. Su exoesqueleto brillaba de un verde oscuro como metal aceitado, sus alas estaban surcadas por extrañas vetas doradas y sus racimos de ojos captaban la luz como globos de obsidiana en bruto. ¡Complejos símbolos de color amarillo cromo cubrían su caparazón!

“Se estaba muriendo, llevaba cincuenta años muriendo allí, a la deriva, solo con su magnífica flota. De sus articulaciones se filtraban fluidos ocres, extrañas quemaduras le marcaban el tórax”.

–¡Imagínese! Durante meses nos esforzamos por comunicarnos. Sus débiles extremidades delanteras arañan el suelo, creando dibujos inútiles y agonizantes. Pero él me entendió mucho antes que yo a él. Venía de fuera, capitán; sus naves habían cruzado la cruel brecha entre las galaxias. No podía decirme dónde. Habló de la búsqueda milenaria de su raza de la naturaleza metafísica del espacio; de una enfermedad o locura que había llevado a sus tripulaciones al final a volar sus escotillas y a batir sus alas delirantemente contra el vacío, como la polilla halcón contra la lámpara del ático.

“Lo envié a unirse con ellos el día que murió. En sus últimos estertores se picó repetidamente, su largo abdomen se agitaba. Estaba desesperado por explicar el motor intergaláctico; estaba desesperado por que alguien continuara la búsqueda. Pero no pude comprender sus

principios, salvo tal vez para comprender vagamente esto: el continuo tiene emociones... ¡y las naves doradas son la culminación de un Arte dirigido al Espacio mismo!”

Durante un tiempo, Pater caviló en silencio sobre sus torpedos Dina, como si estuviera exhausto por su extraña elocuencia; hasta sus gestos eran débiles, pues seguían dibujando o imitando los débiles miembros rasposos del comandante alienígena muerto. Cuando Truck le preguntó: “¿Pero aprendiste a pilotar las naves en Dina?”, chasqueó los dedos con impaciencia y murmuró: “Sí, por supuesto. ¿Qué importa eso? Fue fácil: sus impulsores son bastante similares a los nuestros, pero ¿de qué sirven esos motores cuando...?”. Contempló esa oportunidad desperdiciada.

–Para nada –convino Truck, y siguió caminando por los pasillos de Howell, sin palabras, como los espaciales cuando consideran ese pilar de enigma en las puertas cerradas de la Galaxia; lo inalcanzable, el impulso post–galáctico.

Pero cinco minutos después, Howell temblaba ante el sonido de las alarmas:

En el 'Hotel Pimodan, 1849', los hologramas láser de Maryx y Baudelaire se desvanecieron como espectros, atrapados entre un susurro y una sonrisa significativa, mientras el asteroide obtenía energía para el lanzamiento de los asaltantes de Pater.

En los talleres de reparación, los ingenieros, sucios y achaparrados, se detenían para rascarse sus horribles axilas y especular sobre el objetivo.

La tripulación del *Driftwood of Decadence* miró fijamente su nave y escupió, reflexionando sombríamente que Pater nunca le permitiría elevarse en esas condiciones.

Y, deteniéndose fuera de las puertas de sus apartamentos, el Anarquista Interestelar apartó los labios de sus dientes salvajes y le guiñó un ojo a John Truck; su depresión se evaporó cuando sonaron las bocinas. '¡Ahora! ¡Los hemos localizado! Trae a tus amigos, si quieren unirse al trabajo sucio, ¡pero rápido! ¡Nos vemos en *El clavel verde* dentro de media hora!'

Era más fácil decirlo que hacerlo. Howell estaba repleto de anarquistas: artilleros enloquecidos y con aspecto de dandy, y patillas escandalosas; navegantes que preferían los cascos de cuero para pilotos y los trajes Sidcot de una guerra olvidada; mecánicos corpulentos con camisetas a rayas y pantalones ajustados hasta las rodillas... y todos ellos haciendo apuestas sobre sus posibilidades de supervivencia mientras se apresuraban, dejando a un lado las cartas del tarot, los poemas y los dados de póquer, a buscar sus naves.

Himation, fue entrevistado en un pasillo abarrotado de gente: su tripulación se movía detrás de él como gaviotas en la estela de un lugre de vela negra. Manos pálidas se movían

y danzaban, pero la locura era contagiosa. Todo lo que dijo fue: “¡Después del ataque, capitán!” y se fue.

Truck encontró a Tiny en una pequeña habitación cuadrada donde dibujos descoloridos hechos a carboncillo cubrían el yeso marrón y desmoronado. Sobre sus rodillas había una vieja guitarra acústica con un diapasón de palisandro deformado; sobre la cama de latón que llenaba el lugar estaba sentada Heloise, la modelo, con su cuerpo esbelto y firme brillando bajo la deteriorada luz del norte. Miró a Tiny con enojo y cantó “*–Ils sont de si artistes gens*” (Son personas tan artísticas) con su bonita voz apagada. “¿No puedes decirle que ponga menos acompañamiento?”, le suplicó a Truck. “Es la canción lo que cuenta”. Y se levantó para mirar por la ventana artificial los talleres de un París que hacía tiempo que se había convertido en un infierno por las guerras de las bombas rata, con su pequeño trasero temblando petulante.

–Para esto no hace falta electricidad –explicó Tiny–. ¿No es genial?

Truck lo arrastró a través de la algarabía de los militantes de Howell. La media hora estaba a punto de terminar, el asteroide temblaba al ritmo de los motores que se calentaban, expectante. “¿Qué pasa con Fix?”, gritó Tiny, abrazando a su nueva adquisición.

–No hay tiempo. Lo único que querría es traer su maldita máquina.

Se tropezaron a bordo *del “Clavel Verde”*.

Las bocinas murieron.

En el silencio que siguió, Swinburne Sinclair–Pater sonrió y se ajustó el abrigo y la inclinación de su elegante sombrero. Levantó la mano. “¡Adelante!”, ordenó. Con un grito de alegría, los ingenieros suministraron energía, los navegantes tocaron sus amuletos de buena suerte y cuarenta y siete corsarios dorados se elevaron hacia el éter como una jauría de exuberantes perros bizantinos, corriendo, temblando y compitiendo por el rastro. Pero por mucho que lo intentaran, ninguno podía superar a *El clavel verde*, y ella se les adelantó, una incitación, un triunfo y una llama dura como una gema.

A bordo del buque insignia, Truck y Tiny, observaban inmóviles, asombrados:

Una luz cerosa de un gris azulado inundó su puente de mando pentacular y se deslizó como un fuego tibio por las resbaladizas perspectivas de una geometría extragaláctica, formando *verglas ópticos* sobre planos de metalistería alienígena, trazando los diseños formales entrelazados que cubrían el casco interior. Cada cuatro o cinco segundos, se encendían bancos de lámparas estroboscópicas que

congelaban y cuantificaban áreas irregulares de sombra, pero no definían ninguna forma que el ojo pudiera apreciar. Nada era fiable.

A veces blancas y deslumbrantes, a veces duras siluetas negras, la tripulación del alcázar de Pater se movía con soltura por aquel medio desarticulado, atendiendo al extraño equipo original de la nave o instalándose como insectos entre la maquinaria más identificable, atornillada toscamente a la cubierta. Arrastraban bucles de cable desde instalaciones informáticas portátiles, emitiendo consultas y coordenadas en un canto ascendente. Un bajo subsónico reverberaba por las cavidades corporales; otras voces parloteaban y se desvanecían en primer plano como los gritos de niños autistas oídos en un sueño.

Por encima de ellos, cintas de circuitos enmarcaban una disposición de enormes pantallas, en las que se veía el resto de la flota:

Estaban colgados en alegre emboscada, *Maupin*, *Trilby* y *Les Fleurs du Mal*; el *Silbador*, el *Fastidioso* y los *Grandes Pecados Extraños*. En dos largas alas de veinticuatro, se balanceaban “en el agudo vértice del momento presente entre dos eternidades hipotéticas”: *Madame Bovary* y los *Retratos Imaginarios*; *Syringa* y *Jonquil Blanco*. Centauri estaba más cerca aquí, una joya actínica desnuda en la proa de babor de *Atalanta en Calidón*, desde donde Himation el mago dirigía la segunda ala. El espacio los envolvía mientras

esperaban a su presa, estaban incrustados: un brazalete de oro en vidrio volcánico negro: el *Jardín Abandonado*, el *Vamos de Aquí* y *La Melencolia Que Trasciende Todo Ingenio*.

–Aquí empezamos a adivinar la naturaleza del espacio –le dijo Pater en voz baja a Truck–. Nuestra paleta está preparada. La Galaxia nos ha dado nuestro lienzo, una libélula muerta nos ha legado los pinceles que tenemos a mano. Nosotros hacemos el Espacio. Lo definimos. Miren ahí afuera. El IWG y la UASR ven, en el mejor de los casos, un conducto para la basura política de la Tierra. *Nosotros* inferimos la realidad. Nada de esto pertenece a la Tierra ni a la ideología. Es inviolable.

Para demostrar su punto, tal vez, el espacio lo ignoró.

Mientras tanto, Truck había sido visitado por peculiares y furtivos movimientos emocionales. Por extraño que parezca, percibió algo de lo que Pater estaba sugiriendo, y de pronto se vio como un habitante de este espacio metamatemático o estético, como la pobre Annie Truck, un vector perdedor: su vida era una analogía móvil del vacío duro, su hábito AdAc un campo Dina, él una fibrilla de hipótesis de último minuto que se extendía hacia algún borde mental galáctico vislumbrado alguna vez. Se sintió incómodo.

–No sé nada de eso –dijo, entrecerrando los ojos y observando el laberinto óptico del puente de mando–, pero no es el tipo de vuelo al que estoy acostumbrado. Parece

más bien una aventura de una noche en una fiesta de espaciales.

¿Qué más podía decir? Era un patán.

“¿Qué hacemos ahora?”

–Esperaremos –dijo Pater (que no se dejó engañar y parecía mirarlo con una especie de ironía compasiva): –Pero no por mucho tiempo.

En eso tenía razón. Un joven esbelto que llevaba la barba rubia atada con una cuerda alquitranada se puso de pie de un salto y agitó el puño por encima de la cabeza. Su aparato arcano había detectado algo que salía de los campos Dina a menos de cien mil millas de su emboscada. Unos minutos más tarde, apareció en una de las pantallas delanteras, dirigiéndose a buen ritmo hacia la garganta abierta de los anarquistas: seis acorazados IWG como melones negros y naranjas envolviendo un vehículo de transporte de media distancia órbita–órbita hecho de vigas en forma de araña, pequeños cojinetes de bolas y una gran oruga plateada, esta última la sección de bodega, con una capacidad de varios millones de toneladas.

La actividad en *El Clavel Verde* se redobló: las luces se volvieron feroces; ráfagas de ultrasonidos atacaron el puente de mando como murciélagos; la tripulación del alcázar se colocó visores unidireccionales y multiplicó sus

esfuerzos, saltando espasmódicamente de una máquina a otra bajo el resplandor estroboscópico, gritando: “Es verde, es marrón, te tengo en cuatro...”.

Himation se comunicó por la radio en una frecuencia de comunicación de batalla, con interferencias de radiofrecuencia resonando detrás de su voz. –Podemos quitarle las cápsulas de propulsión, Pater –sugirió.

–Rápido, Manteau, antes de que puedan devolverlo a la dina. *¡A por el aura!*

El Clavel Verde y el Atalanta en Calydon se separaron de las filas opuestas de la emboscada: corrieron uno hacia el otro, se encontraron de frente en un destello suicida de retrofuego, ejecutaron un aterrador giro siamés a través de noventa grados de arco y se lanzaron uno al lado del otro hacia el transportador, con un calor blanco ardiendo en sus popas y un rastro de partículas despojadas y violadas fluyendo detrás de ellos.

El IWG se despertó, se tambaleó, rompió la formación: “¡Nos han enviado principiantes!”, gritó Himation con alegría. Y mientras *El Clavel Verde* avanzaba a través del globo roto, sus pantallas traseras mostraban al resto de la flota cerrándose como una mandíbula dorada. Los torpedos de Dinaflujo salieron de sus tubos dando volteretas y comenzaron a vibrar engañosamente; entraban y salían de

la Realidad, como bancos de lucios vistos a través de aguas fangosas, y se deslizaban entre los acorazados.

El propio Pater tomó el control del buque insignia. Se lanzó sobre el buque de transporte como un loco, la mirada del puente de mando le volvió negro el clavel del ojal y le hizo que sus dientes adquirieran el color del acero. “¡Los torpedos son tan poco selectivos, capitán!”, gritó al oído de Truck: “¡Y me encantan esos cañones de reacción largos!”. La oruga se expandió hasta llenar las pantallas, enormes números de matrícula contra su piel plateada. Y aún más grande: hasta que Truck se clavó las uñas en las palmas húmedas; hasta que *El Clavel Verde* aulló con alarmas de proximidad; hasta que Pater la puso en posición oblicua y presentó sus cañones ventrales en un barrido de costado...

Movimiento tras movimiento en formación impecable, los dos cruceros se estremecieron y se sacudieron, sus artilleros sonrieron en la estela ectoplasmática roja del cañón y, de repente, el transportador se convirtió en una ballena muerta, sus compartimentos de propulsión se separaron y se vaporizaron en una rosa de luz amarilla salvaje, su bodega se cortó limpiamente bajo la antorcha del destructor. Antes de que la rosa estallara, *Atalanta en Calydon* y *El clavel verde* estaban en el aire y afuera, imágenes especulares dando tumbos y frenando a través de un bucle que los llevó de regreso a su premio.

Y antes de que se completara esa maniobra, el resto de la flota estaba suspendida en el vacío, practicando el control de fuego sobre trozos de restos. El IWG no había disparado ni un tiro: estaban partidos en dos, habían esparcido su carne por todo el lugar. Uno de ellos todavía estaba tratando de retirarse, atrapado por algún fallo en su motor mientras se desvanecía en los campos de Dinaflujo: una pelota de goma gris, fantasmal, perecida, boquiabierta de dolor, ni aquí ni allá.

El pequeño Tiny Skeffern había soportado todo el circo con los ojos cerrados y las manos apretadas alrededor del mástil de su guitarra. “Truck, no estoy hecho para esto”, dijo. Se sentó en el suelo, encogió las piernas y señaló con el pulgar a Pater. “Ese tipo está loco”. Esbozó una débil sonrisa. “La próxima vez que le vea venir, recuérdame esto: incluso tres semanas en Sad al Bari empiezan a parecer soportables”.

Las pantallas exteriores se incendiaron por un momento cuando un artillero de labios finos hizo volar en pedazos un IWG. Truck se quedó mirando los restos a la deriva.

–Ya lo tenemos, Tiny. Si Pater cumple su palabra, podemos llevarnos el trasto a algún lugar tranquilo y tirarlo por una esclusa de aire. Sigma–End es un buen lugar: podríamos ir allí y emborracharnos durante un año... volver a ser unos perdedores.

Tiny observó cómo sus dedos recorrían el diapasón de arriba a abajo. “No tenemos que ir allí para hacer eso”, observó astutamente.

Pater le entregó la nave insignia a su piloto, quien sonrió con tristeza, hizo un gesto acrobático con una mano y murmuró: “Buen momento, Pater”. Pater hizo una reverencia y se rió. “Atraquen ahora”, sugirió, “y tengan cuidado con las obras de arte”. El puente de mando se relajó, sus peculiares voces se atenuaron. La sección de bodega cortada del transportador volvió a aparecer a la vista, volcándose de un extremo a otro en dirección a M41 en Orión, un objetivo que era poco probable que alcanzara en un futuro cercano.

–Prepárate para abordar, Manteau –dijo Pater por la comunicación de nave a nave.

Hubo una larga pausa, llena del susurro croante de las estrellas. Alguien ajustó la ganancia del receptor y se encogió de hombros.

“¿Manteau?”

Himation se puso en contacto. “Pater”, informó pensativo, “no estamos abordando nada en este preciso momento. Eche un vistazo allí. La maldita flota ha llegado”.

–Oh, Jesús –susurró Tiny Skeffern y volvió a cerrar los ojos.

El IWG salió de los campos de Dinaflujo en tres oleadas, cincuenta a la vez, cada acorazado esférico de media milla de diámetro y acumulando suficiente potencia de fuego para pulverizar Júpiter. Sus troneras de fuego ya estaban abiertas, sembrando torpedos como lluvias de agujas de acero. *Syringa* y *The Melencolia That Transcends All Wit* se vaporizaron en el primer segundo del enfrentamiento, atrapados entre las brasas y escorias del convoy emboscado. *El New English Art Club* corrió impotente a través del frente de plasma resultante y salió delineado con un fuego propio; dando vueltas y retorciéndose, se estrelló contra la última de las naves de escolta (que todavía estaba tratando de desaparecer) y se unió a ella mitad dentro y mitad fuera del Dinaflujo, ectoplásmico y condenado...

A bordo de la nave insignia, Swinburne Sinclair-Pater se frotó la mandíbula y vio que era imposible soltarse. El puente de mando aullaba y lloraba, la tripulación saltaba y giraba entre su maquinaria alienígena como salmones en aguas bravas...

“Voy a embestir, maldita sea”, informó el *Liverpool Medici*, que se desvió hacia la proa de Pater y se encaminó hacia un grupo de tres buques de la flota, y nunca más se supo de él. Los artilleros vomitaron de forma desagradable y sufrieron el momento del impacto.

–¡Quítate del camino y deja que el hurón vea al conejo!
–gritó *Jonquil Blanco* al *Gold Scab*. Recibió un golpe en el

puede y, con sus torretas disparando chorros de aire errático, dio una voltereta de treinta y dos kilómetros en un halo de puntales y placas del casco enredados-. ¡Mira lo que has hecho!

-Tenemos un núcleo derretido en el Número Cinco -susurró una voz débil y herida-. ¿Alguien puede ayudarme? -Se apagó sin identificarse, se fundió con el mar de interferencias...

Fue un asesinato.

Se fueron apagando uno a uno: *El jardín abandonado*, *Las flores del mal*, *El silbador* y *El fastidioso*. *Imaginary Portraits*, que corría hacia el combate, se incrustó en su agresor: giraron juntos desconsoladamente, a la deriva hacia el lejano Centauri. *Trilby* y *Los Grandes pecados extraños* chocaron, se abrazaron y atravesaron la flota IWG como una guadaña improvisada.

Un gemido burbujeante distante, mientras la nave con el núcleo fundido volvía a funcionar, suplicando. La voz de Himation lo interrumpió mientras *Atalanta en Calydon* atravesaba la parte superior de las pantallas de Pater, tratando de escapar de un grupo de torpedos relucientes. "Nos han engañado, Pater. Se acabó el juego. Cuento que quedamos quince de nosotros, y estoy recibiendo informes de daños de mi propia tripulación".

–Si alguien pudiera traer un grupo a bordo, hemos perdido la tercera clase...

En media hora, todo había terminado para ellos. Quince se habían reducido a cinco después de un intento de escapar del englobe del IWG; luego a dos. Tiny Skeffern sacudió la cabeza y miró tristemente a Truck mientras Pater e Himation se escabullían entre los trágicos escombros, apagando y poniendo en silencio las comunicaciones para evitar ser detectados. Cadáveres con ojos helados golpeaban suavemente el casco de *El clavel verde*, y naves anarquistas como carpas doradas fileteadas flotaban a través de sus pantallas; mientras que más allá del remolino de escombros, el IWG tendía –una colonia de arañas gordas– sus hilos invisibles.

Grupos de comandos con trajes presurizados comenzaron a peinar los restos del exterior en busca de supervivientes. El piloto con el núcleo fundido los dejó subir a bordo, pero luego dejó de intentar mantenerlo bajo control: desapareció en un abrir y cerrar de ojos, el último destello de la vela. A babor de la proa del buque insignia colgaba una gran luna negra y naranja, despegada de las cubiertas en forma de panal y que aún derramaba conductos de energía en el vacío como cilios de una milla de largo; a estribor, *el Atalanta en Calydon* rondaba, con su casco ennegrecido y lleno de cicatrices, más lobo que cervatillo.

El puente de mando estaba en silencio, lleno de rostros blancos y apáticos, con una iluminación desesperada y espectral. Cuando cerró los ojos, Truck aún podía ver imágenes congeladas de la batalla, los cuerpos delgados de los anarquistas envueltos en luz blanca, aspectos de la devoción. A su lado, Tiny Skeffern se movió incómodo. –Truck, ¿por qué no nos escabullimos hacia la Dina? Estaba acostumbrado a los callejones del interior, a la retirada apresurada.

La tripulación del alcázar se rió entre dientes con tristeza y miró a Pater. Éste se apartó de las pantallas delanteras, de algún ensueño de destrucción y oportunidad perdida. “Nos hemos convertido en escombros”, reflexionó, como si descubriera algo detrás de sus palabras. “Es un riesgo operar cualquier equipo ahora”, explicó. “Si encendiéramos el motor, nos habrían triangulado antes de que pudiéramos calcular un rumbo”. Su rostro estaba demacrado. “No podemos hacerlo, señor Skeffern. Incluso las pantallas son un riesgo”.

Pareció perder el interés. Después de un rato, continuó: “Mientras sigamos siendo escombros, estaremos a salvo. Parece que han retenido el Dispositivo, Capitán. Lo siento por eso”.

Truck se encogió de hombros.

“De todos modos, supongo que no habría sabido qué hacer con él”.

“No entiendes el punto.”

–Algo está pasando ahí fuera –dijo Tiny. A lo lejos, el IWG maniobraba indeciso, naves individuales saliendo del montón de basura con pulsos de llamas verdes, mientras otras parecían estar recuperando apresuradamente sus unidades de comando. Alas y escuadrones se formaron, crecieron, se inclinaron hacia Centauri. Esta oscura actuación duró algunos minutos. Los restos flotaban y caían, subiendo y bajando el telón sobre ellos. Pater abrió un canal en la Frecuencia de Flota, pero nadie en el puente podía separar el parloteo urgente de su concomitante interferencia.

Atalanta en Calidón rompió de repente el silencio. –¡Pater! –gritó Himation–. Algo pasa, ya lo veo, ¡Dios mío! –Y se echó a reír–. ¡Pater, son los árabes! Les han hecho lo mismo por todas partes... Su nave se despertó, se estremeció, se incendió la popa. Se alejó atravesando el cementerio, dejando un rastro de alegría–. Voy a intentar conseguir una mejor...

Un bloqueo masivo sobrepasó su señal.

–¡Ignición! –gritó Pater. Pulsos oscilantes de luz azul y violeta bañaron sus rostros, ecos desintegrados resonaron

en el puente—. ¡Ese idiota! Un acorazado de la Flota pasó a toda velocidad disparando frenéticamente a algo que estaba detrás de él, como un hombre mira incrédulo por encima del hombro a un perseguidor en la oscuridad. Estalló en curiosos furúnculos y se estrelló contra los restos del *Jardín Abandonado*.

La nave insignia gruñó con voces misteriosas (y Truck, arrancado de su cabeza por las crecientes energías alienígenas, alucinó brevemente con un reloj de sol romano aislado por un único rayo de luz acuosa en un jardín hundido, que olía a menta, glicol y crin de caballo) mientras Pater la lanzaba hacia arriba y hacia afuera. Salieron disparados al espacio despejado...

Descubrieron al imprudente Himation corriendo bajo los cañones tanto del IWG como de la UASR, con su munición gastada y grandes agujeros dorsales.

Habían llegado unos cien árabes, naves cilíndricas que parecían tuercas y tornillos gigantes (de hecho, estaban equipadas con roscas, por las que se podían atornillar a voluntad las secciones de mando y de energía) y que portaban insignias rojas y amarillas. Su emboscada se había transmitido por sí sola —a diferencia de la del IWG— y se había dividido en pequeñas escaramuzas fragmentadas a lo largo de unos cincuenta millones de millas cúbicas de espacio.

—¡Fuera de aquí! —suplicó Pater—. ¡A la Dina, Manteau!

El Clavel Verde se tambaleó. Una nube de humo asfixiante empezó a entrar en el puente. Una nube de torpedos de Dinaflujo, liberada como el aliento de una enfermedad bubónica terminal, las baterías antimisiles delanteras tosieron una o dos veces. Algo las arrancó, y con ellas a los sudorosos artilleros. “¡Estamos perdiendo presión!”, informó uno de los tripulantes del alcázar. La nave se tambaleó de nuevo, bramando y crujiendo. Pater se preparó y se lanzó tras el Himation, atrayendo el fuego y gritando: “¡A la Dina!”.

–Lo estoy intentando –dijo Himation con frialdad–. No creas que no lo estoy intentando, viejo amigo.

Truck y Tiny se arrastraron en la cubierta.

Una mano enorme hizo girar la nave.

–¡No puedo retenerla, Manteau! –gritó Pater desesperado–. ¡Cita en Howell! ¡A la Dina!

El clavel verde se estaba marchitando.

Los ruidos sardónicos de la jungla chirriaron y gorgearon desde su circuito mientras se derretía hasta convertirse en escoria, infligiendo quemaduras terribles a la tripulación aturdida. Pater golpeó un banco de interruptores basculantes injertados en los controles alienígenas. Se deslizó hacia la Dina, pero la escupió de nuevo, dos veces. Su columna vertebral crujió y se flexionó. Mientras se hundían

por tercera vez, Truck agarraba los hombros de Tiny Skeffern y rezaba con horrorizado desprecio por sí mismo para que Himation lo consiguiera, con ellos, el IWG irrumpió en los canales de comunicación...

¡AHORA ES LA GUERRA, MUCHACHO! ¿PUEDES OÍRME, TRUCK? ¿QUÉ TE PARECE?

QUIERO VERTE DESPUÉS DE QUE HAYA ACABADO CON ESTOS CHACALES MOCOSOS. ¿ME OYES, PATER? ÉL ES MÍO Y TÚ ESTÁS ACABADO.

¿TRUCK? ES LA GUERRA

Luego estaban en otro lugar.

Capítulo VIII

EL FIN DEL ARTE Y EL COMIENZO DEL ARTIFICIO

Los anarquistas de Howell observaron su último arco de fuegos artificiales. Salió de entre los campos de Dinaflujo como un cometa mórbido, rodando panza arriba y lanzando andanadas de torpedos a nada que pudieran ver, su popa consumiéndose en un resplandor pálido y febril. Grandes desgarros se habían abierto a lo largo de su longitud, su proa era una boca agonizante; sus aletas doradas estaban dobladas y carbonizadas, sus torretas eran muñones derretidos. Cayó en picado sobre ellos en una niebla de asesinato ciego, frenando salvajemente: giró, mostró un extraño perfil romo. Algo se desgarró, en lo más profundo. Se partió en dos. Todo el cuadrante norte ardió en silencio, empapando sus rostros horrorizados con luz cadavérica.

El Clavel Verde había regresado a casa.

Cuatro horas después, recuperaron la sección del alcázar del afelio de una larga órbita elíptica. Estaba intacta y bajo presión para supervivencia. Las unidades de realidad virtual se infiltraron en ella, la abrieron con antorchas de plasma y entraron con respiradores, morfina terrestre y una especie de estupor mudo. Sacaron treinta cuerpos, solo diez supervivientes, todos ellos azules por la anoxia, algunos con quemaduras por inducción. La mayoría de las muertes se debieron a rupturas subsónicas de los grandes órganos.

Dos o tres de ellos todavía estaban de pie, mirando inertes a su alrededor, una trampa oscura y sucia llena de dióxido de carbono y carne cocida, como si hubieran recorrido un largo y significativo camino desde el infierno. Lo habían hecho. Swinburne Sinclair-Pater estaba allí, con un agujero del tamaño de dos puños en la parte posterior de su traje blanco, pero no permitió que la tripulación de VR le administrara morfina hasta que hubieran revisado esa repugnante mazmorra en busca de un músico pequeño y calvo y un piloto de transporte de clase tránsito con ropas raras. Se alegraron de evitar sus ojos brillantes y de alguna manera eufóricos.

Aguantó doce horas en su dormitorio, en el corazón de Howell. Las paredes estaban oscuras y gloriosas, con pavos reales azules y dorados que él mismo había pintado. No pudieron quitarle el traje, debido a las quemaduras por inducción, pero sacaron cinco fragmentos en forma de

pétalo de una maquinaria alienígena de sus pulmones, donde se habían incrustado mientras luchaba misteriosamente en los lugares excelsos de la Dina para evitar que su nave se desmoronara. Se despertaba raramente. Cuando lo hacía, tenía los ojos hundidos, pero divertidos.

John Truck y Tiny Skeffern permanecieron de pie junto a su cama durante los últimos minutos, con las quemaduras vendadas y los rostros pálidos. Truck recordaba poco del viaje de Pater para salir de la noche. Sabía que durante un rato el casco del buque insignia había parecido derretirse o fundirse; todos ellos, los asfixiados y los moribundos, habían llevado máscaras de vidrio coloreado o habían nadado en la insensatez, peces del Medio Imposible; todas las formas sólidas se habían desvanecido en sorprendentes giros y contorsiones, y él había sentido que su interfaz con el espacio disminuía, que lo atravesaba lentamente en éxtasis luminosos. Sabía lo que había sentido, y en ese momento le había parecido importante; pero ahora lo único que veía era el apestoso y oscuro alcázar del puente, y lo único que encontró en su cabeza fue una extraña y avergonzada compasión por la figura marchita bajo la colcha de seda estampada.

Pater se movió dolorosamente.

—¿Capitán? —Un susurro terrible y desfigurado, pero que iba cobrando fuerza—. Guerra. La perra tuerta tiene su

guerra por fin. –Una de sus manos destrozadas escapó de la colcha y se tocó la mejilla; un suspiro breve y sibilante–. Durante décadas han drenado la Galaxia; ahora la destrozarán como bestias en un callejón. Basta, capitán. No deben encontrarte.

Se incorporó, temblando inestablemente y miró sin reconocer la magnífica habitación.

–¿Yo...? –irritado, movió la mano débilmente en busca de un recuerdo–. ¡Todo placer devora... Capitán! ¡A la Dina! –Intentó humedecerse los labios, pero se atragantó. Más tranquilo–: Nunca pude encontrarlo en mí. Había demasiado que amaba. –Alentado, tal vez, por este lapso de sentimentalismo, el viejo Pater regresó brevemente, lleno de gentil malicia–. Pero usted tiene una rica y vulgar iconoclasia, capitán. Déjelo que lo acelere.

Se recostó y observó pavoneándose. Luego, después de un largo rato:

–Estuviste allí cuando se desangró en los campos Dina, viste su sustancia estallar como una evidencia ritual del futuro. Creo que estaba cerca de su propósito apropiado, entonces. Esa es nuestra herencia. Tómala. No pertenecemos a la oscuridad que nutre a la Tierra. Tómala y recuérdalo cuando llegue tu momento. Has visto el espacio.

Frunció el ceño. –¿Dónde está Manteau? –preguntó desconcertado. Luego añadió–: La arrojé allí por un tiempo, capitán, ante la sucia posibilidad de morir. –Su voz se fue apagando.

Truck se inclinó sobre el rostro destrozado. –Ha estallado, Pater. ¿Qué puedo hacer ahora? No puedes entregármela, ha estallado. Pater dormía, pero la habitación olía a muerte. No dijo nada más hasta el final, cuando se incorporó en la cama, hizo una mueca de dolor y se estremeció de horror al ver algo más allá de las paredes pintadas. –¡Más láudano, Symons! –gritó. Suspiró y una peligrosa calma le heló los ojos–. “Destruye todas las copias de Lisístrata y todos los malos dibujos” –suspiró. Miró directamente a Truck y le guiñó un ojo–. “Por todo lo que es sagrado, todos los dibujos obscenos...”

Era el año 2367. En Sad al Bari IV, las bandas militares tocaban “¡Saludos a la flota!”, mientras jóvenes que nunca habían visto la Tierra fortificaban las lunas de Gloam y Parrot. El clavel verde se marchitó en su tallo. Howell se encogió hasta convertirse en una roca. Su espíritu animador había huido.

–Pobre viejo –dijo Tiny Skeffern, en el estudio. Caminaba por ahí rascándose nerviosamente las vendas, cogiendo las ollas chinas de Pater y golpeándolas para oír sus claras y

frágiles voces—. ¿Vas a quedarte mirando ese cuadro todo el día? Truck, de verdad, ni siquiera está terminado. –Hizo una mueca sobre una flor de espino—. ¿Sabes que es la segunda guitarra que pierdo desde el martes?

–Cállate –le dijo Truck con brusquedad—. Era un tipo decente. –Una lasitud familiar se había apoderado de él: flotaba como un barco naufragado en su propio cráneo, arrastrado lentamente por el pozo gravitacional del sentimiento. No podía definir su relación con Pater, pero sabía que le debía alguna emoción, algún arrepentimiento o responsabilidad. Algo bueno había desaparecido de la Galaxia para siempre. –Vámonos de aquí –pero se quedó esperando oír de los anarquistas que entraban y salían desgastados de la suite de Pater que Himation, el mago, había regresado.

Él se quedó esperando, pero Himation nunca llegó.

–Vamos, Tiny. Ya no queda nada aquí para nosotros.

Tiny dobló un pequeño abanico de seda y se lo guardó en el bolsillo. Fue un gesto callejero, sin decencia, pero de respeto.

“¿A dónde iremos?”

Los pasillos estaban desiertos: la mayor parte de Howell estaba en otra parte, escrutando el cielo negro y duro en

busca de una flota destruida, meneando la cabeza. Incluso los talleres estaban aturcidos y en silencio.

Subieron a bordo de *Ella Speed* y encontraron a Fix, el contramaestre, alimentando al lagarto de Himation a través de una incisión larga, aunque poco profunda, que tenía en su propio brazo. –No hay necesidad de ir tan lejos, Fix. –Truck se paró frente a la computadora de mapas y observó sus dedos mientras se ocupaban de sus asuntos de forma independiente. Por primera vez en su vida, había tenido una idea original. A pesar de todo, sabía a óxido.

–No había nada en ese transportador –dijo con amargura–. Ella sabía que Pater intentaría apoderarse de él. Incluso sabía por Veronica que Pater me había sacado de la Tierra. –Golpeó suavemente el panel de navegación–. Y allí estaba ella, esperándonos. Todavía está en Centauri, bajo tierra.

Pater, había luchado contra ambos bandos indiscriminadamente durante toda su vida y no había obtenido nada al final. ¿Por qué? ¿Por un sentido de responsabilidad? “Él era un perdedor como el resto de nosotros, Tiny. El *Dispositivo* nunca estuvo allí”.

–¿A qué lugar vamos, jefe? –preguntó Fix, el contramaestre–. ¿Estará buena la droga?

El *Mi Ella Speed* abandonó su foso y se adentró con cuidado en un cinturón de oro vaporizado. Las placas del

casco se abrían ante ella; kilómetros de cables la acariciaban, arabescos. En su paso por la noche, el espacio estaba lleno de costillas flotantes.

–Cállate la boca y vuela, Fix. ¿No te pago lo suficiente? –Lo cual era bastante injusto. Truck pasó el resto del viaje mirando boquiabierto los campos Dina, jugueteando con el ajuste de la pantalla y preguntándose si había muerto allí durante el último vuelo de Pater.

–¿Qué diablos estamos haciendo *aquí*? –preguntó Tiny incrédulo.

Truck se había paralizado por la misma pregunta, pero lo cierto era que Pater le había proporcionado un fin (un propósito, nuevo y tentador, algo a lo que estaba tan poco acostumbrado que no podía apartar los dedos de él) y ningún medio. Era el único lugar al que se le ocurría ir. La gente se las arregla para salir adelante, se dijo, y eso tiene que ser suficiente.

El interior del puerto de Gólgota se encuentra en la periferia de un desierto de cenizas llamado Sabiduría, en las latitudes medias de Estómago (llamado así por su descubridor, en algún lugar alejado del sector pobremente poblado de Éfeso–Ariadna, más allá de las ondulantes nubes

de CH_3OH ⁹ de 'Meth Alley'). Los Abridores construyeron Gólgota antes de que su secta se volviera prominente. No tenían antecedentes de persecución en la Tierra, pero llegaron de todos modos, en 2143, y de alguna manera (aunque no tenía nada que ver con ninguna explotación obvia, ningún proceso crudo de manta, Biblia y sífilis terrestre) los hermosos andróginos de Estómago perdieron su inocencia, y muchos de ellos dejaron las tierras altas para ir al puerto.

Sus calles son anchas. En otros lugares, los nativos destilan un perfume de las alas de los insectos; aquí, se han convertido en fetiches: objetos de placer. Las colinas de piedra caliza en el extremo más alejado de la Sabiduría son extrañas, nadie sabe realmente qué sucede entre ellas; aquí, día y noche, el polvo y la ceniza soplan en las casas y en las aberturas húmedas del cuerpo con un viento cambiante y malhumorado.

Un doble fantasma respira en el viento por las avenidas del Gólgota: el delicado espíritu gemelo de la religión y la inocencia inhumanas; como cenizas en el aire. Los movimientos delicados y rápidos de los nativos, que son sólo espejos de tu deseo (quién sabe qué ven en él, qué ha

9 El alcohol metílico, también conocido como metanol o carbinol es un disolvente orgánico polar prótico, de fórmula molecular CH_4O o CH_3OH , es el alcohol de molécula más simple. En condiciones normales, el metanol es un líquido transparente, incoloro, inflamable y muy volátil, con olor característico a alcohol.

reemplazado para ellos: su lengua tiene doscientas mil palabras separadas y distintas; la pronunciarán, si se lo pides, en el momento culminante que exijas); y los Abridores, con sus capas de color ciruela y escarlata, negro y dorado; siempre parecen estar de espaldas, como si estuvieran alejándose. La ceniza se arremolina a su alrededor al amanecer y al anochecer, cuando el viento lanza pequeños timbres exploratorios debajo de la puerta.

“Todo el mundo viene aquí una vez”, dijo Truck.

Pero nadie había ido allí dos veces. En una época en la que la decadencia era cosa de la Tierra y todo lo demás era imitación, había algo en ese lugar: algo que te recordaba aquello que habías entregado voluntariamente (y con lo que guiñabas el ojo al perderlo) en otras tierras del interior en beneficio de otros seres más humanos. Las damas del puerto se quitaron la vida en Estómago: y todavía lo hacen, desvaneciéndose en un languidecer de AdAcs, retorciendo un pañuelo; tienen una percepción más cruel del vacío.

Durante las primeras horas en Estómago ocurrió algo extraño. John Truck lo consideraría más tarde simbólico (en la medida en que podía considerar algo de una manera tan abstracta; al final, no fue más que un picor entre los sórdidos restos intelectuales y experienciales del cráneo de un astronauta), pero en su momento lo llenó de un horror peculiar.

Había ido a Estómago, obviamente, para encontrar al sacerdote Grishkin; pero desde que había visto por última vez a ese misterioso hombre en la Tierra no tenía idea de cómo podría encontrarlo. Tiny y Fix estaban malhumorados, pues habían esperado encontrar droga en algún lugar conocido, así que, sin mejor idea que la de vagar por el lugar buscó para encontrar a alguien que pudiera ponerlo en contacto con el Abridor, se encogió de hombros y los dejó a su suerte; tomó la alta puerta que conduce desde el campo de aterrizaje hasta el Gólgota, con Sabiduría rodando a su izquierda en dunas de color gris paloma a lo largo de un frente de mil quinientas millas; los vientos de Estómago ya le empañaban las mejillas.

Fuera de la puerta, las putas andróginas del Gólgota se agolpaban a su alrededor mientras él pasaba, como niños sutilmente depravados: todas con camisolas y orquídeas mutadas y con las cabezas que no le llegaban a la cintura, llamándolo con voces suaves y vacías. Sus diminutas manos tiraban de sus piernas cuando pasaba; algunas le hacían ofertas de obscenidades silenciosas, otras cantaban o levantaban los brazos para que las alzarán, muchas simplemente le agarraban la mano y lo miraban con una promesa críptica definitiva. Fluían como un arroyo gris por los bulevares del barrio nativo, a veces guiándolo, a veces siguiéndolo, todo el tiempo sonriendo seriamente como si reflejaran todos los deseos más agudos.

Era imposible pensar en “ellas” como “eso”.

Ella le levantó las manos; su voz era un susurro de telas increíbles en una habitación remota y apasionada. Él la levantó suavemente por las axilas, sin sentir peso, pero sí un calor especial. Ella cerró las piernas alrededor de sus caderas y lo miró a la cara. Decepcionados, los otros se desvanecieron, profiriendo gritos tristes y arrepentidos.

“Las grullas llaman mientras cruzan hacia los juncos. Débil e indefensa, ahora yaceré sola”, murmuró. Llevaba un perfume de insectos, las alas aplastadas de la polilla halcón del desierto preparada en las colinas más allá de la Sabiduría. Cuando él la miró fijamente, sin comprender, su pequeño rostro en forma de corazón se movió y cambió.

–Entonces, tal vez podríamos considerar espejos –bromeó, y lenguajes secretos surgieron en sus ojos–. Puedo ver que eres de la Tierra. Sus pequeñas piernas se tensaron hasta que le dolieron. Su cuerpo se convirtió en un icono, o una pista: un objeto genial, una revelación o una herramienta alquímica.

–¿Qué? –dijo Truck con la boca seca. Se detuvo en medio de la calle ventosa.

–Oh, demonios –murmuró, estirando las piernas–. ¿Me estás jodiendo, grandullón? –Se agachó–. ¿Por qué siempre me tocan los que no tienen educación?

Pero ya estaba perdido.

Ella lo condujo por kilómetros alrededor de la ciudad, como para cansarlo. Barrios confusos y callejones de arquitectura nativa. El viento se volvió frío y él se vio obligado a acercarse cada vez más a su esfera de calor. Cuando él se quejó, ella dijo: “Somos parte de esto, debes vernos como parte de esto”. Y él lo hizo, mirándola desde arriba y luego hacia arriba a los precarios edificios de piedra caliza. Al anochecer comenzó a llover, la ceniza cayó afelpada y húmeda, las calles más estrechas se volvieron oscuras y acogedoras. Ella tiró de él con más urgencia cuando las luces se encendieron; ahora era una tirantez en los músculos de la nuca. “Ya falta poco”, susurró. ¿Entendía algo de lo que estaba diciendo?

Su casa era cálida y extraña. Los incensarios se balanceaban, las polillas revoloteaban y ardían entre los vapores del incienso. Su concierto se completaba allí, entre los espejos. Nunca recordaba nada de lo que allí ocurría, excepto que nunca permitiría que eso le sucediera de nuevo.

Se despertó de madrugada en una cama demasiado pequeña para él. Tenía la garganta dolorida y seca, y le picaba el paladar. “¿Dónde puedo conseguir un poco de agua?”, preguntó, intentando lubricarse la lengua con saliva. Ella, eso, no estaba allí. Podía oír pasos en el callejón de afuera. Fue a la puerta, el aire frío se filtraba sobre sus pies. Alguien estaba en el callejón, alto y obeso, caminando de un lado a otro. La ceniza de Sabiduría se había vuelto leprosa,

llenando el callejón con una luz tenue, manchando la figura con su voluminosa capa de Abridor. “¿Qué estás haciendo?”, gritó. Una capucha le cubría la cara. La ceniza se arremolinaba a su alrededor, como plumas.

–Estaba buscando... –La figura se dio la vuelta y se quitó la capucha. Era el doctor Grishkin. Truck se agarró al poste de la puerta. Se le hizo un nudo en la garganta–. A ti –graznó.

–Veo que sus circunstancias han cambiado un poco, capitán Truck –dijo Grishkin, que tenía una memoria excelente para las conversaciones inconclusas. No hizo ningún movimiento para entrar en la casa, se quedó allí de pie bajo la tormenta de cenizas, sonriendo con su sonrisa estilizada–. Parece que ha llegado el momento de revisar los precios...

Truck se estremeció con el viento. Aquella reunión iniciada con otro viento en Sad al Bari IV había llegado a su fin. Sólo había pospuesto los preliminares.

“Qué estupidez”, pensó (treinta minutos después del amanecer, en un avión: en algún lugar frente a él, al menos cronológicamente hablando, se encontraba el corazón transparente de Aperturismo, la ciudad de la Revelación Intestinal más allá de las colinas de piedra caliza). Era demasiado tarde para eso. El vórtice de la Tierra lo había absorbido. El estómago se le revolvió debajo como una manzana podrida. “Demasiado tiempo en un ático”.

–¿Mmm? –dijo Grishkin, despatarrado en dos asientos, con la capa abierta y el enorme cuerpo amarillo terso y transpirando donde no había cristal. Ni siquiera estaba medio dormido. Observaba a Truck con el rabillo del ojo verde.

Truck se encogió de hombros. Señaló por la ventanilla. –Eso. Mira, Grishkin –dijo–, sólo lo hago con ciertas condiciones. Hay un precio. –Los músculos que había sobre el ojo izquierdo de Grishkin se flexionaron brevemente–. Quiero desaparecer, esconderme. Si Gaw o Ben Barka me encuentran ahora...

–Lo puedo entender, hijo mío –dijo irónicamente Grishkin.

–En segundo lugar, quiero saber por qué estás interesado en el Artefacto. Tendré que saberlo al final de todos modos. En esos términos, aceptaré operarlo para ti, suponiendo que puedas conseguirlo. Siempre y cuando no lo uses para nada relacionado con la guerra. Primero me cortaré el cuello.

Grishkin sonrió y sacudió la cabeza suavemente. –Ah, capitán, capitán. –Se incorporó y miró a Truck con expresión seria–. La guerra –murmuró–. Alice Gaw siempre quiso una guerra de verdad. No se podía esperar que viera las cosas desde la perspectiva adecuada. Al escuchar su descripción de...

–Basta, Grishkin. ¿Tenemos un trato?

–Sí, capitán, ya lo tenemos. *Mientras tanto*, consideraré su desaparición. Muy bien.

Parecía que se iba a dormir, y Truck tuvo que conformarse con eso. Allá abajo, Estómago siguió arrastrándose. Al cabo de un rato, la puerta de la cabina se abrió y salió el piloto, bostezando. Sonrió a Truck y le hizo una mueca grosera al sacerdote inerte. –¿Todo bien aquí?

“¿Quién está pilotando ese maldito avión mientras tú haces preguntas estúpidas?”, dijo Truck. Odiaba los vehículos atmosféricos. Había mucho con lo que toparse.

–¿Qué avión? –De pronto se dio una palmada en la frente y miró a su alrededor como loco–. ¡Dios mío, *este* avión!

“Jaja”, dijo Truck. “Muy cómico”.

Más allá de las colinas de piedra caliza sólo había más desierto, pero más feo que Sabiduría, con un aire de aceptación y fracaso. Tropezó al salir del avión, se levantó mirando el cielo sombrío con las manos cubiertas de tierra putrefacta. “Qué agujero, Grishkin. ¿No puedes hacer algo mejor que esto?” En la distancia, sobre la roca sin esperanza, fluían ríos de polvo abrasivo; espeso y marrón, de kilómetros de ancho. En otro lugar, pequeños pájaros furtivos observaban su entorno con tristeza, erizando sus plumas mientras saltaban entre los árboles caídos y en descomposición.

Finalmente, aquella ciudad reveladora –un puñado de bolas de acero incrustadas en la arena negra– se cerró sobre Truck como una trampa.

–Un fallo temprano en el control climático –admitió Grishkin–. Éramos primitivos, aunque enérgicos, cuando llegamos a Estómago, capitán. –Hablabas como si hubiera estado allí en 2143, lo que no habría sorprendido a Truck en lo más mínimo–. Se solucionará, como todas las cosas, con el tiempo.

Llevó a Truck a toda prisa a un lugar silencioso, con paredes blancas, limpias y frescas. Un extraño olor a ozono y antiséptico lo impregnaba. Había colectores de polvo estáticos y ventiladores por todas partes, zumbando débilmente. Si mirabas de cerca las paredes, podías ver remaches avellanados. Personas que podrían o no haber sido Abridores se movían por los pasillos vestidas con batas verde pálido y guantes de plástico, sus pasos resonaban con una urgencia extraña y tranquila.

–¿Estás enfermo? –preguntó Truck con desconfianza. Los hospitales lo inquietaban. Pensó en volver corriendo al avión, pero el piloto se había ido a algún lado a desayunar.

–Esta ansiedad, capitán, no es necesaria. Todos sus problemas terminan aquí.

“Eso es lo que temo.”

Se mordió las uñas, tragó saliva sin querer, tosió. Se quedó atrás, pero Grishkin lo tomó del brazo posesivamente.

“¿Qué vas a hacer conmigo?”

–Vamos, capitán, antes de que nos ocupemos de la primera parte de nuestro trato, debe ver algo de nuestro trabajo aquí. –Su avatar diabólico o maléfico acechaba justo debajo de sus párpados, espiando pero esforzándose por pasar desapercibido–. Encontrará el Teatro Memorial muy interesante. Pero no debemos llegar tarde. Las cosas estaban fermentando, disolviéndose detrás de sus ventanas. Cada vez que llegaban a una puerta de incendios en el pasillo, miraba el reloj que estaba sobre ella. Su agarre se hizo más fuerte. En realidad, estaba tirando de Truck.

Supongamos que el Memorial Theatre conmemorara a un solo genio del movimiento (en lugar de, digamos, algún ejemplo turbio o episodio de su pasado) y tendría que ser una fábula, un minotauro de la medicina y la religión, alguna conexión accidental entre el cerebro de un viviseccionista loco y las manos de un rector inapropiado. Algo a lo que cualquier hombre decente le daría una patada sin pensarlo. En Estómago, nadie lo había hecho, y su espíritu presidía:

Era una habitación enorme.

Truck intuyó que, en circunstancias normales, el lugar estaría lleno de una penumbra sórdida y color vinagre que

se filtraría a través de las vidrieras de diez metros de alto (¿qué representaba? El abricionismo es una fe ecléctica, católica: había un poco de todo, desde la resurrección de Lázaro hasta el descenso de Moisés; pero seguro que Lázaro no había muerto por una incisión cesárea). Ahora estaba iluminado por miles de vatios de luz blanca. Los operadores de electrocorticogramas y los organistas estaban sentados junto a sus instrumentos mientras los niños del coro, envueltos en un grueso fieltro color ciruela, caminaban lentamente entre los enormes arcos de múltiples hojas, con la mirada fija en el arte del techo. La mesa de operaciones, inviolable en el centro del suelo de baldosas, era un altar de piedra caliza. Los modos inquietantes de algún canto llano resonaban largos, huecos y lejanos, como si provinieran de la mampostería desnuda.

Las manos de los cirujanos, delgadas y diestras “Cortaban, y picaban”. “+&–, +&–, +&–”, cantaban los aparatos eléctricos mientras, enmascarados y vestidos, Truck y el doctor Grishkin se deslizaban hacia el círculo interior de luz y olor.

–Este es uno de los acontecimientos más impresionantes de nuestra historia –susurró Grishkin. El paciente yacía bajo un analgésico local. Una carpa de paño quirúrgico cubría su cuerpo. Sobre él, focos y haces de cables colgaban de barras cromadas. Delgados y brillantes rayos láser se cruzaban y danzaban. Grishkin hizo una reverencia a los cirujanos,

avanzó ágilmente (manteniendo agarrada la muñeca de Truck) y retiró la carpa quirúrgica. –Mire... –suspiró.

A primera vista, parecía un cadáver desollado: una masa de tejido adiposo amarillento, grandes vasos sanguíneos fibrosos, rojos y azules; todo ligamentos y músculos, húmedos y pegajosos y unidos por una bolsa de plástico adherible. John Truck sintió que algo le llenaba la garganta. Estaba de nuevo entre los hospitales orbitales y las naves de cadáveres de Canes Venatici, empacándolos en sus cajas. Intentó apartarse, pero Grishkin lo sujetó.

–Por primera vez, un Gran Maestro del Movimiento está alcanzando una transparencia total... –Era de cristal. La cosa que había debajo de la tienda nunca volvería a moverse. Tenía una piel de cristal–. Su reverencia está plenamente consciente. ¿Le gustaría hablar con él? ¿Preguntarle algo? –Grishkin irradiaba efervescencia, una enorme energía–. Si le parece asombroso, debería ver lo que estamos haciendo con la cabeza. ¡Capitán!

Truck retrocedió agitando violentamente el brazo libre, desprendiendo un mechón de pelo de debajo de su gorro higiénico. El doctor Grishkin se lo guardó, silbando de placer. El coro cantó en menor, sobre un patrón de acordes no resueltos del órgano: “¡Aleluya!”, gritaron, y Grishkin dijo: “¡Una calavera de cristal, capitán! ¡El cerebro revelado!”.

Apareció por la parte trasera de la carpa quirúrgica, de color gusano, con parches de zonas hinchadas de cochinilla y vetas de un negro azulado. Estaba cubierto de cuadraditos de papel blanco, cada uno con un número. Abrió un ojo y lo *miró*.

–¡Algo salió mal! –gritó–. ¡Mátalo! ¿No lo ves?

–Hemos tenido algunos problemas con el trasplante, lo admito –dijo Grishkin–. Pero la reacción a cuerpos extraños está muy por debajo del mínimo aceptable. No se queje, capitán. ¡Pregunte!

Truck tragó saliva. –¿Por qué...? –Sus ojos azules, suaves y húmedos, parecían huevos de pájaro en medio de aquel desastre. Intentaba sonreírle–. ¿Para qué necesitarías *una* bomba consciente? –logró decir. Estaba frenético; cualquier cosa con tal de que Grishkin se sintiera satisfecho y se lo llevara de allí.

Una risita débil. “Tú”, susurró el Gran Maestro de los Abridores. “Tú...”

Grishkin se echó a reír. Echó la cabeza hacia atrás y rugió: –¡Oh, capitán! Has estado escuchando a la pobre y violenta Alice Gaw. Tiene una mente como un desierto aullante. Está loca, hijo mío, no hay ninguna bomba en Centauri. Yo llegué primero, me abrí paso hasta el último búnker con las manos

desnudas. Lo que ella vio está en su propia cabeza, no allí. ¿No te diste cuenta?

Su risa se apagó. Se limpió la boca. –Pero yo... lo que vi fue algo muy diferente. Llenó ese lugar... –Se estremeció. Se formó condensación detrás de sus ventanas. La angustia nubló sus ojos–. Hay un Misterio al pie del Pozo Diez: un receptáculo del Espíritu... y Dios me habló desde allí... –Se tambaleó como un enfermo, se palpó la frente–. Preguntó por usted, capitán, me pidió que le trajera un centauriano. –Sus labios se separaron de sus dientes, parecía estar luchando contra los músculos de su propia cara por un instante, una verdadera batalla... luego se relajó. Sus dedos dejaron una marca roja en la muñeca de Truck–. Ahora, capitán, el resto de nuestro trato.

“No creo que quiera seguir con esto”.

Truck siempre corría hacia las puertas. Esta vez lo logró y ya estaba en el pasillo antes de que algo le pinchara el cuello. Para alguien que no se droga, pensó, me estoy desmayando antes de lo que debería.

Soñó que el desmayo estaba a punto de terminar. El doctor Grishkin lo obligaba a distender el saco de su frente, a reventar la frágil cáscara de la crisálida. Lo odiaba. Sin embargo, sus patas multiarticuladas seguían adelante por su propia cuenta; su frente se tensaba contra sus confines, se encogía, volvía a hincharse; la cáscara se agrietaba, entraba

aire frío. Podrías ir a cualquier parte así, dijo la general Gaw. A cualquier parte, hijo. Intentó retirarse. Déjenme volver a ser una larva. Pero no lo hicieron. Sus antenas se agitaron débilmente, recibiendo ya mensajes de un nuevo tipo. Eso fue el final: luchando por permanecer, abandonó la cáscara de todos modos, una imagen completamente formada. Despertó...

Aterrado por si descubría qué tipo de insecto era.

Esperó a que se le aclarara la cabeza. Se miró a sí mismo. –Nunca pedí esto, Grishkin. Algún día podría matarte por esto. –Se levantó con cuidado de la cama, frotándose los brazos. Su ropa vieja había desaparecido. Restos del sueño anestésico todavía se evaporaban en su cabeza. Se vistió con lo único que tenía a mano (consciente de que Grishkin, con los brazos cruzados, lo observaba con curiosidad), evitando los espejos de la habitación cuanto podía.

Flexionó las manos en un gesto de desafío miserable. “Un día”. Se vio a sí mismo por accidente y se estremeció.

–Pero capitán, *usted* quería desaparecer. Ahora es invisible. ¿Quién lo mirará y verá al capitán John Truck, un espacial? ¿Mmm?

Truck pasó a ciegas junto a él y salió de la habitación, pero él lo siguió. –He cumplido mi parte del trato, capitán. Ambas condiciones se han cumplido. Ahora eres mío.

Su aturdida miseria dio paso al pánico. Estaba casi sollozando. Se perdió en un laberinto de fríos pasillos blancos, donde los Abridores le hacían gestos cortésmente con la cabeza y su reflejo le tendía una emboscada en cada puerta de cristal. Empezó a correr, con el aliento raspando su garganta. Pero no podía perder de vista la sombra que lo seguía. –Admítelo, hijo mío... Finalmente, encontró la luz del día y salió a trompicones con Grishkin caminando rápidamente detrás. Cayó por un tramo de escaleras y se adentró en los espantosos espacios de las tierras baldías del Estómago.

Se quedó allí, de rodillas, tragando saliva.

–La general ha instalado la mitad de la flota en Centauri VII, capitán. Llevará tiempo romper su seguridad. Sólo podemos esperar una oportunidad adecuada. Mientras tanto, ¿no lo ves?, puedes aceptar un ministerio de prueba, como cualquier otro novicio de la orden. Serás invisible. Es lo que pediste. No sólo te he proporcionado seguridad, sino un medio por el cual puedes recordar nuestro trato.

–No tenías que hacerlo así, Grishkin.

Su capa se había abierto. Miró hacia arriba. Frente a él estaba el piloto del vehículo atmosférico, con una expresión de perplejidad en su rostro de aviador decente. “¿Qué estás mirando, bastardo?” Pero ya no podía evitar su reflejo. Estaba en los ojos del hombre: la capa de color ciruela; el

horrible cuerpo desnudo y escuálido, afeitado y con la piel de gallina por el viento; la cabeza *calva*...

Y el pequeño panel transparente implantado en su pared abdominal. Lo miró y comenzó a llorar.

Fue repugnante.

Me dolió.

–Toma –dijo el piloto ayudándolo a levantarse–. Tómatelo con calma.

Pero no fue el final de todo, aunque pronto descubrió que podía mantener discretamente envuelta la capa y no mostrar lo que había debajo, de modo que cuando regresó al Gólgota había recuperado algo de su serenidad, si es que la tenía. Era precaria. Se había tomado en serio la visión de Pater y ya no podía adivinar qué podría ser de él.

Ya era de noche. *Mi Ella Speed* estaba a oscuras. Parecía desierta, pero en la sala de control se topó con Tiny Skeffern, que roncaba en el suelo, con una botella de etanol conseguida de Pater bajo mano. Le dio una patada al cuerpo con suavidad. “¿Tiny? Fix, ¿por qué no hay luces encendidas?” Encontró los interruptores él mismo y los accionó con petulancia. “Fix, ¿dónde estás?” Había algo garabateado en un mamparo con un trémulo lápiz amarillo:

DERE JEF

TENGO QUE JBO UN HERMANO FUERA DE TERRA Y SI

OTRA VEZ TAUKGNI SOBRE PAGAR BIEN NO HE PAGADO
BIN

6 MESES SOLUCIÓN

Todos los cromianos son disléxicos de nacimiento. Tal vez por eso su cultura sigue siendo feudal. Truck se sentó en una de las sillas de mando y se encogió de hombros al ver la inscripción. “Fix, Fix”. No era más de lo que merecía. Se sentía indeciblemente cansado.

Mientras tanto, Tiny se había despertado, se había frotado los ojos y había bebido de la botella casi vacía. –Fix se fue –dijo, ayudándose con el borde del ordenador de navegación–. Dios mío, esa cosa apesta. –Se tambaleó por la cabina en busca de agua, tropezando repetidamente con la botella, concentrado sólo en su propio dolor–. Se llevó su machete y todo.

“Ya ha pasado antes. Volverá. Siempre nos peleamos”. Era cierto, pero no lo hacía sentir mejor: siempre era culpa suya.

Finalmente, Tiny recuperó la vista.

–Oye, Truck –dijo riéndose–, ¿te has convertido? –Miró de reojo a través de la sala de control y una gran sonrisa tonta

se extendió por su rostro mientras observaba la ropa nueva de Truck—. Jesús, ¿qué...?

Truck, inspirado por una furia terrible, se había puesto de pie de un salto y estaba intentando agarrar con determinación el cuello de Tiny. Saltó rápidamente hacia atrás. —Truck, yo...

Truck lo agarró. —Ríete y te patearé la cabeza, Skeffern —dijo con seriedad—. Vamos, entonces... Quería lastimar a alguien. Cada vez lo llevaban más lejos, alejándolo incluso de las mínimas decencias de su interior. Empujó a Tiny contra el mamparo hasta que su fino cabello rubio borró la súplica analfabeta de Fix. —Vamos —lo invitó con dedos de acero—, ¡di una palabra!

Y entonces, desde la enfermiza miseria de su despertar en la macabra ciudad de Grishkin: “Oh, maldita sea, *maldita* sea. Ayúdame, Tiny”.

El pequeño se quedó boquiabierto y resopló.

Truck se desplomó en su asiento y fijó sus ojos con tristeza en la estúpida nota medio borrada del contramaestre (no estaba en condiciones de andar solo: solo se peleaba con gente más grande que él o empleaba su machete). —¿Qué estoy haciendo, Tiny? Hice un trato con Grishkin. Era la única forma que se me ocurría de hacerme con el maldito Artefacto. Ahora no estoy seguro de que no lo sospechara

desde el principio. Espera que intente traicionarlo. Me abrió en canal como advertencia. ¿Qué estoy haciendo?

–Fue solo una broma, Truck, yo no...

Truck se estremeció y se quedó mirando el mamparo.

Acero puro.

Capítulo IX

BAJO LA LUZ DE LA LÁMPARA EN EL AVERNO

2367: Sin Truck para operarlo, el Dispositivo Centauri (bomba o Tótem, tal vez ambos) permaneció en su búnker; tranquilo pero tal vez repasando en soledad recuerdos de una guerra anterior. O incluso –sintiendo que Truck ahora gravitaba hacia él, acercándose en espiral por su propia elección en lugar de la de la General Gaw o Ben Barka o Grishkin– moviéndose un poco en su letargo de dos siglos.

2367: Arriba, en los márgenes de la atmósfera contaminada de Centauri, colgaban evidencias de la nueva guerra: acorazados negros y ciegos, deslizándose constantemente hacia nuevos patrones de defensa, lanzándose mecánicamente de un lado a otro como bestias que se despedazarán entre sí si no hay olor a presa.

2367: La Galaxia había iniciado una horrible gavota al son de la Tierra. En Sad al Bari IV, tropas de choque adolescentes con rostros de delincuentes condenados llevaban sus uniformes del IWG durante los fines de semana de permiso del interior, probando tímidamente sus botas nuevas en los callejones de Bread Street. De las fábricas de Parrot salía el turno de noche, frotándose las manos para estimular una constitución aletargada y privada de sueño y felicitándose por la sobreproducción de cañones de reacción para el tratado de socorro mutuo con UASR (el famoso pacto “Salisbury”); mientras en todas partes, muchachas jóvenes con ojos claros y atractivos levantaban los pies al son de las canciones populares de la Tierra y sus faldas al son de los jóvenes y apuestos oficiales de enlace terrestre con los escuadrones coloniales.

2367: Un breve silencio allí fuera entre las estrellas, mientras todo alcanzaba el pináculo de la preparación. Luego, con los labios entreabiertos por el asombro y una sonrisa tranquila y húmeda, la larga y elegante caída hacia los sucios asuntos de la Tierra.

2367: *La Revelación Intestinal* (que hace poco era la *Ella Speed*, que salió del Estómago de RV Tauri II, con un cargamento de nada) se encontraba en el Puerto de Egerton, Avernus, ese infame planeta en el borde del brazo de Ariadne. Allí, la guerra parecía remota pero plausible.

El puerto de Egerton se fue al traste antes de ser siquiera una propuesta terminada. Nunca experimentó ese estado de pionera espiritualidad –durante el cual el Instituto de Mujeres local cuelga a un espacial cuyo cabello cae un centímetro por debajo del cuello (e incluso especifica el tipo de cuello)– por el que pasan inevitablemente los puertos de los planetas recién colonizados; sino que pasó de la inacabada inconclusión a la decadencia de un interior establecido mientras las excavadoras todavía lo estaban cartografiando. Así, mientras sus calles eran cenizas y sus edificios eran de plástico corrugado agrio, su corazón estaba tan podrido como el de la Tierra; y mientras sus considerables instalaciones de almacenamiento todavía estaban en proceso de desarrollo, también lo estaba la llaga que llegó a llamarse “Ciudad Basura”.

Antes de que se fueran los ingenieros civiles, había un camello en cada esquina y para cada sensación posible, desde AdAcs hasta Ziapaprothixene. Cuando llegó John Truck, había diez (y la reputación del lugar, si hubiera estado dando vueltas en torno a Beta-Xligo XVII, lo habría precedido en cada parada del camino). Luchaban entre sí en una oscuridad despiadada a través de los confines de Junk City, y los que sobrevivían salían como ratas al puerto propiamente dicho: eran el extremo de los ojos rojos, eran los dientes de roedor y los zapatos de cocodrilo continuamente reemplazados de la Galaxia; estaban tan erosionados en el cráneo que un minuto te preguntaban si

los escrúpulos se disparaban o se esnifaban y al siguiente se preguntaban si podrías conseguir uno o dos kilos al precio justo.

Pero fueron sus clientes los que hicieron del lugar una agonía.

Se sentaban o se desplomaban en grupos con la espalda apoyada contra las paredes temblorosas, captados como instantáneas familiares depravadas (la jeringuilla todavía colgando del brazo, el diminuto hilo de sangre de la nariz); denebianos, gitanos, cromianos, terrícolas, habían abandonado toda pretensión de ser espaciales o prostitutas o cualquier cosa que hubieran sido al principio, y se habían convertido en cifras con las palmas abiertas y arrugadas, ropas malvadas y voces suaves y descoloridas. El blanco de sus ojos era gris y de alguna manera cristalino: y lo que sea que los ojos tienen unido, también había tomado ese camino. Todos los días, justo antes del amanecer, un destacamento irregular extraído de sus propias filas despejaba las calles de aquellos que habían muerto durante la noche. Eso los mantenía drogados.

Fue allí donde Truck empezó a incubar la visión que influiría en su despliegue final del Dispositivo Centauri. Día tras día tenía que ignorar las manos suplicantes o escuchar los zapatos de cocodrilo (rozando, lamiendo los sucios pisos de cemento sin tratar) o abrirse paso entre los casos de O/D de las calles. Sentía simpatía por alguien que no era él

mismo, lo cual era inusual, y más aún: se dio cuenta de que era el dinero de la Tierra el que había construido las chozas de Avernus y los especuladores de la Tierra que las poseían.

Además, se acordó de Sad al Bari, donde había visto a los perdedores y, en efecto, se había felicitado por escapar de todo eso. Pero ¿era algo más que una cuestión de grado? De un hábito terminal de H en Avernus a un discurso de cantante callejero en Sad al Bari al *My Ella Speed* fue un progreso ascendente, tal vez, pero había consumido con los mejores de ellos, y tampoco era ajeno a los zapatos de piel de cocodrilo. De alguna manera, nunca se había visto parte de eso: ¿comenzaría a lamentar sus helados con THC y sus aventuras en Morfeo?

La gente toma los retazos de memoria personal en los que quiere creer y construye una casa de paja experiencial: Pater había prendido fuego a la suya, y Avernus estaba avivando las llamas.

Compartía con Tiny Skeffern un cobertizo de plástico de una sola habitación y salía de él una vez al día para preservar su abridorismo ficticio. La ventana le dolía en los bordes, donde la carne estaba inflamada, y todavía le aterrorizaba mirarla; pero aguantaba con determinación, esperando una palabra de Grishkin y pensando en formas de traicionar cuando llegaba.

No fue un buen iniciador, ya que le daba vergüenza quitarse la capa en privado, y mucho menos en público; como novicio, no se le permitía, ni hubiera querido, confesarse; de modo que su única actividad encubierta era la distribución de literatura sectaria (paquetes marrones de literatura, impresos en ese papel crudo que siempre parece oler a excremento, llenaban la bodega de su nave) entre los bares y burdeles lepróticos del puerto. Era un engaño trillado y cuando, después de unas dos semanas, se encontró con un conocido anterior, quedó completamente destruido.

Capítulo X

“NI SIQUIERA SABE QUÉ AÑO ES”

Tarde en Avernus y una fina llovizna agria que goteaba sobre las paredes de plástico. Main Street, el puerto de Egerton, estaba lleno de peces y barro. Fuera del Boogie Shuffle, todo eran costumbres de AdAc, principalmente ex señoras del puerto que soñaban con las muñecas Barbie adolescentes que una vez quisieron ser o los cadáveres delgados y esbeltos que algún día serían, con los ojos fijos en la parte inferior de las nubes bajas y la lluvia cayendo en sus bocas abiertas. Truck entró, pasó por el cartel de vapor que decía COMPRA UN POCO Y MIRA CÓMO TE ARRANCA LOS DEDOS A MORDISCOS, y se encontró con un grupo de mecánicos de la sala de máquinas de alguna nave militar visitante, obsesionados por la idea de una descompresión explosiva a mil años luz de casa y ya con tres partes destrozadas, bailando como simios al ritmo de una

grabación holográfica de Tiny Skeffern tocando *Eight Star Crawl* (Rastreo de ocho estrellas) en el Palace.

Se subió a una mesa.

“Abríos al Principio Universal”, susurró, esperando que no le oyeran, “hermanos míos”.

Grandes silbidos de agradecimiento.

“Tengo aquí...”

No se supone que los Abridores peleen; así que cuando Legiron Crab, un escariador de tubos proveniente del sistema Knuckle y que pronto perdería su brazo izquierdo en el valiente naufragio del *Decimoséptimo Susan*, decidió echar un vistazo debajo de la capa de Truck, Truck optó por un punto de presión en el cuello para no hacerlo obvio.

–Ay –dijo Legiron, sin inmutarse–, quítame los dedos de la garganta. De todos modos, no tengo nervios. (Unas semanas antes, un contramaestre, llevado más allá del punto de la lógica desapasionada por el talento de Legiron para estropear cualquier cosa más complicada que fregar la cubierta, lo había golpeado repetidamente en el cráneo con una de las llaves más grandes que se usan para encadenar a los conductores de Dinaflujo; y diez minutos después, algunos oficiales de cubierta lo sacaron a rastras mientras seguían gritando “¡Túmbate, cabrón, túmbate!”, sin ningún resultado; dejando a Legiron rascándose la nuca

reflexivamente, camino de convertirse en un mito.) –Sólo quiero ver lo que tienes.

Y agarró la muñeca de Truck, con su gran antebrazo peludo distendido como un Músculo Universal supremo. Truck, temiendo una fractura, le dio un rodillazo en los muslos.

–¡Ahora te has pasado de la raya, camarada! –gritó Legiron, masajeándose los sentidos ofendidos–. ¡Vete!

Legiron acompañó sus acciones con sus palabras y arrojó a Truck hasta la mitad del bar, hacia la calle principal, mientras sus panfletos de apertura revoloteaban expresivamente en torno a su cabeza. Así fue como se encontró entre las mujeres perdedoras de Avernus, con una dura faja pélvica que se le metía en los riñones, un pequeño pecho que le acariciaba una oreja y cara a cara con Angina Seng, la joven espía de Sad al Bari IV.

–Capitán –dijo, con las manos en las huesudas caderas y sonriendo con curiosidad (como si realmente fuera un encuentro casual), –debe seguir haciendo algo que a nadie le gusta.

Truck se frotó un poco de lluvia en la cara para que le funcionara la circulación cerebral. Pensó en volver al Boogie Shuffle y matar a Legiron Crab.

–No te conozco –dijo–, y no soy capitán... –Aceptó su mano fuerte sin gracia y añadió astutamente–... mi hermana.

Pero ahora le tocaba a él no engañarla. –No se puede lavar, capitán Truck. Me gustaría hablar con usted. –Ella le cepilló la capa distraídamente y le limpió un poco de barro de la mejilla. Miró hacia la ventana–: Vaya, *en realidad no* tienes religión, ¿verdad? –Él jugueteó con su capa y chasqueó la lengua–. ¿Y bien, capitán?

–Sí –dijo con tono mordaz–. Supongo que en la embajada de Israel. Podríamos tener unas agradables conversaciones con la general.

–No hay representación del IWG en Avernus –dijo, y ahora se interesaba por el letrero de vapor que había fuera del Boogie Shuffle–. Y no he trabajado para esa vacaburra desde la última vez que nos vimos. –Su rostro se debatía con dos expresiones a la vez: el labio fruncido de disgusto o desdén, sin duda; pero detrás de los ojos había algo más: esa íntima comprensión del vacío que sólo tiene una dama de puerto, un dolor remoto al que él no podía ponerle nombre. Se apartó el pelo cobrizo mojado de la cara, con el cuerpo encorvado hoscamente sobre los brazos cruzados–. Espero que ella...

Se encogió de hombros. “¿Vienes?” Y se alejó caminando por Main Street. Él estaba fascinado.

Ella lo llevó a una choza en la orilla del puerto y se sentó en una mesa plegable desvencijada, llena de tubos retorcidos y medio vacíos y pepitas secas y duras de

cosméticos, mientras él deambulaba buscando algo para comer. Se acechaban el uno al otro bajo la luz de la lluvia. Ella se cepilló el pelo, examinó minuciosamente su rostro (las delgadas líneas de una tensión interna demasiado secreta para ser política o cualquier otra cosa que el mecanismo de relojería en la vida de una dama del puerto que se está agotando); miró su imagen invertida disimuladamente cuando él estaba ocupado con el refrigerador.

–¿Qué tienes? –preguntó mientras comía algo local con la boca llena–. ¿Otro patrocinador, eh? ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

–Creo que está pasado. Déjame probarlo. ¿Cómo lo supiste, capitán?

Una habitación pequeña y cansina. Miró torpemente a su alrededor, la ropa interior usada, los armarios abiertos y las paredes desgastadas. ¿Qué edad tenía? ¿Era esto todo? Al acercarse demasiado a su alma (que estaba continuamente en tránsito entre esas habitaciones y siempre llegaba tarde), se estremeció. Se estaba engañando a sí mismo si creía que sabía la mitad de la historia.

“Fue una broma. No quiero oír nada al respecto. La última vez fue demasiado dolorosa”.

–Mire, capitán, es evidente que no quiere dárselo a la general Gaw. Podría ponerlo en mejores manos. Podría concertar una reunión.

Su ingenuidad no llegó tan lejos; en ese punto, degeneró en una especie de astuta conciencia de hurón. “Ni siquiera sabes lo que es”, le dijo. Ella frunció los labios (¡un golpe, un golpe!). “No, espera. Lo reconoceré”. Caminaba de un lado a otro, masticando. Al menos podía comprobar una o dos cosas.

–Bien. –Dejó caer el cepillo–. Te llevaré con él ahora. –Se levantó, se alisó el vestido sobre el estómago, se paró demasiado cerca de él y le sonrió. Estaba conmovido. Pero...

–No. Ven aquí. Esta noche. Tráelo aquí a las ocho. Tengo cosas que hacer.

Ella frunció el ceño. –¿No estará usted trabajando para la general Gaw, capitán?

–Estás un poco atrasada, ¿no? –En el fondo, algo le advertía que los perdedores nunca, nunca, deberían tomar decisiones. Lo ignoró, y el perdedor se rió horriblemente de sí mismo–. Sólo en mis términos esta vez, eso es todo. –Fue una arrogancia descarada. En la puerta, preguntó–: ¿Nunca te cansas de que te utilicen? –Pensando en el pobre Nodes, un viejo animal que tampoco había sabido qué era “eso” o que quería saberlo.

Ella lo miró fijamente bajo la lluvia, tamborileando con los dedos sobre uno de los periódicos Abridores ('Algunas palabras de sentido común en tiempos de problemas'). Después de que él desapareciera por la calle lúgubre, ella salió en otra dirección.

“Quiero un arma”, dijo Truck cuando subió.

–Dios mío. –Tiny había oído hablar del incidente en el Boogie Shuffle–. Truck, ¿cómo puedes dispararle a un tipo sólo porque te echó de un bar?

Se puso los calzoncillos y empezó a dar saltitos sobre un pie. Era divertido. La señora que estaba en la cama, con la voz amortiguada por la manta, dijo: “Saquen a ese idiota de aquí. Me pone los pelos de punta”. Se incorporó sobre un codo y miró a Truck con enojo. “Tiny, ¿cómo puedes vivir así? ¿Cómo puedes vivir con él? Eres un artista”. Se estremeció.

Tiny le mostró la puerta a Truck con un gesto de insistencia. –Quizá Fix haya dejado algo en la nave –sugirió. Le guiñó un ojo y señaló con el pulgar por encima del hombro–. ¿Eh?

Fix no los había escondido. Pero en un armario del puente, Truck encontró un par de puños de acero que había comprado hacía mucho tiempo en Morfeo y que nunca había usado. Se los puso y empezó a dar saltos de puntillas,

haciendo fintas peligrosas ante los paneles de exhibición. Durmió un par de horas en su vieja litera y, cuando oscureció, se metió los puños de acero en la bota derecha (debajo del pie, donde estarían a salvo de una búsqueda superficial, aunque resultarían incómodos) y se fue hacia el borde del puerto de Egerton. Tenía un cólico aullante por la empanada de Avernus de Angina Seng.

A las siete y media estaba temblando en un charco de sombra a veinte metros de la puerta de Angina.

El viento soplaba de dentro a fuera: enjugaba los ojos con la lluvia, abofeteaba a los perdedores en las calles del puerto (a lo largo de galerías de una imagen repetida: una mano en la pared temblorosa, la cabeza gacha, con arcadas desanimadas desde el cerebro) y pegaba la capa de Truck a él como cemento húmedo. No estaba seguro de por qué estaba allí: para tener, tal vez, solo por esta vez, un pequeño poder sobre aquellos que tienen la habilidad de establecer un rumbo a pesar del viento; para echar un vistazo al nuevo patrocinador de Angina Seng antes de que quienquiera que fuera lo viera a él.

Teniendo en cuenta esto, cualquiera puede predecir un desastre.

Veinte minutos después, la enigmática Angina apareció con la cabeza gacha en dirección a Junk City y entró, mirando a su alrededor con cautela mientras buscaba a tientas la

llave. En la oscuridad prehistórica, Truck se rió entre dientes. Estaba abrigada para protegerse de la lluvia y de que la reconocieran, pero no podía disimular su postura terrosa de nacimiento de dama de puerto. Se encendieron las luces. Ambos se sentaron a esperar. Tenía un truco misterioso: aparecer en la ventana, moverse de derecha a izquierda y, un minuto después, reaparecer desde la misma dirección, como si alguna topología personal se aplicara a la habitación. Quince de estas manifestaciones tuvieron lugar mientras Truck temblaba y retorció la planta del pie derecho e intentaba ignorar el dolor de estómago.

La figura que finalmente se acercó arrastrando los pies a la puerta de Angina bien podría haber sido Hermann Goering. Descubrió de inmediato que se había situado demasiado lejos para distinguir alguna característica (aparte, por ejemplo, de una pierna de palo) con la que no estuviera familiarizado. Salió de su escondite para ver mejor: siguió sin ver nada más que ropa impermeable y una mancha blanca por rostro. Desconcertado por este inesperado anonimato, corrió a esconderse, sólo un poco demasiado tarde para hacer algo con movimientos hostiles que de repente llenaron la oscuridad a su alrededor.

Uno de los comandos de la muerte de la UASR que lo habían estado siguiendo desde que dejó la *Ella Speed* lo golpeó rápidamente en el bíceps para inmovilizar sus brazos mientras el otro sacó una pistola Chambers del tamaño de una morgue y la clavó en su ingle en una terrible

advertencia. “Ponte las manos en la cabeza”, le advirtieron. Sus rostros delgados y picados de viruela estaban envueltos en sonrisas mientras lo registraban, y luego se apartaron para dejarlo reflexionar sobre su futuro evidente si insistía en jugar según las reglas de los ganadores.

–¿Tenéis alguna postal bonita, chicos? –insinuó con malicia, porque se sentía estúpido. Los hachishines intercambiaron una mirada desagradable, reinterpretando claramente sus órdenes, y avanzaron hacia él.

–Pensábamos que nunca entraría, capitán –dijo alguien detrás de él, justo a tiempo–. No tenía por qué andar por ahí escondido bajo la lluvia, amigo. ¿No se lo dejó claro la señorita Seng? Debe estar muerto de frío.

Gadafi ben Barka: segundo coronel o ejecutivo del Ejército Popular de Marruecos –originalmente un descendiente del antiguo UNFP– y por lo tanto lo más parecido al homólogo de la general Gaw en la UASR(N). Era alto y de complexión delgada, con una espalda como una tabla y un bigote prolijamente recortado. Golpeó las manos de Truck con la punta de su pequeño bastón. “Creo que podrías dejarlas en el suelo ahora”.

Hablaba con un inglés preciso y ligeramente decadente de origen árabe, que no estaba acostumbrado a manejar desde la revolución cultural de 2184, con el consiguiente énfasis en que los burócratas del partido interno sólo hablaran en

lenguas árabes. Su nombre, que se puede escribir de unas cuatrocientas maneras en inglés (desde Quathafi hasta Khedaphey), era ilustre. Su pelo, rapado al milímetro, tenía un matiz grisáceo que hacía juego con su hermoso traje militar. Cuando sonreía, mostraba muchos dientes blancos y uno negro. Era mucho más atractivo que la general, pero ese esmalte podrido contaba mucho.

–Parece que te han pillado en medio de mi operación de seguridad. Lo siento. –Fue un momento muy especial, ya que caminaba con las manos entrelazadas a la espalda y sabía exactamente lo que había sucedido–. Pero si hubieras entrado por la entrada principal –hizo pasar a Truck por esa misma puerta–, como esperábamos, habrías estado a salvo. No ha ocurrido ningún daño. Estas confusiones ocurren.

Angina Seng lo ignoró y miró por la ventana. Esperaba que fuera porque se sentía culpable. Pasó cojeando ostentosamente junto a ella y se sentó en la cama. De hecho, le dolía muchísimo el pie y su estómago revuelto estaba generando largas oleadas grises de náuseas que se desataban frías y sudorosas sobre su calva. Miró acusadoramente el frigorífico. Su capa se abrió. –Me has envenenado –le dijo a Angina, que se encogió de hombros.

Como el comandante de un terreno desértico que estudia sus mapas, Ben Barka estaba sentado detrás de la mesa de campaña, raspando distraídamente los curiosos relieves de

cosméticos secos; planeando, tal vez, fantásticas campañas en miniatura entre sus áridos wadis (valles) y crestas expuestas; el viento como esmeril en los globos oculares al atardecer; los camellos con las patas doloridas y refractarios; la ametralladora Maxim hundiéndose de nuevo en la arena hasta los ejes, o atascándose justo cuando llegaba el tren, sin cumplir nunca del todo las promesas del traficante de municiones austrogriego (con sus manos suaves y regordetas y su cuello de celuloide) que la había traído de contrabando en un dhow motorizado desde Constantinopla: una expedición siniestra para redimir un corazón perdido durante siglos bajo el polvo, con sus cisternas envenenadas, sus mujeres bajo castigo, cenizas enterrando a sus hijos supervivientes. Sus ojos estaban llenos de un pasado violento; no el suyo en ningún sentido de lo personal, pero con un significado individual mayor que una mera herencia.

Mientras tanto, los hachishins se habían instalado junto a la puerta, donde parecían caer en un estado de languidez salvaje, dirigiéndole a Truck sonrisas y guiños insolentes, hurgándose la nariz con fanática concentración. Ben Barka llevó su última desesperada conclusión bajo el frío muro perimetral del desierto y dijo: –Veo que ha estado en Estómago últimamente, capitán. Intelectualmente, no puedo imaginarle como un Abridor; es una idea poco satisfactoria. De todos modos, la fe es algo peculiar: en el pasado, nosotros los árabes hemos tenido credo suficiente para una Galaxia, y también energía; pero, ahora, no...

Se quedó mirando algo que había en la pared detrás de Truck y se encogió de hombros. “Supongo que la chica te habrá dicho por qué te pedí que vinieras”.

Truck miró de soslayo a Angina Seng con una mueca de desdén. “¿Qué puedo saber yo de eso? Pensé que había encontrado su nivel en la embajada del IWG en Sad al Bari”. Apenas sabía lo que estaba diciendo. Echó un vistazo a su estómago, se levantó y se puso la capa empapada, ruborizándose miserablemente y pensando en la sonrisa victoriosa de Grishkin.

–Ya veo. Prepáranos un té de menta, por favor, Angina. El capitán parece tener frío.

Junto a la ventana, un movimiento repentino e impaciente. “Oh, por el amor de Dios, Gadafi, dile por qué está aquí y luego vete. No tiene ni idea de lo que tiene entre manos. Obviamente, ese viejo loco nunca se lo dijo, y la mitad del tiempo está tan drogado que ni siquiera sabe dónde está. –¿Por qué tendría que decírselo? Nunca ha escuchado ni una palabra de lo que he dicho.” Observó la lluvia, entrelazando los dedos, frotando un pulgar con el otro. “Estoy harta de los dos”.

–Prepáranos un té de menta, por favor Angina.

–Oh, vamos...

–Angina, por favor, prepáranos un té de menta.

Había un fregadero grasiento en un rincón. Ella empezó a destrozar cosas allí.

Truck tragó saliva. –También te venderá a ti, Ben Barka. Lo hará para practicar.

El coronel sonrió débilmente para sí mismo. –No hay necesidad de sentirse ofendido, capitán. Esta es una reunión informal, no hubo intención de coaccionarlo. –El hachishin se frotó la nariz bronceada–. Una reunión exploratoria, en realidad.

“No estaba pensando en mí mismo.”

–No habrá ninguna traición –insistió Ben Barka, golpeando vigorosamente la mesa con su bastón y luciendo irritado por un momento o dos.

–Te dije que era un completo imbécil –dijo Angina–. Ni siquiera sabe en qué año estamos.

–Nuestro acuerdo tiene ciertas salvaguardas incorporadas, capitán. Usted, entre todas las personas, debería estar familiarizado con el tipo de cosas en las que estoy pensando. La propia general tuvo la bondad de instituir las hace mucho tiempo. Y, por supuesto, Angina ya no es bien recibida en ese sector. Ahora, vamos... Ah, gracias, Angina.

Había dejado caer sobre la mesa entre ellos dos vasitos de plástico llenos de algo verde y humeante. Truck miró el suyo

con tristeza. En el borde ya se había formado una ligera capa viscosa, como algas en la línea de marea alta de un canal abandonado. Algo flotaba allí. Algo flotaba.

Truck se puso de pie tambaleándose, con los ojos llenos de lágrimas, y se dirigió a ciegas hacia la puerta, pensando únicamente en el alivio. El hashishin dio un paso adelante pensativo para interceptarlo, sonriendo y agitando las manos como losas de arenisca afiladas. Al mismo tiempo, Ben Barka gritó algo, apartó su silla de una patada y se acercó apuntando con una pistola Chambers al estilo militar de moda: los pies bien separados, los brazos estirados y la mano izquierda agarrando la muñeca derecha. Que pudiera evitar disparar después de todo eso fue un pequeño milagro; pero a Truck no le importó.

Apenas vio nada. En algún lugar de un límpido crepúsculo personal, gemía de miedo y repulsión y vomitaba todo el contenido del universo. Al cabo de un rato, sintió que los árabes se inclinaban sobre él. Alguien lo llamó por su nombre un par de veces. Lo último que entendió bien durante un rato fue a Angina Seng diciendo: “Siempre está haciendo eso. Bueno, puedes limpiarlo antes de irte”.

Lo arrastraron bajo la lluvia torrencial, como si estuvieran en un retiro nocturno de algún El Bira o Bin Kerem de la mente. De repente, ráfagas de viento violentas rugieron entre los edificios negros, arrastrando a los perdedores del

Averno (para llevarlos, meros bultos de trapo, débiles imitaciones de la vida, de un rincón frío a otro durante toda la noche). Cada vez que ponía un pie en el suelo, el dolor lo iluminaba como un bailarín en un letrero de neón.

Se detuvieron, jadeantes y mirando a su alrededor, a unos trescientos metros de la choza de Angina; lo empujaron hacia una especie de vehículo terrestre y se adentraron en la oscuridad entre una ola de barro y ruido de transmisión. El puerto de Egerton se alejó, pero no mucho. Ben Barka conducía nervioso, estirando el cuello hacia delante para mirar a través del agua que caía por el parabrisas. En el asiento trasero, los *fellaheen* limpiaron la condensación de las ventanillas y luego empujaron sus caras tan cerca del vidrio que se empañó de nuevo de inmediato.

Más tarde, abandonaron la carretera. En el cielo se oían truenos distantes que humeaban con olor a alambre de acero estirado en frío y escoria de manganeso; el coche se desvió, se sacudió y golpeó repetidamente sus partes inferiores contra los surcos y las cenizas de un paisaje en ruinas; llamaradas de luz blanca iluminaron las caras de los hachishin. Por un momento, suspendido entre el cielo y la tierra baldía por un espasmo particularmente brutal, Truck imaginó que la guerra de la Tierra se extendía hacia Averno como una mano sangrante. Pero cuando buscó las reveladoras estelas de ionización violeta de las ojivas MIEV que descendían, no vio nada.

Tuvo arcadas otro par de veces y se sumió en un sopor que alternaba entre abatido y beatífico. Su cabeza cayó sobre el hombro de uno de los árabes. Se miraron con disgusto.

Capítulo XI

UN TIEMPO DE ESCASEZ EN LA CIUDAD BASURA

Diez minutos después, se despertó, se frotó la boca y la nariz y estornudó. Unas siluetas extrañas se formaban y se movían más allá del parabrisas mojado. Se incorporó y miró a su alrededor. “¿Qué sabes tú?”, dijo, mientras su respeto por Ben Barka disminuía rápidamente a medida que el coche avanzaba a trompicones en la noche cruel y desalmada de Junk City.

“Cállate la boca”, sugirió uno de los Hashishin.

Junk City, un complejo industrial de tamaño considerable que había procesado las materias primas para el barrio de almacenes mineros del Puerto de Egerton durante las primeras etapas de la colonización, se estaba desmoronando diez años después bajo la mirada maligna de

una planta de energía temporal que estaba fallando y que de alguna manera nunca había sido cerrada, con sus fundiciones y fábricas de plásticos como eslabones de una cadena bien establecida de madrigueras que servían a los transportistas del interior.

Era un horizonte estresante de escombreras y torres de refrigeración, chimeneas inclinadas y talleres destripados, hornos fríos tristemente preñados de mineral coagulado y fundentes, todos conectados entre sí por una telaraña de pórticos, conductos a la altura de un hombre y precarias cintas transportadoras diagonales. El humo y los vapores que emanaban de los condensadores sobrecargados de la planta de energía se agitaban entre las tolvas oxidadas, flotaban sobre la tierra empapada de ceniza a la altura de la cintura de un hombre y colgaban apestosos sobre las terrazas de las minas a cielo abierto.

El resplandor del reactor se abría paso a través del espectro, ahora blanco y eléctrico, ahora somnoliento y morado: un parpadeo constante y malsano de plasma parcialmente contenido que luchaba contra las líneas de fuerza maltratadas que lo contenían, llenando el viento con un rugido terrible, modulador y voraz como las mareas de basura en un planeta abandonado en el borde mismo del Tiempo. Los habitantes de esta ciudad, ojos blancos y huesos delgados y dementes, observaban la luz que corría y describía arcos a través de su sombrío horizonte, y se apiñaban. ¿Por qué deberían estar menos desesperados por

la comodidad que sus clientes? Ese viejo motor con fugas los amenazaba, pero dependían de él.

—Yo estaba en Centauri VII, capitán. Sé lo que vi cuando Grishkin irrumpió en el último búnker. Yo había estado operando el cúter menos de un minuto cuando él empezó a abrirse paso a duras penas con las manos desnudas. Yusef Karem también lo vio, pero más tarde, y su informe fue confuso; los agentes de la Flota ya lo seguían de cerca; para entonces, ya habían cocinado el cerebro de mi sargento y sabían que estábamos allí.

Ben Barka tenía un refugio en el cobertizo del capataz de un horno de mineral: una habitación polvorienta con descoloridos registros de servicio amarillos fijados a las paredes y una colección de muebles tambaleantes y rayados que siempre parecen encontrar su lugar en esos lugares: dos o tres sillas duras, algunas estanterías metálicas ajustables y una cama plegable a medio hacer.

Desde unas pequeñas ventanas sucias se veían los extractores de gas y los conductos de escape de la fundición, que se arrastraban por su capa exterior como enormes gusanos lentos. Sus plataformas de carga y rampas de descarga colgaban torcidas, crujiendo con el viento sobre sus soldaduras rotas. Las líneas de maniobras corrían alrededor de su base, desviando montones de desechos de máquinas—herramientas que alguna vez fueron destinados

al fuego. Nada allí había sido construido para durar; su propio volumen parecía darle un aire impermanente.

“Lo que vi es probablemente la herramienta de propaganda más poderosa que la Galaxia haya conocido jamás. Imaginen una especie de radio psíquica de gran alcance y selectividad que, al transmitir imágenes directamente a la corteza cerebral, evitará el momento interpretativo y eliminará la posibilidad de evasión...”

Ben Barka caminaba nerviosamente de un lado a otro por la destartada habitación, golpeándose la palma de la mano izquierda con el bastón y consultando con frecuencia el reloj. Parecía estar esperando a otra persona. –¡Basta de ignorancia voluntaria, capitán! ¡La responsabilidad será enorme!

Truck se masajeó el pie y se estiró. Se sentía descansado y con energía, pero cauteloso. En el puerto, hubiera preferido admirar el fervor desértico de los ojos de Ben Barka; esto era menos romántico.

“Es una fantasía repugnante”, dijo. “No sé nada sobre “momentos interpretativos”. Sea lo que sea lo que vieron en el búnker, la general parece convencida de que es una bomba. Sospecho que ambos están tan locos como Grishkin. Él cree que es Dios”.

Ben Barka limpió un poco de suciedad del cristal de una ventana y examinó con atención la punta de su dedo.

–¿Se ha parado a pensar alguna vez, capitán, que quizá ya no quede ninguna definición útil de los términos “cuerdo” y “loco”? Es la guerra. Cualquier otra cosa es una imitación, un sueño.

–Pues entonces basta. No tendrás nada para comer por aquí, ¿verdad? Estoy muerto de hambre.

“Danos el Artefacto y se detendrá. Puedo prometértelo”.

–Claro. No es cuestión de dar, nunca he visto esa maldita cosa, y si así fuera no lo haría. No te veo como una alternativa al general Gaw. Si tan solo os matarais entre vosotros en lugar de al resto. ¿Por qué no celebras tu guerra en la Tierra? Venderé entradas y aplaudiré.

El coronel parecía desconcertado.

–Ahora bien, si las tuyas son las “manos seguras” que Angina tenía en mente, han estado perdiendo el tiempo. ¿Puedo irme ya?

En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió bruscamente y un europeo de la Tierra con el uniforme del Cuerpo Político de la UASR(N) entró apresuradamente en el umbral. Tenía la piel gris, las manos cubiertas de pequeñas costras que parecían llenas de semillas y los puños de la

camisa deshilachados. Cinco siglos antes, también habría tenido manchas de tinta permanentes en los dedos y reuniones secretas en su ático cada dos miércoles.

Era evidente que había estado escuchando a escondidas. Miró con furia a Truck, se metió el pulgar en la boca y tiró con fuerza de la uña. Luego, sin mirar a Ben Barka, dijo: “Ahora me hago cargo yo”.

Ben Barka dejó a un lado su bastón y juntó las manos a la espalda. Asintió con frialdad. Las largas y onduladas dunas volvieron a aparecer ante sus ojos, bajo una luna blanca. Trenes llenos de soldados de infantería coloniales sobrealimentados salían a toda velocidad de los patios de maniobras de Alejandría hacia las fauces de su emboscada.

–Preferiría que te sentaras en *esa* silla –dijo el oficial de policía. Le goteaba la nariz. Cuando se hizo evidente que Truck no tenía intención de resistirse, se la secó con la manga y sonrió triunfante.

'A fuerza de incesante energía e inteligencia', comenzó, con una voz vigorosamente ofensiva, 'los vigilantes pueblos de las Repúblicas Socialistas Árabes Unidas han descubierto una proyectada violación de su soberanía que involucra un arma antihumanitaria construida por los decadentes de Centauri VII en un intento de detener su hundimiento por las fuerzas expansionistas igualmente corruptas del llamado 'Gobierno Mundial Israelí'.'

Resopló con fuerza. “Bueno, todos sabemos lo que pasó allí”, dijo entre paréntesis.

'Si bien nosotros, los de la UASR, aborreceríamos y protestaríamos enérgicamente el uso de cualquier Artefacto de ese tipo por ser contrario a los intereses de los amantes de la libertad de todos los planetas, parece haber una posibilidad de que, en manos de una democracia socialista correctamente constituida, señalaría el inicio de una nueva era de cooperación socialista: la conversión pacífica instantánea de la Galaxia al verdadero marxismo-leninismo, el fin de la lucha de clases, el...'

Se quedó mirando fijamente a Truck.

'¿Bien?'

–¿Tenemos que tener a este maldito payaso aquí? –suplicó Truck. Pero Ben Barka, que escuchaba cómo las cáscaras de cebolla se desprendían de la roca sahariana en un amanecer lejano y frío, sólo levantó una ceja. ¿Qué tenía que ver con Europa, se preguntaban sus ojos, en este siglo o en cualquier otro?

–Se dirigirá *a mí*. El coronel no es responsable del interrogatorio. Mire, capitán, hemos empezado con mal pie. Le diré lo que haremos. Dejaremos de lado la filosofía (está bien, no es su línea, lo entiendo) y nos centraremos en lo esencial. ¿De acuerdo?

Truck se encogió de hombros con gesto pétreo.

–Bueno, en cuanto a esta máquina, sabemos que usted puede controlarla. Está en sus genes. –Sonrió condescendentemente y repitió–: Sus genes. –Entrecerró los ojos, como si eso le permitiera detectar la deformidad real, allí, en el hueso–. Capitán –dijo–, estoy autorizado para ofrecerle el rango de Héroe de la UASR. –Se le abrieron los ojos de par en par al pensarlo–. Además, ¡espere!, una cátedra honoraria *inmediata* de Filosofía Política en la Universidad de El Cairo. En el Nuevo Cairo, claro está. ¿Qué piensa de eso?

Era todo lo que siempre había deseado, eso se notaba.

“Creo que eres un payaso.”

–Capitán, capitán. Usted es un astronauta. No le debe nada a los sionistas. Mucha gente del interior está comprometida con una galaxia socialista –había estado de moda un par de años antes de la Nueva Música–. Incluso su esposa, capitán. En su día fue miembro del Partido...

–Oh, *mierda*. –Truck se puso de pie y cruzó la habitación furioso para enfrentarse a Ben Barka–. Estoy harto de este pequeño idiota –dijo–. ¿Puedo irme ya?

–¡Siéntate! –gritó el oficial de policía. Bailaba en la puerta, buscando algo en su cinturón y con la nariz goteando horriblemente.

–No. Mira, Ben Barka, ¿no tendrás nada en común con ese miserable comisario y sus tonterías? ¿No estarás de acuerdo con esas cosas?

El coronel parpadeó una vez, lentamente. Más allá de su asentimiento inicial, no había reconocido ni una sola vez la existencia del oficial de policía. Ahora meditaba sobre el uniforme arrugado del hombre y sus grandes orejas en carne viva. Sonrió levemente. “Sí, creo que lo estoy”. Después de un rato, “Sí, lo estoy”. En sus ojos, los restos de un viejo sueño, wadis¹⁰ inundados, camellos y fellaheen desvaneciéndose en la insustancialidad.

–Entonces tú y Alice Gaw hacéis una buena pareja. Que Dios os ayude a los dos.

El oficial de policía había logrado sacar una enorme ametralladora Chambers y la agitaba por todas partes. “Te arresto”, gritó, “en nombre de los Pueblos de la Galaxia”. Truck salió cojeando, enfermo y vacío. “Cooperarás. ¡Las exigencias de la lucha de clases lo exigen!”. En la puerta, con los humos del viejo y peligroso reactor atascándose en su garganta, Truck miró por encima de la cabeza grasienta y oscilante de su captor. Ben Barka estaba sentado en la cama

10 Wadi es un término árabe que se utiliza para referirse a un valle o río extremadamente seco por el cual solo discurre agua en la temporada de lluvias y cuya sequedad se debe a que su caudal es temporal.

de campaña. Nada más que un viejo sueño. Dunas de arena y un viejo sueño vendido.

Afuera, lleno de disgusto, trató de patear la cara del oficial de policía. Pero el hashishin, que había estado rondando en la penumbra esperando tal contingencia, sonrió y lo arrojó por un tramo de escaleras. Tuvieron cuidado de no lastimarlo mucho, y supuso que sus órdenes eran tratarlo decentemente a menos que el otro lado pareciera que quería apoderarse de él. Era como West Central y Nodes de nuevo.

Lo metieron en la estufa Cowper del horno. Hacía mucho tiempo que alguien había arrancado el entramado, desconectado los tubos de escape y abierto una puerta rudimentaria a unos treinta centímetros del suelo. Lo que quedaba era una carcasa de acero abovedada, con todos los conductos menos uno tapados y soldados, y este demasiado alto para alcanzarlo. De él salía un lento hilo de aire cálido iluminado por una peculiar cualidad interna causada por su paso sobre el fuego del reactor, de modo que su aliento adquirió un matiz amarillo pálido mientras se paseaba chupándose el labio partido. Estaba demasiado irritado para preocuparse.

Si la violación lunática de Grishkin de sus entrañas en la Catedral de la Revelación Intestinal le había robado su sentido de la proporción —lo que Pater había llamado su

“buen vulgar iconoclasmo”—, el pequeño y desaliñado refugio de Ben Barka entre la basura estaba contribuyendo mucho a restaurarlo. Reconocía un desguace cuando lo veía y le recordaba al Policía interrogador: mocososo, un pie en la cuneta, dejando pequeñas marcas de dientes en el hueso.

Era, sin duda, una galaxia de traficantes.

Después de un rato, analizó su situación. Su asalto al oficial de policía, por muy satisfactorio que fuera, había sido por naturaleza una exploración; la próxima vez, esperaba conseguir la pistola Chambers. Sacó la manopla de su bota, caminó unas cuantas veces más, cojeando y maldiciendo, para aliviar la rigidez de su magullado pie derecho, y luego se agachó para esperar en una posición que lo colocara detrás de la puerta la próxima vez que se abriera.

Permaneció encerrado durante casi tres horas.

Se preocupó porque necesitaba oscuridad y el amanecer debía estar cerca. Se quedó dormido y se despertó con un sobresalto culpable. Su estómago gruñó, sintió hormigueo en las piernas. Recordó los hologramas de Howell y concibió un repentino deseo retrospectivo por la esbelta Heloise, la reina sin corona del Asteroide Estético. Sonriendo en la penumbra lúgubre, apretó un puño y se frotó la mejilla con los fríos nudillos de acero...

Los costados de la estufa Cowper resonaron débilmente cuando alguien desde afuera pateó la puerta. Se puso de pie de un salto, sudando. Solo estaba parcialmente en posición vertical cuando la puerta se cerró de golpe; se agarró a ella para sostenerse, pero como resultado, se balanceó aún más hacia él y fue empujado dolorosamente contra la pared. Hasta ahí llegó la emboscada. Empapado y cegado, se liberó y salió rodando del hueco que se cerraba hacia la arena amarilla...

Donde una luz blanca lo inmovilizó, agachándolo contra el suelo escamoso, como un niño atrapado en el acto atroz.

–Cuidado, astronauta –dijo una voz suave–. ¿Qué haces ahí dentro?

Se sentó sobre su mano derecha para ocultar la manopla y parpadeó.

–Oye –se quejó para apaciguar–, eso duele. Estaba teniendo... –Agitó la mano izquierda frente a sus ojos. La luz se apagó.

–Traedlo aquí –ordenó el oficial de policía, que había enviado sensatamente a un par de comandos por delante de él. Se sonrieron el uno al otro, con las pistolas colgando negligentemente de sus dedos duros y gruesos. Uno de ellos se encogió de hombros y avanzó.

–¡Déjame en paz! –suplicó John Truck, encogiéndose cuando la mano morena le tocó el hombro, de modo que su dueño tuvo que estirarse y agarrarle en el último momento. Perdió el equilibrio y se tambaleó. –¡Muy bien, cabrón! –gritó Truck, y dio un golpe con los nudillos en un arco gris sucio y le dio en la boca. Algo se rompió y los dedos del árabe se aflojaron. Truck sujetó la pistola antes de que cayera al suelo.

–Ahora –dijo, temblando de alivio y furia. Enrolló su mano izquierda en el cinturón del hachishin y sostuvo el cuerpo flácido como escudo. Una luz roja inestable disipó la penumbra mientras el oficial de policía y el árabe restante disparaban simultáneamente con sus pistolas. Olores de la hora del almuerzo en la estufa Cowper.

“Oh, no”, dijo el Policía.

–Oh, sí –susurró Truck, arrastrándose inexorablemente hacia delante detrás del cadáver humeante–. Oh, sí.

Los tres estaban en llamas cuando salió de la cámara, con expresiones de horror en sus rostros rígidos. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Los observó desapasionadamente por un momento o dos, luego, agobiado por más armas de las que había tenido en toda su vida, corrió hacia la jungla de vías de tren y montones de chatarra. Trenes de engranajes oxidados rodaban bajo sus pies mientras avanzaba, como huesos fosilizados de animales absurdos.

Los frentes de energía resonaban silenciosos y deslumbrantes desde las paredes de los acantilados de los laminadores; de las corrientes de convección que danzaban como velos translúcidos sobre los montículos de la ciudad provenía un rugido maligno y absorbente; la refracción del aire caliente cambiaba las posiciones de las estrellas conocidas, los vientos fríos aullaban hacia el centro destrozado a través de las sombrías plataformas de carga. Parecía un sueño provocado. Parecía el infierno...

No sabía muy bien qué hacer. Empequeñecido y tambaleándose, con una pistola en cada mano y una de repuesto metida en el costado de la bota, se adentró en los senderos de sombras bajo los grandes muros corroídos, atraído por ese genio solipsista esencial que se agitaba en los confines de la botella magnética.

La luz lantínica encendía las líneas y torres del sistema de alto voltaje; delineó los convertidores Kaldo y los enormes galpones corrugados de la refinería de bórax; se derramó como vidrio caliente sobre el cráneo calvo y vulnerable de Truck cuando se giró para escanear los desechos detrás de él y descubrió veinte crueles figuras negras saltando a través de la basura: un completo comando de la muerte fellaheen, atravesando el lunático parpadeo del espectáculo en una clásica maniobra de búsqueda y destrucción.

Ben Barka había decidido acortar sus pérdidas.

Truck se arrodilló en el suelo y se arrastró aún más hacia las sombras, temblando. Podía verlos, pero no creía que ellos pudieran verlo a él. Se frotó la cara contra el óxido, se mordió la parte interior de la mejilla con tanta fuerza que sangró. A estas alturas ya habrían encontrado a sus muertos, humeando en la estufa Cowper. “Oh, Jesús”, sollozó. No había tenido ninguna oportunidad.

Huyó por un callejón estrecho y sin salida, cayendo repetidamente en abrevaderos y sumideros de agua tibia y pegajosa; al final del callejón, se topó con una pared lisa de acero descascarado, se abrió el labio partido y dejó caer una de sus armas.

Entró en pánico.

“Oh, Dios mío, Dios mío”, buscó con la mirada, con la boca abierta, el mentón ensangrentado, sin salida.

Escudriñó a tientas y descubrió remaches.

Había una puerta.

Se limpió los labios con el dorso de la mano. Extendió la capa para ocultar la bengala y disparó la mitad de un cargador de la Chambers en la oxidada cerradura; retrocedió tambaleándose por el calor con la frente ampollada, dio una patada a la puerta y se lanzó a través de ella jadeando y riendo como un loco, apestando a quemadura, humo y muerte.

Había entrado en una estación de bombeo destrozada, donde convergían una veintena de tuberías de pequeño calibre para suministrar materia prima orgánica a un gran conducto de quince pies de diámetro. La mayor parte de los mecanismos de la válvula de transferencia habían sido arrancados, pero un leve olor a polímeros parcialmente procesados todavía impregnaba el agrio aire. Una ventana de inspección rota daba acceso al conducto: tan pronto como se relajó lo suficiente como para poder darle la espalda a la puerta que rápidamente se enfriaba (bastante seguro de que por un momento la persecución se había ido en otra dirección), asomó la cabeza y echó un vistazo.

La calle principal se extendía de derecha a izquierda en una curva leve pero perceptible, iluminada por tenues bombillas naranjas colgadas de un cable deshilachado en el techo; los habitantes de Junk City la habían adoptado como vía principal para viajes furtivos, una autopista para ratas manchada de crípticos grafitis marrones y llena de basura. Apoyó los codos en el alféizar de la ventana y se preguntó si llegaría a alguna parte. Pequeñas corrientes de aire se colaban por las grietas del revestimiento interior y le secaban el sudor de las sienes.

Estaba subiendo y olvidándose de las consecuencias cuando alguien salió de la oscura zona de las Trompas de Falopio, con pasos rápidos y decididos. Se agazapó hacia la estación de bombeo hasta que el ruido se acercó mucho,

luego metió las pistolas por la ventana y siseó: “¡Muévete y te volaré al infierno!”.

Se oyó una risa breve e irónica y luego una voz femenina dijo: “Adelante, dispara”.

'¿Qué?'

–Me harías un favor, capitán.

Él miró por la ventana.

Era la Angina Seng, de pelo cobrizo y cuerpo largo. Lo observaba con expresión apretada y censuradora. Una vez más, él tuvo la sensación de que estaba luchando contra una acción condenada al fracaso para evitar que su alma se le escapara del cráneo y se evaporara en el espacio. Las líneas alrededor de su boca eran profundas y tristes.

–No puedo librarme de ti, ¿verdad? –dijo–. ¿Vas a terminar con esto de una vez o puedo irme?

Se sorprendió al darse cuenta de que a ella, sinceramente, no le importaba. Se arrastró hasta la ventana y frunció el ceño agresivamente. “Tengo una cuenta pendiente contigo”, le dijo, recordando.

–No tengo tiempo, capitán. Será mejor que dispare, si eso es lo que piensa, porque no voy a esperar más. Haga lo que crea necesario.

Y ella giró sobre sus talones y avanzó con dificultad, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, haciendo frente a un viento interior personal.

–Mira... –Observó cómo sus hombros se encogían durante un minuto y echó un vistazo a sus armas. Se sintió un poco tonto. Corrió tras ella como un filósofo loco que persiguiera eternamente al Númenon por una pendiente de malentendidos-. ¿Por qué siempre me tratas como a un niño? –se quejó-. Si hubieras sido sincera conmigo solo una vez...

Ella se detuvo y se giró hacia él, con los ojos llameantes y vivos por primera vez en su experiencia con ella.

–¡Porque no sabes nada! ¡Porque no entiendes nada! ¡Porque la gente como tú siempre está demasiado confundida y es demasiado decente como para dispararle a gente como yo! ¡Porque eso es lo que *eres*, capitán!

Ella se encogió de hombros.

–Oh, ¿de qué sirve? Truck, eres un bebé: siempre hay alguien que te protege a ti y a todas las demás personas raras como tú. Si quieres que *me* disculpe por *tu* ingenuidad, ¡olvídalo!

Ella se fue de nuevo y esta vez lo único que él obtuvo de ella cuando la alcanzó fue: “¿No deberías estar huyendo? Tienen a la mitad de los árabes de Junk City buscándote”.

–Tenía la esperanza de que me ayudaras –dijo con timidez–. Sigues metiéndome en estas cosas. Me has estafado dos veces y creo que me debes una por eso.

Ella parecía cansada y compasiva. “¿Lo ves?”, dijo. Luego agregó: “¿Por qué debería hacerlo, capitán? ¿Por qué debería deberte algo?”. Lo miró de arriba abajo y sacudió la cabeza. “No veo ninguna razón para ayudarte, capitán, ninguna razón en absoluto”.

Por otra parte, ella no hizo nada para disuadirlo; así que él simplemente la siguió. Ella le resultaba familiar y no se le ocurría nada más que hacer. Caminando a buen ritmo, ella se puso unos diez metros por delante de él. Siempre podría, razonó, dispararle por la espalda si resultaba ser un cebo en una emboscada. De alguna manera, no creía que alguna vez pudiera dispararle por delante.

El suelo se inclinaba hacia abajo. Había parches de plástico solidificado que formaban surcos en el metal bajo los pies, atrapando pequeños regueros de amarga condensación. Más adelante, había una curva de noventa grados en la tubería principal. La dejó rodearla, se detuvo y pegó la oreja a la pared. Estaba lo suficientemente cerca del reactor para sentir su alma en el acero y oír el gemido distante de las corrientes de convección; pero aparte de eso, solo se oía humedad goteando del cable de iluminación con un sonido como de porcelana golpeada. Angina había dejado de moverse. Tosió y arrastró los pies.

Truck revisó sus pistolas, se chupó el labio partido con indecisión. “Oh, mierda”, murmuró, y dobló la esquina como un tren blindado. No había nada allí arriba que le causara más miedo que lo que había detrás.

Estaba en una oscura alcoba donde el aire frío y rancio le lamía la cara como a un animal enfermo. El conducto terminaba a unos pocos pies de distancia en una pantalla de malla metálica gruesa, en la que había una puerta del mismo material. Una vaga claridad se extendía más allá. En la alcoba no se movía nada más que la silueta negra y definida de Angina. Estaba de pie con la cara pegada a la malla, como si intentara ver a través de ella.

Truck se quedó allí agachado, sudando y dispuesto a matar a alguien, pero luego se relajó. “¿Qué hacemos ahora?”, preguntó alegremente.

–No hacemos nada, capitán –dijo mirando a través de la malla.

“Perdón por haber hablado.”

Inspeccionó la alcoba, frotándose la barbilla con la punta de una de sus armas. –Puede que te equivoques al decir que no puedo dispararte –dijo–. No estoy diciendo que seas... –No parecía haber otra salida–. Si te apartas a un lado –dijo–, abriré –apuntando hacia la puerta– sin ningún problema.

Ella jadeó y se separó de la reja, con una extraña combinación de miedo y anhelo en sus ojos.

'¡No!'

Ella miró por encima de su hombro. Sus labios se movieron, pero no fue ella quien susurró inquietantemente en la penumbra:

–No querrás seguir adelante, Capitán Truck.

Apareció de repente, pero con una mirada de permanencia, como si hubiera estado esperando justo detrás de la periferia de la visión de Truck desde la debacle bajo el resoplido de Carter. Como si una vez lo hubieran reconocido, nunca podría irse. Su cuerpo demacrado y reptil estaba cubierto por un traje beige pálido cortado a la moda del siglo XX; sus zapatos eran de la mejor piel de cocodrilo; en su cabeza llevaba un panamá de paja, doblado y sucio en el borde por haber sido bajado hasta sus ojos. A primera vista, se podía ver que pertenecía a las calles de Egerton's Port, que te conseguiría todo lo que necesitaras: con el final de la fiesta más larga en la historia del universo, parecía que había encontrado su nivel.

–Ya no eres Rey, Veronica –dijo Truck entrecerrando los ojos–. No intentes detenerme.

Sintió algo que podría haber sido simpatía. Chalice Veronica había caído en desgracia. Se estaba

desvaneciendo. La carne grisácea y chata que alguna vez había poseído se había derretido y se había desprendido del hueso, que brillaba como una lámpara detrás de papel encerado; era todo ojos y resentimiento, todo mandíbula paranoica y barba gris; olía como un viejo, viejo camello que había metido la mano en el armario de las existencias una vez de más.

–Eres un pequeño tonto, Truck –susurró–, y desearía no haberte visto nunca. Sigue existiendo una galaxia de proveedores. El Rey, incluso en el exilio, sabe cosas, lo ve todo... Las líneas de tiempo azotan el Momento a través del Universo como cabos rotos... Las insinuaciones introducen sensores espinales... Las señales H parpadean como heliógrafos a través de los espacios Dina... Yo... veo... –Se estremeció.

–Ben Barka o la general Gaw, ¿qué más puede haber en *ti*, que sea el dueño de tu cerebro inmaduro? –se rió entre dientes–. Veo que uno de mis perritos te ha encontrado de nuevo...

Giró su cabeza roma y sin forma y, como si utilizara algún otro sentido que no fuera la vista, un radar lento y de pacotilla, localizó a Angina Seng, allí arriba, rígida junto a la verja. Desde su aparición, había desarrollado pequeños temblores musculares; tenía el rostro demacrado y blanco, sus ojos estaban fijos en él.

–Quiero mis cosas, Veronica –dijo–. Las quiero.

Veronica le sonrió a Truck. –Perdone el sentimentalismo de un anciano, capitán. Digo “mis” perritos, pero, por supuesto, en realidad sólo los alimento. A Angina le gustó tanto lo que le di que vino conmigo cuando la general le retiró su patrocinio. Fue una suerte para Angina que los dos... dejáramos... a la general al mismo tiempo. En el mismo momento, ¿eh, Angina? –Y puso los ojos en blanco para mostrar un fino borde blanco, veteado como grietas finas en una porcelana antigua.

–Quiero mis cosas, Veronica, bastardo –dijo Angina, y su voz estaba perfectamente vacía.

“Oh, Dios mío, todos queremos nuestras cosas. Pero tenemos que ser pacientes, ¿no?”

Retrocedió un paso hacia la penumbra. Era sólo un fantasma, sólo un espíritu débil que se aferraba a la vida, un eco de hábitos pasados y una realeza marchita bajo la tierra. Truck extendió una mano y agarró la piel suelta y zarzosa de su garganta. Era como tocar una hoja muerta y húmeda. –¿Qué estás haciendo en el Averno, Veronica? Se sintió enfermo. Sus dedos temblaban por el esfuerzo de agarrar esa horrible carne. Era sólo un fantasma: pero incluso en el eclipse esos viejos poros de basura todavía rezumaban un hedor a moho y oscuridad. La respiración de Veronica era entrecortada, pero su cabeza ya estaba muerta.

–Soy el suministrador, capitán. Ben Barka me necesita tanto como la vieja vaca. Todos necesitan lo que vendo para mantener a sus agentes sumisos y fieles. A veces, la ideología no basta. La ley, los administradores de ambos lados... Bueno, son algunos de mis mejores clientes (diría “los más habituales”, pero *todos* mis clientes lo son)...

–¿Qué clase de basura es esa? ¿Qué hay detrás de esa puerta? –Truck soltó al traficante y lo arrojó lejos de sí. Él se rió entre dientes.

'Estás acabado, Veronica.'

“No lo critiques hasta que puedas hacerlo, muchacho.”

Ni siquiera intentó escapar. Sacó una pequeña caja de pastillas de peltre y se metió algo en la boca: apenas un delicado atisbo de la lengua de un saurio negro. –La general cortó el suministro a Angina el día después de que usted se negara a prestar sus servicios en Sad al Bari, capitán. Es una mujer impaciente. ¿Qué podía hacer la pobre Angina?

Truck miró a la chica. Se había desplomado contra la malla, repitiendo mecánicamente: “Quiero mis cosas, quiero mis cosas”. Enganchó los dedos detrás del alambre y se incorporó. Su musculatura facial se estaba agrietando, formando expresiones grotescamente inapropiadas (una sonrisa sentimental, el gesto despreocupado de una dama del puerto), pero sus ojos estaban tranquilos.

–Ven, Truck: ahora nadie te protege. Yo voy adonde me lleve la basura. ¿Puedes decir que no lo sabías? Es una galaxia podrida y no nos pertenece ni a ti ni a mí. Ese cabrón –asintió, sonrió y se quedó sin aliento mirando a Veronica–, la general y Ben Barka se la reparten entre ellos. Los restos que dejan van al doctor Grishkin a cambio de la absolución. La política, la religión y la droga: nos mantienen contentos en el infierno.

'Veronica, ven conmigo a la oscuridad y nosotros... ¡Oh, Cristo!'

Se abalanzó hacia delante y, antes de que Truck pudiera moverse, agarró una de sus ametralladoras Chambers. La sostuvo con ambas manos, gimió y voló la puerta de la entrada en pedazos.

Hubo un movimiento retorcido en la penumbra. Chalice Veronica se rió como loco. “¡Abajo, niña!” Sacó algo pequeño y negro y le disparó entre los omoplatos. Ella gritó y cayó, todavía luchando por alcanzar la malla retorcida y derretida.

Veronica se escabulló triunfante tras ella. John Truck se interpuso entre ellos y metió un solo proyectil en la boca negra y húmeda de Veronica. La nuca del rey voló como la cáscara de un huevo podrido, pero sus ojos sabían que siempre había sido un mercado de traficantes. Truck removió el montón de huesos secos de reptil con un pie y

luego se arrodilló junto a Angina Seng. Tenía un agujero horrible y humeante, pero ella estaba tratando de decir algo.

Él la giró.

Ella lo miró, completamente lúcida; parpadeó. –Podría haber ido a por ti –dijo. Le tocó la mano–. Ese pequeño guitarrista de The Spacer's Rave dijo que me comerías. Me pregunto si lo habrías hecho. –Le salió sangre de la boca. Gimió débilmente–: Crece, capitán. Es hora de que alguien nos ayude a todos. Deshazte de esos cabrones. Deja de eludir el tema. No tienen derecho a hacernos las cosas que nos hacen...

Él pensó que estaba muerta. Estaba llorando. Un minuto después, ella le dijo: “Si entras ahí, no respires demasiado fuerte y no te acerques. Es Paraphythium D-20”.

Ella no dijo nada después de eso. Le había dado todo lo que podía. Fue un acto de fe. Por alguna razón, él seguía pensando en Ruth Berenici.

Se abrió paso con calma a patadas entre los escombros de la puerta de entrada.

Detrás de él había un tanque de filtrado cilíndrico de unos nueve metros de altura. Era frío y estaba oscuro. Años de vientos abrasadores del reactor habían formado las *láminas opacas* de sus paredes.

Allí descubrió a una media docena de personas sentadas en cuclillas en semicírculo alrededor de lo que parecía ser un fardo de sacos viejos y lana.

De vez en cuando, uno de ellos se levantaba tambaleándose, se acercaba y lo olía profundamente, para luego volver a sentarse. Se apoyaba en una pared para observar. Ninguno de ellos le prestaba atención. Los reconocía de las esquinas y de las plataformas de cemento de los puertos espaciales de planetas familiares: rostros que conocía sin haberlos visto nunca antes.

Le picaban las membranas de la nariz.

Al cabo de un rato, moviéndose como un autómatas (no más capaz de sentir, o al menos eso parecía, que una de las imágenes holográficas de Pater), se acercó para ver qué estaban oliendo. El rito continuó: arriba, arrastrar unos pasos, oler, contener la respiración, arrastrar de nuevo; arriba, arrastrar, oler, como si Truck no estuviera allí. En cierto modo, no estaba.

Era una oveja moribunda.

El vellón se había desprendido de sus cuartos traseros en grandes bultos, como el relleno de un sillón que se ha dejado pudrir bajo la lluvia; pequeñas ampollas rojas conectadas por finos hilos elevados de nervios epidérmicos envenenados cubrían la piel expuesta donde la infección por

Paraphythium la había alcanzado. Se movía inquieta, tratando de encontrar una posición cómoda para sus costrosas patas, frotándose las llagas con el hocico. Lo miró con tristeza, con sus ojos castaños apagados llenos de lágrimas y dolor, y él le devolvió la mirada desapasionadamente. Estudió los rostros absortos y reveladores de los usuarios, buscando alguna marca distintiva humana, pero todos ellos también parecían animales.

Empezando por el extremo más cercano del semicírculo, fue rodeándolos y les disparó, uno por uno. No hicieron ningún ruido. Era como estar bajo el agua: tranquilo, apartado.

Regresó a la oveja.

Intentó levantarse y salir corriendo, pero ya había pasado el momento para eso.

–Silencio –dijo distraídamente–, silencio.

Enredó los dedos en la lana que le cubría la nuca y se quedó mirándola a los ojos durante un rato; su aliento dulce y extraño le calentaba la mejilla. Cuando se levantó y le puso el arma en la cabeza, la luz de los cadáveres en llamas hizo que su sombra parpadeara y se agrandara por los costados del tanque. Contempló el cadáver, entumecido y sin pensar. Luego giró la cara hacia las estrellas invisibles y rugió sin

palabras hasta que el tanque resonó como el interior de una campana, como el interior de su cabeza, con todo su horror y su rabia.

Sacó la tercera pistola de su bota y salió corriendo de aquel lugar, balbuceando...

... Las imágenes de Paraphythium de huida y persecución, fuego y acero, se entremezclaban como acuarelas en su cerebro. Había respirado demasiado profundamente ese aire, apenas sabía qué le estaba sucediendo...

Las madrigueras y las pistas de aterrizaje lo llevaron inevitablemente demasiado cerca del reactor, que bombeaba, aullaba y succionaba en la noche con una rabia tan difusa y frustrada como la suya. Se alejó tambaleándose, gimiendo y cubriéndose los ojos para protegerse de la explosión elemental... Con su capa en llamas, revoloteó por los profundos cañones oxidados de la Ciudad, como una polilla en un sueño cianótico insoportable. Razonó desesperadamente consigo mismo: “Solo era una oveja”, pero sabía que era tan culpable como el Rey Empujador. En Morfeo, ¿no había usado los zapatos de cocodrilo y les había dado a los clientes sus cosas?... Esperaba que el comando de la muerte lo matara. Dos veces lo atropellaron, derramándose como gusanos de los grandes cadáveres de las fundiciones cuando menos los esperaba, llamándose unos a otros con voces ásperas y mecánicas. La primera vez,

se escondió en una alcantarilla como una rata en un desagüe, prometiéndole cosas obscenas al fantasma de Angina Seng si tan solo pasaban de largo... La segunda vez, acorralado en un laberinto sombrío de turbinas, sus oraciones parecieron convocar una enorme figura envuelta de pies a cabeza en un velo negro (que se retorció como un genio, como el humo de las chimeneas de la ciudad); la figura acudió en su ayuda con una extraña pistola. “¿Quién eres?”, gritó, deslumbrado por el salpicadero. La cabeza de la figura se alzaba sobre él. ¿Se había encogido? “Sal de esta ciudad”, le aconsejó, y rió de la manera más sepulcral. “Sal de este lugar”, y barrió con su arma un arco fulminante... Pero estaba perdido. Se encontró con el reactor desde otro ángulo. “¡Ya no!”. (Intentando cubrirse los ojos y los oídos, ciego y sordo.) Se preparó para enfrentarse al viento de cincuenta nudos que aullaba en sus fauces y disparó sus dos armas hasta vaciarlas. La botella magnética se llenó de colores espectrales durante un momento, el plasma se agitó y deliró, pero no ocurrió nada más... Decidió que si no podía matar a Junk City, mataría a Ben Barka; fue a buscarlo; acechó a tres o cuatro personas que se le parecían por callejones sin salida y entre montones de virutas; se abalanzó sobre cada una como una mantis religiosa, con las manos en forma de gancho. Pero cada vez gritaba “¡Tú no eres él! ¡Tú no eres él!” Los mataba de todos modos... Se tambaleó borracho por la ciudad, solo. “¡Déjame salir!”, gritó, y sacudió el puño ante el rostro inexpresivo e indiferente que le mostraba...

Capítulo XII

LOS BÚNKERES DE CENTAURI VII

Dos horas después del amanecer en el puerto de Egerton. A las cuatro de la mañana, el termómetro había bajado y los agentes de la calle todavía estaban retirando de las aceras a los muertos y perdedores hipotérmicos de la noche. Había jeringas de plástico congeladas en las canaletas y madejas de escarcha en las ventanas cuando John Truck tropezó en el umbral del lugar que compartía con Tiny Skeffern y cayó de bruces, haciendo movimientos instintivos de correr y tratando de blandir sus armas.

Estaba cubierto de sangre y hollín. El efecto del Paraphythium se estaba disipando (y con él, afortunadamente, el recuerdo preciso de aquella horrible noche), dejándolo con la nariz mucosa y apenas una ligera

noción de dónde había estado, dónde estaba o cómo había logrado llegar allí. Se incorporó sobre las rodillas, se exploró la cara en carne viva y desollada con una mano y murmuró: “Oh, Dios, Tiny, tengo que salir de aquí”. Nadie respondió, así que se dejó caer boca abajo de nuevo y se durmió, en la habitación silenciosa e implacable a su alrededor.

Cuando se despertó, ya estaba anocheciendo y aún no había señales de Tiny. Le dolía mucho la cabeza. Se apoyó contra el marco de una puerta y bebió medio litro de algo que había encontrado en el congelador. Luego se puso a cocer huevos y comérselos mientras intentaba leer dos mensajes que le habían llegado.

DERE JEFE (el primero se fue) LLEGO A LA TERRA EN UN FREYTER CON EL UDE ENT GUDD CUANDO VI AL VIEJO ELA SPID EN EL APRIN DECIDÍ REGRESAR A TERMINOS SIN SENTIMIENTOS DUROS.

FXX

Eso, escrito a mano con la mefítica letra de Fix, el contramaestre, en el reverso de una vieja y arrugada factura de repuestos de una conocida filial de Dynaflo, le hizo sonreír. Tenía la cara rígida y entumecida. Con el machete de Fix de nuevo en el rincón que le correspondía en la bodega, al menos podía volar con el viejo aparato sin miedo a que los motores se cayeran por los aires. Eso fue lo que se

dijo a sí mismo: en realidad, había perdido poco tiempo al pequeño.

En cuanto al otro: “Ha llegado el momento, capitán”, dijo, enloquecido, cariñoso y familiar. “Venga deprisa. Dios nos habla desde los búnkeres, a usted y a mí”. Y dio una referencia de quince cifras para un aterrizaje planetario. Tampoco creía que tuviera que consultar los atlas astrales para localizar el planeta en cuestión. Estaba firmado “Grishkin”. Al parecer, lo habían activado como agente del sacerdote loco.

Se sentó en el suelo, entre montones de ropa de cama sucia y literatura de los Abridores, e intentó formular algún tipo de política. Angina Seng finalmente lo había convencido de que, cuando los terratenientes cortan un pastel de semillas para el té, no importa quién de ellos sostenga el cuchillo; quienquiera que “ganara” la guerra de la Tierra, sería la misma vieja pandilla la que daría un paso adelante después para compartir su mesa: la disputa sobre Truck y el Artefacto no era más que una educada deferencia entre amigos sobre quién debería tener la porción más grande.

Ben Barka y Gaw sobrevivirían; Veronica sería reemplazado; Grishkin vendría caminando como un pato detrás: completo de nuevo, el triunvirato de Drogas, Política y Religión bailarían y pisotearían los cadáveres de los espaciales en las desesperanzadoras calles del interior (apagadas como soles que se enfrían, su precioso fuego desaparecido); haría

cabriolas en los cascos de naves en órbitas cometarias, cada una repleta de jóvenes muertos; y pisarían con alegres compases las superficies de los planetas que giraban alrededor de doscientos soles.

Los gobernados nunca sospechan lo que se hace en su propio nombre; ¿cómo se atreverían?

Pero Truck lo sabía. Había visto el parche en el rostro del necrófago y la lengua negra y ágil del reptil; había visto un sueño quemado de desiertos y se había estremecido ante las entrañas de la locura. Había presenciado la muerte de una oveja en un claustro blasfemo bajo tierra y había intentado comprender el mensaje de su aliento sagrado.

Grishkin había encontrado una forma de romper el bloqueo centauri, y enfrentar al *Dispositivo* con el hombre que podría operarlo; pero dondequiera que fuera Truck, Gaw y ben Barka nunca podían estar muy lejos. Estaban concentrados en él y entre sí en los excesos de su baile, obligados a levantar las piernas, reír y sudar. No tendría ninguna esperanza si respondía a la llamada del sacerdote, lo perseguirían como perros; sin embargo, le debía a Grishkin su humillación en Estómago; le debía a ben Barka su rostro chamuscado; le debía a *alguien* por las muertes de Angina Seng y Sinclair Pater y todos los espaciales cuya carne había quedado congelada en las calles de Avernus.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. Estaba completamente oscuro, pero no se atrevió a encender las luces por si alguien observaba el lugar.

Se encogió de hombros.

Decidió ir a Centauri de todos modos.

Tal vez el *Dispositivo* llamaba sutilmente a su heredero, tal vez él sinceramente quería una confrontación. Ciertamente, mientras se deslizaba hacia las amargas calles del puerto, negro y harapiento en su capa como un cuervo herido, quería venganza; cuando pasó la alta cerca de alambre del campo de aterrizaje, se había convencido de que su ira era más que personal; y creyó mientras caminaba entre los silos de cohetes bajo las luces de arco blancas que el tiempo de la miseria pasiva y la aceptación había terminado.

No era así.

Cuando localizó el *Ella Speed* (de alguna manera había olvidado la pintura y el nuevo nombre), encontró su rampa de carga extendida como la lengua de una inmensa boca mecánica.

Fix el contramaestre estaba acurrucado sobre ella.

Y estaba muerto.

Sus labios se despegaban de aquellos dientes de aserradero y estaba acurrucado fetalmente alrededor de una enorme herida abdominal, como si su último acto de horror hubiera sido un intento de contener los varios litros de líquido que se solidificaban en la superficie en forma de diamante de la rampa que tenía debajo. Tenía los ojos entrecerrados y los dedos apretados; bajo los arcos de babor, sus rasgos estaban compuestos de precisos planos blancos y sombras frías, una morfología de emoción brutal y completamente extraña, el recuerdo de una muerte dura.

Truck (de nuevo de rodillas, con las manos en la sangre del contraamaestre y la mente en las naves de cadáveres de Cor Caroli, donde, bajo la misma iluminación clínica, había al menos un poco de paz, un orden en las apretadas filas) se retorció y vomitó. Se limpió con el jubón amarillo de Fix, tosiendo lúgubrementemente. (“Una calabaza”, recordó, “es lo que tienes en la cabeza. No lo olvides, nada de semillas de verduras.”) Como su gobierno es semifeudal, los cromianos adquieren pronto una profunda familiaridad con la muerte, pero: “Oh, pobrecito, pensó, pobrecito. Esto no se parecía en nada a la pérdida de Pater, a quien apenas conocía; o de Angina Seng, que no había muerto sola bajo luces sombrías.

Imágenes de Fix: recorriendo la galaxia en busca de libertad, droga y grandes putas denebianas, con la boca sonriente hambrienta de tragárselo todo; temblando y parpadeando en las escaleras de los juzgados por la mañana, preguntándose adónde ir después de ser arrestado y

pasando la noche contando chistes raros de Chromian ('¿Y eran tetas? Ni hablar. ¡Melones intelectuales!', sin que ninguno de los perdedores encarcelados y con la cabeza dolorida supiera cómo reírse de este paleta que encontraba nuevo todo lo que ellos creían viejo); Fix horrible en las peleas en los callejones de cubos de basura, la moral de una cabra, vital, *vivo* –muerto.

–¿Qué puedo hacer? –susurró Truck, ahuecando la parte posterior de la gran cabeza redonda entre sus manos. Ni siquiera podía obligarse a cerrarle los párpados. Se levantó. Alguien iba a morir. Miró especulativamente a lo largo de la nave hacia el puente de mando y luego entró.

Mi Ella Speed, un vehículo de transporte ligero de la clase “Transit”, registrado en el Snort de Carter, la Tierra, y autorizado para transferir hasta mil toneladas de carga a distancias inferiores a mil años luz: montaba tres convertidores de Dinaflujo (cada uno de ellos con una producción de unas cincuenta gigatoneladas por hora por cada media tonelada de combustible consumido) y un cohete “Powerslide” para maniobras subdina, como el aterrizaje en un planeta; su pequeña y estrecha bodega había transportado de todo, desde nitrometano puro para los curiosos motores de Anywhere hasta cinco mil hurones vivos modificados genéticamente para sobrevivir a la curiosa atmósfera de Titus–Bode. Ahora, a excepción de unos pocos paquetes atados con cuerdas de “Algunas palabras de sentido común en tiempos de problemas”, estaba vacío y

hueco, lo que amplificaba el chirrido de las suelas de las botas de John Truck mientras rebuscaba en las pertenencias del contraamaestre Fix en busca de un arma.

Avanzó lentamente a través de aquella nave agradable y sucia. En la sala de máquinas, donde la instrumentación parpadeaba y emitía chasquidos y el tablero de indicadores indicaba que *se había cortado la corriente* con una serie de luces de colores, Fix se había dejado una nota final: CLENE HTE RUNIN GEER. Truck lo arrugó y lo arrojó al suelo sin siquiera sonreír. Apoyó el hombro contra la escotilla de la cabina de mando y empujó. Estaba cerrada. Perdió la paciencia, intentó abrirla de una patada y fue recompensado por la voz de Tiny Skeffern desde el otro lado.

–Truck, hay un cabrón loco aquí con una pistola. –Su voz sonaba apagada y distante. Truck no dijo nada. Maldito fuera por estar en el medio. Se oyó un ruido de forcejeo–. Dice que disparará si no entras en silencio. Creo que lo dice en serio.

–¡Oh, *demonios!* –dijo el pobre Tiny–. Está bien. –La cerradura electrónica emitió un zumbido y un timbre, y la escotilla se abrió. Truck dejó caer la cortadora de Fix y el sonido resonó en el subchasis de la nave como una risa–. Te atraparé, cabrón –dijo, extendiendo las manos para demostrar que estaban vacías.

Tiny se había quedado acorralado en un rincón, con las manos muy por encima de la cabeza y pequeñas gotas de sudor en la calva. Una herida superficial con bordes amoratados le recorría la mejilla izquierda. Miró acusadoramente a Truck y se quejó: “No tengo muy buena opinión de tus amigos”. Truck se adentró un poco más en la cabina y descubrió al coronel Gadaffi ben Barka recostado contra el tablero del radar de aproximación con una sonrisa árida en sus finos labios.

–No creo que eso te sirva de ayuda cuando llegue el momento –le dijo Truck, señalando con la cabeza el cañón militar Chambers que últimamente había abierto un agujero tan grande en las entrañas del contramaestre Fix–. Te debo todo esto, Ben. Nadie me amenaza en mi propia nave.

El árabe se encogió de hombros con elegancia. Había cruzado una pierna sobre la otra, y todo su cuerpo imitaba inconscientemente el reposo salvaje de sus propios comandos de la muerte. Su uniforme estaba impecable, pero parecía cansado y el desierto, que nunca estaba muy lejos, se estaba grabando en su cerebro.

“Le disparaste a mi jefe”, insistió Truck.

Los suaves ojos castaños de Ben Barka se cerraron por un instante. Parecía estar estudiando su pistola. –No puede pensar que no lo sé, capitán. Tampoco es consciente de lo mucho que está en juego. Anoche mató a muchos. –Otro

oasis se ahogó en la larga y vacía noche—. Me atacó después de una advertencia justa. Fue muy valiente. ¿Cree que lo hice a la ligera? Lo siento si así lo cree.

John Truck había encontrado a Fix, el enano, varado en el interior del puerto de Gloam, desorientado y analfabeto entre los estafadores y las prostitutas, sin comprender realmente la subcultura del crepúsculo que lo había devorado después de su huida de las mansiones y las haciendas rurales de Crome. La pelea a dos mil años luz de distancia que siguió fue responsabilidad de Truck: también lo fue su final, allí abajo, bajo las lámparas de arco del Averno. Al igual que Annie Truck, Fix tenía una dependencia.

“¿Me estás pidiendo disculpas? No era su dueño. ¡Pídele disculpas!”

—Venga, capitán...

“Algún día te voy a patear hasta matarte, bastardo.”

El desierto se movía, crujía, ampliaba sus perímetros: había hecho grandes incursiones desde el encuentro en el cobertizo del pandillero; de ser un medio, un terreno simpático para venganzas imaginarias, había mutado en un fin. Los olivares se habían marchitado, los acueductos se habían convertido en escombros. El Cairo y Alejandría eran cáscaras blanqueadas bajo la antigua luz del sol. En lo alto de unas montañas que Ben Barka nunca había visto

anteriormente, la exfoliación estaba agrietando la roca lo suficiente como para formar un mar de arena galáctico; la arena ya se derramaba de su cráneo para sumergirlo todo; en paz, se deslizaría por los conductos de la mente, acechando las pequeñas y lamentables expediciones punitivas de la Realidad...

Hizo un pequeño gesto con la pistola. –Si quiere, tome su lugar a los mandos, capitán Truck. Su nave ha sido requisada. –Sus dientes eran como huesos expuestos por los vientos secos–. El señor Skeffern, como habrá notado, todavía está vivo y bien.

'Quita el trasero del tablero de mandos si quieres que la nave vaya a alguna parte, ben Barka.'

La cabina de mando de un transportador de clase Transit está diseñada con controles duales y ayudas de navegación duplicadas; dos sillas de aceleración brindan acceso a ellas, y una tercera se puede subir sobre patines desde la parte trasera del puente y trabarla junto a las otras dos. Es una costumbre de los pilotos de transporte dejar esta permanentemente en su lugar: Ben Barka se sentó en ella e indicó a Truck y Tiny que se abrocharan el cinturón a cada lado de él. Puso su pistola cerca de la oreja de Tiny.

–Creo que ibas por mi camino de todos modos, capitán. Podríamos viajar juntos.

–¿Ah, sí? –Truck encendió los controles–. ¿Dónde está eso?

Ben Barka suspiró y sacudió la cabeza. –Capitán, capitán. La pistola apunta en la dirección equivocada, por oblicuidad. –Sonrió a Tiny, que encorvó los hombros como un nómada en una tormenta de arena–. Grishkin, ese sacerdote impaciente, supo de fuentes normalmente fiables que el día había sido elegido para un intento árabe de bloquear el bloqueo de Centauri VII por parte del IWG (de hecho, allí se está llevando a cabo una acción: es lo suficientemente importante como para mantener al IWG completamente ocupado, pero no está planificada para ser un éxito militar real).

“Se dio cuenta casi inmediatamente de que nunca podría desear una mejor diversión; por lo tanto, usted, capitán, recibió un mensaje *en claro* de él esta mañana temprano (fue redactado, me pareció, en tonos bastante efusivos, incluso para un sacerdote). Espera que su desembarco pase completamente desapercibido para mí o para la buena general Gaw. Es posible que ya esté allí, esperándolo; uno de nuestros barcos informó que una nave con librea Abridora se deslizó torpemente por los perímetros del enfrentamiento hace unas dos horas.

–Fui yo quien filtró la información a su patética máquina de inteligencia: nunca la habrían obtenido sin ayuda. No me extraña que no se molestara en codificar el mensaje. De

todos modos, la mitad de su gente trabaja para mí o para la general. Ahí lo tienes: vamos al mismo lugar, capitán. Siempre fuimos.

Truck activó un banco de interruptores basculantes debajo de los repetidores de la sala de máquinas y calentó la pila Powerslide para el despegue, preguntándose cuánta tolerancia había tenido Ben Barka con el fanatismo de Grishkin y la astucia nada despreciable de la General.

–Que sea su responsabilidad, coronel.

Mi Ella Speed retumbó y se sacudió. La rampa de carga se deslizó lentamente, inclinando a Fix, el contramaestre, hacia la bodega como un fardo de pieles frescas de animales. Truck recibió el visto bueno de la Autoridad Portuaria, indicando que su destino era Sad al Bari y que su carga era “maquinaria minera”. Dos enormes vehículos LTOA con orugas se acercaron al muelle y colocaron la nave suavemente sobre su cola. Comprobó que los controles de Tiny estuvieran apagados, hizo funcionar los motores cohete a través de la parte previa a la elevación de su curva de potencia un par de veces.

–Puedo irme cuando quiera, coronel.

'Hazlo.'

Mi Ella Speed, muy metida en el espíritu de la cosa, se movió a lo largo como una perra en celo y se lanzó hacia arriba.

Mientras que los colosales cruceros de la UASR(N) tienen entornos denominados de “gravedad autónoma” que protegen a sus tripulaciones contra los devastadores efectos G de una maniobra de batalla, los transportadores de tercera mano de la clase Transit no los tienen. Están a salvo de la inercia solo durante los cambios de campo Dina; y *My Ella Speed*, luchando con fuerza contra las atracciones de Avernus, logró pasar del reposo relativo a la velocidad de escape en un tiempo realmente muy corto.

La explosión de múltiples G es concomitante al estilo de vida del espacial: Truck y Tiny, que habían estado viajando así desde que nacieron (y antes) lo tomaron estoicamente, con Gs golpeando sobre sus caras y golpeando todas sus costillas.

Pero Ben Barka estaba acostumbrado a un tipo de viaje más generoso. Quizá simplemente lo olvidó. Sin duda, ya era demasiado tarde cuando lo recordó.

Dejó caer su ametralladora cuando estaban a una milla de distancia. Trató cómicamente de mover los brazos de los costados, mientras el sudor le cubría toda la cara. Sus ojos se pusieron en blanco y sobresalieron mientras Truck aceleraba sin parar. Jadeó en busca de aire; su cráneo golpeó

contra el reposacabezas; cuando trató de moverlo, Truck, sintiéndose un poco débil, hizo un gran esfuerzo, dirigió su mano los cinco centímetros completos desde el apoyabrazos hasta los controles y la dejó caer contra el botón de emergencia.

Mi Ella Speed aulló y tembló. Ben Barka emitió un sonido ahogado y sorprendido. Abrió mucho los ojos y, de repente, un hilo de sangre oscura y delgada comenzó a brotar lentamente de su fosa nasal izquierda. La lengua le sobresalía por debajo del bigote como un higo deforme. Se desmayó.

El capitán John Truck, un transportista de mucho tiempo atrás que, en el oscuro vientre de Annie Truck, había bajado por la infame Carling Line en un dron no guiado que era poco más que una lata de alta gravedad con refrigeración, lo sostuvo hasta que Tiny Skeffern también quedó inconsciente, solo para asegurarse. Luego se acomodó en una órbita de estacionamiento y dijo: “Nunca te metas con un profesional en su propio terreno, coronel”, y comenzó a realizar comprobaciones en el maltratado casco de Ella. Había estado en situaciones más difíciles. Port de Egerton se puso en contacto con él por radio y quería saber qué pensaba exactamente.

Sonrió. “Lo siento”, les dijo. “El interruptor no era el correcto”. Todos los caballos se rieron.

Unos minutos después, Tiny se despertó y se desabrochó el cinturón. “Era un poco peludo”, se quejó. Vio a Ben Barka. “¡Oh, oh!”, dijo. “¿Puedo dispararle?”, preguntó, cogiendo la pistola, que había caído al costado de su asiento, y agitándola despreocupadamente.

–No. Voy a sacarlo por la esclusa trasera sin traje. Es algo que se me acaba de ocurrir –dijo Truck con orgullo–. Se verá bien bajando por el lado de la noche. Es bastante artístico, la verdad.

Modestia, modestia.

Tiny examinó el rostro congestionado de Ben Barka. –Me has dado –dijo con frialdad. Extendió la mano y limpió el cañón de la pistola Chambers en la mejilla del árabe–. Vamos, Truck –dijo–, déjame dispararle, ¿eh? Sonrió con aire zalamero.

Truck le quitó el arma, puso las manos bajo las axilas del coronel y con dificultad lo arrastró hacia popa, lastimándose el cuerpo inerte en frecuentes colisiones con mamparos y piezas de maquinaria. –Lo siento, Ben Barka. Ben Barka, que parecía un poco desaliñado y todavía inconsciente, no dijo nada. Truck se rió entre dientes. –Vas a disfrutar esto, Ben. Y le describió al coronel cómo se sentiría allí en la órbita del cementerio, siguiendo esa trayectoria de fuegos artificiales. Pero cuando llegó a la bodega de carga, se olvidó de todo eso por un rato; y cuando terminó de componer el pobre

cadáver destrozado de Fix, decidió ponerle un traje a Ben Barka después de todo. Le daría tiempo para despertar y tomar interés en la larga caída.

Avanzó, selló los mamparos y evacuó la bodega sin rezar. Fix y Ben Barka salieron en medio de una tormenta blanca de panfletos Abridores. El traje de Ben Barka comenzó a transmitir de inmediato y sin discriminación: una llamada de socorro en todas las bandas. “Maldita sea”, dijo Truck. “¿No es eso típico?”

El puerto de Egerton volvió a sonar. “¿Vas a quedarte aquí todo el día, *Revelación intestinal?*”, dijo el oficial de guardia. “Necesitamos ese espacio”. Luego, con suspicacia: “¿Pasa algo ahí arriba? Estoy recibiendo algo que suena como un SOS”.

“Es un fallo, en realidad”, dijo Truck.

–A mí no me parece que sea un fallo. –Hubo una pausa–. Tengo a alguien de la Autoridad Portuaria. Quieren saber qué hace una nave Abridora transportando ferretería a Sad al Bari...

“Ups”, dijo Truck.

–Sin mencionar que salimos del campo como si fuéramos medio escuadrón de fragatas. ¿Puedes ayudarme?

Truck apagó el equipo de comunicaciones.

–Pequeño –dijo–, enciende los Dynaflows. Nos vamos.

Encendió los sistemas de navegación y puso *al Ella Speed* a buscar como la aguja de una brújula tridimensional hasta que su roma proa apuntó a Alpha Centauri (o a un lugar donde sus lentos procesos internos recordaran que estaba). Tiny puso en funcionamiento los convertidores y regresó al puente. Las pantallas exteriores brillaban de forma inquietante, explorando los misteriosos confines del espacio.

–Bien –dijo Truck. Encendió los Dynaflows, apretó los aceleradores y la vieja *Ella* aulló por la autopista galáctica hacia Centauri, a toda marcha–. Es hora de que empecemos a recuperar algo de lo nuestro, Tiny.

No había muchas esperanzas de vengarse de nada de lo que encontraran en la órbita de Centauri VII. A seiscientas o setecientas millas de la pálida superficie gris de ese planeta asesinado, *Ella Speed* empujó su proa hacia el borde de una inmensa envoltura de escombros. Como los restos de enormes animales en un valle demasiado profundo para que el amanecer los alcanzara, olvidados en una niebla de aire helado, las naves muertas yacían en una emboscada inútil por la Eternidad. Era una zona oscura y tranquila, llena de hombres muertos que se desplazaban en lentas curvas entre maquinaria fundida, atrapados por las ascuas rojas y opacas de pilas atómicas fundidas, salas de máquinas enteras como

trozos de escoria en enfriamiento, descomponiéndose en hoscas aureolas de radioestática.

Más adentro, algunas partes del cementerio aún estaban llenas de un resplandor blanco y espasmódico, un movimiento engañoso y piscícola, mientras unos pocos cruceros UASR(N) con forma de perno se enfrentaban ferozmente con el IWG. Estaban en inferioridad numérica y sin formación, pero parecían estar ocupando por completo la flota: no había comandos de vacío en el campo, se observaba silencio en las comunicaciones. Truck probó frecuencia tras frecuencia, encontró interferencias que se rompían como olas en una playa sembrada de armaduras destrozadas y oxidadas del final de los tiempos. Captó unas pocas sílabas inconexas de un dialecto morfo común (al menos lo suficiente para saber quién había sido el causante de la muerte allí), gemidos, disparos que abrían un casco, distantes, en descomposición, obsesivos.

Mi Ella Speed se adentró en un sueño de violencia. Ninguno de los combatientes la vio. Detrás de ella, completamente ajenos entre sí, los cruceros *Solomon* y *Nasser* acechaban en el cementerio como dos lucios tras el mismo pececillo. Truck nunca sospechó que lo estuvieran siguiendo: tal vez estaba demasiado ocupado con un joven artillero de Parrot que se había enganchado a un bote, dando tumbos perezosamente por la proa en algún remolino gravitacional, haciendo señas a Truck y Tiny con un brazo rígido como si los invitara a salir a compartir su fría paz. Sus

intestinos, cubiertos de una escarcha de condensación, se derramaban infinitamente lentamente de su traje de presión roto, pero sus insignias estaban pulidas y brillantes.

Truck no podía distinguir de qué lado estaba.

Centauri los capturó, llenó las pantallas como una acusación.

Sólo un planeta fue destruido...

En el clímax, el momento crucial y absolutamente ferviente del bombardeo MIEV, cuando la defensa es un jirón de memoria en un viento caliente y el cielo se sacude con la ionización, gran parte del agua de la superficie se desprende de la corteza en forma de vapor “vivo” o sobrecalentado. El objetivo desaparece bajo un cinturón de nubes de varios kilómetros de profundidad, y se produce un aumento radical correspondiente de su albedo: un último heliógrafo desesperado de dolor.

A las cinco de la tarde del cuatro de julio de 2180 d. C., el sudario cubrió Centauri y, como debe hacerlo un buen sudario, evitó a los vivos la última y paciente acusación de los muertos. Los generales Gaws de la época se apartaron de sus repetidores de la sala de bombas, satisfechos, encogiéndose de hombros y bostezando (quizás incluso un poco aburridos) y, sin duda, preguntándose cómo podrían

convertir una mitad de la Tierra en el mismo tipo de desastre sin dañar realmente la otra más allá de los mínimos habitables que habían establecido sus biólogos. Desde esa misericordiosa oclusión, Centauri había sido un montón de basura que olía a cenizas húmedas.

Cuando el doctor Grishkin, bajo los auspicios de Dios y de una conocida enciclopedia galáctica, se dispuso a realizar su primera perforación en busca de los búnkeres, una lluvia tibia había estado cayendo uniformemente sobre el nuevo paisaje durante casi doscientos años. Encontró un pantano planetario drenado por grandes y lentos ríos: lagunas poco profundas y estancadas, inconcebibles acres de marismas y salinidad, y cada metro cúbico de agua estaba lleno de materia orgánica corrupta atrapada en algún punto entre la descomposición y la disolución, turbia, salobre por la muerte antigua. Ninguno de los continentes se parecía a nada de lo que encontró en los mapas anteriores al Genocidio: finalmente, fue debajo de los sedimentos humanos y animales de los estuarios y los abanicos deltaicos donde descubrió agua que se filtraba a través del regolito masacrado en pequeños arroyos secretos, hacia los reductos abandonados millas más abajo.

Allí cavó.

Si ya estaba un poco loco, Centauri lo ayudó a seguir adelante. Allí no había nada vivo, a menos que se contaran los ecos del agua. Agua y viento, murmurando con los labios

apretados entre las columnas de mampostería destruidas y misteriosas que sobresalían del cieno como dedos que buscaban en el aire la fuente de su prolongado dolor. En el crepúsculo continuo, brillaban luces de cadáveres. El cielo era verde y gris, luminoso con productos de desintegración radioeléctrica. Viento caminando en un montón de basura; luces muertas y agua; algo rondaba a Centauri, pero no eran los centaurianos...

Estaban bajo sus pies, incluso su debida corrupción suspendida para otro momento.

John Truck llevó su nave a casa a lo largo de una línea de llamas de lavanda, apuntando a la referencia de quince cifras de Grishkin. La nave se posó humeante y contrayéndose en un banco de lodo. A su alrededor se extendía la llanura de inundación plana y sin marcar de un vasto estuario. Nada se movía, nada gritaba ni huía. Por un momento, la lluvia había parado, pero allí no había nada que notar.

Después de unos minutos, Truck y Tiny salieron de la bodega de carga ataviados con cascos blancos de fibra de carbono, gafas de vidrio con plomo y respiradores que parecían hocicos negros y rechonchos. Monos oscuros y brillantes cubrían sus cuerpos, que estaban llenos de medicamentos antirradiación (prescritos) y anfetaminas (no prescritas) del botiquín médico repleto de *Ella*. La capa de

Truck ondeaba tristemente al viento. Se quedaron de pie en silencio, arrastrando los pies y mirando boquiabiertos el paisaje inhóspito; señalaron en diferentes direcciones y se agitaron los brazos uno a otro; luego se pusieron en marcha a lo largo de las orillas indistintas de un curso de agua obstruido.

A pesar de la anfetamina, Truck se deprimió rápidamente; primero se sintió perturbado, luego obsesionado por la desconcertante y fibrosa consistencia del barro. Cuando una maraña de huesos finos, erosionados y de un blanco luminiscente, se le quedó pegada a los pies, midió su longitud en el barro. Agitándose con repugnancia, le dio un golpe en el pecho a Tiny, que intentaba ayudar con irritación. –Pues hazlo tú mismo. –Se limpió. Allí abajo había nidos de acero corroído y parecido al papel, trozos de piedra, objetos. Había subido a la superficie con el mango roto de algún aparato doméstico, de un azul brillante. Se estremeció y lo tiró. Tiny no le hablaba.

Fue una excursión miserable. Jadeantes y retraídos, lucharon río arriba, buscando una señal: la que finalmente encontraron en la forma del Pozo Omega. Para entonces, Truck estaba convencido por un semisueño de que *todo seguía sucediendo allí abajo, en el ceno*. Empezó a temer que le aguardara una iniciación, una inducción –inevitable por derecho de nacimiento– a la extraña semivida descompuesta de la raza de su madre, una existencia llevada a cabo en términos que no podía imaginar, en casas

destrozadas entre restos y parodias de parafernalia humana acumulada sin lógica después de su deriva río abajo.

Oculto en un extraño pliegue de tierra, el complejo de edificios del Pozo Omega –desde el que el Dr. Grishkin había iniciado la excavación que conduciría al descubrimiento del Artefacto Centauri– era una extensión de enormes cobertizos de hormigón prefabricado, de color opaco y cubiertos por una película de humedad desagradable. Servían para albergar los generadores, intercambiadores de aire y motores de elevación del pozo, una colección de maquinaria que, al funcionar, hacía vibrar el suelo de forma palpable. Estaba rodeado por una valla de alambre en la que se había instalado un puesto de control militar, una adición posterior de la general Alice Gaw.

Los subsónicos de los niveles más profundos del pozo temblaban en los huesos de Truck mientras permanecía con Tiny justo fuera del alcance de los arcos de luz que rodeaban el complejo, sudando por el calor de la salida de extracción más cercana. Una nave pequeña y rechoncha estaba estacionada de espaldas en la penumbra a cien metros del puesto de control: el casco chamuscado y deformado por una reentrada a alta velocidad mal calculada, los venturís hundidos quince pies en el cieno. No abandonaría este lugar durante algún tiempo. Estaba vacía, y una reciente y apresurada capa de pintura no había oscurecido su librea de Abridor. Tenía el aire de algo abandonado por un propietario cuya mente estaba ocupada en otra parte.

Truck se quedó un rato indeciso, mientras el cieno se secaba y se descascarillaba de su mono. Las puertas (y, en realidad, todo el complejo) parecían estar desiertas. La policía de la Flota no estaba a la vista y tampoco pudo detectar ninguna señal de actividad militar. Se volvió hacia la pequeña figura oscura y hocicuda que estaba a su lado e hizo un gesto de avance.

–No voy a bajar allí, amigo...

“Sí, joder, lo harás.”

Tiny arrastraba los pies. En silencio y moviéndose lentamente, como los intérpretes de una coreografía decadente ensayando sin público, llegaron al puesto de control. Nadie los saludó.

Dos hombres de la Flota yacían muertos boca arriba en el barro junto a las puertas, con los respiradores arrancados. Sus gafas protectoras habían sido destrozadas por la misma explosión que había derribado la valla, pero por lo demás estaban intactas. Tenían la mirada fija en el implacable cielo de Centauri y era difícil disipar la impresión de que algo había surgido de las corrientes de cieno y los había matado sin hacer ruido.

Capítulo XIII

EN LOS CARRILES DE TRÁNSITO

Pensativamente, Truck cogió sus armas.

El pozo estaba lleno de cuerpos con uniformes del IWG, lanzados radialmente lejos del centro de una segunda explosión en posturas duras, crudas y extrañas. “Alguien ha estado aquí ya”, pensó Truck. Miró a su alrededor, a los cobertizos desiertos, las puertas que se cerraban con el viento, todas esas máquinas funcionando sin supervisión. Estaba a punto de llover de nuevo, delgadas cortinas grises ondeando entre los edificios como espectros. Truck intentó rascarse la cabeza a través del casco.

–Todos han tenido suficiente –informó Tiny Skeffern, trotando como un perro de cadáver en cadáver, sintiendo sus anfetaminas y eufórico por no haber entrado en una

pelea—. Creo. —Su voz, que se filtraba a través de los capilares del respirador, era monótona y macabra.

—Vamos, Tiny.

Truck lo dejó y fue a buscar los mecanismos del ascensor. El hueco del ascensor latía a su alrededor como una cuerda pulsada. La lluvia humeaba inesperadamente en las esquinas ciegas. Había manchas de óxido en las paredes. Encontró la cabina del ascensor y limpió distraídamente una película de humedad en el panel de control.

DESACTIVAR LA SECCIÓN 5 Y PRESIONAR HACIA ABAJO

De nuevo bajo tierra, pensó, de nuevo bajo tierra. Se sentía despegado, desinteresado. Nada de la muerte en la boca del pozo parecía haberlo afectado: tal vez se estaba preparando para su encuentro con el Artefacto, bloqueando los canales sensoriales improductivos, bloqueando todos los estímulos irrelevantes.

—Vamos, Tiny.

Sellaron las puertas de presión de la cabina del ascensor, se quitaron los respiradores y comenzaron su descenso hacia la corteza de Centauri VII.

Truck ya no tenía la sensación de volver a casa. El descenso era lento, no había nada que mirar excepto a Tiny. Estaba suspendido entre realidades, estaba apagado. A dos millas

de profundidad revisó su dosímetro para ver si había captado algo del cesio activo que flotaba en la superficie. A dos millas y media, se imaginó desganadamente la tierra gimiendo y moviéndose más allá del Pozo Omega, tragándolo. No sucedió. Respiró en la pared de la jaula y escribió su nombre en la condensación.

–Oh, vaya –dijo Tiny chasqueando los dedos–. Bajo tierra, qué maravilla.

La jaula tocó tierra suavemente. Truck abrió las puertas.

Nivel Cero: entraron en la cadena de búnkeres ('Quédate aquí y detén a cualquiera que intente bajar', le dijo Truck a Tiny. 'Ni lo sueñes', dijo Tiny, arrastrando los pies y mirando paranoicamente por encima del hombro) y casi inmediatamente se perdieron en un laberinto de pasajes de filtrado, carriles de tránsito y todo tipo de callejones imaginables sin salida.

Los movimientos de las placas durante las últimas etapas del bombardeo con MIEV habían inclinado todo el sistema, dando a los túneles una pendiente general hacia el este de cinco o seis grados; algunos terminaban abruptamente en fallas, otros estaban anegados y eran intransitables. En el resto, el corte de energía había dejado la convección natural como único medio de ventilación, y el aire en ellos era caliente, húmedo y pesado. Curiosas masas blancas de moho, grasosas y pegajosas, se adherían a las paredes,

dando al lugar un olor mohoso y desagradable. Y aunque el equipo de Grishkin había introducido iluminación fluorescente en los búnkeres principales y algunos de los corredores, la mayoría estaban iluminados únicamente por la pálida fosforescencia de las algas que goteaban de las salidas de la planta de ventilación como jardines colgantes desganados.

A pesar de la falla, seguía siendo un laberinto considerable. Truck y Tiny se vieron rápidamente obligados a elegir su dirección al azar, vadeando media milla a la vez a través de veinte centímetros de agua sucia, pasando por nichos llenos de equipos enigmáticos y corroídos, unidades de refrigeración perforadas y sucias con comida parcialmente descompuesta y puertas que no se abrían. El agua se dirigía hacia el este, corriendo alrededor de sus pies para acelerar con ecos misteriosos hacia la oscuridad que tenían por delante: encontraron un arroyo más fuerte que el resto y tuvieron la idea de seguir la dirección de la corriente, pero solo se adentraba más, para finalmente derramarse sobre el borde de una falla hacia la oscuridad absoluta que había debajo.

–Dios mío –susurró Truck, mirando los bloques de hormigón irregulares y desmoronados, la gran cúpula de roca que los centaurianos nunca habían planeado; la larga caída. Después de eso, probaron tres de los búnkeres principales: solo encontraron consolas oxidadas y montones de huesos cubiertos de un depósito verde húmedo, cada

pelvis o fémur etiquetado con una prolija etiqueta blanca: “hembra”, “varón prepúber”, “adolescente femenina” por los arqueólogos de Grishkin. Por pura fuerza de voluntad, redescubrieron las pasarelas fluorescentes brillantes, pero ninguna de ellas parecía conducir al fondo del Pozo Omega.

Fue Tiny quien primero se dio cuenta de que no estaban solos en el laberinto.

Los carriles de tránsito estaban llenos de patéticos trastos alienígenas abandonados por los supervivientes tras la guerra: efectos personales, despojados de su lugar, su propósito y su definición cultural, difíciles de identificar en términos de equivalencia humana como las hebillas de cinturón, los sujetalibros o los trofeos deportivos que sin duda eran. Tiny, con el cerebro de una urraca y toda la sensibilidad moral de un gusano en un cementerio, se había ido guardando en el bolsillo los trozos más brillantes a medida que avanzaba, exclamando: “¡Mira eso, Truck!” y “¡Eh, alguien se estará arrepintiendo de haber perdido esto!”.

Sin embargo, cuando encontró la pistola Chambers, no dijo nada: se apresuró a colocarla bajo la nariz de Truck. Truck, que estaba empapado y cegado por la frustración y esperaba que cada nuevo botín resultara ser un arma nuclear de bolsillo, trató de ignorarlo. La agitó con urgencia. “¿Truck? ¿Truck?”

–Mira, ¿a qué diablos estás jugando, Tiny? Si no salimos de aquí pronto, habrá un asesinato...

–La encontré en el suelo.

Truck la agarró, en un espíritu de autodefensa, y echó un vistazo.

'La dejaste caer.'

“¿Se me ha caído? Mira, mira. No puedes decirme que no ha estado en este maldito agujero durante doscientos años”.

No lo había hecho.

Cinco metros más adelante, tropezaron con su dueño.

Estaba muerto y helado en el suelo, un lobo de uno de los aullantes desiertos personales de Ben Barka, agarrando un doble puñado de barro y sonriendo salvajemente al agua embrujada que fluía junto a su cabeza.

Silencio.

Truck y Tiny lo miraron horrorizados.

Entonces, unos pasos rápidos y apagados, como los de un asesinato en un callejón, se deslizaron por un túnel paralelo: algo les seguía el ritmo, acechándolos para salir de la oscuridad fosforescente.

'¡Dios mío, Tiny, todavía está aquí!'

Un cruce se vislumbraba más adelante.

'¡Vamos!'

Truck levantó la pistola y disparó un proyectil que salió zumbando por el pasillo, mientras las sombras se peleaban detrás de él. No podía ver nada, pero había alguien allí afuera. Arrastró a Tiny tras él, tropezando y maldiciendo. –¡Si se pone detrás de nosotros, corre, Tiny, corre!

Llegaron al cruce y se levantaron jadeantes, justo a tiempo de ver el dobladillo de una capa color ciruela, violentamente agitada, desapareciendo en una tercera rama del laberinto.

Ninguno de los dos tenía muchas ganas de seguirlo. De repente, el laberinto se llenó de ecos inquietantes. Y el ciruela es el color del abridorismo.

Pero el abridorismo no era el final.

Quince minutos después, se toparon con una unidad entera de la policía de élite de la general Gaw, que se tambaleaba por el pasillo como sacos reventados. Un proyectil Chambers seguía chisporroteando en la penumbra, dibujando expresiones de matadero en los rostros vueltos

hacia arriba, delineando un revoltijo indescrptible de sangre, quemaduras y miembros enredados.

'Oh Jesús.'

Tiny ladeó la cabeza. –Truck...

A su alrededor se oían susurros en árabe amortiguados en los complejos frentes acústicos del laberinto, y una nueva emboscada se estaba preparando justo a su lado. Lejanos pero claros, se oían los estallidos de los intercambios de granadas a través de las rocas y el hormigón; gritos y alaridos débiles. Las ruinas estaban sueltas bajo Centauri y los búnkeres estaban llenos de hombres perdidos que se lanzaban a duelos invisibles y desesperados.

De repente, y de cerca: “¡Aquí hay un nido de cabrones! ¡Tened cuidado, muchachos! ¡Bájenles los pantalones! ¿Dónde está ese napalm?”.

Truck se estremeció. Un humo acre había empezado a elevarse por el pasillo vacío, rozando los cadáveres a sus pies. Conocía esa voz, ese horrible entusiasmo: se encontraba una vez más en el punto de apoyo; con la Galaxia sacudiéndose hasta hacerse pedazos en una loca lucha por mantener el equilibrio a su alrededor. –Vamos, Tiny. –Miró con cansancio alrededor del matadero. Los soldados muertos le devolvieron la mirada, sus lentes de contacto polarizadas eran sombrías, grises y sin pestañear–. Tengo

que encontrar esa maldita cosa antes de que me encuentre a mí.

La voz de la general Gaw se apagó ante el contraataque árabe. Truck y Tiny, herméticos y apartados, se adentraron sin esperanza en el laberinto, con los hombros encorvados y los búnkeres vibrando a su alrededor con el entusiasmo despreocupado de la danza: abridores, árabes, israelís, celebrando las figuras abandonadas y los rituales extravagantes de la violencia.

Tiny Skeffern se entretuvo demasiado tiempo y no se vieron en la oscuridad. Truck corría desenfrenadamente por los carriles de tránsito gritando “¡Pequeño! ¡Tiny!”, sin importarle quién lo oía. Solo los ecos le respondían. Se tambaleó y disparó una de sus ametralladoras Chambers contra las sombras hasta que el *clic-clac* del mecanismo vacío lo hizo recobrar el sentido. Gimiendo, se apoyó en una pared y apoyó la frente en la vieja roca húmeda. Otro elemento extraviado en el absoluto hervor de las circunstancias.

A partir de entonces, se desplazó en la dirección de la pendiente como un chacal flaco, evitando las grandes concentraciones de militares y tratando de sorprender a las más pequeñas saltando en los cruces con los dientes al descubierto y profiriendo juramentos. Llegó a una zona de perturbación geológica aparentemente interminable,

abriéndose paso a través de un gran estrangulamiento de escombros y despojos derrumbados hasta el borde de una falla, donde observó cómo el agua se derramaba y caía al abismo planetario, sin estar muy seguro de lo que estaba viendo.

En ese momento, el propio *Dispositivo* ejercía control sobre el laberinto de búnkeres; Grishkin, que había cartografiado el sistema para el IWG menos de un año antes, lo recorría como un loco aturdido; tanto árabes como israelíes estaban desesperadamente confundidos: Truck estaba siendo desconectado y guiado hacia un rito iniciático que había temido todo el tiempo. Avanzó a tientas a lo largo de la falla, sin pensar demasiado.

Veinte minutos de caminata lo llevaron al reducto central, donde se encontraban los marcadores y luces de Grishkin, y una antesala donde unos hongos luminosos cubrían las tuberías y los cables, y el viento silbaba desde Centauri como una voz.

Desde la antesala, las puertas del búnker, abiertas de par en par durante aproximadamente una cuarta parte de su recorrido, formaban un alto rectángulo de luz, peculiar y vibrante, como si algún tipo de fuego ardiera en su interior.

Con los ojos entrecerrados, avanzó.

Prefería la luz a la oscuridad. Si eso parece trivial, entonces recuerde que fue una decisión tomada mucho antes de cruzar el umbral de ese búnker. Aunque amaba las calles después del anochecer (los callejones fríos y ciegos de los muelles), encontró su verdadero entorno entre las extrañas exhibiciones de partículas espectrales de los campos de Dinaflujo, y se había entregado a los caleidomáticos de un centenar de diferentes fiestas espaciales en otros tantos planetas hasta que su cerebro saltó y resonó al ritmo de las luces estroboscópicas y los impredecibles cambios de longitud de onda. Sin embargo, nada de eso lo había preparado para el Artefacto Centauri.

Lo golpeó, en el momento en que entró, con un martillo de luz y sonido diseñado para abrirle la cabeza como una nuez, y la compleja antena de su sistema nervioso central se convirtió de repente en un receptor de todo, desde un parpadeo epiléptico de 30 ciclos por segundo hasta los ultrasonidos de la ansiedad no específica. Fue como chocar contra una pared de ladrillos: luces, ruido, radiación. Ráfagas salvajes de sonido prendieron fuego al contenido de su cráneo; luz blanca violó sus ojos; rayos infrarrojos pulsantes atacaron sus terminaciones nerviosas epidérmicas...

Los bloqueos neuronales inhibidores del sistema nervioso central se despolarizaron. Los puntos de sinapsis y los intercambios de potasio y sodio a través de las membranas axónicas se encendieron desenfrenadamente, entraron en una actividad frenética y luego se bloquearon por completo;

los niveles de las puertas se desordenaron, se precipitaron, cayeron a cero. Masas de información irrelevante irrumpieron en la corteza sensorial y motora, se estrellaron contra el tálamo y el hipotálamo, aullaron triunfalmente alrededor de las vías reverberantes de la corteza asociativa; la ignición nerviosa alcanzó un frenesí cuando algo eludió el efecto amortiguador de la deficiencia del suministro de iones de sodio y se logró una excitación constante total; las tres cortezas se apagaron como velas al viento...

La somestesia se convirtió en nada más que un recuerdo. Truck estaba sordo, mudo y ciego, sin sentimientos, sin voluntad. Su sistema nervioso había sido capturado y esclavizado.

En el período de submilisegundos que siguió a este ataque, mientras los potenciales de membrana volvían a descender al rango de milivoltios (después de medirse en voltios reales y alcanzar velocidades de propagación del impulso terminal de más de cuatrocientas millas por hora), el *Dispositivo* se puso a trabajar en su biología...

En un sentido limitado, el capitán John Truck ya no estaba allí, consciente o no: no podía sentir nada; no podía ordenar a sus miembros, ni era consciente de ningún miembro al que ordenar ni de ningún “Truck” esencial que lo hiciera; existía únicamente como metafísica y como problema de filosofía. En eso, tenía suerte. El dolor le abrasaba todos los nervios del cuerpo, se metía entre las células y empezaba a

desenrollar la hélice dextrógira; no lo sentía; las uñas le extraían muestras de la médula ósea, perforaban el canal de su columna vertebral y hurgaban en su líquido cefalorraquídeo; no lo sabía; métodos increíbles de exploración genética se habían desperdigado por su cráneo y lo roían como las larvas de alguna avispa parásita; no podía saberlo.

No podía decirlo. El *Dispositivo*, que tenía en sus manos la investigación sobre sus credenciales meramente químicas, había recurrido a la psicometría... de algún modo. En algún reino discutible donde los pensamientos se arrastran sin el beneficio de una sola neurona entre ellos, Truck estaba mirando imágenes. ¿Imágenes...?

–Todo lo que más deseaba: el secreto de un nuevo sistema de propulsión adaptado al *Ella Speed* (que ahora era de algún modo más largo y delgado, cincelado y con incrustaciones, con un fuego blanco llameando en su popa); inmensas ruedas de bronce, concéntricas y excéntricas, que podrían permitirle dispararse hacia galaxias no cartografiadas; una muchacha que nunca había visto anteriormente, la cicatriz de Ruth Berenici transfigurando su rostro; el estudio de Swinburne Sinclair–Pater, un poema en porcelana; una droga; el contramaestre vivo y sano y sin sus dientes de lima, su barriga, todo prolijamente cosido; finalmente, y muy brevemente, una escena en la fiesta de los espaciales... El pequeño Tiny Skeffern, inmóvil bajo las luces, con una sonrisa peculiar en los labios y una nueva

música que reemplaza a la antigua, hirviendo desde los gabinetes de la línea H en un maremoto capaz de inundar la Galaxia.

El ser humano terrestre, grosero, exclusivista, que se mueve torpemente por los confines del espacio y el tiempo con una expresión de desconcierto en el rostro y un puñado de cosas que ha recogido en el camino de las cunetas, los litorales interglaciares, los asentamientos saqueados y las relaciones rotas, no tiene ningún uso para pensar excepto al servicio de la adquisición. Se para en cada puerta con una mano extendida y la otra detrás de la espalda, inventando razones por las que se le debe dejar entrar. Desde ese primer racimo, cada uno de sus ataques de lentitud o cada aburrida picadura de pulga de actividad mental ha provocado *más, más*; y su tiempo se ha dedicado durante miles de años a la construcción y sofisticación de sistemas de ideas que le permitirán excusar, racionalizar y moralizar la mano que lo agarra.

Sus sueños, esas visiones cómicas de valor incalculable que tiene de sí mismo como un ser con preocupaciones que van más allá de lo material, no son más que caníbales furtivos que se tambalean en una incómoda neblina de emociones, tratando de devorarse unos a otros. Política, religión, ideología: intentos desesperados y atrevidos de desviar la carga de la responsabilidad de sus propias acciones: abdicaciones. Sus manos tienen la representación neuronal más grande en la corteza somestésica, su cabeza la más

pequeña: pero él siempre está tratando de ocultar una detrás de la otra.

De pie donde ahora se encontraba John Truck, aplastado y abrumado por el Artefacto, el Doctor Grishkin, Gadaffi ben Barka y, más tarde, la General Gaw –todos miembros engreídos de lo que les gustaba llamar la raza humana– habían visto lo que más querían, lo habían comprendido y, al comprenderlo, habían ansiado sin lugar a dudas su genealogía. Nunca verían nada más.

Mientras que Truck, ese mestizo de linaje altamente sospechoso y comportamiento desaliñado, simplemente miraba un poco estúpidamente lo que le ofrecían y no podía decidirse. Cuando no logró agarrar algo con ambas manos (o incluso mostrar alguna preferencia exclusiva, posiblemente debido a su herencia centauriana, posiblemente porque siendo un espacial y un perdedor deseaba todo y nada de eso), el *Dispositivo* sacó sus sondas y lo liberó. Era un caso límite, pero la sangre resonó y los genes de la vieja Annie habían hecho su trabajo.

Truck midió su longitud sobre el hormigón, retorciéndose y gimiendo. Después de un rato, se arrastró hasta el objeto y lo miró. Lo había probado y lo había superado; lo vio como lo habían visto sus creadores y sabía que podía manejarlo.

Todavía no sabía qué hacía, ya que él también tenía los ojos de su padre.

Se quedó dormido por puro alivio fisiológico y no supo cuánto tiempo después lo despertó el sonido de los disparos Chambers que resonaban en los pasillos de tránsito del exterior. Se puso el Artefacto Centauri bajo el brazo y salió del búnker corriendo.

Atravesó la antecámara a ciegas y presa del pánico, dando tumbos contra las paredes e intentando armar la pistola que le quedaba con una sola mano. Lo último que necesitaba era que le pillaran con el *Dispositivo*. Tenía un sabor asqueroso en la boca y el sudor le corría por entre el traje de plástico y la piel. Cuando llegó a la puerta exterior, aminoró la marcha y escuchó; asomó la cabeza esperando que nadie se la volara. La vía de tránsito estaba completamente oscura. Los fluorescentes estaban apagados. Allí fuera no se movía nada.

Un ruido sordo y suave empezó a escucharse en algún lugar a su izquierda.

Miró hacia la oscuridad y solo vio lentos patrones violetas deslizándose sin rumbo por la superficie de su propio ojo. El ruido volvió a surgir de un lugar húmedo en el suelo. Su adaptación a la oscuridad tardó en llegar después del golpe que recibió su sistema nervioso central en el búnker. Maldijo y parpadeó, con frías premoniciones hurgando en su cabeza. Se estremeció, contuvo la respiración, la soltó con un gran grito y saltó al pasillo, con el arma por delante.

Encontró a Tiny Skeffern a unos metros del pasillo, acostado con la cara contra la pared.

'Truck, oh Truck...'

Tiny estaba gimiendo y sollozando, sus pequeños y romos dedos se deslizaban hasta el borde del agujero en su pecho y luego se alejaban nuevamente como pequeños animales aterrorizados.

–Truck, es enorme. Quiero vomitar... –Se acurrucó, balanceándose de un lado a otro–. ¿Dónde has estado, Truck? –gimió con horror, mirándose los dedos mojados–. Cristo, maldito Cristo, maldito...

Truck lo giró con cuidado sobre su lado dañado para darle una oportunidad al pulmón no perforado; no había nada más que hacer excepto esperar a que dejara de respirar.

–Todo irá bien, Tiny –murmuró. Había otras cosas que decir, pero no podía decirlas–. Estarás bien.

–¡Pero tengo un agujero! –Tiny se estremeció y lloró–. Oh, ¿por qué bajé aquí? Ahora estoy herido... Sus labios azules se deslizaron hacia atrás, dejando entre sus dientes todos los músculos de su cuerpo tensos y temblorosos–. ¡Capa! –gritó de repente, con los ojos muy abiertos. ¿Capa!, ¡Capa! –No tenía sentido y era espeluznante. Se quedó en silencio durante un largo rato. Luego dijo: –Siempre pierdo las

malditas guitarras –soltó una gran tos con arcadas y se relajó.

Truck se sentó junto al cadáver y dejó caer el Dispositivo Centauri. Este se alejó rodando de él. Lo pateó débilmente en la oscuridad. Estaba solo en un desierto de entrañas y codicia, mientras otro Tiny Skeffern perseguía al melón vulpeculano por la escalera de Ruth Berenici, en la Tierra un millón de años antes. Se puso las manos sobre la cara. Un ruido surgió entre ellos.

'¿Capitán?'

Una aparición enorme y oscura con una cabeza bulbosa y con hocico salió de uno de los compartimentos de equipos que bordeaban el pasillo.

Grishkin, el sacerdote loco, había venido a recoger a los enfermos, diabólico con su capa color ciruela y su traje negro antirradiación, con toda su enorme masa agitada por los efectos secundarios de algún misterioso esfuerzo o compulsión. Se quedó mirando a John Truck, con ojos enigmáticos tras los cristales ahumados de sus gafas protectoras. Su respirador silbaba de forma uniforme. ¿Había sido lo de Estómago sólo otro aplazamiento?

“Siempre volvía al mismo lugar”, confiesa de repente.

–Su voz sonó ronca y ronca–. Sabes, he inspeccionado este lugar. Nunca antes me había perdido en él. –Avanzó unos

pasos, sin dejar de mirar fijamente a Truck. Extendió el brazo y agarró una de las muñecas de Truck con la energía de una ambición casi cumplida-. Sabía que no me fallarías, hijo mío. El Arca tiene una gravedad especial, una... -Puso el otro brazo alrededor de los hombros de Truck-. Debes ayudarme. Hay... -su agarre se hizo más fuerte- otros en el búnker.

Vio el Artefacto Centauri.

Se frotó los dedos, masas de salchicha blanca cruda, sobre las gafas: dejaron tenues gotas de sudor en las lentes sin brillo. Luego, temblando y desplomándose como un cerdo en un estercolero, se arrodilló ante él. Una mano regordeta hurgó en el cuello de su mono, tiró, bajó la cremallera para exponer las ventanas de plástico. Allí nadaban cosas feroces y triunfantes. Con la cabeza inclinada, reveló los procesos de su alma.

Truck se rió nerviosamente. “Estás loco, Grishkin”. Entonces recordó algo. “Oh, Dios mío”, susurró:

“¡Capa!”

Giró sobre un pie y con toda la fuerza que pudo reunir clavó la punta del otro pie en el cuello de Grishkin.

-¡Viejo cabrón! -gritó-. ¿Por qué lo mataste?

Grishkin se desplomó, todavía en cuclillas; se tambaleó, luchando por levantarse, pero Truck se le echó encima como una serpiente, llena de veneno y muerte, y tenía una mano apretada en la suave carne de la nuca. Lucharon un momento en la oscuridad resonante. Truck ganó: lo arrastró hasta el cadáver de Tiny. Pesaba absurdamente. “¡Maldito asqueroso! ¡Ábrele tu sucia cabeza! ¡Vamos, míralo!” Y le dio un giro salvaje al brazo derecho del Abridor.

Grishkin chilló y se soltó. Se arrodilló de nuevo sobre el Dispositivo. –No –dijo–. Perdóname –le rogó–. No sabía lo que estaba haciendo. Miró furtivamente por encima del hombro a Truck, que avanzaba con dedos de acero y en forma de gancho.

Se desencadenó un grotesco ballet, bailado en las profundidades de un planeta muerto con el acompañamiento de gruñidos y aullidos de animales: una y otra vez, Truck obligó a Grishkin a enfrentarse al músico muerto, mientras que por su parte el sacerdote, chillando y gimiendo con fervor, se abrió paso a trompicones hasta el Dispositivo. Se le cayó el respirador. Intentó rezar, pero Truck siguió dándole patadas en un lado de la cabeza, gritando: “¡Rézale!” y “¡No eres Dios!”. Pronto, ambos estaban cubiertos de sangre y suciedad, jadeantes e incoherentes. Ninguno de los dos podía conseguir la victoria: y Tiny Skeffern los miró con indiferencia.

'¡Hicimos un trato, capitán! ¡Hicimos un trato!'

Finalmente, Grishkin se quitó la capa y quedó allí tendido, gordo y empapado, con el traje antirradiación hecho jirones. Truck solo vio una gran babosa blanca, llena de algo que no era ni humano ni animal. Se atragantó con disgusto y se dio por vencido.

–Debería matarte, Grishkin.

Grishkin se rió entre dientes. –Es demasiado tarde para eso, capitán. –Se levantó del suelo con una pistola Chambers apuntando a la cabeza de Truck.

Truck, abruptamente tranquilo, casi desinteresado (comprendiendo que Estómago había sido una postergación, que desde el principio sólo había habido una manera de terminar el diálogo iniciado en la calle de Pan, Sad al Bari), le disparó en la ventana del vientre.

–Capitán –dijo Grishkin.

Truck sacó el Dispositivo de debajo del cuerpo mientras el sonido del disparo todavía resonaba en los búnkeres y limpió los apestosos fluidos con una esquina de la capa del Abridor. Miró a Tiny y sacudió la cabeza. No había nada que hacer entonces excepto regresar al fondo del Pozo Omega: para él, al menos, la confusión o la maldición se había disipado y lo encontró fácilmente. Subió al ascensor y regresó a la superficie de Centauri, con la mente tan aullante que incluso Gadaffi ben Barka podría haberse sentido incómodo allí.

A mitad de camino, su dosímetro informó una leve sobreexposición.

Fue un largo viaje de regreso al *My Ella Speed*. Empujó tenazmente un pie delante del otro a través del lodo, la lluvia le golpeaba la cara, todo el paisaje desolado era una vaguedad gris verdosa que se movía y mutaba a medida que el agua se deslizaba por las lentes de sus gafas. Tropezó con arroyos y hundió los pies en cosas que no se atrevía a mirar. Había estado afuera diez minutos cuando recordó volver a ponerse el respirador. Tosió miserablemente.

Fue un largo viaje que, al final, no valió la pena. Cuando regresó a su nave, encontró la cabina de mando desprendida del mismo en una maraña de cables y vigas derretidas, y el resto inclinado y ennegrecido como un árbol muerto.

Había otras dos naves agazapadas en el banco de lodo, enormes y silenciosas. La UASR(N) Nasser, con sus quince millones de toneladas semisumergidas en el cieno, jamás construida para tocar la superficie de un planeta; estaba de costado, con el morro hacia abajo, todas sus esclusas abiertas por cargas de demolición y sus cavernosos interiores destripados; y la IWG *Solomon*, como una luna roja y negra incrustada tras una inconcebible colisión con el planeta, con las troneras abiertas. Había hecho el trabajo sucio en las otras, era evidente, pero también parecía desierta. Se alzaban a cien o doscientos pies, en el aire

húmedo y muerto, montones de comandos muertos esparcidos en grandes charcos de sombra bajo sus cascos.

Truck se quedó mirando todo aquello aturdido. Era algo que no podía entender. Se acercó y apoyó la espalda contra las ruinas de su *Ella*; se agachó como un campesino y se envolvió con su harapienta capa para protegerse de la lluvia. Se estremeció. Estaba atrapado. Quienquiera que saliera de la furtiva matanza en los búnkeres lo tendría a él y al Artefacto. Cerró los ojos y esperó. *Ella* gimió y se inclinó unos grados más, acomodándose en el barro. No le quedaba nada.

En ese momento oyó disparos.

Se levantó con cansancio. En dirección al Pozo Omega, inseguro en la distancia lluviosa, pequeñas figuras siniestras se dirigían hacia él, esparcidas por la llanura aluvial y luchando a su paso. No se había resuelto nada, por lo tanto. Partió a su encuentro. ¿Qué otra cosa podía hacer?

–Capitán –dijo una voz fría y vivaz detrás de él–, ¿Pater lo sacó por nada del Snort?

Capítulo XIV

LA TERCERA VELOCIDAD

Allí abajo, en el búnker, el Artefacto Centauri lo había matado con tanta seguridad como un rayo Chambers: había perdido los reflejos. Se dio la vuelta desesperadamente y buscó su arma, aunque sabía que nunca tendría tiempo de usarla.

No cayó ningún golpe.

En cambio, una mano larga y pálida danzó momentáneamente como un espejismo a una pulgada de su rostro. Dio un paso atrás instintivamente y parpadeó. En ese fugaz instante de ceguera, algo cambió; y cuando abrió los ojos de nuevo, la mano pertenecía a alguien a quien conocía, toda la amenaza había desaparecido de las figuras que trabajaban afanosamente en la llanura inundable e incluso la tenue Centauri había brillado a su alrededor.

Sobre la palma de esa mano rápida había un único clavel verde, de tallo largo y lleno de gracia, con gotas de humedad agrupadas en cada uno de sus pliegues frescos e intrincados.

“Asumimos que estabas muerto”, fue lo único que se le ocurrió decir.

–Quizá lo haya estado –dijo Himation, el anarquista–. ¿Quién sabe? –Y se rió. El cuello de su larga capa negra estaba levantado, su sombrero de ala ancha estaba muy bajo; todo lo que se podía ver de su rostro era un brillo en sus ojos. Había en ellos una distante diversión, y además algo nuevo, como si desde la muerte de Pater hubiera perseguido con austero y burlón esplendor un destino muy diferente de todo lo que le había sido asignado. Sin embargo, sus manos todavía estaban llenas de hábiles travesuras y deshonestidad, y descubrió una pequeña ranita detrás de la oreja de Truck.

–¿Siempre viaja con eso, capitán? Ahí se rió: lo vi claramente. –Miró el Dispositivo Centauri, sonrió con desprecio y tomó la mano libre de Truck entre las suyas–. Me alegro de verle.

–No te afecta –dijo Truck. Deseaba poder ver el hueco que había entre el cuello y el sombrero–. ¿Qué ves que llevo, Himation?

–¿Por qué debería decírtelo? –Me guiñó el ojo–. Hay otras cosas que me han “afectado” desde la última vez que nos vimos...

Por un momento pareció que iba a añadir algo a eso; pero cuando volvió a hablar, fue para decir:

–Vamos, tenemos que salir de aquí antes de que –se protegió los ojos de un sol imaginario y observó la hilera de hombres que avanzaban, que se habían acercado lo suficiente para que sus gritos roncos y metálicos se oyeran aleteando sobre las marismas intermedias como pájaros mecánicos– ese grupo nos atrape. La hilera era ahora más delgada, rota en algunos lugares; una figura femenina baja y rechoncha trotaba incansablemente a la cabeza, con bandoleras llenas de granadas de gas vómito y blandiendo una pistola en cada mano.

Himation agarró el brazo de Truck. '¡Corra, Capitán!'

'¿Adonde?'

Pero Truck ya lo sabía. Cruzaron una loma, Himation a la cabeza, con su capa ondeando detrás de él. Un vasto estuario se extendía ante ellos, gris y tranquilo, con sus orillas perdidas en una neblina de lluvia. En él, a unos cincuenta metros de la orilla, flotaba una gran nave dorada. Tenía un cuarto de milla de largo; sus aletas inclinadas y curvadas brillaban como velas en algún exótico viento

bizantino; el trabajo de esmalte se retorció deliciosamente sobre su esbelto casco; palabras en un idioma perdido de tallos de rosas.

“El lobo que persigue, el cervatillo que vuela”, susurró John Truck.

“Mira” –un brazo envuelto en negro, un dedo largo y blanco, un extravagante remolino de capa– “¡Vine en mi nave a buscarte!”

Himation alzó los brazos. Las cartas de juego llovieron del aire sin alegría de Centauri, cintas de colores estallaron como fuegos artificiales de las puntas de sus dedos; cuando hizo una reverencia a derecha e izquierda, se podían ver pequeños animales correteando alrededor de la copa de su sombrero, mientras que un pelo rojo rebelde se escapaba del ala. Asombrado por su propio genio, gritó de risa, con una especie de alegría posesiva, una risa que se prolongó y prolongó.

Cuando la general Gaw luchaba por superar la cuesta, solo encontró el eco de esa risa para consolarla, mientras *Atalanta In Calydon*, el último asaltante, se sacudía el agua de la bahía como un perro dorado y corría hacia el cielo en un resplandor de luz blanca.

'¿A dónde vamos?'

Centauri exhibía sus cicatrices como Ruth Berenici en un amanecer de Carter's Snort. *Atalanta en Calydon* colgaba a mil millas por encima de esa cara pálida, una luz azul cobalto bañaba su exquisita metalistería alienígena, hombres muertos flotando alrededor de su casco en ingratas y excéntricas órbitas. Himation se irguió y se dio la vuelta después de una larga contemplación de las miserables brasas de la batalla. Lo que vio allí era una incógnita, pero lo puso tenso y retraído.

–Aquí murieron cien mil hombres –dijo, ignorando la pregunta de Truck. Jugueteeó con una baraja de cartas–. Odio este lugar. –Suspiró con una especie de compasión feroz e impaciente–. ¿Por qué lo hacen? –Luego, en voz baja:

–Vas a ir a la Tierra, capitán. Sólo tengo una cosa que hacer antes de... –Vaciló y se encogió de hombros–. Te dejaré allí primero.

'Pero...'

Truck se quedó en silencio. Había esperado más: si no un truco de magia, un rapto, al menos una cierta reducción de su responsabilidad. La aparición del anarquista le había levantado el ánimo; ahora se le había caído de nuevo y se sentía traicionado. Se encogió de hombros con impotencia. –¿Ni siquiera vienes conmigo? ¿Qué puedo hacer con esto yo solo?

El Artefacto estaba envuelto en los restos de su antigua capa de Abridor por si afectaba a la tripulación de Himation; era pesado y últimamente se había calentado un poco al tacto; una débil resonancia, un pulso de vibración distante y tenue, se arrastraba bajo su piel. ¿Se armaba automáticamente al identificar los genes de los centaurianos? Estaba solo con él de nuevo y sin esperanzas.

–Deberíamos tirarlo, Himation. Justo al borde, o a una estrella, donde nadie lo vuelva a encontrar.

–Debe terminar en la Tierra, donde todo termina. De lo contrario, habrá más de esto... –Señaló con la cabeza el cementerio orbital que había afuera, los cadáveres flotando como cartón mojado en agua oscura.

“Puedo recordar una época en la que te habrías reído de unos cuantos asesinatos. Fuiste tú quien lamió el cuchillo en Carter's Snort, no yo. Al menos podrías venir a la Tierra a ayudarme, si la Tierra es tan jodidamente importante. Dime por qué no lo harás”.

Las campanas de alarma llenaron la nave.

Himation se giró hacia las pantallas y chasqueó los dedos en dirección a la tripulación del alcázar. –Capitán, yo... más tarde. –Miró por encima del hombro a Truck por un momento y se encogió de hombros elocuentemente. Habló con su sala de control.

“Tenemos un rastro fuerte en la banda de una milla y cincuenta, Himation. Ha salido de Centauri. ¿Luchamos?”

'Nos vamos.'

Atalanta en Calydon palpitaba y gemía con la acumulación de energía. Una luz azul cerosa inundó el puente. En las pantallas, la imagen del cementerio tembló y se desintegró, y aquellos miserables cascos adquirieron por un instante precioso los colores chillones de una orquídea, las formas de bestias imaginarias. Con esta transfiguración, el pánico saltó hacia un agujero oscuro en el alma de Truck y lo sacudió como un perro a una rata muerta.

–¡Dime por qué! –gritó desde el otro lado del puente–. ¡Me debes eso!

Todas las cabezas se giraron hacia él. *El Atalanta* se tambaleó sobre el delgado borde del espacio y se hundió en los campos Dina.

Himation se relajó. Cruzó el puente y dijo: –Muy bien, capitán. Es difícil. Ya no pertenezco a este lugar. No puede imaginarse... –Sacudió la cabeza e hizo un gesto de desdén con una mano–. Todo esto... –Por fin, soltó:

–¡Capitán, he estado fuera de la Galaxia desde la última vez que nos vimos! –Escuche, capitán (continuó): usted sabe cómo fue al final de la última pelea de Pater...

El Atalanta se perdió bajo los cañones árabes, corriendo como un cervatillo. Oí a Pater gritar “¡A la Dina!”. Podía verlo pasar a toda velocidad tras de mí, tratando de atraer su fuego. Pero mi puente estaba explotando con una luz loca, y los cañones de reacción habían perforado nuestro casco. Apareció una y otra vez, sembrando torpedos, escupiendo fuego –“¡A la Dina!”– pero sus baterías delanteras fueron destruidas, *El Clavel Verde* fue desgarrado en toda su longitud como una pica dorada. Pasó furioso una última vez, luego lo vi parpadear –“¡A la Dina!”– y desaparecer. Dos, tres veces, luchó con los campos Dina. Fue soberbio: ningún otro hombre podría haber obligado a esa nave a entrar en el Medio Imposible. Rodando como una perra, todavía disparando, desapareció.

Intenté seguirlo. *Atalanta* arañaba con una energía terrible el tejido del espacio, desesperada por salir de él. Su puente temblaba por la ionización: ¡el metal corría con un fuego que no consumía nada! Sabía que estábamos encajados como esos patéticos cascos que habíamos visto antes en la batalla, meros espectros atrapados en el borde entre dos universos hipotéticos. Entonces lo atravesé... ¡voló! Como una semilla de uva lanzada a través de la habitación oscura de un enfermo. Sudé: Capitán, juro que recé con alivio. Pero cuando noté los circuitos de mi puente, supe que ya no tenía el control: ¡se habían derretido hasta convertirse en escoria! Mi tripulación estaba indefensa...

Atalanta había tomado el control.

Ninguno de nuestros equipos funcionaba; en cambio, la maquinaria alienígena temblaba con una intensa luz blanca. El casco parecía derretirse y retirarse; nadábamos en la insensatez; todas las formas sólidas se desvanecían en sorprendentes giros y contorsiones; y cuando nos miramos unos a otros, horrorizados, ¡ya no éramos hombres! De alguna manera, el hiperespacio había entrado en la nave y se arrastraba a través de nosotros en lentas y luminosas olas. Estábamos inmersos en él: éramos aves del paraíso, llevábamos máscaras de peces dorados de aguas profundas en un océano sin mareas, éramos efigies de cristal con extremidades infinitamente delgadas y atenuadas...

Sabía que moriríamos, si no estuviéramos ya muertos (y atrapados para siempre en una inimaginable postura de irrealdad). Pero mientras el pensamiento se formaba, el espacio nos expulsó...

¡A la oscuridad!

Nada se movía más allá del casco. Corrí hacia las pantallas, que estaban oscuras; restauramos nuestros circuitos, pero seguían oscuras. Colocamos sensores y sondas, que registraron un rastro aterrador y distante; recuperamos la energía, giramos como la aguja de una brújula para enfrentarla...

¡Allí, ante nosotros, yacía la Galaxia, tenue como una imagen residual arrastrándose por el ojo de un hombre muerto!

La hemos visto, capitán, desde fuera. A bordo del *Atalanta*, las hemos visto todas: Andrómeda, M32, NGC205 en nuestro primer viaje, vacilante y escéptico, y más tarde a otras tan increíblemente lejanas que no tienen nombre. Hay un tercer nivel del espacio, capitán; una tercera velocidad. He hablado con sus habitantes y he aprendido la gloria de la polilla en el cuenco de la lámpara. ¿Puedes entender por qué odio este montón de basura, con su cerebro de masilla y sus pies de plomo? ¡He estado más allá!

Desde aquel día, *Atalanta en Calidón* ha volado sola: nosotros simplemente somos sus pasajeros. La trajimos triunfante de vuelta a Howell después de aquel primer vuelo salvaje, sólo para encontrar a Pater inmóvil y frío en su sudario, tú te habías ido sin que nadie supiera adónde. ¡Ese príncipe anarquista! Su vida era la más pura invención del Arte, la más dorada de las mentiras, pero yo lo amaba. Equipamos el *Madera Flotante de la Decadencia* como su féretro; lo llenamos de grabados y porcelana y abanicos de la más extrema sofistería; todo Howell se reunió para contemplar su último salto de fuegos artificiales hacia lo desconocido. Se fue en un suspiro, en un susurro, como un sueño de desacostumbrada belleza.

Sigue viajando, Capitán, a la Tercera Velocidad; Pater puede haber llegado ya al borde del Universo. No merecía menos.

Después de eso, todo lo que pude hacer fue venir a buscarte.

Encontré un rastro tuyo en Estómago, un recuerdo en los ojos de una prostituta andrógina. Pero el rastro estaba frío. Pasé una semana acechando la ciudad de Revelación Intestinal, vestido con una capa robada de los Abridores. Desde allí, te seguí hasta Averno. ¡Averno! ¡El peor lugar del universo! Pero dejé de temer por ti cuando escuché que un novato lunático de los Abridores había acabado con Chalice Veronica y toda su operación de Paraphythium en una sola noche. Y yo estaba allí arriba en la órbita de estacionamiento, no solo, para verte volar las escotillas no sobre un cuerpo, sino sobre dos.

Parece que te has convertido en una especie de némesis.

–Uno de ellos era Fix –dijo Truck. Se sentía amargamente enojado: por Pater, por él mismo, por lo que habían estado a punto de lograr en ese último viaje hacia la muerte, con *El clavel verde*, con el corazón estallando, cayendo a pedazos a su alrededor; y por lo que él tenía a cambio: amigos muertos y el *Dispositivo* como un yugo sobre su espalda.

–Han matado a Fix y a Tiny. No me queda nadie. Himation había rescatado algo de la noche, pero las botas de Truck estaban llenas de plomo. Tenía ganas de llorar, pero.... Todavía les debo eso –dijo, con todo el desafío que pudo reunir–. Y lo que hice por Ben Barka, me alegro. Fue mi intención.

–Pero no lo hizo, capitán. Me temo que la órbita de estacionamiento estaba bastante concurrida, y todos los que había estaban allí para vigilarlo. *Nasser, Solomon, Atalanta...* Oh, hicimos una hermosa procesión después, siguiéndolo a Centauri. Ben Barka fue sacado de la trayectoria asesina por su propia nave insignia. Estuvo en la lucha que destruyó al Nasser y al *Ella Speed*; estaba en los búnkeres. Al igual que la general, es un sobreviviente.

A Truck le dolían todos los huesos, no sabía ni le importaba si era por cansancio, por miseria o por la sobredosis no tratada. Se sentó en la terraza. Dejó el Artefacto a su lado, estiró las piernas y se examinó las manos. ¿Qué podía hacer? Sus gestos de desafío habían sido torpes e infructuosos durante todo ese tiempo. Miró desesperado al anarquista.

“Me perseguirán hasta que muera, Himation”.

Ninguna respuesta.

“¿Qué crees que puedo lograr en la Tierra? Ni siquiera sé qué hace esta cosa”.

Himation se movió incómodo, mirando el casco sobre la cabeza de Truck. –Nada de esto significa mucho para mí desde que salí de allí. El espacio es un hábito. –Sus ojos se nublaron, explorando más allá del casco–. Pater vio algo en ti, una fuerza que ni él ni yo poseíamos. Quería que tomaras el Dispositivo e hicieras con él lo que quisieras. Pensó que esa acción en sí misma, cualquiera que fuera el propósito de la cosa, podría ser suficiente. ¿Entiendes? Tu importancia siempre ha residido en tu escepticismo.

“Y él quería que lo llevaras a la Tierra. Esa es la única razón por la que regresé. Odio este lugar después de lo que vi afuera”.

–¿Qué has visto? –dijo Truck enfadado–. Cuéntamelo. Pero no quiso explicarlo y, durante un rato, ambos hombres se quedaron absortos en sí mismos: Truck se frotaba las manos nerviosamente, lleno de autocompasión, mientras el anarquista miraba las serpentinas de ilusión que volaban en las pantallas del *Atalanta*, a su equipo... a cualquier cosa menos al rostro de Truck.

Finalmente, Truck dijo: “No sabes si Pater tenía razón. Ni siquiera sabes lo que quería decir. Ninguno de los dos lo sabe. Ni siquiera estoy seguro de que lo supiera”.

Himation se encogió de hombros. “No”, admitió.

Truck se estremeció. No podía controlar sus manos; independientes, las movía suavemente sobre el Artefacto, tomando su pulso secreto y tenue. –Himation, quiero ir contigo –susurró casi inaudiblemente. Se puso de pie de un salto–. Por favor. Me debes eso. ¡Me estás utilizando, Pater me utilizó, igual que el resto de ellos...!

Pero Himation se dio la vuelta y fingió no escuchar; no pudo decidir si por consideración o por vergüenza.

Medianoche en la Franja Alemana. Toda la vida real había huido de este lugar con las guerras de las bombas de rata. Una helada intensa y una desesperación lunar se extendían desde Lübeck hacia el sur hasta Plauen. Coburgo y Marburgo, Dresde y Magdeburgo: ruinas blancas bajo un cielo frío; Hannover y Hamburgo, nombres en acres de óxido y hormigón, antiguas plataformas de armas, pozos y cráteres interconectados. Por algún lugar atravesaba una antigua frontera perdida.

Bajo una luna brillante y ácida, John Truck se encontraba con Himation, el anarquista, en las faldas del Brocken. A la sombra de la montaña –confirmación de una antigua desesperación– se encontraba *Atalanta en Calidon*. El viento del noreste, cargado de partículas de hielo y con el olor de la fría salmuera gris del Báltico, agitaba la capa de Himation como si fuera una bandera.

–Esto es lo más cerca que puedo llegar a Gotinga. –El viento retumbó sobre la roca desnuda que había encima, le robó la voz y se la llevó aullando hacia la pesadilla helada de Turingia.

'¿Qué carajo se supone que he de hacer allí?'

–Al menos hay gente. No esperabas que la matara en Albion.

Truck sopló sobre sus manos ahuecadas. –No. –Se puso de espaldas al viento –dejaría que lo arrastrara: ¿cuándo había hecho otra cosa?– y encorvó los hombros, mirando hacia el valle. Será mejor que me vaya antes de morir congelado. Nada se movía allí abajo con el viento. Rocas o edificios, todo estaba cubierto de verglas y nieve helada.

–Mira –dijo Himation, extendiendo su mano–, lo siento si esto parece difícil...

Truck se rió amargamente. “Es difícil”, dijo. “Y no sirve de nada que diga que no te culpo, porque lo hago. Pero...”, sonrió.

–Yo haría lo mismo. –Tocó brevemente la mano del anarquista y se alejó rápidamente, antes de sentirse tentado a decir algo más. Había dado unos diez pasos cuando Himation gritó: “¡Espera!”.

Él regresó.

Himation se había quitado la capa y el sombrero. Era delgado y de pecho hundido, más joven de lo que Truck había imaginado, quizá diecinueve o veinte años. Su gran mata de pelo rojo y su rostro pálido como el de un muerto contrastaban sorprendentemente con sus brillantes ojos azules. Temblando y trotando de un pie al otro, hizo un paquete con la ropa y la tendió.

“Hace un frío terrible aquí fuera y ya no los necesitaré”.

De repente parecía tímido y juvenil.

Truck se lo cogió. “No te pareces mucho a tu padre”, dijo.

Himation sonrió con incertidumbre. –¿Mi padre? Oh, Pater. –Se rió–. ¿Te dijo que era mi padre?

Truck se encogió de hombros.

–No importa –dijo, levantando el paquete–. ¿Estos trapos me servirán?

'¿Quién sabe?'

Himation sonrió tímidamente. Extendió la mano y arrancó un clavel verde de detrás de la oreja de Truck. “Sería bueno que me lo devolviera. Adiós, capitán”.

Se dirigió hacia su nave: encorvado, delgado, lleno de energía, como si acabara de salir de una prisión. Una ráfaga

de nieve se arremolinaba a su alrededor, como el puntal de una ilusión.

–Diles que me busquen en Andrómeda –gritó.

Levantó la mano, un clavel cayó y fue arrebatado por el viento.

Truck se echó la capa a la cabeza, abrochó el cuello y se bajó el sombrero. Recuperó el Dispositivo Centauri de un pequeño charco que se había derretido en la nieve y se adentró en la oscuridad del valle, solo. Detrás de él, oyó a *Atalanta en Calydon* elevarse en el aire.

“El lobo que persigue, el cervatillo que vuela.”

No se atrevió a mirar atrás.

Unas cuatro horas después, exhausto y cubierto de nieve, se topó con un puesto de alerta temprana del IWG en algún lugar de los suburbios abandonados de Gotinga. “He venido a entregarme”, dijo, y miró perplejo hacia la penumbra de la sala de operaciones, con la piel de la cara escociéndole por el calor repentino.

Rostros delgados y antinaturales lo miraban entrecerrando los ojos a través de una neblina de humo de tabaco, iluminados por la luz verde del tablero gráfico y el mapa

ultrasónico: ojos rojos, inquietantes y asustados, como animales subterráneos que parpadean al salir de sus madrigueras.

Después de un mes en uno de esos lugares, esperando que comience la guerra, un operador comienza a ver cosas en las laderas vacías de Vogelsburg, donde nada se ha movido durante más de tres siglos; imagina movimientos masivos de tropas entre los sótanos inundados de Braunschweig y Salgitzer; descubre un intruso en cada caída silenciosa de mortero en polvo en una ciudad vacía. Lleva cinco llaves encadenadas a su cuello: si se usan en la secuencia adecuada, matarán al mundo.

Después de dos meses, apenas puede recordar en qué orden debe evitar usarlas.

A mitad del turno de noche, cansados y enfermos entre un montón de vasos de plástico desechables, lo único que vieron fue una figura amenazante y sin rostro con una capa oscura, con la nieve arremolinándose detrás de ella; y bajo su brazo izquierdo un objeto indistinto y astuto que de alguna manera les sulfuró los ojos irritados. Lo único que oyeron decir, con una voz apagada y mortal, fue: “He venido...”

Un cañón Chambers chisporroteó en la oscuridad.

Las sombras se precipitaron sobre las paredes, espasmódicas y presas del pánico.

–¡Cabrones! –gritó John Truck, y sacó las manos con asombro. Sacó su propia pistola de la bota y se escondió detrás de un módulo de radar.

Fue un breve intercambio. A los veinticinco años o menos, fotofóbicos y con las úlceras de una amarga responsabilidad carcomiéndoles las entrañas, ya eran viejos. Los mató a todos; se quedó tendido un minuto detrás de la consola, gimiendo. Cuando salió, vio que algunos de ellos agarraban sus llaves, mientras que otros simplemente miraban aliviados el techo bajo, con sangre en las mangas de sus camisas arremangadas; cada uno agradecido, tal vez, de que fuera solo su propia muerte y no la del mundo.

Truck gimió. Veía a medias. “Deberíais haberme dado una oportunidad”, murmuró, apoyándose en el marco de la puerta.

Afuera, el viento soplaba con fuerza ocho. Detrás del edificio había una pequeña plataforma VTOL¹¹. A medio camino de allí, se desplomó; se quedó allí tendido, sorprendido por el lento barrido enfermizo de las antenas de ultrasonidos, y examinó su herida. El rayo se había abierto paso hasta sus costillas, en la parte baja del lado derecho. El

11 VTOL, significa despegue y aterrizaje vertical, una aeronave que es capaz de planear, despegar y aterrizar verticalmente.

fuego se había apagado, pero algo goteaba por un agujero del tamaño de un puño.

“Oh Dios”, oró, “Oh, Cristo”.

Se apoyó en un codo en el aguanieve helada y vomitó de miedo. No sentía nada allí abajo, ni dolor, nada. Se limpió la boca y miró hacia adelante. Había una sola aeronave en la plataforma. Se dirigió hacia ella con dificultad, silbando y jadeando cada vez que su costado derecho tocaba el suelo, por el horror de que algo le entrara en la herida.

No había soltado ni un momento el objeto que llevaba bajo el brazo. Ahora daba suficiente calor para brindarle consuelo en la noche salvaje.

Capítulo XV

EL ÚLTIMO ANARQUISTA

Eran las seis de la mañana de Navidad en Carter's Snort cuando John Truck llevó el VTOL robado al campo de estacionamiento de cohetes abandonado en Renfield Street. Había nieve en el suelo, Sauchihall estaba lleno de papel crepé que ondeaba al viento; en las entradas cálidas y los pasillos húmedos, las porteras cantaban villancicos a sus clientes.

Atacó con fuerza, sin conseguir acabar con todo el impulso hacia delante del vehículo. El aparato se deslizó como un borracho sobre el hormigón, rodó y finalmente se elevó con un gruñido de sorpresa contra la base de una vieja plataforma de lanzamiento. Durante un minuto o dos se impulsó en un círculo obsesivo y chirriante alrededor del

obstáculo, como un cangrejo ciego y moribundo en una playa vacía. Entonces el motor dejó de funcionar y sólo se oyó un tenue silbido de aire a baja presión que escapaba de un tubo de escape fracturado en el ala.

Allá en la oscuridad, las ruedas del tren de aterrizaje rodaron hacia el borde del campo, rebotando y girando como monedas lanzadas al aire.

Truck apoyó la frente contra la pantalla del ordenador de aterrizaje. Estaba delirando, lleno de morfina y anfetaminas del equipo de supervivencia del VTOL; la parte inferior de su pecho era una extraña y pulposa bolsa de dolor; las visiones iban y venían como minutos de vigilia en una semana de sueño. –Lo logramos, Pater –murmuró.

Al cabo de un rato, levantó la cabeza y sintió una presión, una radiación en la nuca. No podía ver Cor Caroli, pero sabía que estaba allí arriba, en algún lugar, con un ojo malo guiñando sardónicamente hacia todos los asesinatos y las muertes. Cor Caroli, de perro a lobo. Reflexionó sobre su propia transmigración, realizada en algún lugar entre Sad al Bari y Centauri VII. ¿Adónde había ido a parar su antiguo cuerpo? Ahora estaba enfermo, pero era todo lobo.

El *Dispositivo* le susurraba con urgencia. Él lo ignoraba tanto como podía, agitando de vez en cuando una mano preocupada e impaciente frente a su cara como para disipar las fiebres persistentes que rondaban su cráneo. Tenía el

rostro gris, ardía. Le costó un siglo de esfuerzo salir de la cabina. Las civilizaciones surgían y caían mientras él vagaba por Renfield Street, tratando de recordar quién era.

–Ya voy –dijo con petulancia–. No me apresures.

El Snort se escondió tímidamente de él en un laberinto de calles laterales, y luego saltó sin previo aviso: Truck le cerró las puertas (neón, vapor de mercurio, un hilo de aguanieve que venía de algún lugar por encima de los edificios para iluminarse con el resplandor de las ventanas), pero de alguna manera llegó hasta él, cálido y vivo en medio del viento, y lo guió a través de la oscuridad por vías que solo conducían a lugares a los que no quería ir. Siguió tambaleándose, con los labios azules y anóxico; y en cada esquina, en cada punto de referencia, recogía pasajeros para viajar en las cubiertas inferiores de su cráneo...

El Boot Palace en Sauchihall: vacío y agrio, embrujado por un débil eco de música. Sus paredes brillaban mientras él se dirigía hacia él. El pequeño Skeffern estaba allí de pie en las sombras, pateando un amplificador con un enojo fantasmal; se encogió de hombros; subió a bordo, como si Truck fuera una especie de *Ella Speed* biológico para sacarlo y alejarlo de ese lugar. Fix, el contramaestre, lo siguió con paso vacilante. –Necesitaremos una gran protección, jefe. –Y se acomodó dentro para vigilar a través de los ojos llorosos de Truck...

Centro de Detención West Central: húmedo y sucio, junto al río. Fuera, en la calle, entre los escombros, tal vez incluso con la esperanza de que lo arrestaran y lo llevaran a un lugar donde se sintiera cómodo, había un borracho anciano. Cantaba y se tambaleaba: “Parece como me siento yo, capitán”. Se dio la vuelta en esa pose clásica de las seis de la mañana, con una mano apoyada en la pared para sostenerse, la cabeza agachada, crucificada, para vomitar vacíamente. “Danos un empujón, contramaestre, ¿eh?”. Y subió también, guiñando el ojo y asintiendo. Detrás de él venían Picking Nick, Angel y Og, a los que habían pillado sosteniendo a un amigo; vagabundos y excéntricos, juzgados, sentenciados y condenados a convertirse en grafitis en una pared...

Bayley el Destructor: el viento se movía entre las espinas rotas, las cadenas resonaban, pero los espectros que había por allí eran lo bastante tiernos como para herirlo en regiones que estaban por debajo de su delirio. Angina Seng sonrió e hizo una mueca: “Podría haber ido a por ti”. Entre el metal gigante, Annie Truck, la dama de puerto de mucho tiempo atrás, se acercó a él con dignidad, subiendo masivamente por el palo con su propio ser, materializándose a partir de las costillas dispersas de un barco frigorífico. Dondequiera que mirara, los ojos de oveja llenos de arrepentimiento se encontraban con los suyos...

Acudían a él, los conociera o no, hasta que pensó que la presión de su esencia le iba a reventar la piel: todos los

perdedores, todos los astronautas que habían despegado de un planeta; todos los refugiados mudos y cansados que habían bajado por la línea Carling; los confundidos, los acusados, los maltratados, los casos perdidos espirituales, morales y metafísicos de doscientos años. Se agolpaban –sus olores de pérdida, todo el equipaje de su corazón, todas sus insignias de desesperación– en el espacio que había detrás de sus ojos, para contemplar pasivamente y sin palabras el interior de todos los interiores: los desplazados, los deshonorados, los arrestados, los marginados y desamparados, con todas sus dependencias de toda la vida que volvían a casa a esa inevitable encrucijada después de quién sabe qué larga e incomprensible caminata a través de años y años luz...

Los nuevos Centaurianos.

Junto a la prisión se inclinó sobre el parapeto de un puente. El río desapareció bajo él, aceitoso y mágico, constantemente renovado. No les debía nada, les debía todo, y seguían llegando en tropel. Sabía que lo habían drenado, que lo habían convertido en un recipiente vacío y purificado para recibir precisamente esa bebida, esa visita: “¿Qué queréis?”. Pero ellos simplemente lo miraban. ¿Qué podía darles? ¿Cuánto tiempo podría mantenerse unido? Solo podía arrastrarse lejos del puente y salir a las calles de nuevo, yendo... ¿adónde?

Cuatro horas más tarde, Ruth Berenici Truck, que se había levantado tarde tras una noche solitaria (y había vuelto la otra mejilla, la que no tenía cicatriz, para mirar al mundo mientras abría la puerta), lo encontró en el umbral de su casa. ¿Dónde más podría estar ahora? Estaba acurrucado sobre su herida y sobre el Artefacto Centauri y tenía nieve en los huecos bajo sus pómulos.

La miró con un dolor tan intenso que despertó todos los ecos de su propio dolor y dijo claramente: “No más. Estoy lleno. Estoy herido, Ruth. ¿Podemos entrar?”

“Lo único que hay que hacer es nacer”, dijo más tarde, tratando de explicarse. Y cuando ella no mostró ningún signo de comprensión (porque hay que estar loco para vivir en lo general y no en lo particular), “puedo sentirlos en mí. Todos los perdedores somos centaurianos”.

Ruth Berenici suspiró. Retiró el aerosol de clorhexidina, el polvo de sulfanilamida y los apósitos sucios. “¿Qué tengo que hacer para entrar ahí?”, gritó desde la cocina. Reapareció en la puerta de comunicación, ligeramente encorvada, con los brazos cruzados sobre el estómago: “¿Morir?”. Se acercó y miró ceñudamente el Dispositivo Centauri, y continuó casi distraídamente: “¿Hay un lugar para los vivos en tu pequeña y acogedora colonia?”.

'Ruth.'

–Lo siento, Truck, ¿qué es esto?

–Lo que sea que veas –se rió y tosió–, es un operador de entropía.

Afuera, era una tarde gris. Las nubes corrían por el cielo. Estaba recostado de costado en la cama, donde había estado desde que ella lo había depositado (flácido y apenado, nada nuevo).

La tos siguió y siguió, como una trituradora de papel trabajando en su cavidad torácica. Ella había tapado el agujero, pero el perno seguía allí: desviado hacia abajo por una costilla, había atravesado la parte inferior de un pulmón y se había alojado en la parte superior de su abdomen, donde se podía ver presionando contra el plástico dañado de su ventana de Abridor (al mirarla por primera vez, Ruth se limitó a apretar los labios y sacudir la cabeza, otro gesto gracioso). A medida que se le pasaba el efecto de la morfina, el dolor se estaba volviendo insoportable. Se preguntó distraídamente si los fantasmas en su cabeza también lo sentirían.

–Llegan tarde –dijo de repente, mientras observaba cómo la luz del crepúsculo se filtraba desde los rincones más altos de la habitación.

Esperó inmóvil toda la tarde, con los ojos hundidos siguiendo a Ruth Berenici mientras ella se movía inquieta

por la habitación. Intentaba encontrar formas de disculparse con ella por ser él mismo, incluso ahora, cuando ambos necesitaban desesperadamente que él fuera otra cosa.

Él durmió un poco. Cuando deliraba, ella lo sujetaba; cuando se despertaba gimiendo, “podrías ir a un hospital”, le suplicaba. “¡Todos me están utilizando!”, gritaba. Utilizar y deber: ¿era ese el único lenguaje? “No llores, Ruth”. Se dio la vuelta y se quedó boca arriba, mirando temerosamente el techo; se dejó caer de nuevo, para revivir la huida fatal de Pater, el horno Cowper, el Búnker Central... para enumerar todos los ataúdes que ya había ocupado.

'¡John!'

Los cerdos chillaban en algún sueño, retorciéndose de miedo y de forma cómica bajo el bisturí, como Grishkin enloquecido en un búnker; pero el chillido que lo hizo despertar fue el de los frenos, y en la calle. Media docena de vehículos blindados habían llegado a la ventana de Ruth Berenici; las puertas se cerraron de golpe, las turbinas subieron y bajaron a toda velocidad por sus curvas de potencia y luego se apagaron de repente.

'¡John!'

Los dos extremos de la calle estaban cerrados. Desde el pasillo se oyó un extraño ruido sordo cuando una pequeña carga explosiva hizo saltar la puerta de la calle de sus goznes.

En la escalera resonaron escombros que caían y luego pasos. Un amplificador de doscientos vatios empezó a transmitir órdenes marcianas confusas en la noche.

'¡John!'

Al principio, no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Salió del matadero con dificultad, con la boca caliente y pegajosa. Pasó la lengua por ella, parpadeando hacia el techo, donde la luz de la calle formaba una pantalla asimétrica. La figura oscura de Ruth se inclinó sobre él, atrapándolo por los hombros. –*¡John!* –Sacudió la cabeza. No podía despejar el polvo. Entonces, en el segundo tramo de escaleras, alguien fabricó una ilusión de resistencia desde las sombras: disparó su pistola Chambers.

–¡El IWG! –gritó Truck–. ¡Cristo!

Agarró las manos de Ruth y la arrojó lejos de él. Se arrojó de la cama y rodó por el suelo, recogiendo el Artefacto Centauri mientras lo hacía. Ruth sollozaba suavemente en algún lugar cerca de la ventana y a su alrededor el interior parecía estar lleno de sirenas: débiles, distantes, de intención impersonal; subiendo y bajando con el viento de la brújula como una ansiedad al borde de la reflexión.

Con el sudor cayéndole a los ojos y los dientes castañeteando, se arrastró hasta un lugar donde pudiera apoyar la espalda contra una pared y mirar hacia la puerta.

Ruth miró desesperada hacia la calle. –¿Truck? –suplicó. Estaba al borde de un agujero oscuro–. Ruth, yo... Estaban en el rellano de afuera, pateando la pared mientras esperaban una orden. –Ruth... Era demasiado tarde para todo eso.

Se mordió los labios.

La puerta se derrumbó.

–Te prometí que nos volveríamos a encontrar, hijo –dijo Alice Gaw complaciente.

Se quedó parada en la puerta, agachada y brutal, mientras el polvo y los humos de la explosión de abajo subían por la escalera y se posaban en el rellano que tenía detrás. Parecía preocupada. “Dios, qué agujero leprótico es este lugar”. Había vuelto a llevar la minifalda negra de su uniforme de WA y el estómago le colgaba por encima del cinturón de cuero que sostenía su pistolera.

Ella estudió la habitación con diversión por un momento, los hombres entraron tranquilamente y se hicieron a un lado: los policías de la Flota pasaron apresuradamente junto a ella y comenzaron a revisarla metódicamente, rompiendo los muebles con cuidadosa eficiencia. Truck tosió tristemente, la trituradora de papel funcionando nuevamente en su pulmón. Ahora que había sucedido, se

sintió curiosamente remoto. La general lo miró y rió entre dientes.

–Veo que te han causado un gran lío en Gottingen –dijo ella, sacudiendo la cabeza–. ¿Ha merecido la pena? Esta vez podrías haber iniciado una verdadera guerra. Si te duele, llamaré a un curandero en cuanto acabemos con este pequeño asunto.

–No se moleste, general. Sobreviviré.

Ella lo ignoró y observó distraídamente a los hombres de la Flota mientras arrancaban algunas tablas sueltas. –Tengan cuidado –les reprendió– o lo haré yo misma. No tienen todo el día. –Sus rasgos se relajaron. Sin apartar la mirada de él–. No estoy segura de que lo hagas, Truck. Y yo tampoco tengo mucho tiempo aquí. –Su único ojo se centró en él de repente–. Francamente, me lo has puesto un poco difícil con la gente a la que respondo. Me quieren enviar a la Franja para solucionar el lío que causaste allí...

Se pasó una mano por el pelo. Su atención se distrajo. “Truck, amor mío, ¿por qué no nos has presentado?”

Y le sonrió a Ruth Berenici.

–Quien, saliendo de una pesadilla personal gritó: “¿Quién eres? ¿Cómo puedes entrar aquí así de repente? ¡Animal!”.

Alice Gaw ladeó la cabeza como un pajarito deforme. –Vaya, vaya –dijo. Se plantó a unos pasos de distancia frente a Ruth y la miró con una expresión de fría intimidad–. Mira, amor –empezó con calma–, me gustas. Me gustaste nada más verte. Si no lo hubieras hecho, tal vez me habría molestado.

Extendió la mano perezosamente y agarró con fuerza la mandíbula inferior de Ruth. Chasqueó la lengua con simpatía.

–Es una cicatriz fea. No, no seas tímida. Vamos a echarle un vistazo.

Y, con los músculos de su antebrazo temblando ligeramente, forzó el perfil desfigurado de Ruth a salir a la luz.

–Sabes, eso sí que es desagradable –murmuró–. Mira, cariño –murmuró confidencialmente–, te diré algo: tengo cincuenta y seis años y he estado de pie toda la noche. Tú mantente en mi lado correcto y yo me mantendré del tuyo. ¿Hm?

–Déjela en paz, general –dijo Truck en voz baja.

Desde que había recorrido el largo y duro suelo, le costaba respirar, hablar, incluso concentrarse. Una cálida niebla marrón se había ido acumulando sin que él se diera cuenta y había llenado la habitación: los acontecimientos se

filtraban a través de ella hasta él sólo después de un extraño retraso. Tenía un sabor salado en la boca.

'Puedes dejarla en paz ahora.'

La general aflojó el agarre. Ruth Berenici se soltó y huyó gimiendo hacia la puerta, con su largo cuerpo desgarrado por el miedo. Uno de los hombres de la flota la agarró. –Sólo asegúrate de que no se haga daño, muchacho –dijo Alice Gaw. Cansada, mirando por la ventana–: Muy bien, Truck, ¿dónde está?

Mantener los ojos abiertos se había vuelto difícil: se le había acumulado algún tipo de arenilla debajo de los párpados. Sacó el Dispositivo Centauri de debajo de su capa, le quitó con mucho cuidado los trapos carbonizados y manchados de sangre de la otra prenda y lo colocó sobre su regazo. No parecía gran cosa.

–¿Qué ve, general? –preguntó. Se encogió de hombros con dolor–. No creo que realmente quiera saberlo. No, yo me quedaría quieto si fuera usted. Está hablando con un centauriano.

Y lo era.

Cerró los ojos. De dos en dos o de tres en tres, impulsados a través de espacios sin aire por un viento que nadie puede nombrar, que venía del largo camino que había tomado desde los puestos de avanzada más alejados de la Galaxia,

seguían flotando en su cabeza, apretándose contra las ventanas cerradas, esperando ver un atisbo de esa habitación crucial, un vínculo directo e inevitable entre el Genocidio Centauri y la muerte de todos sus amigos.

Todos los perdedores somos centaurianos, y esa idea presuntuosa estableció su ascendencia con más eficacia que cualquier bioquímica. Abrió los ojos de nuevo y descubrió que la general Gaw lo miraba con los ojos entrecerrados desde el otro lado de la habitación.

“Te arrepentirás, hijo”, prometió. Y agregó: “No se parece a lo que vi en el búnker”.

“Creo que se armó solo cuando lo recogí. Solo viste su fase latente”.

Algo se le atascó en la garganta: tragó, tosió, sintió de nuevo el sabor de la sangre... y esta vez la contracción de los músculos del diafragma desencadenó un espasmo rápido e incontenible en el intestino grueso: había desprendido el perno gastado Chambers y había ido a parar a algún lugar del desorden que había tras él. –Oh –susurró–. Oh, mierda.

Entonces, al oír una fuerte inhalación y el roce de unos pies, dijo: –¡Puedo hacerla estallar en cualquier momento, general! –Levantó la cabeza lentamente, de donde la tenía caída sobre el pecho. Ella se había movido un par de metros y estaba de pie frente a él en una relajada postura

profesional—. ¿Qué te hizo pensar que estarías más cerca de poseerlo cuando encontrases a tu centauriano?

Ella mostró sus dientes.

—Déjalo ya, Truck. Soy tu única oportunidad. Por el hedor que hay aquí, diría que alguien te metió un tiro en las entrañas. ¿Qué me impide esperar? Vas a morir, Truck.

—Le prometo que lo dispararé si parece que eso sucede, general. No tengo mucho que perder.

Confundida, ella se retiró; y a través de la niebla cada vez más espesa, él la vio conferenciar con uno de sus policías, quien inmediatamente asintió y salió de la habitación.

—¿Ruth? —preguntó Truck, pero ella no lo oyó. Se pasó la mano por la boca y la sintió húmeda y conmocionada. Tormentas sucesivas de miedo, dolor y vértigo lo invadieron, y cada crisis lo debilitaba más, mientras el Dispositivo Centauri, una voz aguda y eléctrica, vibraba en cada célula de su cerebro.

No quedaba mucho de él allí arriba: un hilo de memoria, algún pequeño detalle personal. Al final, todo se reducía a calles y rostros, retazos que todavía lo definían, una señal que se desvanecía del interior. Era un representante, una caja de conexiones...

—Te diré lo que pienso, Truckie.

Estaba casi dormido. Miró a su alrededor. Estaba mortalmente cansado.

“Creo que estás esperando a que tus amigos anars te saquen de aquí. Si es así, olvídalo. ¡Traedlo, muchachos!”

Cuando “él” apareció, bajo la atenta mirada de la Flota, había cambiado mucho. Ocupando el mismo espacio que él, coextensivo pero separado, respirando –si se podía decir que respiraba– el mismo aire que él respiraba, apareció su espectro de siempre.

Los planos planos y vigilantes de su rostro eran simples implicaciones del cráneo blanqueado y sin mandíbula que había debajo, que derramaba arena fina de las cuencas de sus ojos, generador y epicentro de todos los desiertos; en la médula de su columna había otras vértebras, esparcidas bajo un árbol muerto, pulidas, de luto; mientras se movía, arrojaba frágiles ecos de desiertos pasados e insinuaciones del Desierto por Venir. Y, a lo lejos, en sus líquidos ojos marrones, columnas blancas rotas, como reflejos en una cisterna que se desmorona...

Ben Barka. El fantasma lo envolvió. Llevaba su uniforme sin piedad.

–General... –Los impulsos de un viento reseco–. Soy un prisionero de guerra. Esto es una farsa. Me opongo a participar en ella.

–Basta, Gadafi –le aconsejó la general Gaw–. Te conozco. –Y le dedicó una sonrisa despreocupada. Él se encogió de hombros infinitesimalmente y pareció olvidarla–. Lo que no sé, Truck –continuó–, es qué trato tramaron ustedes dos, basuras, en la órbita de estacionamiento del Averno...

Ben Barka rió amargamente. –General...

–Habla cuando te hablen, Ben Barka. Truck, ¿no estarás negando que lo enviaste a un encuentro con Nasser en esa lata de sardinas tuya?

–No hubo ningún trato, general; no hubo ningún encuentro. Mató a un amigo mío. –Truck no entendía a qué se refería–. Debía estar loco.

Pero no valía la pena. Su voz subía y bajaba, interminable, acusadora, infinitamente fuera de lugar; la cáscara desierta de Ben Barka respondió con el seco canto de la langosta; por encima de ambos, eléctrica, cristalina, angelical, la voz del Dispositivo Centauri le recordó cómo podían hacerse ciertas cosas, lo condujo, a él, una partícula de cieno humano, por los largos y lentos cursos de agua de Centauri VII.

Donde por fin podría ser iniciado en esa extraña semivida bajo el cieno, la suspensión purgatorial de la raza de su madre...

Se despertó de repente, presa del pánico porque pensó que los hombres de la Flota estaban sacando a Ben Barka de la habitación.

–¡Espere! –gritó–. ¡General, hágame una oferta!

Ella se había acercado sigilosamente mientras él dormitaba, con las manos tensas y extendidas. Ahora lo miraba con asombro. –Eres tú el que está loco, patito. Te tenemos ahora, a menos que hagas algo rápidamente... –Sonaba casi comprensiva–. Me pregunto si tendrás las agallas para manejar esa maldita cosa.

Truck gruñó con impaciencia.

–General –susurró–, ¡ahora es el momento! Usted quiere el Artefacto y que yo lo opere por usted. Nada ha cambiado. Dígame por qué. Dígame cómo... ¡Mire, sólo dígame quién se beneficiará!

Esta vez, él sabía por quién estaba preguntando: ellos esperaban –como siempre habían esperado, en los puertos de cohetes, en las estaciones *neumáticas*, en los cobertizos de despiojado y en las colas de distribución de alimentos; en las grasientas oficinas de los juzgados y en los campos de refugiados y en las oficinas de detención– cansados, sucios y drogados: él estaba pidiendo por un enano, un músico y una prostituta centauriana muerta, por todos los que no

tenían dónde dormir por la noche, los nuevos ocupantes de su cerebro.

Ella abrió la boca.

Tres explosiones rápidas sacudieron la calle.

Toda la habitación se llenó brevemente de un intenso y siniestro resplandor rojo. Ruth Berenici gimió y se abalanzó sobre Truck: uno de sus guardias extendió la mano y con cuidado la sujetó. El edificio se sacudió y se estremeció, el yeso se desprendió del techo. Un suboficial de la Flota, con el rostro ensangrentado y convulsionado, apareció en la puerta.

–¡En el tejado! –gritó con los ojos desorbitados–. ¡General! ¡Dos destacamentos y otro en la calle!

–Dios mío, Ben Barka, te vas a arrepentir de esto –dijo Alice Gaw con calma. Se volvió hacia el suboficial–. Sujétenlos. Necesito cinco minutos aquí. Consigan ayuda. ¿Cómo demonios se les permitió llegar tan lejos en primer lugar?

–Están bloqueando todo, general; no podemos comunicarnos con la Flota...

Alice Gaw sacó su pistola Chambers de la funda y clavó el cañón en el blando mentón de Ben Barka. –¡Sujétalos! –le gritó al suboficial–. Chummie, te voy a volar la cabeza en

cuanto alguno de esos inmundos baje aquí... –Le apartó la cabeza con la mano libre.

Él perdió el equilibrio, le tiró del brazo, con los ojos abiertos y vacíos; y durante unos segundos se tambalearon en círculo, atrapados en los excesos de la Danza. Gruñidos y sollozos ásperos y mecánicos, un arrastrar de pies extraño y obsesivo.

Ella lo apartó y levantó la pistola, respirando con grandes y ruidosos jadeos. El parche del ojo se le había soltado y un horror crudo y pulposo la miraba desde el agujero de su cabeza.

–Creo que lo haré ahora...

La ventana explotó hacia dentro y un disparo perdido procedente de la calle se clavó en la pared opuesta, chisporroteando y gruñendo como un gato enfadado. Un estruendo de cristales, un silencio repentino. Ante lo cual John Truck dijo:

–Es ahora o nunca, general. ¡Rápido! ¡Haga una oferta!

El hoyo que tenía en la cara se abrió sobre él. Tenía la barbilla húmeda.

–Crecimiento –graznó, y él apenas reconoció su voz. Tragó saliva–. Una economía de libre mercado. Ley y progreso. Paz con honor. Ya sabes todo eso. –Acercó mucho la cara a la de

él. Tenía los poros cubiertos de cosméticos. Se preguntó cuántos años tendría realmente—. ¿Truck? ¡Tenemos que detenerlos! ¡Son una amenaza para todo valor humano que valga la pena! –dijo.

–La libertad y la dignidad, Truck, ¿cuánto valen? –preguntó ella, con su único ojo resplandeciente—. ¡Las has tenido toda tu vida *porque te vigilábamos!*

Desde las ventosas llanuras de cemento de Cualquier Lugar, los sombríos complejos industriales de Parrot y los desiertos radiofónicos de Weber II, desde los sucios callejones iluminados por el vapor de Snort, los nuevos Centaurianos –privados de sus derechos por la pobreza, excluidos de la acción por la ley, un mercado de traficantes– se agolparon en esa caja de unión entre las atrocidades pasadas y presentes que era el cráneo de John Truck.

Se quedaron en silencio.

–Y bien, Truck –dijo ella, inclinándose hacia él, ansiosa, como si percibiera un poco de lo que él representaba en ese momento. Él sabía que no era así.

“Deja que Ben Barka haga su oferta”, fue todo lo que dijo.

Ella levantó las manos con disgusto.

–Muchacho, esperé por un momento que no estuvieras completamente loco...

Se había desatado una pelea en las escaleras cuando el comando de la muerte de Ben Barka se abrió paso desde el tejado. El polvo y el humo llenaron la habitación; una disputa sobre el tercer giro del cuarto tramo se convirtió en una acción, una batalla, un asedio; gritos, carne quemada y bramidos provenientes del amplificador afuera. Alguien en la calle había traído un pequeño lanzacohetes y estaba ocupado golpeando los pisos superiores del edificio para convertirlos en escombros.

Truck ya no podía ver nada, a menos que estuviera a un par de pies de sus ojos. Sintió que su sustancia hervía en el vacío con el esfuerzo de mantenerse unido contra las presiones gemelas del Dispositivo y sus herederos.

“¡Déjalo hablar!”, susurró.

Finalmente, Ben Barka apareció por su propia cuenta. La policía de la general desaparecía para respaldar una acción de contención en las escaleras, pero ella no hizo ningún movimiento para escapar. Estudió impasible el rostro blanco y hundido de Truck. Se quitó algo que podría haber sido arena fina, alojado en un pliegue de su uniforme.

–¿Qué es exactamente lo que me está ofreciendo, capitán? –preguntó. Levantó la mano–. No, general Gaw. Piense: ¿qué tenemos que perder los dos? Nuestra posición –con una leve sonrisa– parece ahora igualada. El cañón de la pistola se tambaleó y bajó. –¿Capitán?

“Una oportunidad de hablar para ben Barka.”

–Muy bien, entonces. –Miró a Alice Gaw en busca de confirmación. Ella asintió, se encogió de hombros y frunció los labios–. No te llevará a ninguna parte, cariño. Recuerda mis palabras.

Ben Barka juntó las manos tras la espalda.

'Capitán: el IWG viola, saquea y explota criminalmente a la fuerza laboral de la Galaxia. Si se utiliza al servicio de una revolución genuinamente socialista, el *Dispositivo* traerá compensación, estabilidad, paz y una participación justa en los beneficios y las aventuras de esa fuerza laboral.'

Miró hacia la puerta, especulando sobre el estado del conflicto. –Las fuerzas sociales funcionan como las naturales, capitán: ciegamente, por la fuerza, erosionando. Sé lo que quiere. Si queremos ser una alternativa viable a la corrupción del GTI, debemos ser un viento caliente y corrosivo, arrancando la capa superficial del suelo donde sea necesario, remodelando...

Truck cerró los ojos.

–No tenéis ni la menor idea de lo que quiero. Ninguno de los dos. Lo gracioso es que ambos parecéis creer en todo ello. Ya hemos oído suficiente.

Un movimiento rápido y asustado en la niebla: Ruth Berenici, magullada y sucia, incapaz de comprender. Se abrió paso entre Alice Gaw y el coronel y, arrodillándose, tocó una de las manos de Truck.

–¡John, esto es una locura! ¡Te estás *muriendo*! ¿Qué importa a quién de ellos se lo des, cuando cualquiera de ellos podría conseguirte un médico?

La miró en silencio. Simplemente ya no le quedaba suficiente para decirle nada.

–¿No tengo la oportunidad de pujar? –suplicó–. ¿De qué nos sirves muerto a cualquiera de nosotros?

–Lo siento, Ruth.

–¿Perdón? ¡John, soy *yo*! –Luego, en voz baja–: Maldito seas. Maldito seas por ser un perdedor.

Lo abandonaban por donde habían venido, por alguna puerta trasera de su cerebro, evaporándose en campos y mareas más sutiles que los que cualquier flujo de Dyna puede crear. Dogma no significa nada para ellos. Las relaciones personales las toman donde pueden, y siempre las pierden en algún lugar entre la derecha y la izquierda, en algún lugar del campo quemado, en el olor a orina del campo de tránsito o de la estación de metro.

Al final, todo se reduce a cicatrices y estómagos vacíos. Todo se reduce a cerebros entumecidos y a un largo camino por recorrer.

Cuando se marcharon –refugiados de la vida y la muerte, arrastrando los años luz y los siglos, encorvados contra ese eterno y amargo Viento de la Brújula–, sonrió ante su amarga decepción. Volvió a ver con claridad. Vio lo que significaban el sombrero y la capa. ¡Cuánto mejor habrían podido decirlo Himation o Pater!

“No es suficiente”, decidió. “Así que, después de todo, me quedo con esto”.

–Escuche, general. Los genes de los centauri se han estado dispersando por la galaxia durante doscientos años. Hay un superviviente del genocidio en cada vagabundo que ha despegado de un planeta.

'Pero más aún: todos los que estamos aquí abajo somos supervivientes de alguna atrocidad personal, aunque sólo sea el nacimiento.

'Nosotros respiramos el polvo de la tragedia y vosotros nos ofrecéis política.

'Coronel, los dos estamos hartos de la ideología. No parece funcionar para nosotros, sólo para usted. Nos ve recorrer el mundo a rastras, porque no tenemos nada más que hacer, y ve en nosotros el reflejo de un sueño que nunca valió las

palabras que utiliza para describirlo; en todas partes descubre los símbolos de su propia obsesión, codificados pero irreales, tal como los descubrió en el búnker de Centauri.'

Tocó el objeto que tenía en el regazo y pareció hincharse bajo su mano.

'Esto es lo único que siempre nos ha pertenecido. Cuando nos duele, nos vendéis algo para aliviar el dolor. Este es el poder de decir: No vamos a comprar más, *y de significar que no vamos a comprar nada de ninguno de vosotros.*

'Veamos qué hace, ¿vale?'

Afuera, la calle estalla en llamas silenciosas. El Snort estaba ardiendo. ¿Qué importa ahora? De todos modos, nunca valió nada.

La vieja sonrisa diplomática de la Tierra se abre de par en par, para revelar un andamiaje de hueso.

La habitación gira como una peonza y se aleja. Ruth Berenici, cálida pendiente inalcanzable, herida, desvanecida, se derrumba. Tras ella, árabes e israelíes, arrancados sin sentido, caen de la escalera ensangrentada.

“¡Dios mío, Gadafi, detenedlo!”, grita la general.

Podrían lanzarse hacia adelante para siempre, con las manos abiertas, presas de un miedo preternatural eterno...

Surge un zumbido de insecto moribundo en el aire en movimiento, mientras John Truck transcrito, último de los Antiguos Centaurianos y primero de los Nuevos, permite que esa otra voz, eléctrica, inunde su oído interior.

Sus manos se mueven: precisas, elegantes.

La cosa en su regazo, como un animal, se mueve para encontrarse con ellas.

Nada se pierde

Algo tuerce el mundo

EPÍLOGO

Muy poco llega hasta nosotros.

Aunque lo anterior no es pura ficción –siendo, como el lector se habrá dado cuenta, un relato dramatizado de algunos de los eventos que llevaron a la Hipernova Sol–Centauri de 2367, y la formación de lo que todavía se conoce en el argot del interior como 'El boquete de Truck' – las fuentes son pocas y dispersas: un puñado de archivos secretos relacionados con el misterioso Dispositivo Centauri recuperados de las embajadas del IWG y la UASR en Sad al Bari IV, Avernus y, curiosamente considerando su posición remota, Gloam; registros de transmisiones de taquiones codificados por los cruceros Solomon y Nasser antes de la batalla de Centauri VII, y de comunicaciones Tierra–Flota hasta el momento de la oclusión; y, quizás menos simple pero no menos tentadora, la evidencia reunida durante

algunos años –y en condiciones difíciles– de espaciales que habían conocido o hablado con el Capitán John Truck.

No tenemos constancia del modo de funcionamiento del Artefacto Centauri; aquí seguimos (tememos que de forma un tanto inexacta, hasta la compleción de un drama más satisfactorio) la más popular de las teorías “psíquicas” actuales. Y nada, ni siquiera la imaginación sin restricciones, puede explicar esa curiosa discontinuidad espacial que se tragó todo lo que se encontraba en un radio de diez años luz desde la Tierra en el invierno de ese año: el Sol fue destruido, junto con Centauri, para producir la energía necesaria para este vasto juego de manos; las cadenas de la política terrestre se rompieron; no se puede decir más. Además, no tenemos la menor pista sobre la apariencia del Artefacto en su fase armada; las únicas descripciones existentes se refieren a lo que fue visto en el búnker del Pozo Omega por el equipo arqueológico del Dr. Grishkin, la general Gaw y dos de sus fuerzas policiales y el agente de la UASR, el coronel ben Barka. Nunca fue nuestra intención producir una investigación original ni arrojar nueva luz sobre estos asuntos, sino ocuparnos de lo que es más relevante en términos humanos.

Desde entonces no se ha vuelto a saber nada de la nave dorada *Atalanta en Calydon*. Hizo escala en la base secreta de Pater poco antes de que la Tierra se hundiera en el mar del espacio y evacuó a aquellos de sus compañeros que desearon irse. Muchos de estos anarquistas decidieron

quedarse en la Galaxia. Unos ochenta de ellos fueron enviados al lado nocturno de Avernus unas horas antes de que se produjera la hipernova, y de ellos tenemos los relatos sobre la “Tercera Velocidad”, sobre el asteroide Howell y su quisquilloso anarquista, y sobre las últimas palabras de Himation al capitán Truck. Nunca se demostrará si la escala de la *Atalanta en Calydon* en Avernus estuvo relacionada de algún modo con el accidente del reactor que finalmente destruyó la madriguera conocida como “Ciudad Basura”. Sin embargo, los acontecimientos fueron innegablemente coincidentes.

Pero nuestra mayor preocupación debe ser, sin duda, el mayor misterio: el personaje del propio Capitán Truck.

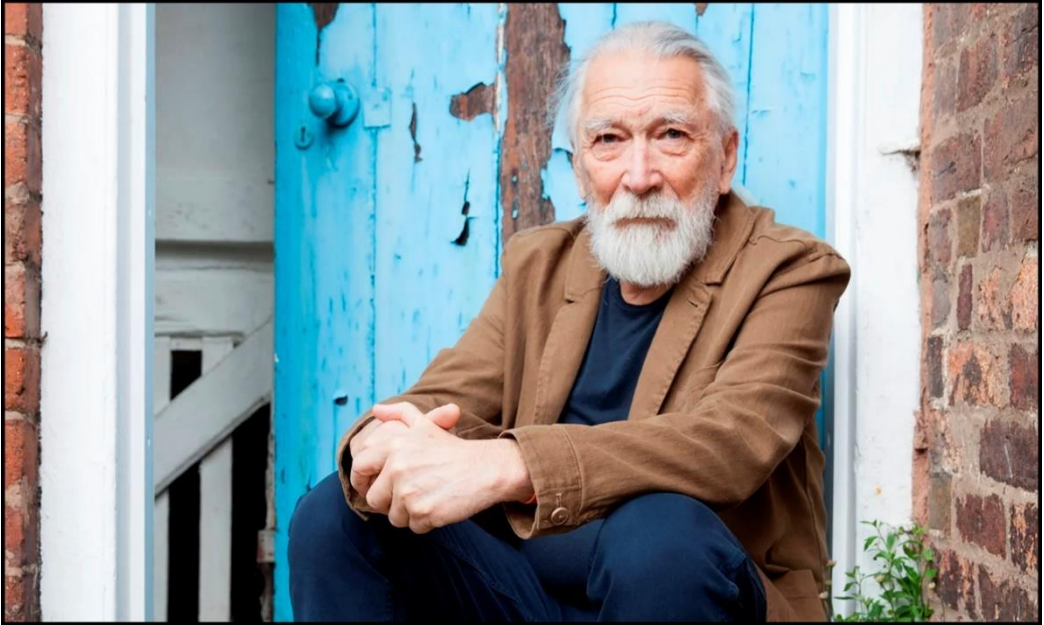
Digan lo que quieran de él: que sus amistades eran superficiales e insensibles; que su moral era la de un cretino o la de un animal; que sus intereses eran de mal gusto. Digan que había vendido drogas en nueve planetas y abusado de ellas en noventa más; que había luchado con deshonor y miseria en todos los callejones de la Galaxia, mostrando sólo el coraje de la desesperación. Digan que era joven, inculto y sin formación, y de una profundidad de ingenuidad que sólo era comparable a su prematura amargura...

Pero admitamos también que, si bien la vida le resultaba desagradable, la muerte le parecía peor. Detestaba el asesinato y el daño consciente, la hipocresía y el cinismo, y la solución superficial y de palabra que la ideología ofrece a

la miseria humana, pero no encontraba la manera de articular esa aversión. La más honesta de las deshonestidades sólo podía encontrar su expresión en la arrogancia, en la bravuconería, en una búsqueda constante del olvido impermanente. De hecho, a pesar de todo, tenía inocencia. Sólo esa inocencia o Gracia hizo posible su gesto: sólo la inocencia puede hacer posibles o aceptables esos gestos.

¿Consideró su acción como una venganza tardía por la atrocidad cometida con los Centauri? ¿Simplemente le disgustaba la irrelevancia de la política de su tiempo para la realidad? En relatos anteriores, se le han asignado ambos papeles, y ambos son poderosos activadores humanos. Sin embargo, una vez más: una venganza más simple y directa por los asesinatos que había visto o en los que había participado durante las últimas semanas de su vida puede haberlo motivado, o puede que simplemente haya activado el Dispositivo accidentalmente, mientras deliraba por las heridas que recibió en la estación de alerta temprana de Gottingen.

Incluso hay motivos para ese mito peculiar y poético de la subcultura del puerto espacial: la creencia de que John Truck destruyó la Tierra como representante de los “nuevos centaurianos”, esos fabulosos habitantes clandestinos de los barrios bajos de los muelles y los campos de minas, que algún día surgirán como los verdaderos herederos de la Galaxia. El lector debe juzgar por sí mismo.



ACERCA DEL AUTOR

MICHAEL JOHN HARRISON nació en 1945. Su primer relato apareció en 1966, y posteriormente se involucró estrechamente en la revista *New Worlds* a finales de los años sesenta, cuando estaba bajo la dirección de Michael Moorcock. Además de escribir relatos, también escribió críticas para la revista y pasó algún tiempo como su editor literario. Su primera novela publicada fue *The Committed Men* (1971). *The Pastel City* fue el primero de sus libros sobre

Viriconium, y volvió a visitar la ciudad varias veces durante los años ochenta. Su quinto libro, *In Viriconium*, fue preseleccionado para el Guardian Fiction Prize y su sexto, *Climbers*, ganó el Boardman Tasker Award en 1989. En 1999 recibió el Richard Evans Award. Ha escrito para varias publicaciones periódicas, incluida la *Spectator*, y actualmente reseña nueva ficción para la *TLS*.

Su novela *The Centaury Device* fue clasificada por David Pringle entre las cien mejores novelas de ciencia ficción de todos los tiempos.